«En g
omíst
del ur
febril
clima
estud

70 años de artículos de opinión en Venezuela

Banesco Contigo | Cyngular

70 años de artículos de opinión en Venezuela

Banesco Contigo | Cyngular

70 años de artículos de opinión en Venezuela

EDITORES
Vicepresidencia de Comunicaciones y RSE de Banesco y Cyngular

PRODUCCIÓN GENERAL
Cyngular

PRODUCCIÓN EJECUTIVA
Sergio Dahbar

EDITOR ADJUNTO
Carlos Ortiz

TRANSCRIPCIÓN
Francis Lugo

ARQUEO DE FUENTES
Yahnis Gómez

DISEÑO
Jaime Cruz

ISBN: 978-980-425-103-0
Depósito Legal: DC2023000699

Banesco Contigo | Cyngular

Los editores no se hacen responsables de las opiniones emitidas por los articulistas de esta antología.

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Índice

Prólogo
Juan Carlos Escotet Rodríguez ~Pág. 8

Nota del editor
Sergio Dahbar ~Pág. 11

50s

Prólogo a Mallea: la celeste esfera y las proliferaciones de la novela
Mariano Picón Salas ~Pág. 13

El garbo de la Garbo
Alejo Carpentier ~Pág. 18

Dos siglos y medio: Franklin
Juan Francisco Reyes Baena ~Pág. 20

Un chelín de oro
Augusto Mijares ~Pág. 25

La expresión de la angustia en Italia
María Zambrano ~Pág. 28

El alba de la democracia
Arturo Uslar Pietri ~Pág. 33

Liquidación del perezjimenismo
Miguel Acosta Saignes ~Pág. 36

El plan de machete
Ángel Rosenblat ~Pág. 38

El tema de las provincias
Enrique Bernardo Núñez ~Pág. 40

Las bases económicas de la democracia
Domingo Alberto Rangel ~Pág. 42

¡Viva Venezuela libre!
Carmen Clemente Travieso ~Pág. 45

François Mauriac y Simone de Beauvoir
Guillermo Meneses~Pág. 48

60s

El terrorismo político
Rómulo Betancourt ~Pág. 51

Rómulo Gallegos y el Premio Nobel
Enriqueta Arvelo Larriva ~Pág. 59

El único y su soledad
José Bergamín ~Pág. 61

Nuestro deber
Ramón J. Velásquez ~Pág. 65

Hacia un cine de la objetividad,
Esdras Parra ~Pág. 67

Contra Lerner: los cómics o la revolución necesaria
Julio E. Miranda ~Pág. 70

Un joven caraqueño
Elizabeth Schön ~Pág. 75

70s

La escultura desde Rodin a Brâncuşi
Juan Calzadilla ~Pág. 78

Morir en Buenos Aires
Miguel Otero Silva ~Pág. 81

No añadir brillos
José Balza ~Pág. 84

Dimensión exterior
Ida Gramcko ~Pág. 87

La docta charlatanería
Oswaldo Barreto ~Pág. 90

Un mito de nunca acabar: Chaplin el bailarín
Elisa Lerner ~Pág. 96

El elogio del fracaso
Ben Amí Fihman ~Pág. 101

Habrá que dormir, María Luisa
Pablo Antillano ~Pág. 104

Tres mujeres
Julieta Fombona Sucre ~Pág. 107

El gesto de mostrar
Leonardo Azparren Giménez ~Pág. 114

Señales de tráfico
Isaac Chocrón ~Pág. 117

El dibujo al poder
Bélgica Rodríguez ~Pág. 119

Lo que nos une
Gonzalo Barrios ~Pág. 122

80s

Lo que Bello me dijo
Orlando Araujo ~Pág. 125

Algo más
Ovidio Pérez Morales ~Pág. 128

Prieto, el discípulo
Pedro Berroeta ~Pág. 131

Que se sacrifique la gente, dicen
Luis García Mora ~Pág. 133

El Grupo Nueve
Gustavo Tarre Murzi, «Sanín» ~Pág. 135

La burocracia multiplicada
Juan Liscano ~Pág. 137

Criterios para una reforma
Oswaldo Capriles ~Pág. 139

Poesía y muerte
Hanni Ossott ~Pág. 141

Belleza... santa perra
Leonardo Padrón ~Pág. 143

Un empresariado desinformado
Emeterio Gómez ~Pág. 146

Condenado a muerte
Aníbal Romero ~Pág. 148

Legislación de emergencia
Jesús María Casal Montbrun ~Pág. 150

90s

La bomba social
Federico Álvarez ~Pág. 152

El caso Blanca Ibáñez
Alberto Arteaga Sánchez ~Pág. 154

De cómo hacer para que la literatura ya ni repugne
José Ignacio Cabrujas ~Pág. 156

Vicios privados, virtudes públicas
Colette Capriles ~Pág. 160

El día que fusilaron a la paella
Juan Nuño ~Pág. 162

Stalin, ¡resucita!
Fausto Masó ~Pág. 164

El fangal venezolano
Alfredo Coronil Hartmann ~Pág. 167

Si cae España
Tomás Eloy Martínez ~Pág. 169

Las elecciones de la medallita
Fanor Díaz ~Pág. 174

Red de redes para modernizar a Venezuela
Elías Santana ~Pág. 175

La lectura del amigo invisible
Luis Alberto Crespo ~Pág. 177

Pekín húmedo
Gioconda Espina ~Pág. 181

Un país sin élites
Ramón Piñango ~Pág. 183

De vez en vez, una voz y una luz
Luis Alberto Lamata ~Pág. 185

Cuesta abajo
Fernando Rodríguez ~Pág. 187

Pedro Harapos
Aníbal Nazoa ~Pág. 189

El Estado, el mercado y la gente
Ramón Escovar Salom ~Pág. 191

Prensa sin Gobierno
Marta Colomina ~Pág. 194

Los restos del día
Atanasio Alegre ~Pág. 197

La nueva patria
Alberto Barrera Tyszka ~Pág. 200

Del Bolívar para todos al Bolívar para Chávez
Inés Quintero ~Pág. 202

Lectura de una épica de la derrota
Manuel Bermúdez ~Pág. 205

00s

Pruebas, por favor
Paulina Gamus ~Pág. 207

La perversión del gusto
Alberto Soria ~Pág. 209

Un hondo desprecio por el pueblo
Manuel Caballero ~Pág. 211

Aunemos esfuerzos
Roberto Ruiz ~Pág. 214

10s

Gobierno virtual y Gobierno real
Fernando Luis Egaña ~Pág. 216

Repúblicas venezolanas
Francisco Vera Izquierdo ~Pág. 218

El antiajuste
Antonio Francés ~Pág. 220

«Y Dios creó a la mujer»
Henrique Lazo ~Pág. 222

Pedro León Zapata, doctor *honoris causa*
Simón Alberto Consalvi ~Pág. 224

Desempleo e inseguridad
Juan Martín Echeverría ~Pág. 227

Una partera fuera de moda
Antonio García Ponce ~Pág. 229

«Failing State»
Gustavo Linares Benzo ~Pág. 231

Naturaleza y cultura
Massimo Desiato ~Pág. 233

Corrupción transparente
Pedro Llorens ~Pág. 235

Mínimos encuentros con un Estado máximo
Rafael Arráiz Lucca ~Pág. 237

En defensa del *best seller*
Ricardo Bello ~Pág. 240

Un tiranosaurio en Copenhague
Antonio Pasquali ~Pág. 243

Cifras ocultas
Luis Izquiel ~Pág. 245

La semana de las promesas
Elías Pino Iturrieta ~Pág. 246

Bendición
Alexis Márquez Rodríguez ~Pág. 249

La muerte en los medios y el futuro de la prensa
Eleazar Díaz Rangel ~Pág. 251

Gabo
Teodoro Petkoff ~Pág. 254

Los límites éticos del poder
Jesús María Casal ~Pág. 256

Se alzó la clase media mundial
Moisés Naím ~Pág. 259

Cuatro puertas cerradas y una llave
Luis Ugalde ~Pág. 261

«En grande
o místicas
del univer
febril accid
clima de de
estudiante
de deli
udiantes
stralme
condicio

Prólogo

I

Se lee *70 años de artículos de opinión en Venezuela* bajo un sentimiento de nostalgia. Mientras otros géneros del periodismo —la entrevista, el reportaje, la crónica, el fotoperiodismo, la reseña— mantienen su irradiación hacia la sociedad, a pesar del auge de los nuevos formatos audiovisuales como los *podcasts* o las noticias comprimidas en brevísimos videos, el espacio público en el que florecía el articulismo de opinión, el campo en el que un autor hacía sentir su voz —su opinión—, ha sufrido un cambio de gran complejidad.

Lo señalan los académicos y, paradójicamente, lo refrendan algunos destacados articulistas: esa convención o ese concepto que conocemos como *opinión pública* se ha llenado de fisuras y hay países donde casi ha desaparecido. Las razones que explican este fenómeno son de diverso carácter, pero, entre sus muchas consecuencias, debo destacar esta: el articulismo de opinión parece haber perdido el peso relativo, el eco, la influencia que tuvo, por ejemplo, en todo el arco del siglo XX.

El estado de revulsión e incertidumbre sistémica en el que vivimos; las recurrentes y cada día mejor ejecutadas campañas de desinformación; la omnipresencia de la propaganda en la vida diaria; el crecimiento indetenible de personas que comentan la realidad, reportan hechos o cuentan sus experiencias personales a través de blogs, webs, redes sociales, sistemas de mensajería, videos, audios y otras herramientas; la erosión del debate de ideas, cada día más alarmante, arrinconado por la intolerancia, el odio al que piensa diferente, las prácticas de descalificación e insulto; la pérdida de legitimidad de las instituciones y los liderazgos, inseparable de la expansión de la desconfianza; estos son algunos de los elementos que dificultan o impiden que las opiniones fluyan y alcancen a sus destinatarios.

Contra el valor social de la opinión y, por lo tanto, contra la opinión como género destacado del periodismo, también actúan otras tres fuerzas perniciosas, entre muchas otras. Una de ellas es el enunciado tan difun-

dido y repetido de que todas las opiniones *valen lo mismo*. El efecto de esa relativización no es otro que el de la mera conformidad de cada quien consigo mismo: *si todas las opiniones valen lo mismo, entonces con la mía tengo lo que necesito*. Cabe añadir: si todas las opiniones tienen una misma importancia, una misma jerarquía, entonces ninguna vale, ninguna destaca, todas son elementos indiferenciados que aparecen y desaparecen, sin otro resultado que aumentar el ruido del mundo.

La segunda fuerza que quiero recordar aquí es el debilitamiento, en cierta medida el desprestigio, que cierta práctica del periodismo le ha añadido al género, en tanto que ofrece a la audiencia una ensalada en la que información y opinión se entremezclan y confunden, y donde los necesarios límites entre una y otra se hacen difusos o se borran.

El tercer elemento que quiero mencionar en estos comentarios es la propagación desbordada y expansión —vía redes sociales, principalmente— de opiniones arbitrarias, sin fundamento, a menudo cargadas de prejuicios, ignorancia, falsas percepciones o resentimientos de orden personal, que distorsionan la realidad, hasta el punto de convertir hasta los más elementales y claros hechos en sucesos incomprensibles, materia de versiones y contraversiones, de polémicas sin fondo ni utilidad.

En medio de este ambiente nada proclive, todavía hay articulistas que ejercen su oficio con maestría, logran que su voz sea escuchada, mantienen lectores que aprecian las ideas, el modo de expresarlas y la calidad de la lengua en que se expresan.

II

Tras el final de la dictadura de Juan Vicente Gómez, en Venezuela se produjo una especie de segundo auge del género de la opinión, que se ha prolongado hasta nuestro tiempo (el primer auge se produjo, como en el resto de América Latina, durante los años de lucha por la independencia).

A partir de los años treinta del siglo XX, la prensa comenzó a ocupar un lugar predominante en los asuntos públicos, y con ello surgieron figuras del articulismo muy destacadas, al punto de erigirse algunos de ellos en factores influyentes en el quehacer nacional.

70 años de artículos de opinión en Venezuela es una antología preparada por el Grupo Cyngular, sin ninguna intervención de Banesco. Sus responsables nos han comentado la enorme dificultad que representó escoger los artículos aquí reunidos, porque la primera selección sumaba varios centenares, todos de gran calidad.

La atenta lectura de este libro resulta reveladora, no solo por la diversidad ideológica y estilística, sino también por el carácter poliédrico de los temas, que no se limitan a las cuestiones políticas, como podría estimarse.

El conjunto resulta representativo del hervidero, de la multitud de materias que son la savia del país y que conviven en la esfera de la opinión, en busca de ciudadanos que se interesen y se pregunten si tales argumentos son o no legítimos y, en caso de que lo sean, comentarlos o compartirlos con otro lector. Porque de eso se trata justamente la opinión pública: de un espacio efectivo, real y vivo, en el que alguien escribe sus opiniones y las pone en circulación, de modo que cada uno de nosotros, los lectores, nos interroguemos, aprobemos o nos opongamos a esas afirmaciones.

El artículo de opinión como género tiene un atributo: no se desconecta del mundo. Al contrario, su vocación es la contraria: estar presente en el desenvolvimiento de las distintas realidades del devenir social. Así, el articulismo de opinión se ofrece ante nosotros como una de las evidencias, quizá una de las más reveladoras, del estado del periodismo, del estado de la sociedad y del estado de las libertades.

Juan Carlos Escotet Rodríguez

FUNDADOR Y PRESIDENTE DE BANESCO INTERNACIONAL

Nota del editor

La prensa no tiene mucho éxito en decir a la gente qué tiene que pensar, pero sí lo tiene en decir a sus lectores sobre qué tienen que pensar.

Bernard Cecil Cohen, 1963

Desde tiempos inmemoriales los artículos de opinión han servicio para comprender la naturaleza de un medio de comunicación. Por su variedad de temáticas, puntos de vista, calidad de la escritura, y ecuanimidad frente a la intolerancia que crece en el mundo, entendemos quiénes son sus dueños y cómo piensan. Alex Grijelmo, el gran periodista español que escribió el libro de estilo de *El País* y fue director de la agencia de noticias EFE, lo dice de esta manera: «Del estilo de sus artículos y editoriales, podremos deducir cómo afrontan la realidad y las transformaciones sociales los dueños y responsables de esa publicación». Absolutamente cierto.

Hay medios de comunicación que eliminan los artículos de opinión de sus páginas, para evitar los problemas con marcas comerciales, servicios gubernamentales y tendencias políticas. Hay medios que se quedan sin editoriales, su gran tribuna para opinar sobre el país, y resguardan la mancheta, esa notable ventana mínima que con inteligencia y humor supo desarrollar genialmente Miguel Otero Silva en las páginas de *El Nacional*. Hay medios como *La Jornada* de México, que tuvo un director mítico, Carlos Payán. Conversaba con quienes se proponían para escribir opinión y les preguntaba qué ideas deseaban desarrollar. Cuáles eran las problemáticas que les angustiaban. De qué forma querían proponer sus ideas. Parece mentira, pero con ese método se quitó de encima mucho voluntarismo que en el fondo no tenía nada que decir y que quería figurar.

Tuvo América Latina una serie de próceres que hicieron del periodismo una de las cumbres de las ideas y del idioma. Eran cronistas, pero también opinadores que publicaban sus textos en medios legendarios. José Martí, Rubén Darío, Manuel Gutiérrez Nájera, Enrique Gómez Ca-

rrillo, César Vallejo, por citar algunos que sentaron las bases de la literatura y expresaron sus ideas controversiales en un continente siempre convulso.

Todas las grandes firmas de la literatura latinoamericana de los años cincuenta y sesenta escribieron sus ideas en artículos de opinión. Gabriel García Márquez, Mario Vargas Llosa, José Donoso, Octavio Paz, Carlos Fuentes, Juan Rulfo, Elena Garro, Victoria Ocampo, Clarice Lispector y Augusto Roa Bastos debatieron grandes ideas que se abrían paso por América. Así como generaciones más recientes: Juan Villoro, Martín Caparrós, Leila Guerriero, Alberto Barrera Tyszka, Héctor Abad Faciolince, Juan Gabriel Vásquez...

Por todo este contexto, resultaba imposible que nuestra antología de géneros periodísticos no tuviera un volumen sobre la opinión. Los setenta años que hemos incluido arrancan en 1954 y finalizan en 2022. Un arco harto estimulante para medir la evolución de la opinión periodística en el país.

Como siempre resulta pertinente aclarar, no es una antología que persiga la totalidad de los materiales existentes. Sería imposible incluir en un volumen semejante aspiración. Por eso me gusta aclarar que aquellas debilidades observadas en la selección me pertenecen. Así como le pertenecen a Banesco y a los colaboradores los aciertos que este libro sea capaz de contener.

Verlo hoy organizado cronológicamente se convierte de inmediato en una felicidad editorial. No fue sencillo conseguir los textos, como es habitual, cuando tantas bibliotecas han cerrado sus puertas. Cuando levantamos la vista en el horizonte de lo que fue Venezuela en otra época, reconocemos que la nostalgia es la mejor relación que podemos tener con el pasado.

Sergio Dahbar

Prólogo a Mallea: la celeste esfera y las proliferaciones de la novela

Mariano Picón Salas

Cuando se quiere juzgar la obra de un novelista como Eduardo Mallea la primera cuestión que nos asalta es la variedad y bizarría del extenso territorio literario que en nuestro siglo se llama novela. Digo en nuestro siglo porque los confines del género y sus normales fronteras se establecerían mucho mejor en el tiempo de Balzac y Flaubert; patéticas peripecias personales ejemplarizadas en muy singulares tipos humanos, desenvueltas en movido orden sucesivo para entretener o apasionar al lector, culminando en final dramático o inesperado y presentadas —de acuerdo con la fórmula flaubertiana— con la mayor objetividad. El novelista era una especie de demiurgo que lanzaba a sus criaturas a los más enrarecidos lances y trances del mundo, tratando de ocultar su propio testimonio y dejándolos sumidos en una vida cruel, conflictiva, sensual o miserable.

¿Pero pueden cubrirse dentro de ese esquema, obras como el *Ulyses*, *Orlando*, *Mrs. Dalloway*, *Dr. Faustus* o *La montaña mágica*? El hombre del siglo XX ya no parece contentarse con aquel tipo de narración que llegó a sus cúspides en el arte de Flaubert y junto al nudo del relato intercala un crecimiento material teórico, polémico o discursivo. Entre la novela y el ensayo en el límite más alto, y el reportaje en el límite más bajo, hay ahora una frontera mucho más fluida que en los días de *Madame Bovary*. El hombre de las más significativas novelas del siglo XX no se contenta con actuar y vivir porque también quiere explicarse y explicársenos. Un factor de utopía, de mundo construido con hipótesis científicas o sociológicas —como en Huxley o en Hermann Hesse—, de más acusada temporalidad histórica —como en Malraux o en Martín du Gard— o de fundamentación teorética de la vida impregna, contra la misma y tradicional esencia del género, el campo de la novela. Dilatando sus límites

«En grandes teorías políticas o místicas particulares del universo envuelven su febril acción, su casi continuo clima de delirio, los estudiantes chinos que pintó magistralmente Malraux en *La condición humana*».

Mariano Picón Salas

expresivos, la novela sufre una metamorfosis comparable a la que sufrió la epopeya en los comienzos de la Edad Moderna, cuando los grandes poetas de Italia agregaron a lo épico-legendario una nueva dimensión de lirismo e intimidad. Todavía llamamos novela lo que acaso será un género distinto, así como los italianos del siglo XVI llamaban «epopeyas» las obras de Ariosto y Tasso.

Mas para el hombre avisado de hoy la acción novelesca no se hace válida sin un fundamento mayor que el de la intriga o verosimilitud de los caracteres. Y es este «mensaje» que atribuimos a la novela lo que acaso fija ahora el límite entre lo literario y lo que está fuera de la literatura; entre una obra de Thomas Mann y una novela policial o confiadísima narración del *Saturday Evening Post*. En grandes teorías políticas o místicas particulares del universo envuelven su febril acción, su casi continuo clima de delirio, los estudiantes chinos que pintó magistralmente Malraux en *La condición humana*. Hay una peripecia de la teoría que asume para el hombre de nuestra época tanto o mayor dinamismo que los conflictos emocionales de Emma Bovary o los cálculos, entremezclados de pasión laberíntica, de un Julián Sorel para los novelistas del siglo XIX. Y en esta

época en que paradójicamente se ha buscado la asepsia y autonomía de todos los géneros —poesía pura, pintura pura—, nada sería más difícil que hablar de la «novela pura». Fue la novela como la última caja de sorpresas, con material heterogéneo como el de las cajas de sorpresas, de un mundo que no quería sorprenderse de nada.

No sé si un retórico pudiera hablar, por eso, de la crisis de un arte tan antiguo como la imaginación y la conciencia del hombre que es el sencillo y milenario arte de contar. En el segundo libro, capítulo XIV, del *Persiles* de Cervantes, Mauricio dice a Transila mientras escucha las accidentadas aventuras y desventuras de Periandro: «Apostaré que se pone agora Periandro a describirnos toda la celeste esfera, como si importase mucho a lo que va contando, al declararnos los movimientos del cielo». Y con frecuencia el lector contemporáneo de novelas da en ellas con esa «celeste esfera» de la metáfora cervantina que puede ser la técnica musical en el *Doctor Faustus*, el ocultismo y simbología religiosa en *El juego de los abalorios* de Hermann Hesse, la política en toda una inmensa familia de realistas. Se tiene la impresión de que el solo hecho de contar o desencadenar una intriga no es ya suficientemente serio y debe legitimarse con ideas y sistemas intelectuales. El personaje pasa a ser como en Sartre un pretexto para el juego dialéctico, una reducción *ad absurdum* de la aventura humana al estilo de Kafka, un síntoma o una situación sociológica.

Confieso que cuando leí algunas de las novelas de Mallea, como *Fiesta en noviembre* o *La bahía de silencio*, inquirí si la demasiada conciencia intelectual de estas obras no recargaba un poco su pura sustancia novelesca. Parecía haber allí demasiadas ideas, demasiada discusión de problemas que asaltaban la narración desde otra comarca discursiva, crítica o erudita. Quisiéramos a veces que los personajes fuesen menos inteligentes, estuviesen menos informados de artes, letras y filosofía, para entregarse con más libre pasión o turbia ceguedad a los lances de su vivir. La misma cultura era como otro riguroso traje de etiqueta que impedía el desenfadado movimiento del alma, al modo como trazaban su tremenda o diabólica parábola los personajes balzacianos o dostoyevskianos. Entre el impulso y el obrar mediaba esta interferencia de teorías adquiridas, de pensamiento o simple convención fiscalizadora. (Puede haber también una «convención» del intelectual, de índole diferente a la burguesía o de los grupos tradicionalmente llamados convencionales. Hemos conocido gentes que dejaron de creer en Dios para creer en el psicoanálisis y no tenían la menor duda acerca de la absoluta perfección

de su secta política). Y un novelista como Mallea parece haber sentido patéticamente este disparadero de la novela contemporánea cuando, desde una obra aquilatada, tan refinadamente huxleyana —al modo del Huxley juvenil de *Contrapunto*— como *Fiesta de noviembre*, llegó después a la más sobria y desgarradora verdad novelesca de *Los enemigos del alma*. Si sus primeras obras parecen fundir géneros aparentemente distantes como el de la novela y el ensayo, en las últimas el *pathos* de la tragedia misma absorbe lo discursivo: libros como *Todo verdor perecerá* o *Los enemigos del alma* cuentan entre las más logradas creaciones trágicas de la nueva literatura hispanoamericana.

El reflejo o la convulsión que las inflamables ideas de la época producen en todo un angustiado linaje de almas y la búsqueda de nuevos valores éticos para orientarse en el laberinto, ha sido otro anhelo constante de su obra literaria. Y por ello muy inteligentemente un filósofo como Francisco Romero comparó la *Historia de una pasión argentina* con una especie de *Discurso del método* en que el artista, analizando el criterio de autoridad, los dogmas y convenciones que lo precedieron, se coloca en una soledad tan fría y dura como la caverna invernal en que se refugió Descartes. Allí, acosado aún por el clamor y la polémica del mundo, solo tendrá el asidero de su propia conciencia, su yo estremecido para comenzar a buscar la verdad e iniciar el combate contra los ídolos engañosos. Inicia entonces una historia, una forma de relatar que, coincidiendo con la de los maestros europeos del siglo XX, es particularmente argentina en cuanto el conflicto no es solo de ideas universales sino de hombres sometidos a otra contingencia telúrica. Aunque a veces sus personajes nos parezcan tan sabios y avisados como los de Huxley o Virginia Woolf y no puedan liberarse de cierto narcisismo de la cultura, la esperanza de una empresa por hacer, lo frustrado, retenido y todavía no hecho que vive en el subconsciente del hombre hispanoamericano, marca en estos libros su peculiar desasosiego. El hombre hispanoamericano o argentino tiene aún la intranquilidad de sentirse en la víspera de tratar de ajustar un sistema de ideas transmitidas o foráneas a su situación histórica. Un libro como la *Historia de una pasión argentina* es así, batalla interior como lo fue desde otro plano y otro camino del razonar el *Discurso del método*. Y debe agradecerse a novelistas de la edad de Mallea su búsqueda, para lo particular de su país, de una visión más amplia que la de la vieja tipología rural o aquella que sostuvo durante mucho tiempo la armazón del relato vernáculo. No solo porque él es un novelista con ideas y ha viajado y

aprendido en el ancho y complejo mundo, sino también porque sus tipos urbanos ya no son los característicos del paisaje y situación que describe como los antiguos héroes de la literatura gauchesca.

La «esfera celeste» –volviendo a la metáfora cervantina–, el abundante material discursivo de algunas de las novelas de Mallea, es quizás una condición de su misma y elaborada complejidad. No es solo el juego de vida, sino también su motivación lo que importa al novelista. Y este «más allá de la acción» o drama de existencias, que como frutos arrugados y dispersos por la ventisca no alcanzaron a madurar, y vagaron o padecieron por el mundo sin encontrarle un sentido –como el libro dedicado y admirable *Todo verdor perecerá*–, es lo que da a esa categoría la instancia de problema. Cada tiempo se expresa sobre el género literario que necesita. Y no es un hecho casual que lo puramente narrativo, en algunos grandes novelistas de nuestra época, se aproxime al ensayo. A diferencia del personaje de hace un siglo, al de hoy no le basta presentarse como el soneto de Félix Arvers: «*Mon âme a son secret; ma vie a son mystère*». En nombre del rigor intelectual, del psicoanálisis o de las ideologías en general, acaso preguntaríamos al autor del nocturno soneto en qué estriba semejante misterio. Y desde un ángulo universal de la crítica y particularmente desde la mirada del argentino o hispanoamericano, los libros de Mallea –como hemos visto– nos ofrecen un casi turbulento repertorio de situaciones y problemas.

***El Nacional*, 25 de julio de 1954**

El garbo de la Garbo

Alejo Carpentier

Ciertas tardes —nos contaba recientemente un conocido periodista norteamericano—, una mujer vestida de negro, con los ojos ocultos tras de cristales ahumados, suele presentarse en el Museo de Arte Moderno de Nueva York, dirigiéndose calladamente al salón de la cinemateca donde Luis Buñuel trabajó durante varios años. Allí, aprovechando las horas vespertinas, de escaso público, pide que se le proyecten películas de Greta Garbo. Los empleados, discretos, enterados del secreto, se apresuran en complacer a la visitante. Saben que es Greta Garbo la mujer vestida de negro que tanto se interesa por las películas de Greta Garbo.

Hay algo de enternecedor en ese ritual, que permite a una de las figuras más extraordinarias que haya producido el arte cinematográfico mundial evocar ante las imágenes su arte y su juventud. Pero, si Greta Garbo sigue viviendo sus películas ante los ojos emocionados de la propia Greta Garbo, también ha vuelto a vivirlas para el público. Recientemente, un gran circuito cinematográfico volvió a poner en circulación, como si se tratara de una creación reciente, *La dama de las camelias* de la incomparable actriz. En París, una proyección de *La reina Cristina*, ante un público de jóvenes que no habían nacido cuando fue estrenada la película hace más de veinte años, despertó un entusiasmo tal que la prensa señaló el caso. Debemos reconocer, en cambio, que el intento de volver a presentar ciertas películas de otras estrellas del pasado dio un resultado absolutamente negativo —cuando no risible— ante los espectadores actuales. Transcurren los años y la personalidad de Greta Garbo se agranda en nuestro recuerdo. Es, con Charles Chaplin, de las muy pocas figuras de los tiempos heroicos del cine que resisten el paso del tiempo. Debe reconocerse que no hubo reina más regia que Greta Garbo, decía un crítico francés, después de haber admirado su actuación en *La reina Cristina*, producción de muy pobre argumento que ha perdurado y resiste el examen de las gentes hoy, gracias al encanto casi mágico, al «duende»,

a la aureola de fascinación que esa mujer poseyó como ninguna... Por una lamentable paradoja, el séptimo arte se vio dotado de los intérpretes más extraordinarios cuando su técnica estaba todavía en pañales. La resurrección de Gloria Swanson en *Sunset Boulevard* nos puso en presencia de ese hecho, que ahora se demuestra, con mayor elocuencia que nunca, en las películas de Greta Garbo recientemente presentadas.

Hay algo de enternecedor y melancólico, a la vez, en el ritual vespertino de la estrella que va a contemplar, con la emoción que se adivina, sus propias actuaciones, en la cinemateca del Museo de Arte Moderno de Nueva York. Pero si es cierto que en ellas encuentra la viviente y siempre renovada imagen de su talento y de su juventud, le queda la satisfacción de saber que, después de haber atravesado victoriosamente una etapa capital de la historia del cine, ha vuelto a ser la Greta Garbo de siempre, encarnación de lo eterno femenino, para las generaciones nuevas.

***El Nacional,* 11 de mayo de 1955**

Dos siglos y medio: Franklin

Juan Francisco Reyes Baena

A **muy pocos hombres les es dado realizar armoniosamente** el supremo ideal de que su vida práctica se corresponda exacta y sinceramente con su concepción teórica del mundo y de sí mismo, tanto como que el esquema teórico de su existencia sea el resultado de sus propias experiencias personales. Es entonces y solo entonces cuando se puede gozar de la inmensa y rara felicidad de pertenecerse a sí mismo, de dominarse a sí mismo, de vencer todos los obstáculos que el egoísmo vulgar coloca entre un hombre y los seres que lo rodean. Es el principio de toda serenidad, del máximo equilibrio interior, del don maravilloso de la acción oportuna, de la eficiencia social, de la dicha doméstica, del éxito público. Fue así como Benjamin Franklin construyó su sistema moral, elaboró su programa de profundo contenido ético, fabricó sus triunfos científicos, sufrió y gozó su densa actividad política. En la pugna contra los vicios no vale menos que la voluntad de combatirlos una noción clara y resplandeciente de la virtud. Pero no se llega a la virtud por el camino de la inhibición y el disimulo. Se la alcanza en el trajín cotidiano de la lucha y del trabajo. Se la cincela y hasta se la decora a fuerza de duras, amargas y a veces crueles pruebas de sacrificio y varonilidad.

Así la vida de Benjamin Franklin, la vida de quien, hijo de inmigrantes ingleses, hijo de familia de artesanos, nació en Boston hace hoy precisamente doscientos cincuenta años. Tuvo dieciséis hermanos, circunstancia que explicaría bastante del carácter y de las incidencias de la trayectoria de este insigne norteamericano que a los dos siglos y medio de su día natal sigue iluminando el corazón de los hombres de bien, continúa inspirando a la gente de buena voluntad hacia un destino donde la hidalguía, el amor patriótico, el trabajo y la convivencia sean los estímulos imprescindibles de la felicidad colectiva.

Franklin escribió la primera parte de su autobiografía en forma de carta para un hijo suyo. La segunda parte, dirigida al público, la hizo a

petición de un amigo. Como Rousseau, Franklin había leído varias veces y ya desde la infancia las *Vidas paralelas*, de Plutarco. Después, el *Ensayo sobre el entendimiento humano*, de Locke; *El espectador*, de Addison; los *Hechos memorables de Sócrates*, de Jenofonte, así como el *Ensayo sobre los proyectos*, del autor de *Robinson Crusoe*, y Cotton Mather con su *Ensayo sobre los medios de hacer bien*, formaron el cuadro de excitación espiritual para un hombre que dice no recordar que no sabía leer. Había aprendido demasiado temprano. La primera lucha interior de Franklin tiene que librarla al choque de sus personales inclinaciones con el deseo de su padre de hacerlo clérigo. Aspiraba el niño a hacerse marino. La atracción del mar era para Franklin de una mortificante obsesión. Su padre aplica en Benjamin un correcto sistema de enseñanza vocacional. Lo pasa por varios talleres en calidad de aprendiz. Y así lo hace ensayar de cuchillero, hojalatero, carpintero, herrero, modelador. Franklin termina siendo impresor. De muy antiguo le venía la propensión a la artesanía. De muy adentro la afición a la lectura, la pasión por aprender, el propósito de ser útil.

Como impresor, y extendiendo sus actividades a múltiples objetivos, Benjamin Franklin presta a su país servicios básicos. Escribe clandestinamente en el periódico de su hermano; después lo hace con su firma; participa así en la fundación de los primeros diarios norteamericanos y es factor de aliento incomparable en el progreso de las artes gráficas. Se ingenia para inventar modalidades, tipos y máquinas de decisiva importancia para la buena marcha de la imprenta en Estados Unidos. Dirige una red de periódicos. Combate como escritor. Funda juntas de ciudadanos para el bien público. Establece las bases de la Academia de Filadelfia, ciudad donde había fijado su residencia casi adolescente todavía y desde la cual prestó a Norteamérica el contingente de sus valiosas iniciativas políticas y culturales. Convencido de que solo una economía particular debidamente poderosa, saneada y correctamente dirigida es capaz de proporcionar la independencia necesaria para hacer todo el bien que queramos, va adquiriendo una fortuna apreciable. Mas se hace rico mediante el trabajo, que ninguna otra forma hubiera acomodado a su temperamento ni a su recia y luminosa conciencia moral. Tuvo de ese modo que ser tipógrafo, redactor, impositor y pregonero de su periódico. Muchos fueron los reveses que embistieron contra la voluntad y la sensibilidad de Benjamin Franklin. De tres episodios fundamentales extrae aquel ingenuo, maravilloso e inflexible *Código de moral* que, para su salvación, la de su patria y la de mucha parte de la humanidad elaboró

en alta mar, sobre la cubierta, siendo aún muy joven. Era la orientación definitiva para el resto de su vida.

El disgusto que en Boston tuvo con uno de sus hermanos, el cual obligó a Franklin a irse de la casa y dirigirse a Filadelfia; el hecho de haber dispuesto de una cantidad de dinero que le habían encargado cobrar a un deudor de un amigo suyo; el desliz cometido contra otro amigo a cuya querida aspiró seducir, fueron las tres circunstancias que en el espíritu de Franklin crearon el germen de un arrepentimiento que cambió absolutamente su régimen de vida. Desprendido de la influencia perniciosa de algunos de sus más allegados, incorregibles bohemios o mentirosos administradores públicos, Franklin rehace su existencia. Aquel *Código de moral* era una verdadera matemática del bien, una geometría de la felicidad, elaborado sobre la definición de los siguientes principios: templanza, silencio, orden, resolución, economía, trabajo, sinceridad, justicia, moderación, limpieza, tranquilidad, castidad, humildad. En el cumplimiento y desarrollo, depuración y perfeccionamiento de esos principios, Benjamin Franklin se convirtió en el más escrupuloso de los hombres. Diariamente apuntaba los pormenores más insignificantes de su vida con relación a esos principios, en una especie de contabilidad o teneduría de libros de sus actos y de sus pensamientos.

El almanaque fue un género de publicaciones muy usado en la época de Franklin. El *Almanaque del pobre Richard* tituló Franklin el publicado por él durante 25 años; contenía informaciones de toda índole, consejos, recetas, proverbios. En 1757 Franklin reunió en un solo número todas las normas morales aparecidas en las ediciones del almanaque.

Con un fervor casi religioso por la moral personal entra al campo de la lucha política. Robustecido su ánimo por tantas experiencias, asegurado su porvenir económico, con un hogar cuya felicidad descansaba en el mutuo respeto y en la comprensión amorosa, Benjamin Franklin participa en la Asamblea de Pensilvania durante varios años; desempeña el cargo de Administrador de Correos de Inglaterra en Filadelfia; hace de Agente de Pensilvania y de otras Colonias en la Metrópoli; discute, escribe, dice discursos, celebra conferencias, cuando los diferentes conflictos por motivo de la ordenación de impuestos sobre papel sellado, o sobre el té u otras diversas mercancías comenzaron a delinear la ruptura de las trece colonias con la madre patria.

Correspondió a Franklin la gloria de ser precursor de la independencia de su patria. Fue el proponente del primer proyecto para formar la Unión

de las Colonias; participó en las contiendas militares; redactó más tarde los puntos esenciales que inspirarían la declaración de independencia; participó también en la redacción del informe que definitivamente utilizó Jefferson para la elaboración del acta de independencia de Estados Unidos; le tocó igualmente rematar el proceso de separación al conseguir los tratados de alianza comercial y política con Francia y otros países europeos, así como el de 1783 por el cual Inglaterra reconoció la independencia de sus colonias norteamericanas. No había nada que inspirase o condujese al bienestar de su patria que no llevase el sello de la inspiración y la influencia de Franklin.

Dominó la ciencia hasta arrancar a la naturaleza íntimos secretos. La posesión de idiomas como el francés, el latín, el italiano y el español le permitieron profundizar en los conocimientos más disímiles, pero más decisivos para sus descubrimientos científicos. Descubre que en igual latitud, la temperatura de la parte inmóvil de las aguas marinas es más baja que la que está en movimiento; contribuyó de esta manera al progreso de la navegación. Perfecciona el sistema de chimeneas creando una estufa más eficaz y económica. Determina la naturaleza del rayo y de las leyes de la electricidad, llegando hasta la invención del pararrayos.

Ochenta y cuatro años vivió Benjamin Franklin. En su testamento dejó legados para las escuelas donde aprendió las primeras letras y los rudimentos de artesanía; otro legado para hacer navegable el río Schuylkill.

Hizo donación de buena parte de su fortuna a Boston y Filadelfia para que fuera aprovechada en la colocación de aprendices jóvenes y todas sus acreencias las dejó a favor del Hospital de Filadelfia. A Washington le dejó su hermoso bastón, «cuyo puño de oro, esmeradamente trabajado, representa el gorro de la libertad». A la muerte de Franklin, el Congreso decretó que todos los habitantes de Estados Unidos llevasen luto dos meses; en Francia, Mirabeau hizo su panegírico y la Asamblea Nacional llevó duelo por tres días. Amigo de Lafayette y de La Rochefoucauld, cultivó también a Voltaire, quien al abrazar a Franklin exclamó: «Dios y libertad», únicas palabras, decía el gran ironista francés, con las cuales puede ser saludado este norteamericano que ya pertenece al mundo.

Inclinado al amor, en cuyas lides tuvo no pocas escaramuzas, aun bastante entrado en años, Franklin dedicó un buen tiempo de su vida en París a asediar galantemente a la viuda de Helvencio, a quien dedica una fantasía llena de sarcasmos y alusiones incisivas como desahogo al desaire con que lo castigara una de sus más bellas y fieles admiradoras.

En el epitafio que escribió en la tumba de sus progenitores Franklin apuntó acerca de su padre que fue un hombre «piadoso y prudente»; de su madre, que fue «discreta y virtuosa». Para él, a los veintitrés años había ya escrito lo que debía ser su propio epitafio: «Aquí yace, pasto de los gusanos, el cuerpo de Benjamín Franklin, como el forro de un libro viejo descosido y ajado, pero la obra no se perderá, pues ha de reaparecer como él lo espera en una nueva edición, revisada y corregida por el autor».

***El Nacional*, 17 de enero de 1956**

Un chelín de oro

Augusto Mijares

Es una peculiaridad muy reveladora que la palabra «ajusticiar» signifique solamente castigar —y nada menos que castigar— con el último suplicio.

Cuántos, en la historia de la humanidad, fueron sacrificados contra toda justicia y se dice sin embargo que fueron ajusticiados.

En vano filósofos y jurisconsultos hicieron de la justicia una diosa armonizadora; el hombre común y corriente, quizás guiado por una cruel experiencia, no recordó de la justicia sino el terrible atributo de infamar y matar. Nadie dirá «ajusticiar» si a alguien se le hace justicia premiándolo según sus méritos o reconociéndole los bienes que legítimamente le corresponden. Diríase que jueces y soberanos solo se sintieron justicieros al pegar y hacer sufrir, y vasallos y ciudadanos llegaron a no esperar otra cosa de la justicia terrenal.

En muchos otros idiomas existen expresiones análogas, con el mismo sentido, y en francés se llamaba *seigneur haut justicier* —qué irrisión— solo al que podía llevar a la horca.

Divagaba acerca de estas peculiaridades humanas a propósito de un rasgo del general Soublette que recientemente he podido conocer por documento que me ha procurado el Dr. Isaac J. Pardo, exquisito amigo, biznieto del prócer.

Desde luego que al nombrar al general Soublette ya los venezolanos supondrán que, solo por contraste, recordé la sangrienta sevicia de codiciosos ojos con que los hombres han sustituido a la diosa vendada. Muy diferente de la justicia que por otra vertiente se derrama hacia la más depurada bondad fue siempre la justicia del general Soublette.

Pero en el caso concreto que voy a comentar estuvieron en conflicto la justicia bondad, que en él era hábito y convicción, y, de otra parte, la justicia de su orgullo herido, la justicia de su cólera. Y esa lucha en la cual el prócer tuvo que sumergirse durante toda una noche es lo que le da al episodio un sabor especial de leyenda o de poema.

Soublette era ya octogenario —el documento es una carta suya fechada el 29 de julio de 1869— y era ministro de Guerra, pues, aunque el gabinete al cual pertenecía había renunciado, no fue sustituido sino el día 31. Por lo demás, Todo lo sucedido está narrado en la propia carta, que dice así:

Julio 29, 1869, 7 ½ am
Mi querido compadre:
Tuve anoche la fatalidad de impacientarme con un peón del Telégrafo, hasta el grado de echarlo a empellones de mi casa, y doy gracias a Dios de no haberlo hecho peor. Impulsos tuve de echarlo a patadas. Hágame U. pues el favor de imponerse de quien sea ese peón, a quien enviaron con un parte para el ministro de Guerra anoche a las 9 h., y excúseme con él, dígale que siento la mortificación que le hubiese causado, dele un chelín de mi parte en reparación de esa mortificación, y que me perdone como yo lo he perdonado a él. Dispense esta molestia más a su amigo y compadre que lo estima,
—Carlos Soublette

Apenas disimula el estilo que, a esa hora —siete y media de la mañana—, el anciano general estaba tan irritado como en la noche anterior; que todavía parece considerar como lo más justo haber echado a patadas al peón que lo encolerizó; «que me perdone como yo lo he perdonado a él», advierte. Diríamos que al excusarse no lo hace por justicia, sino por otros sentimientos sutiles: porque lo humilla verse impacientado ante un inferior y lo avergüenza haber castigado a un indefenso.

Sentimos como si ese chelín que le manda a entregar hubiera estado entre sus manos toda la noche. A ratos estrujado por la cólera. A ratos acariciado por la paciencia y la reflexión que luchaban por imponerse. Y porque al fin estos sentimientos superiores fueron los que dejaron su simbólico brillo en aquella moneda, es por lo que la he llamado chelín de oro.

Recordemos que el general Soublette había vivido todos los horrores de la guerra emancipadora, desde los primeros combates a las órdenes de Miranda. Pero ni las crueldades y su pimiento de tantos años habían encallecido su espíritu ni lo habían amargado.

Y para mantener esa línea, que es el surco inflexible de su carácter, luchó contra todo. Nos narra Gil Fortoul:

Los periódicos derraman sobre su nombre dicterios y calumnias, pero él no rompe el silencio de su honradez y juzga indigno responder al insulto. Los mismos periódicos llegan en un momento de delirio a acusarlo —a él, no menos insospechable que el Dr. Vargas— de apropiarse de las rentas públicas, siendo que, cuando termina su periodo presidencial, vende su casa de habitación para pagar deudas que la insuficiencia del sueldo lo obligó a contraer en el Gobierno, Y como esto no bastase para satisfacer a los acreedores y se retardase la venta de unas cabezas de ganado que constituían lo mejor de su fortuna, un acreedor lo demanda en juicio. El abogado de Soublette, sin consultarle, pide espera; Soublette lo desautoriza diciendo que su nombre no ha de asociarse a una ley que cree inicua; vende su ganado a diez reales la cabeza y se queda pobre y muere pobre.

Podrían comentarse con pesimismo y amargura esas injusticias, pero con mejor razón deberíamos reflexionar en que, de aquellos insensatos que quisieron mancharlo, nada queda hoy, en tanto que sus propios dicterios sirven para glorificar al intrépido republicano.

Durante su segunda presidencia un miserable liberalista, que sin duda consideraba buen negocio ganar notoriedad insultándolo sin riesgos, llegó hasta lanzarle este amenazador equívoco: «Recordad, general, que habéis nacido para morir en alto puesto, pero no para vivir en él».

La posteridad podría fácilmente invertir, para honrar a Soublette, el juego de palabras de su atrabiliario detractor y proclamar que, cuando murió, aquel general pasó a vivir en altísimo puesto dentro de la tradición republicana de Venezuela.

Y si a su severa figura histórica quiso negarle el antagonismo partidista las dotes de la simpatía y la espontaneidad —igualitarismo teatral, que llaman democracia—, su confrontación con el anónimo peón que lo irrespetó es, ya próximo a su muerte, como una mano que él tiende hacia todo el pueblo venezolano. En realidad nunca había fallado en el inflexible luchador el gesto democrático y comprensivo, pero en aquel caso adquiere sabor de romancero: porque su mano, que se desnuda de la cólera como de un guante, vale tanto —por leal, generosa y valiente— como la del Cid.

***El Nacional*, 29 de enero de 1956**

La expresión de la angustia en Italia

María Zambrano

La angustia parece ser la revelación de esta posguerra, pues no basta que algo exista en el corazón humano: para que sea conocido ha de tomar carta de identidad. Y como las ideas, también los sentimientos o estados de ánimo alcanzan su vigencia.

No se trata de un descubrimiento, pues como es sabido fue Kierkegaard quien verdaderamente la descubriera, quien partió de ella al modo de los filósofos en su intento de conocimiento del hombre; conocimiento hacia sí mismo, más aún que de sí mismo. Ese conocimiento irreductible al de «las cosas» en que el sujeto y objeto son el mismo y, por ello, la relación entre los dos en verdad un nuevo uso de la razón.

Mas, como suele suceder, el descubrimiento de Kierkegaard no fue acogido inmediatamente en la filosofía. Penetró antes en ciertos autores alcanzados en rebeldía contra ella, como don Miguel de Unamuno. Ha sido la llamada filosofía existencialista, especialmente Heidegger —quien no acepta para su pensamiento tal determinación—, la que ha dado a la angustia su actual vigencia.

En la expresión literaria y poética, angustia... sin duda que la hubo siempre, mas pasaba casi irreconocible, ya que es el pensamiento el que hace existir las cosas al definirlas. Lo que no ha sido definido aún, pasa casi desapercibido.

Quizá haya habido epidemias de angustias en otras épocas, como la hay en la nuestra según se desprende de ciertos textos literarios, lo más representativo, sin duda de nuestro tiempo. Representativo y casi siempre logrado literariamente, pues la gracia de la expresión suele acompañar la necesidad. Mas si las hubo, no lo sabemos. Sabemos del terror del año 1000; sabemos del temor epidémico inspirado por las brujas que han sacudido en diferentes momentos nuestra civilización racionalista, con

«Todo está maldito; la naturaleza y sus frutos, el aire y aun la luz que se siente manchada, turbia. Se adivina que el cielo pesa y que la luz se coagula al entrar en la atmósfera de la peste. ¿Adónde ir?». ***María Zambrano***

su enfermedad secundaria o quizá principal: la sospecha y esas rachas de crueldad que más que efecto parecen ser causa de las guerras de religión; sí, podríamos seguir quizá enumerando epidemias anímicas, mas de la angustia vivida nada sabíamos. Ahora ya sí.

Entre los diversos textos literarios que revelan la angustia está este de un escritor italiano, R. M. de Angelis: *La peste a Urana* la revela de una forma peculiar. El tema de una ciudad apestada fue la revelación del gran escritor francés Albert Camus en su libro *La peste*, que vio la luz años más tarde. Y anteriormente en el período entre dos guerras apareció en París el extraordinario relato *La peste de París*, de Josef Delteif, profecía de un París invadido por la muerte, de un París blanco y donde la muerte invisible paralizaba todos los centros vitales.

Había de surgir forzosamente al rango de la expresión literaria el tema de una ciudad invadida por la peste en un mundo como el nuestro. Pues nuestra cultura —cuando había logrado el máximo respeto para el individuo elevado al rango de protagonista de las leyes, de la moral y hasta de la religión— se ha visto sacudida por grandes fenómenos en que la colectividad es el sujeto.

Y así la angustia, descubrimiento de la teología protestante, o sea de una religión estrictamente individual, aparece hoy con todos los caracteres típicos de lo colectivo, aun ese extremo de ser una epidemia, algo que se contamina con solo respirar. Pero esta angustia contagiosa, esta impureza, puede ser, sigue siendo, la angustia descubierta en el ámbito espiritual de la teología protestante (¿Kierkegaard, Heidegger?). La angustia que es el ángel ambiguo del individuo, su soledad irreductible, allí donde a solas bajo su Dios inaccesible o a solas «entre el ser y la nada», se revela no solo en lo que tiene de irreductiblemente humano, sino de incanjeable, de único. La angustia es la pasión del individuo en su esencial destino y en ese sentido su ángel guardián; el tormento que lo empuja hacia su logro. ¿Cómo puede aparecer en forma colectiva, atmosférica?

¿La angustia expresada por Jean-Paul Sartre y por Albert Camus es, sigue siendo angustia? Hay algo para responder afirmativamente y es la situación de soledad total, en que el hombre vive —yace, más que vive—. Es la angustia que corresponde a un eclipse de Dios, a sentirse vivir sin respuesta, a tener que decidir, querer o rebelarse antes que a «esperar». El hombre no cuenta más que consigo mismo. Y tal soledad es vivida conscientemente.

Es, pues, angustia. La situación es colectiva porque un inmenso horror —un mundo cerrado de pronto al porvenir— ha llegado a llenarse de vacío. Cerrado el futuro el hombre cae en la nada. De ahí que en los dos escritores hoy en divergencia, el máximo esfuerzo fuese encaminado a abrir, a perforar diríamos, la muralla que cierra el futuro.

Mas un mundo cerrado al futuro, si es vacío en un modo, es lleno, demasiado lleno, en otro, y de ahí la náusea. Náusea provocada por el aglomeramiento de sensaciones que no pueden unirse en una unidad: náusea de la descomposición circundante y de uno mismo, pues esta desintegración, esta putrefacción de la materia física y psíquica, es lo que se contagia, lo que da asco.

Antes que este horror sobreviniera, en 1929 la *Revista de Occidente* de Madrid publicó un estudio fenomenológico de Aurel Kolnai, «El asco», en que este sentimiento aparece descrito en modo verdaderamente ejemplar... es curioso que ciertos textos aun conocidos no alcancen nunca plena vigencia. Aunque se trata de un estudio netamente filosófico, resto de un cierto sentido profético.

La novela de R. M. de Angelis, *La peste a Urana*, nos revela una angustia aún más ambigua, diríamos, aún más alejada de «la angustia» descubierta

por Kierkegaard. Ofrece la pre-angustia o la angustia sentida desde un estrato mucho más obscuro que el de la conciencia; una angustia no discernida ni definida; una angustia del lleno en un ser humano que rebosa de ella. La angustia como una fuerza primaria posesora es una situación inicial, más bien, que hace recordar la raíz trágica de la vida humana y que lleva al lector a rememorar la situación inicial de Edipo Rey. Mas esta rememoración adviene al final de la novela, cuando el proceso se convierte en explicación.

El argumento es simple, en contraste con el abigarrado mundo en que tiene lugar. El protagonista es un adolescente en el momento —podía ser todo obra de un instante— en que despierta a la vida amorosa. Podía ser la novela toda al revés, el lado negativo de un antiguo rito de virilidad, es decir, lo que adviene en una «iniciación» vivida sin pureza. Y esta impureza corre paralela a la peste en la ciudad, desatada en el mismo momento en que el protagonista conoce «el pecado», en que lo conoce sin que por ello adquiera conocimiento alguno. Inocente e impuro, atraviesa el laberinto de la ciudad poseída por la peste donde todo danza con la muerte. Múltiples personajes representativos de un horror —diríase que pocas especies de horror dejan de estar representadas—: los criminales evadidos y después ejecutados, en su pánico de pobres bestias malignas; las sombrías callejas que albergan a esos seres portadores también de contaminación que son las prostitutas: dos viejas usureras a quienes solo falta el ser tres para ser una imagen de las Parcas; su muerte es el único respiro en esta orgía mortal; unos maniquíes de la tienda de un sastre, criaturas a imitación de la vida, desamparadas en un momento por su padre adoptivo: un ser ambiguo, como si él mismo fuese también la imitación de una criatura humana. Pescados podridos y otros esplendorosos que llevan, sin embargo, el germen de la peste. Sangre y olor de los mataderos; frutos de cuajada luz, y sangre, naranjas, símbolos sin duda de la sangre luminosa que al hombre ha sido negada y que el adolescente muerde mientras juega con sus amigos y morderlos es ya pecado; inocente pecado de avidez vital. La asfixia del ambiente familiar y la asfixia en casa de la «amada», único punto de quietud en este torbellino, eje casi invisible, de este mundo gelatinoso, donde no es posible quedarse quieto ni encontrar un camino, donde todo resbala. Pegados los seres unos contra otros como por una invisible gelatina, invisible mas sensible, casi que parece desprenderse como último fantasma de la lectura de este libro alucinante.

Y en el medio, deslizándose entre este abigarramiento, esta orgía donde todo está ya descompuesto, la historia del protagonista, que es la historia de un ser en trance, en angustia de nacimiento.

Por eso la angustia es continua. Como una tenia sin principio ni fin, parece arrastrarse desde el origen del mundo por la puerta a la cual entramos en este mundo.

El protagonista no ha despertado todavía a la conciencia, no hay respiro ni punto de reposo. No puede haberlo, pues es la conciencia la que hace el vacío, la que crea distancias que permiten ver. La angustia tiene en *La peste a Urana* el carácter de un mal sagrado, de un mal antiguo, anterior a la condición humana. Mas resulta que es la condición humana la que lo ha desencadenado, sin saberlo. Única salida de una maldición total.

Todo está maldito; la naturaleza y sus frutos, el aire y aun la luz que se siente manchada, turbia. Se adivina que el cielo pesa y que la luz se coagula al entrar en la atmósfera de la peste. ¿Adónde ir?

El protagonista huye de la ciudad apestada y se siente ya lejos de sí mismo y de su historia sin sentido, pues aún el naciente amor, presente más por su hueco que por su fuerza, no ha sido el hilo en su laberinto. La peste se ha mezclado allí también desdoblándose: enfermedad, dolor, desfiguración de la belleza de la inocente amada y pecado, con sabor de incesto cometido bajo el mismo techo que la alberga con la mujer extraña a su alma y su enemiga.

Se evade sin casi conciencia de hacerlo de la asfixia y de la traición cometida «deslizándose». Llega a la aldea, donde el agua es fresca, las gentes desbordantes de vida y el aire fresco y puro. Al poco tiempo es invadida por la peste. El protagonista está seguro de sí. Es su fin.

El Nacional, **25 de marzo de 1956**

El alba de la democracia

Arturo Uslar Pietri

El alba del 23 de enero de 1958 quedará en la historia de Venezuela como la realización de un prodigio. Una férrea dictadura corruptora que disponía de los más poderosos armamentos, de los más ilimitados recursos financieros y del más desfachatado descaro para mentir y cometer crímenes de lesa humanidad, se derrumbó en horas, como una torre de arena, ante el empuje decidido de una nación dispuesta a sacrificarlo todo para erradicar de su vida aquella afrenta.

La dictadura había resistido dos importantes tentativas militares, la de los jóvenes oficiales de la aviación y la del Estado Mayor. Podía sentirse más fuerte y confiada que nunca. El régimen de terror imperaba irrestricto. El tirano podía creer que todo había quedado aplastado ante su voluntad omnímoda. Y de pronto, sin que nadie supiera cómo ni cuándo, comenzaron a aparecer papeles mimeografiados y hojas mal impresas en las que centenares de venezolanos distinguidos ponían su firma para pedir libertad, ley y Gobierno constitucional. Allí estaban los nombres de profesionales reputados, de jefes de grandes empresas, de escritores, de profesores, de potentados de las finanzas y de jóvenes maestros de escuela. Comenzó, con asombro, por hacer llamar a algunos de los signatarios para cerciorarse de si aquellas firmas eran auténticas. Todos reconocieron las suyas y las dieron por buenas. ¿Qué había pasado? No era que se hubiera perdido el miedo a los pavorosos castigos de la tiranía, a las torturas, las cárceles y las persecuciones; era que, para decirlo con un venezolanismo, el país se había resteado y estaba dispuesto a afrontar todos los riesgos para poner fin a aquella farsa sangrienta.

No hay precedente en la historia del país de un movimiento semejante. Hemos conocido revoluciones y asonadas dirigidas por determinados grupos, que han logrado éxito gracias a la trama de una conspiración o a la sorpresa de un golpe afortunado. El 18 de octubre de 1945 fue el movimiento de un partido y de un sector del Ejército, al que luego se

sumaron otros. El 24 de noviembre de 1948 fue un golpe militar seco. Pero el 23 de enero ha sido una cosa enteramente singular y diferente. Ha sido la sociedad venezolana en todas sus clases, en todos sus sectores de pensamiento, en todas sus ideologías políticas, desde el arzobispo hasta el limpiabotas, desde el conservador hasta el hombre de izquierda, desde «el pobre en su choza» hasta el señor, la que se alzó como un solo hombre ofreciendo a la metralla el pecho desnudo y el poder moral de su derecho, logrando que se paralizaran con un cierre general todas las actividades, hasta que el tirano, solo, bajo el ultimátum de las Fuerzas Armadas, huyó en la obscuridad de la noche.

No fue este el movimiento de un partido, ni el de un grupo, ni el de una clase, no tuvo ni siquiera un comando central reconocido. Fue más bien como un fenómeno de combustión espontánea, como la reacción de un organismo sano contra un veneno para expelerlo, lo que creó esa maravillosa, inesperada y súbita unidad.

Ya desaparecido el tirano, comienza ahora una difícil y dura tarea, como es la de organizar el país para una vida permanente de libertad, democracia y orden. No será fácil. Habrá que hacer grandes sacrificios y esfuerzos para alcanzarla, habrá que refrenar ambiciones, que limar diferencias y lo transaccional para que pueda levantarse, firme y duradero, el edificio de una democracia estable en la que quepan holgadamente todos los venezolanos y todos los extranjeros que han venido a nuestro suelo.

No es una tarea de un momento de fugaz alegría y de momentánea generosidad, sino de un largo tiempo de sostenido tesón en el que todos, como en la hora magnífica del 23 de enero, pongamos sin regateos nuestra voluntad de servir, de vigilar, de acatar. No es esta solamente una obligación de los llamados a desempeñar funciones públicas, que nunca pasarán de ser una minoría, sino de todos: del obrero, que al cumplir cabalmente su labor hace patria con sus manos hacedoras, y del estudiante que debe levantar con su dedicación el nivel moral y cultural de la universidad, y del profesional que sirve a las necesidades colectivas, y del intelectual que puede iluminar el camino hacia el bien y la justicia, y del hombre de negocios que puede unir en su trabajo la creación de riqueza útil con el ejemplo de la honestidad.

Una situación como la que acaba de nacer, salida de un estado de cosas como el que hemos padecido, tiene numerosos y temibles enemigos dispuestos a sabotearla y destruirla. Están contra ella los logreros del chanchullo y del peculado, los partidarios de un orden de amos y

esclavos, los defensores de la tesis abyecta de que Venezuela no puede ser gobernada sino por el látigo de un déspota, los desplazados de los criminales privilegios que disfrutaban, que cuentan con inmensos recursos monetarios para sabotear la democracia, fomentar el caos y provocar de nuevo la dictadura que añoran.

Para esta labor de construcción y contra esos enemigos no hay sino una sola defensa, la de la magnífica unidad que hizo posible el prodigio del 23 de enero. Esa unidad hay que mantenerla y conservarla a toda costa, evitando todo lo que pueda dividirnos y afirmando por largo tiempo la plataforma esencial de una vida democrática. De este modo el 23 enero será en el símbolo lo que fue en la realidad: el alba prodigiosa del duradero día de la democracia venezolana.

***El Nacional*, 28 de enero de 1958**

Liquidación del perezjimenismo

Miguel Acosta Saignes

Hace veintidós años, a la muerte de Gómez, un grupo de escritores, entre quienes nos contábamos, pedía insistentemente la liquidación del gomecismo. En realidad, durante mucho tiempo no llegó a quedar definitivamente aniquilado dentro del régimen de López Contreras. Y podemos añadir que en el régimen de Pérez Jiménez renacieron muchas fuerzas de las que genéricamente se habían denominado gomecistas. ¿Qué ha sido el perezjimenismo y por qué pedir su liquidación? Como está expresado en tantos manifiestos recientes, el perezjimenismo ha sido en lo político un régimen policial de caracteres fascistas; en lo social, una composición de ambiciones personales y de los peores grupos represivos —del viejo semifeudalismo— y de ambiciones de nuevo cuño que no podemos analizar aquí extensamente. Además, ha significado el régimen perezjimenista la liquidación de los partidos políticos, la conculcación de todas las libertades, la desaparición de los principios constitucionales tradicionales, con un régimen ejecutivista en que «el ejecutivo» era el autócrata, un sistema en el cual quedó abolido todo juego político, porque todos los componentes de la camarilla gobernante se negaron constantemente a oír al conglomerado nacional representado en muchos sectores.

No es una enumeración exhaustiva. Escribimos en medio de las manifestaciones del pueblo que durante tantos días ha dado una batalla memorable por la libertad; del pueblo que se ha organizado en horas; del pueblo que espera una vuelta a principios realmente constitucionales.

Pongamos todo nuestro esfuerzo en el logro de esas reivindicaciones. Es preciso nombrarlas porque ningún régimen, tan nutrido de intereses como el de Pérez Jiménez, desaparece por un simple cambio de hombres. Comprendemos que los cambios habidos pueden medirse en algunos aspectos como profundos, pero los intereses del régimen autocrático tratarán de conservarse. Y deben saberlo tanto quienes con ilusiones

democráticas van a puestos del Gobierno, como el propio pueblo, que ha conseguido con sangre, entusiasmo y decisión esta victoria que es un episodio de la vida política del país. Para que análisis detenidos puedan realizarse, para que los diversos aspectos de la economía, de la política, de la vida estudiantil, obrera, social, puedan analizarse, necesitábamos de la presencia de los exiliados, de los miembros conspicuos de los partidos políticos en cuyas filas forma el pueblo que ha combatido y triunfado.

Una vez más el pueblo venezolano, y su cabeza el pueblo caraqueño, ha dado muestras de profunda madurez. Mucha de ella nace de los particos, es decir, de aquella porción de ellos que continuó viviendo en la clandestinidad, batallando, preparando el combate que ahora se ha ganado.

No regateamos a nadie los méritos que tenga. Los sectores democráticos y progresistas del Ejército, las organizaciones cívicas, los sindicatos, las organizaciones políticas obligadas a luchar en forma innominada. Pero todos ellos deben comprender que lo ocurrido hasta ahora es solo un conjunto de sucesos, si se quiere eminentes, de la vida política de Venezuela, pero que de ningún modo significan un arribo feliz a la meta definitiva. Los derechos democráticos que se han conquistado con los episodios que comenzaron con los movimientos estudiantiles y el alzamiento de militares democráticos y patriotas el primero de enero son solo el fundamento, la iniciación o reiniciación de la vida institucional del país. Cuidémosla todos.

En otra oportunidad analizaremos algunos puntos que aquí aparecen apenas esbozados. Conste hoy la formal petición de aquellas necesidades nacionales, por las cuales se ha sufrido y combatido.

***El Nacional*, 28 de enero de 1958**

El plan de machete

Ángel Rosenblat

Alejandro García Maldonado acaba de dedicar un artículo (*El Nacional*, 19 de febrero) al plan de machete como nota predominante del régimen caído y como instrumento favorito de represión de todo el absolutismo venezolano. Y propone que, así como los grillos del gomecismo fueron llevados al mar y hundidos para siempre, se condenaran de una manera solemne y simbólica los machetes que enfrentaron al pueblo venezolano en los últimos tiempos. Antes de adoptar una medida tan justiciera, quizá convenga dilucidar por qué se dice «plan de machete». ¿De dónde viene esa expresión tan familiar al venezolano y tan extraña a otros hablantes de lengua española?

Llamamos plan, del machete, sable o espada, y también del cuchillo o puñal, el lado plano o la hoja, frente al filo. Lo castellano, cuando no se quiere dar de filo, es dar de plano. De ahí salió en casi toda América, desde México a la Argentina, el planazo (en España es cintarazo o sablazo). Y así es corriente entre nosotros: «Un planazo, además de castigo, es un vejamen». «Me arrojé sobre él dándole un fuerte planazo con la espalda» (en la autobiografía de Páez). «Los que mandan son cuatro, veinte, cien, diez mil. Pero los otros, los que soportamos los planazos y bajamos la cabeza somos tres millones» (en *Casas muertas*, de Miguel Otero Silva). Del planazo salió la planazón: «¡Le voy a dar una planazón por faltorrespeto!».

Pero más corriente y expresivo es el plan: «Disolvieron la manifestación a plan de machete», «La policía se hartó de echar plan el 21 de enero y entonces empezó a echar plomo», «Ayer hubo plan en la plaza Bolívar», «No vaya por ahí, que viene rozando el plan», «Si le discute a la autoridad, le cae plan», «¡Plan y p'al cuartel!» (era la orden tradicional de la recluta venezolana, y subsiste hoy como signo de autoritarismo), «A los golpes de plan abrió los brazos, y parecía un Cristo». Mariano Picón Sales dijo una vez a Alberto Adriani: «Contra la retórica y el floripondio hay que inventariar las posibilidades de nuestra existencia nacional, crear una

técnica, imponer un orden que no es el orden sepulcral del gomecismo, el orden del plan de machete, sino el orden de la inteligencia creadora».

De ese plan salió el planear, que por desgracia nada tiene que ver con nuestra economía: «El cabo planeó brutalmente a los presos». «El día anterior lo habían planeado de modo salvaje». Y hasta se juega habitualmente con la expresión (el venezolano disuelve siempre la tragedia en humorismo): «Están echando planeta». Ramón Díaz Sánchez me llama gentilmente mi atención sobre un texto bien curioso. Manuelita White, que fue un amor de Sucre, escribía desde Caracas el 16 de marzo de 1826 a Guillermo White, su padre, amigo del Libertador:

> **Le remito dos «Colombianos» y una revista: por ellos verá usted las noticias, y lo que sucedió con la Serpiente: qué rigor que los hombres sean tan terribles, pero lo peor es quién sabe lo que producirán estas disputas. Lo bueno que hoy es el planeta oveja que apacigua.**

¿Aludirá ese planeta oveja «que apacigua» al plan de machete? Me parece muy difícil. Es posible que sea un juego de palabras con el *Cometa*, una publicación de la época que menciona repetidamente en sus cartas. Nuestro plan de machete lo encontramos ya el 14 de octubre de 1859, en *El Monitor Industrial de Caracas*. ¿De dónde viene?

Hay que partir de un uso más general del plan: «Al llegar al último tope vi el valle iluminado. Empujé la mula cuesta abajo. A fuerza de picarla llegué al plan» (en *Peonía*, de Romero García). «En todo este plan no me pasa nada que no llegue en el acto a mi noticia» (en la misma novela). «En el plan de un rancho nos incorporamos a los nuestros» (en un cuento de Urbaneja Achelpohl).

***El Nacional*, 23 de febrero de 1958**

El tema de las provincias

Enrique Bernardo Núñez

Nos hemos referido siempre a las regiones del país porque entendemos que las bases de su progreso y bienestar están en esas regiones. Escudo de los temas que se hayan en el gran fichero nacional, propio para ser traído al primer plano cada vez que asoma un propósito de renovación o enmienda. Progreso y bienestar que naturalmente no pueden depender de pequeñas oligarquías y camarillas, ni de la voluntad de uno de sus Gobiernos ineptos que con pocas excepciones las han tenido en sus manos.

Las obras públicas, con ser necesarias, no bastan para sacarlas de su postración. Junto a las magníficas carreteras y pistas de aterrizaje, junto a los barrios industriales de algunas ciudades prósperas en apariencia, vegetan pueblos que viven como hace dos o trescientos años. No hay que olvidar en esto a la misma Caracas, que fue sucesivamente provincia y estado, y dejó de ser lo uno y lo otro, y perdió su carácter y hasta su fisionomía cuando la convirtieron en Distrito Federal. Se necesitan fuertes grupos humanos en primer término, animados de amor a la región nativa, capaces de discutir sus propios intereses, resolver sus problemas, oponerse a los abusos y fomentarlas como parte de la herencia común. Cómo sacar a la gente de las provincias de ese abatimiento, cómo infundirle fe y confianza, y alegría y voluntad de trabajo, es el problema. Es cierto que oligarquías y camarillas, en competencia con Gobiernos ajenos a toda idea de bien público, la pérdida de los derechos y garantías y otras circunstancias, trajeron consigo el abandono y la ruina de las provincias, la patria de sus habitantes, la falta de fe en todo esfuerzo individual o colectivo. Devolverles sus medios de vida, librarlas de trabas administrativas y abusos inveterados, poner en ejecución un plan de reformas audaces es indispensable para que dejen de ser partes atrofiadas y anémicas y se conviertan en centros vitales de vida nacional.

Carnaval con agua

Después de muchos años el carnaval volvió a ser lo que era en sus viejos tiempos, carnaval con agua, azulillo y negro de humo. Se decía que el diablo andaba suelto en estos días. Los edictos episcopales son testimonio de los abusos que se cometían entonces. Se recuerda el caso de una doncella víctima del encono y lujuria de un gobernador a quien se permitió arrojarle un poco de agua. También hay recuerdos de la temporada de carnaval en Caracas, como los que Segur recoge en sus memorias, época alegre de fiestas y serenatas. El martes pasado la ciudad oscura y desierta a pesar de los bailes populares. El agua se escurría en las calles como si hubiese llovido. Se ve claro que el carnaval «civilizado», el de carrozas y confetis, eran en cierto modo un carnaval con agua, relegado a las casas, a los desvíos privados. Un tiempo fueron abolidos como manifestaciones de atraso los diablos del Corpus, los velorios de angelitos, el carnaval con negro de humo y huevos podridos. Hoy se ha generalizado de nuevo. El carnaval con carrozas y desfiles resultaba exótico. Entre las víctimas de este año se cuenta un ciudadano pacífico que se dirigía a su oficina y le arrojaron agua. Murió de la indignación que le produjo el atropello, otra vez sufría alguna lesión y el hecho aceleró la muerte. En las elecciones de noviembre de 1952 se obligó a la ciudadanía a votar bajo amenaza. El que no votaba sufría entre otras sanciones la pérdida de su trabajo. No podía viajar, ni transitar por las calles, no podía subirse a un autobús el que no votaba. Un hombre enfermo, de los barrios, se vio obligado a votar. A pesar de hallarse cansado, después de un día de labor, la mujer lo obligó a ir con ella a las urnas. De no hacerlo perdería su trabajo. Sin voto, el hambre y la miseria se cernía sobre ellos. En las colas, tras larga espera, el hombre se desplomó. Estaba muerto. Fue una víctima de las elecciones de aquel año, y hoy se halla completamente olvidado. Y no sé por qué ahora estos dos hombres, estas dos víctimas de acontecimientos distintos, estos dos atropellos, se asocian en mi memoria. Como tantas otras, las elecciones de aquel año no valieron, o las arrojaron en el cesto. Las amenazas tampoco se llevaron a efecto. Todo el mundo pudo transitar y viajar, aun sin haber votado, pero aquel hombre enfermo perdió la vida.

El Universal, **23 de febrero de 1958**

Las bases económicas de la democracia

Domingo Alberto Rangel

Los intérpretes superficiales de la historia creyeron que Inglaterra fue, desde aquella Revolución Gloriosa de 1600 y tantos, un país de escrupulosas prácticas democráticas. Pero los propios ingleses se han encargado de destruir esa romántica trampa. Hace apenas cien años, una novela que ahora se transforma en «in» describió la miseria, la injusticia y la enfermedad que rodeaban a las clases populares de la Gran Bretaña. *Oliver Twist* es una doliente acusación contra un país que se preciaba de sus libertades, pero al mismo tiempo condenaba a su clase obrera a vivir en el tugurio, a despeñarse en el crimen y a arrastrar sangrientas cuotas de sacrificio.

La Inglaterra de esa época era un país aún pobre. Sus empresarios capitalistas y sus terratenientes estaban dedicados a amasar fortunas para multiplicar las fábricas y granjas. Era indispensable que se extremara la explotación del pueblo para que el mecanismo de ganancias permitiese el ascenso de los empresarios. El voto estuvo allí a disposición de los acaudalados. La libertad fue patrimonio del dinero y todas las instituciones, desde el Parlamento hasta la policía, operaban como sanguijuelas tremendas sobre el lomo de la población laboriosa. A la huelga se enfrentaban los fusiles. Y en los establecimientos fabriles una disciplina de hierro estrangulaba la rebeldía proletaria.

La democracia inglesa es un producto de este siglo, ya robustecido el capitalismo por la succión permanente de las riquezas que entregaban los pueblos semicoloniales. El aumento de las fábricas y, especialmente, el gran auge de la pobreza, permitieron que la clase patronal pudiese compartir con los obreros los productos del trabajo colectivo hasta entonces defendidos con celosa intransigencia. La huelga se hizo una institución del Estado que ampararon las leyes y encauzaron los tribunales. El sufragio se otorgó a toda la población. Frente a una clase obrera ya madura por

la enseñanza y caldeada en la concentración de los barrios, la burguesía optó por las concesiones. No sacrificaba ya su preeminencia al compartir con el pueblo todas las libertades. Desaparecida la terrible coacción, la democracia inglesa ha podido evolucionar y hoy es posible, como lo afirma la izquierda laborista, realizar allí la revolución sin sacrificar las tradiciones liberales del país.

El caso de Rusia, para escoger un país que ha trillado caminos opuestos, es de un extraordinario parecido. Stalin no fue un dictador asiático que se complaciera, como dijo Khruschev, en practicar un despotismo que habría envidiado Iván el Terrible. Sus métodos de rudeza, su inflexible centralismo, su perseverancia incansable han hecho de Stalin una de las figuras capitales del siglo XX y no podrán bajarlo de su pedestal histórico los póstumos denuestos que han envuelto su obra. Aquella implacable firmeza era un producto del atraso de Rusia. Para transformar el país de Rasputín en una planta industrial que ya lanza «sputniks» al espacio se necesitaba una disciplina de hierro. La huelga, el aumento de salarios, la iniciativa popular fueron suprimidas. El Estado socialista, como los burgueses británicos de ayer, requería copiosas utilidades que fuesen a engrosar las nuevas fábricas en un libro luminoso. Isaac Dautecher, socialista de izquierda, ha retratado a la Rusia que condujo la mano de Stalin. Y predice, haciendo ese papel de profeta que tanto agrada a los judíos, que Rusia marchará hacia la democracia socialista ahora que ya no es apremiante el método de la dureza.

En Venezuela tenemos un país excepcional dentro de América Latina. El río negro del petróleo nos ha permitido recorrer con rapidez espeluznante el camino del desarrollo capitalista. Actualmente Venezuela tiene algunas características que la aproximan a las naciones más avanzadas del concierto mundial. El ahorro y la inversión de las clases elevadas llegan a alturas insospechadas. Tenemos un nivel de vida que, con todas sus deficiencias, está por encima del que se advierte en casi todos los pueblos atrasados del planeta. Una clase obrera consciente y unos sectores medios ya numerosos y cultos introducen elementos de equilibrio en la vida política. Venezuela puede permitirse una democracia estable. Nuestra burguesía, en quince años, ha avanzado tanto como lo hicieron en un siglo las de Estados Unidos o Inglaterra. La actual vocación democrática de la burguesía es expresión política de una clase que ya tiene suficiente poderío para ir compartiendo con sus conciudadanos los bienes del progreso.

Nunca como ahora las bases económicas de nuestra democracia habían sido tan claras. Aquí hubo necesidad de coacción, de la derecha o de la izquierda, porque en la Venezuela aún elemental de hace unos lustros, la que siguió a Juan Vicente Gómez, la guerra de clases asumía proporciones de asalto. Es el caso de otros países latinoamericanos que sobrellevan su ancestral carga de miseria acumulada. En Bolivia, por ejemplo, sería absurdo pedirles a los revolucionarios que gobiernen con el atildado respeto a las garantías, que es clamor de los liberales. Como era estúpido esperar de las clases dirigentes colombianas de otros tiempos un régimen de sensibilidad social. En la Colombia de clásicas leyendas democráticas a los huelguistas también se les repartieron ráfagas de plomo. Porque un pobre será escenario de dramas sociales, aunque se disfrace de arreos democráticos. Venezuela es un caso distinto. Aquí la democracia formal —tan cara a quienes creemos en el destino espiritual del hombre— puede conjugarse con varios progresos económicos. La riqueza acumulada por el país es un amortiguador muy propicio al diálogo pacífico, alma y esencia de la democracia.

La Esfera, **23 de marzo de 1958**

¡Viva Venezuela libre!

Carmen Clemente Travieso

Fue durante un rápido viaje al interior del país que oí por primera vez el nombre de la Junta Patriótica, que se había constituido para combatir la dictadura. Fue desde entonces que volvimos a rememorar aquellos agonizantes días de la dictadura gomecista al grito de «Viva Venezuela Libre», lanzado primero por la nombrada institución, coreado luego por estudiantes y más tarde por el pueblo.

¡Oh glorioso y bravo pueblo venezolano!, eres digno de llevar el adjetivo que exaltó tus virtudes en las estrofas revolucionarias de 1810.

¡Oh glorioso y viril estudiantado venezolano, has sabido conservar en tu sangre, en tus actos de valor, el mismo espíritu de sacrificio que animó a los muchachos de 1928! ¡Has sabido sostener entre tus manos la bandera que ayer izaron por la dignidad y por la libertad Armando Zuloaga Blanco, Eutimio Rivas... Sangre generosa que no fue derramada en vano, bendita seas!

Los acontecimientos vividos en estos días de diciembre y enero nos han hecho desandar nuestro camino, nos vimos recorriendo las calles empedradas de San José arrojando guijarros a los esbirros de la dictadura gomecista, copiando en la maquinilla de escribir los periódicos clandestinos y llegándonos, con el valor que da la juventud, con la sangre arrebatándonos el rostro, la mirada brillante, emocionada y sensible, ante el gesto de aquel venezolano que se subió sobre los hombros de un compañero, la mañana de la muerte del dictador, para desatar la cinta negra que oprimía el emblema tricolor en el balcón de la Gobernación al grito de «¡Venezuela no está de luto por la muerte del tirano!».

Y aquel permanecer de pie horas enteras, gritando hasta enronquecer, bajo el balcón del asesino Velasco, el grito del pueblo en 1810: «¡No lo queremos!... ¡No lo queremos!».

Y los tiros arrojados a mansalva para asesinar al pueblo; y los chorros de agua fría sobre nuestros cuerpos; y la cacería criminal del 14 de

febrero del año 28 entre las ramas de los árboles de la plaza Bolívar, en el sitio donde un siglo antes corrió la sangre generosa del protomártir de la libertad José María España... Y la magna y solemne manifestación convocada por el estudiantado universitario...

Todo llegó en tropel a la memoria... Nos parecía que volvíamos a vivir aquellos emocionados instantes en que el pueblo y su estudiantado glorioso y sus mujeres valientes se echaron a las calles a vocear su libertad entre lluvias de balas...

Todo volvió a estar presente y, sin embargo, todo había sido ayer: habían discurrido veintisiete años y el pueblo y los niños y las mujeres seguían siendo los mismos... Los mismos con quienes nos habíamos confundido en aquellas gloriosas jornadas de libertad.

El pueblo, este pueblo que permaneció mudo tanto tiempo, mordiéndose los labios de ira e indignación por su impotencia ante los atropellos de los nuevos asesinos de la libertad y la dignidad humana, que se contrajo de rabia y de dolor ante el cadáver de Ruiz Pineda, que recibió sin alterarse la noticia de la prisión de sus estudiantes —niños gloriosos y valientes de todos los tiempos—, es el mismo pueblo aquel que corrió tras nosotros por las calles en 1928 y en 1936 voceando las mismas consignas de libertad y dignidad humana.

El mismo que pagó al precio de su sangre sus derechos conculcados por el despotismo cruel y sanguinario.

Allí está el glorioso y bravo pueblo del barrio de La Charneca, arrojando piedras a la policía... Piedras recogidas por sus mujeres para combatir la tiranía... El mismo que escribió, con sus faltas de ortografía y su mucho de dignidad, «Cuartel General de La Charneca», el que nos emocionó hasta las lágrimas cuando vimos repeler con una piedra las balas asesinas... Es el mismo pueblo de Zurita y de Pimentel y de Vargas Vila, los héroes que cayeron en las jornadas del año 28 reclamando la libertad de los estudiantes prisioneros en Las Colonias y en Palenque.

Y las mujeres que se lanzaron en la plaza Bolívar con sus consignas de libertad, destilando ira del tirano y fueron encerradas en ese antro de maldición que se llamó Seguridad Nacional, interrogadas insolentemente por los esbirros de la dictadura, son las mismas mujeres que lucharon ayer y que hoy se levantan nuevamente para unirse al pueblo y al estudiantado en sus ansias de libertad y dignidad humana. Son las mismas que nos recuerdan con sus voces valientes que los presos fueron torturados en las mazmorras de Caracas y de Ciudad Bolívar... Valientemente decididas a

la hora de la humillación y del interrogatorio y de la frase procaz, quienes levantaron sus voces de esperanza en defensa de los oprimidos.

El salón permanecía escasamente iluminado por los escasos rayos de sol que se colaban por los intersticios de la cortina. Hacía un frío glacial. Las camas fueron recogidas muy temprano y las mujeres quedamos de pie, unas, otras paseando por el estrecho sitio para desentumecer las piernas después de una noche de insomnio y de terror.

De repente hizo su entrada al salón un muchacho trayendo unas bandejas con tazas de café caliente. Cada una tomó su taza. Antes de llevarla a los labios, una voz dijo:

¡¡VIVA VENEZUELA LIBRE!!

Y todas las tazas se levantaron...

La Esfera, **31 de marzo de 1958**

François Mauriac y Simone de Beauvoir

Guillermo Meneses

En uno de los tomos de su *Diario,* publicado hace ya unos cuantos años, Julien Green refiere una anécdota muy significativa. Cuenta el caso de un editor de habla española quien al solicitar la autorización para la traducción castellana de la obra de Green, le indica su temor de que la censura lo obstaculice. Cuando Green le hace observar que él es un escritor católico, el editor hispánico recuerda a su vez que para un católico español no hay nada tan cerca del infierno como un católico francés.

La frase puede parecer nada más que un chiste sobre los prejuicios nacionalistas, pero no deja de tener sus puntas de verdad.

La he recordado a propósito de la nota que François Mauriac ha publicado sobre el libro reciente de Simone de Beauvoir, *Mémoires d'une jeune fille rangée*. En cada línea que escribe Mauriac hay una afirmación de su fe católica, pero es evidente que el tipo de católico al que Mauriac pertenece puede encontrarse con cierta facilidad dentro de los intelectuales católicos de Francia y en cambio sería excepcional individuo dentro del catolicismo español.

Cuando Mauriac juzga el libro de Simone de Beauvoir se refiere, con profunda lástima, al caso de la adolescente en lucha también contra los católicos mediocres o ignorantes que la rodean, en lucha —por fin— contra su propia fe de cristiana. «La verdad es que ella ha querido perder la fe», dice Mauriac.

El admirable escritor católico compara su propia experiencia con la que Simone de Beauvoir describe en su libro. Dice cómo ante las mismas circunstancias de juventud él se oponía a sus dudas, mientras la otra desmenuzaba cualquier resto de fe que pudiera quedarle.

Hace alusión también Mauriac al encuentro de la Beauvoir con Simone Weil. Me parece interesante traducir el párrafo, así sea sin pretensión de dar su exacto sentido:

«Cuando Mauriac juzga el libro de Simone de Beauvoir se refiere, con profunda lástima, al caso de la adolescente en lucha también contra los católicos mediocres o ignorantes que la rodean». *Guillermo Meneses*

Simone de Beauvoir encuentra un día a Simone Weil. De estas dos Simonas, la que había nacido judía, la que no amaba la Iglesia de Roma, la que murió sin bautismo, aquella a quien Cristo se reveló un día, vivió de Él y por Él hasta la muerte. La otra Simona, la piadosa alumna del Curso Désir, la que comulgaba tres veces por semana, se ha convertido en esta adversaria implacable y menospreciativa a la cual, sin embargo, nos es imposible no admirar, no amar.

Esta manera de comprender a los que no son católicos parece exclusiva de los católicos franceses; al menos, parece extraña al catolicismo hispánico. La reacción de los católicos españoles e hispanoamericanos ante algunos casos parecidos al de Simone de Beauvoir es la de negarse a comprender de una vez, la de negar en su totalidad cualquier clase de relación humana con los americanos, la de considerar que quien se niega a formar parte de la Iglesia católica es, por ello mismo, individuo que no merece otra cosa que la anticipación en vida de ese infierno que también le preparan cuidadosamente en su imaginación para cuando termine su existencia.

La actitud de Mauriac está apoyada, en este caso como siempre, en la generosa voluntad de comprender, en el sincero deseo de mantener con toda decisión la solitaria simpatía entre los hombres, en la convicción de que, aun cuando este o aquel individuo se coloquen en actitud errónea ante los dogmas de la fe, merecen respeto, consideración y simpatía.

No pretendo yo indicar caminos ni dar lecciones en materia que no me corresponde juzgar. Cada católico —igual que cada descreído— es para mí respetable individuo, no siempre libre de actuar conforme lo desearía.

Me ha parecido interesante, sin embargo, presentar como característico el caso de François Mauriac, capaz de sostener desde su posición de católico (y, precisamente porque se siente obligado por su fe católica) la permanente voluntad de querer y comprender las razones de los humanos que no comparten sus creencias.

Ese gran escritor de Francia que es François Mauriac nos tiene acostumbrados a una grandeza espiritual de excepcional calidad. No puede confundirse nunca su voluntad de humana simpatía con el cálculo y la tibieza, con la habilidad y el interés. Por el contrario, sostiene sus ideas con todo vigor y acepta hasta el límite de sus posibilidades las consecuencias de su apasionado razonamiento. Allí reside en verdad el bellísimo poder de su obra de periodista y de escritor, esa profunda fuerza espiritual que llena igual las páginas de sus novelas que las notas cotidianas en las que define la actualidad o los admirables artículos de crítica. Las líneas que ha escrito sobre Simone de Beauvoir son, una vez más, dignas de François.

El Universal, **30 de noviembre de 1958**

El terrorismo político

Rómulo Betancourt

Ante el país y ante mí mismo adquirí el compromiso, al asumir la presidencia de la república, de mantener a la opinión informada de cuanto tuviera relación con el destino de Venezuela. Una vez más seré leal al compromiso de manera espontánea adquirido, al dirigirme esta noche a los venezolanos, en el lenguaje de directa franqueza que me es habitual y contraviniendo el hábito imputable al hombre público latinoamericano de acatar lo que un pensador calificara como «pacto infame de hablar a media voz». A voz entera voy a hablarles a los venezolanos.

Sabido de todos es, porque ha sido motivo de zozobra y de cólera colectivas, que desde los comienzos mismos de este régimen constitucional se inició una subrepticia campaña de oposición en contra suya a través de panfletos, periódicos y hojas clandestinas. En un país como lo es ahora el nuestro, con cabal respeto de las libertades públicas, era ya de por sí un alarde de provocación al régimen democrático esa literatura clandestina. Pero su contenido no dejaba dudas con respecto a las intenciones de los autores y distribuidores de esa literatura escrita en pedestre estilo. Se trataba en ella de incitar a las Fuerzas Armadas a la guerra civil contra siete millones de venezolanos inermes de material bélico, pero armados de la indeclinable decisión de mantener, conservar y defender el régimen que ellos plebiscitaron, en el recto sentido de esa fórmula del derecho público, cuando en las elecciones del 7 de diciembre de 1958 votaron por el candidato triunfador y por los otros dos candidatos, unidos los tres y los partidos políticos que los respaldaban, en una plataforma democrática común.

Se estableció por la policía que esa literatura sediciosa era editada en el exterior por los prófugos de la justicia ordinaria que, fuera de Venezuela no se sienten satisfechos con la cuantiosa porción mal habida de los bienes de que disponen, sino que añoran el retorno para continuar oprimiendo y expoliando a los venezolanos. Entraba esa literatura al país, de contrabando, por sus vastas fronteras territoriales y marítimas. Y tam-

«Sobre los destinos del Gobierno surgido de sus votos ningún riesgo grave se cierne. Los enemigos de la paz pública y de la felicidad nacionales serán reducidos progresivamente a la más cabal impotencia».

Rómulo Betancourt

bién por el correo, vía esta que resulta incontrolable por un Gobierno no dispuesto a utilizar los aparatos hoy llenos de herrumbre en las oficinas postales, que se emplearon en la década ignominiosa para abrir, leer y censurarles la correspondencia a los venezolanos y a los extranjeros acogidos a nuestro país. Hubo detenidos con motivo de la distribución nocturna de esos panfletos subversivos, pero no resultó posible ubicar su fuente distribuidora porque ahora no se utilizan las golpizas, las apaleaduras ni los «paseos» a El Junquito con los detenidos políticos, ya que volver a ello sería reescribir páginas espeluznantes para la sensibilidad de las personas civilizadas y humillantes para la dignidad humana, que están muy frescas en la memoria de la nación.

Pero de los panfletos explosivos se pasó a las bombas explosivas por los irreductibles enemigos de la paz y de la felicidad de los venezolanos. Sabido es que Caracas ha vivido días de zozobra cuando en diversos sitios de la ciudad y en los hogares de personas respetables se lanzaron bombas y cargas de dinamita. Felizmente no hubo víctimas humanas que lamentar y todo se redujo a daños físicos, y a ese estado de preocupación generalizada, no evaluable en términos de dinero, en que ha estado in-

mersa la ciudadanía en el área metropolitana. Contra el bandidaje armado de explosivos ya no cabían fórmulas civilizadas. Y por eso se impartieron instrucciones a las fuerzas policiales y a las Fuerzas Armadas de Cooperación para que dispararan, y no al aire, contra cualquier persona o grupo de personas que se localizase in fraganti en el momento de lanzar o de depositar cargas de dinamita en algún sitio de la ciudad. No fue encontrado ningún protagonista de actos terroristas con las manos en la masa, pero para hoy y para siempre debe quedar claro ante el país que la orden impartida a los organismos armados encargados de la custodia de la tranquilidad pública es permanente, y que no la desestimen quienes pretendan, hoy o mañana, reeditar el episodio de las bombas. La orden es esta: sobre quien sea ubicado por un cuerpo armado colocando una bomba o lanzándola, se aplicará la última ratio de una descarga. No fue otro el método que utilizó un país como Estados Unidos para ponerle cese al gansterismo de los años veinte. No es otro el método que recomienda hoy a sus compatriotas el canciller Adenauer, de la Alemania Occidental, cuando pide que se «golpee duro y en la nuca» a quien sea ubicado en las calles pintando la esvástica hitleriana. No es otro el método que han aplicado todos los Gobiernos y países democráticos para aplastar el terrorismo fascistoide.

El pasado lunes 11 de enero, hubo los conocidos y abochornadores sucesos callejeros de Caracas. La irresponsabilidad de algunos agitadores de profesión y vocación provocó una manifestación ilegal e injustificada de desempleados. En ella se mezclaron agentes del complot que adelantaban los personeros de los prófugos. Y el vandalismo pretendió posesionarse de la ciudad capital. La reacción del Gobierno es bien conocida. Hubo saldo de heridos y de un número apreciable de personas detenidas cuando en las calles destruían vitrinas de negocios comerciales, incendiaban vehículos o trataban de tomar por asalto edificios públicos. En ejercicio de atribuciones constitucionales adopté decisiones definidas, que se mantienen y se mantendrán. Los menores de edad apresados fueron internados en institutos reformatorios de adolescentes, y si alguno no fue allí sino a otros sitios, se entregará a la tutela del Consejo Venezolano del Niño. Los adultos fueron enviados a Guayana, no a trabajos forzados y en condiciones antihumanas, sino recibiendo paga y protegidos en su salud, pero sometidos a riguroso control del cuerpo armado y aprendiendo allí, y aprendiéndolo por deducción quienes pretendan seguir en alguna oportunidad el ejemplo de aquellos en su conducta del 11 de enero, que

este Gobierno no está dispuesto a tolerar la violencia anárquica y desorbitada. Que este Gobierno es respetuoso de la dignidad y libertades humanas, pero que la calle no le pertenece al primer grupo de baladrones agavillados, armados de cabillas y de las llamadas «bombas molotov», que pretenda hacerla teatro de sus desmanes. Ya un partido político, el Partido Comunista, ha dicho que militantes suyos están entre los confinados en Guayana. Deberán explicar por qué se encontraban en la calle mezclados a los grupos antisociales. Como también ante los jueces deberán explicar dos miembros de este partido por qué fueron apresados en una reciente madrugada caraqueña con armas y granadas en un automóvil, siendo uno de ellos reincidente, ya que el pasado 4 de agosto fue apresado en el área donde está ubicado el Parlamento Nacional lanzando una bomba contra el local donde sesiona el soberano Congreso de la República. Falso es que esos apresados, o cualquier otro, hayan sido torturados, porque quien lleva en los tobillos la huella de los «grillos» de Gómez y hoy preside los destinos de Venezuela no toleraría que se torturase a nadie en este país. Pero cierto también es que los confinados en Guayana, con excepción de aquellas escasas personas a quienes se les compruebe cabal inculpabilidad, seguirán trabajando en la carretera fronteriza con Brasil. Quedaba, sin embargo, elusivo y sin ubicar por las policías, las que trabajan día y noche para lograrlo, y con incansable y meritorio celo, el foco dirigente de los brotes terroristas y de los desórdenes callejeros. Sabido es que fue por fin precisada la ubicación de ese comando dinamitero y que en la captura del principal agente de los prófugos perdió la vida un meritorio servidor de la Dirección General de Policía. La captura del individuo en cuestión fue conjunta con la de una copiosa información escrita. Ello ha permitido establecer los nexos de los terroristas con algunos elementos de las Fuerzas Armadas, con civiles exfuncionarios de la tiranía o usufructuarios durante ella de negocios ilícitos, y con la bien conocida dictadura del Caribe, cuyo jefe tiene un casi maniático empeño en entorpecer el desarrollo democrático de Venezuela.

La actuación del Gobierno fue rápida y decidida. Sin dormir, o durmiendo muy poco, hemos estado muchos hombres en los últimos tres días. Los resultados de esa labor enérgica y coordinada me permiten hablarle al país en un tono de tranquila confianza, de total seguridad, en la estabilidad del régimen.

El primer balance positivo es el de que son muy escasos los oficiales de las Fuerzas Armadas vinculados, directa o indirectamente, a los planes

descubiertos, que comportaban no solo la eliminación, según expresión textual de los documentos incautados, de los líderes políticos y sindicales, sino también de los jefes militares, en sus diversos escalones. Resulta hasta ahora evidente la vinculación directa con esos planes de unos pocos oficiales en servicio activo, ninguno de ellos con cargos de comando y responsabilidad. Les espera la previsible sanción del prolongado castigo carcelario establecido en el Código Penal contra los autores o encubridores de actos terroristas y de subversión del orden constitucional que los venezolanos se dieron en libérrimos e inobjetables comicios. Otro número de oficiales ha sido arrestado, mientras se los somete a consejos de investigación. En todo caso, y ante el país lo digo a plena voz, no se ha descubierto una red conspirativa en las Fuerzas Armadas, y la mayoría determinante de los jefes, oficiales y personal técnico de las FAN respalda al Gobierno que se dio la república. Con apoyo en el mandato de que me invistieron los venezolanos, con respaldo en esa mayoría determinante de la oficialidad y suboficiales de las cuatro fuerzas y en ejercicio de la función constitucional que tengo de comandante en jefe de las Fuerzas Armadas, procederé con energía para que por las vías legales se castigue a los pocos oficiales en servicio activo implicados en los sucesos a que se ha venido haciendo referencia. Pero también en ejercicio de esa función constitucional que tengo de comandante en jefe de las Fuerzas Armadas solicitaré del Ministerio Público el enjuiciamiento ante los tribunales de justicia de cualquier persona, sea cual fuere su rango, sea periodista o no periodista, que se dedique al sistemático y antipatriótico empeño de denunciar públicamente como supuestos conspiradores a miembros de las Fuerzas Armadas, escogidos según su exclusivo capricho, o que mediante una prédica escrita incesante pretenda abrir un abismo de recelos entre el país y su institución castrense. Acaso el comentario público que se haga de esta exposición a los venezolanos por parte de un sector bien ubicado servirá para demostrar que no estoy lanzando frases para que se las lleve el viento, sino tratando de llamar a la reflexión serena a quienes caminan una ruta desacertada. Si el llamamiento no surte efecto, la palabra la tendrán entonces los jueces de Venezuela.

Se está instruyendo el respectivo sumario a los civiles apresados. Algunos de entre ellos han admitido su plena culpabilidad. Otros son solicitados activamente por la policía. El padrinazgo amistoso no protegerá ni encubrirá a nadie. Y los jueces dirán la última palabra. Así como será la Organización de Estados Americanos a la que, por expreso pedido del

Gobierno venezolano, corresponderá actuar para que cese la activa interferencia de la dictadura dominicana en la vida interna de nuestro país, como una vez más ha quedado comprobado con las investigaciones que se adelantan en relación con los actos terroristas. En caso de admitirse por la OEA su incapacidad para una acción conjunta interamericana, le quedará a Venezuela el derecho soberano a hacer respetar, por los medios enérgicos que conceptúe su Gobierno necesarios, el legítimo derecho que tenemos a vivir con nuestro propio estilo democrático de vida, a cubierto de que desde el extranjero, en connivencia con venezolanos renegados de la nacionalidad, armen dictadores la mano de quienes lanzan bombas, intentan asesinar a los personeros del Poder Público y pretenden derrocar al Gobierno constitucional.

Conciudadanos: termino ya. Faltan apenas cuarenta y ocho horas para que se realice en Caracas y en todo el país un gigantesco despliegue de fuerzas populares con motivo del segundo aniversario del histórico 23 de enero. Están organizando esos actos los partidos políticos, los sectores económicos, los sindicatos y organizaciones profesionales, los estudiantes, maestros y profesores, las batalladoras mujeres de la Nación, y afirman que ese caudaloso y tranquilo desbordamiento de multitudes en la calle será un respaldo del régimen constitucional. Sabemos bien los hombres que estamos asumiendo las ásperas tareas de la función pública cuánto acento de sinceridad hay en ese ofrecimiento. Venezuela, en todos sus estamentos sociales, apoya a este régimen que ella se dio, y contra la democracia en función de Gobierno solo conspira un reducido, un minúsculo grupo dictatorialista. Pero es mi deber, y voy a cumplirlo, el de prevenir a los organizadores de esos actos de dos riesgos, procedentes en algún sector bien ubicado de la política nacional, que se corre con esas manifestaciones. Riesgos que de no evitarse le restarían eficacia real a la finalidad que con esos actos masivos se persigue.

El primero de ellos, que se pretenda utilizar esas manifestaciones para desatar hostilidad contra el capital inversionista extranjero y contra Estados Unidos. El capital extranjero lo necesita Venezuela para contribuir al avance de aquel sector de nuestra economía que no pueda crecer y desarrollarse con los solos recursos de la capitalización nacional; y con Estados Unidos y su Gobierno mantienen nuestro país y su Gobierno relaciones normales. Si otros países no están en situación similar, hacemos votos porque se restablezca el buen entendimiento interamericano, así como nos han parecido favorables —ya no en el ámbito continental sino

en el mundial— los viajes amistosos de los dirigentes políticos soviéticos a Estados Unidos y los de este país a Rusia. Pero no podemos ni debemos ir más allá de esos buenos votos, y de realizar como Gobierno gestiones indirectas para lograr que se limen recelos y cesen las pugnacidades entre gobiernos del continente. Nosotros, los venezolanos, debemos actuar y proceder como venezolanos, y no importar, sin beneficio de inventario, lo que alguien ha llamado los «odios estratégicos». Estamos empeñados en servirle a nuestro país, en ponerlo a marchar y nada ganaremos con hacerlo escenario, a control remoto, de episodios de la Guerra Fría. En el intransigente venezolanismo de Simón Bolívar, debemos abrevar lección y rumbo para nuestra conducta en materia de política internacional. No seamos satélites y segundones embobalicados de conductas ajenas. Tengamos la nuestra propia.

El otro riesgo de las manifestaciones de pasado mañana es el de que trate de utilizarlas el sector político sin sitio en la coalición, y algunos cabezas calientes de militantes en los partidos coaligados y con responsabilidades de gobierno, para acusar al régimen democrático de inmovilista, de despreocupado ante los acuciantes problemas colectivos, de entregado a un dulce nirvana inoperante ante los problemas del país, entre ellos el de la desocupación y el costo de la vida. Manifestaciones bajo el signo del oposicionismo regimentado sostendrían al Gobierno como «sostiene la cuerda al ahorcado». Lo responsable es admitir que este Gobierno, dentro de las dificultades inherentes a una gestión legataria de muchos años de irresponsabilidad, con errores, pero también con aciertos, sí está afrontando los problemas colectivos, sí está combatiendo el atraso, la pobreza, la incultura. En todos los pueblos o caseríos venezolanos se está haciendo sentir la obra constructiva del régimen democrático. El estímulo a la producción, única forma real de abaratar el costo de la vida, se expresa en cifras y en hechos que están a la vista de quienes quieran ver. No solo con obras públicas y creación de fuentes permanentes de trabajo se está combatiendo el desempleo, sino apelándose también a la colaboración del sector privado. Esta misma noche, dentro de pocos momentos, me reuniré en Miraflores con varios centenares de industriales y de hombres de empresa venidos de los cuatro costados de la república, quienes traen proposiciones concretas para cooperar con el Gobierno en el empeño que se ha trazado, para alcanzar una meta enérgicamente perseguida, pero no alcanzable fácilmente: que no haya desocupados en el país; que se logre el empleo pleno; que todo venezolano pueda ganarse

su vida honorablemente, no en nuevos planes de emergencia, los cuales no volverán, sino en trabajo reproductivo y útil.

Conciudadanos: concluyo diciéndoles a los venezolanos que pueden dormir tranquilos, trabajar tranquilos; soñar, amar, vivir tranquilos. Sobre los destinos del Gobierno surgido de sus votos ningún riesgo grave se cierne. Los enemigos de la paz pública y de la felicidad nacionales serán reducidos progresivamente a la más cabal impotencia. Las dificultades económicas que vive el país en esta etapa de transición hacia una moderna sociedad industrializada serán vencidas. Tenemos potenciales de riqueza, unos en explotación y otros explotables, de extraordinaria magnitud, y bajo un régimen responsable y preocupado están siendo puestos al servicio de la colectividad. Y tenemos, sobre todo y antes que todo, un pueblo hecho de buen material humano, el cual siempre ha sabido responder a los mensajes de contenido revolucionario y porvenirista, a los mensajes de equipos conductores animados de mística nacional. Esa mística la tenemos los hombres hoy al frente de las distintas instituciones de la república y por eso no es frase de compromiso, sino profecía que se convertirá en realidad, la de que Venezuela está caminando por la recta senda y que el porvenir nos deparará mañana el generoso fruto logrado de los esfuerzos de hoy.

***El Nacional*, 21 de enero de 1960**

Rómulo Gallegos y el Premio Nobel

Enriqueta Arvelo Larriva

Cuando tratamos de conseguir algo que no deja duda respecto a que constituye un hecho justo, no puede la falta de éxito en las primeras gestiones matarnos el impulso. Si estamos convencidos del acierto y justicia que entraña el caso, es natural seguir actuando en tal sentido hasta ver realizado el propósito. Y como estamos plenamente convencidos todos los que aspiramos al Premio Nobel para Rómulo Gallegos de que se trata de algo justísimo, no nos causa pesadez alguna sino, por el contrario, nos resulta labor fácil y grata insistir en llevar su nombre y su obra ante la Academia Sueca para que, en la próxima ocasión de adjudicar el interesante premio, se torne presente tan resaltante y sostenida candidatura.

Pienso que esta vez no tenemos necesidad de hacer el repaso de las condiciones excepcionales del escritor y del hombre que ha sido presentado por vastos sectores de América como auténtico merecedor del Premio Nobel. Es imposible que esas condiciones sean ignoradas hoy en el espacio universal de la cultura, pero es posible que ellas no se valoren equitativamente habiendo sido señaladas, no solo por los que tributamos al maestro una admiración únicamente emotiva por falta de dominio de una abarcadora y profunda pericia, sino por las conscientes entidades ampliamente autorizadas para hacer tal señalamiento.

Por tanto, va la labor simplificada. Ya solo tenemos que llevar nuestra insistencia, respetuosa y esperanzada, ante los que han de dar esta vez el fallo que colme nuestra justa aspiración de que el galardón máximo luzca sobre los múltiples galardones ya obtenidos por el insigne escritor, hombre de alta y recta conducta.

Aún más, a la presentación anterior hecha con la finalidad tan digna de aprobación y aplauso hay que añadir en esta oportunidad las últimas demostraciones del ilustre presentado. Porque hay que tener en cuenta

la excelente actuación que, después de finalizado el ostracismo en el que vivió tan dignamente, es gala del cotidiano y preocupado quehacer de Rómulo Gallegos.

Desaparecido el régimen que lo mantuvo sin ver a su país y sin que se pudiese exaltar su nombre en su tierra de origen con toda libertad y entusiasta comento, el maestro ha podido —y tenía derecho a ello— volver a Venezuela a buscar compensaciones de todo orden y alzar orgulloso su airoso penacho de triunfo frente al conglomerado encendido de admiración y afecto. Pero este magnífico ejemplar humano insinúa su presencia en su suelo con la más inequívoca modestia; como si él hubiese sido uno cualquiera de los millares de exiliados; como si no llevase en sí la tremenda riqueza de su preciada significación; y, sin pesar ni remordimiento en ser director «legalizado» de nuestra vida nacional, se constituye en centinela moral de nuestro devenir ciudadano y no pierde ocasión de dar a su pueblo —sin el menor empacho— la oportuna lección de civismo y cultura que emana de él no como un enrevesado torrente, sino como un hilo fresco y bien llegado de clarísima agua.

Repasando la conducta de Gallegos después de su retorno al país, encuentro en ella sencillez casi campesina, gallarda valentía, limpio renunciamiento, nacida sabiduría pasada por crisol, acendrado amor patriótico y absoluta falta de complejo de resentido.

Ya saben, pues, en Estocolmo, que nuestro candidato al Premio Nobel, lejos de dejar decaer sus atributos, está hoy realzado por nuevas y brillantes actuaciones, cultas y humanas, nobles rasgos de su singular naturaleza.

***El Nacional*, 31 de enero de 1960**

El único y su soledad

José Bergamín

Ha muerto en Sevilla, en su cortijo de Gómez Cardeña, cerca de Utrera, el famoso torero Juan Belmonte. Llegó la noticia a Madrid en versión equívoca del suceso: que se había caído del caballo o por una escalera; que lo encontraron desmayado en su despacho. Las diversas versiones, coincidentes en que padecía una lesión de corazón, dieron lugar, por imprecisas, a que se rumorease que había sido un suicidio. Esto último sorprendió a muchos; a otros no tanto. Quienes no se extrañaban o sorprendían nos hablaban de su carácter solitario, apartado, alejado de sus familiares y amigos, aunque siempre amable y cordial con todos. Una croniquilla sevillana alude a esta soledad del viejo torero, calificándola de angustiosa, y la comenta en tonos retóricos de elegía. Suponemos que si la versión del suicidio fuera cierta (lo que nos parece muy probable) se la ocultaría cuidadosamente, pudorosamente, y hasta hipócritamente para no escandalizar con ella. Y también para que sus pomposos funerales públicos no hubieran tenido que sufrir menoscabo.

En efecto, mientras la lenta campana funeral tañe por su muerte, toda la prensa, como vulgarmente se dice, «echaba las campanas al vuelo»; es decir, que campaneaba estrepitosamente su gloria. Justos, muy justos, si hiperbólicos y redundantes, los elogios fúnebres al desaparecido. Abundantes, superabundantes de pésima literatura ditirámbica. No importa. El torero ya no tendrá que oírlos más: se ha quedado solo y único para siempre.

Porque este Juan Belmonte, el señor Juan Belmonte, como antiguamente se les decía a los grandes maestros de su arte (señor y no don, porque de latino nunca tuvo ni puede tener nada un torero, ni siquiera su más íntimo y trágico estoicismo, senequismo andaluz), este gran señor del toreo que fue Juan Belmonte era solo y único de verdad. Mientras vivía Joselito y alternaba con él toreando —en su época torera más gloriosa—, los dos eran únicos, los dos estaban solos. En un capitulillo admirable del

estupendo libro de su vida torera, que escribió o transcribió a su dictado el periodista Chávez Nogales, Belmonte nos cuenta aquella tarde, en la Plaza de Toros de Madrid, la última en que torearen juntos, la víspera de la muerte trágica de José en Talavera, y al contarlo nos dice —con palabras que valen bien su estilo de torear (Belmonte cuenta, como torea, con un fraseo tartamudeante y ceñidísimo, como el braceo de sus medias verónicas)— cómo sintieron, los dos juntos, que estaban solos: y juntos solos cada uno con su toro de verdad. Que a José lo mató en la plaza de Talavera. Que a Juan no pudo nunca herirlo de muerte en los ruedos. Ahora, al morir, iría a cumplir Belmonte sus setenta años. Es decir, que sobrevivió a Joselito casi medio siglo, Joselito tenía veinticinco años cuando murió. ¡Cómo debía sentirse solo —solo y no solamente único— Juan Belmonte en los ruedos, y aun fuera de ellos, desde la muerte de José!

Mirando aquel pasado glorioso de los dos, comprendemos, sentimos, mejor que cuando los veíamos juntos toreando, su inseparable soledad. Por eso a la rivalidad que partía en dos el círculo mágico del toreo, partiendo en dos bandos belicosos a sus frenéticos espectadores, ha sucedido en la memoria de todos la visión justa de su inseparabilidad torera. Y así digo que toreramente eran únicos y solos los dos: y los dos juntos. Como el sol y la sombra en el ruedo. Me parece que fue Belmonte el primer matador o espada que vistió el traje de plata: Joselito está siempre de oro, y cuando no, de negro, sin brillantes lentejuelas, sin luces, apagado del todo. El caso es que uno y otro se correspondían, se completaban y complementaban en la plaza. Y que ninguno de los dos hubiera sido tanto, el que era lo que era, lo que fue, sin el otro. El angélico o arcangélico Joselito sin el diabólico o endemoniado Juan. Aquel, la pura, transparente inteligencia viva. Este, el poseído, el tenebroso y poderoso engendrador del misterio, del «duende», que hacía posible, subrayándola, su más luminosa expresión. Los dos juntos, los dos únicos y solos, eran de verdad el toreo, todo el toreo (yo diría que toda la verdad y toda la mentira del toreo). Sus nombres no podrán separarse jamás, Ahora, al morir Juan, se han juntado para siempre solos, definitivamente únicos en su gloria.

Evocamos hoy, en su recuerdo (el de su toreo, el de su vida) la soledad de Juan Belmonte, el único. Como artista torero fue único y solo, repetimos, como lo fue José. Los dos inimitables. Si al lector no le parece exagerado diría, para situarlos en la historia del arte de birlibirloque, del «arte mágico del vuelo» que es el toreo, que si uno fue su Lope, el otro fue su Calderón (o su Quevedo). Y aún osaría decir que si uno fue Mozart

(Joselito), el otro fue Beethoven (Belmonte). Esta última equiparación me parece muy justa para comprenderlos. Si hay algo que pueda llamarse sustantivamente «la música» o «el toreo», me parece evidente que lo que la música nos dice al oído por la voz purísima, casi infantil, angélica o divina de Mozart, es distinto de lo que nos dice por la honda, desgarrada, a veces sollozante, humanísima y endemoniada de Beethoven. Y que lo que nos dijeron por los ojos el mozartiano Joselito y el beethoveniano Belmonte también es muy distinto, si igualmente en uno y otro fue el toreo como canto y cante —como música— de maravillosa soledad.

Soledades únicas del arte. En la música, en la pintura, en la poesía, en el toreo... A esa equivalencia torera que señalamos con Beethoven, con Mozart, podríamos añadir otras de la pintura: un Greco, un Miguel Ángel, para el señorío torero de Juan; un Velázquez o Murillo para el de José. Y es que a esas alturas señeras, a esas soledades humanas de cumbre, también el arte mágico del toreo tiene poderosa repercusión espiritual. Antes Joselito, prodigioso, maravilloso artista creador de un estilo único de torear que era casi una dicción poética luminosa para el pensamiento. A su lado y después, solo y único, Juan Belmonte, que arrastró consigo, como un capote por la arena, esa oscura sombra de sí mismo, esa ansiedad y desasosiego, inquietante de su propio destino mortal. Pero tan solos y únicos los podemos comparar con aquellos otros, solos y únicos como ellos, grandes de la pintura, la música, la poesía... aunque efímero y volandero sea este otro arte suyo de torear. Porque como ellos (Lope y Calderón o Quevedo, Mozart y Beethoven, Miguel Ángel y el Greco o Rembrandt, Velázquez y Murillo...), por ser justamente tan únicos, tan solos, son o fueron herméticos para los demás. Y podría decírseles lo que de Shakespeare dijo Byron: «Un enorme poeta —solo y único— y, por consiguiente, un mal ejemplo». Belmonte y Joselito —separados y juntos—, unidos ya para siempre en la inmortalidad de su gloria torera, ¿fueron, seguirán siendo también para el toreo un mal ejemplo? Es decir, ¿algo que no se puede ni se debe imitar? Pues los que intentaron hacerlo, como a aquellos otros genios del arte, apenas lograron su falsificación engañosa, una ridícula caricatura simiesca.

Descendamos al valle desde esas altísimas cumbres. Y veremos cómo otros artistas dijeron el toreo de un modo admirable sin seguirlos, sin imitarlos, más bien contradiciéndolos con su estilo propio. Lo mismo que en las artes a que referimos nuestra comparación, lo mismo que en la música, apartándose de aquellos grandes solitarios únicos, encontramos

luego a Mussorgski, Chopin, Debussy, Stravinsky, Falla... y en la pintura a un Zurbarán, un Cézanne, un Van Gogh, un Picasso... como en la poesía a un Byron, un Heine, un Bécquer, un Baudelaire... también en el toreo encontraremos un Chicuelo, un Cagancho, un Domingo Ortega, un Manolete... que no tuvieron que seguir en nada a aquellos extraordinarios toreros para serlo ellos a su vez, si de modo menos genial sin duda, tal vez más perfecto a veces en sus estilos.

La lección de aquellos dos inimitables por inaccesibles puede ser otra: la de que cada uno siga, con la misma veracidad que ellos el suyo, su destino propio. El de Joselito y Belmonte fue un destino trágico. Como si cada uno y los dos juntos quisieran decirnos: «no hay más allá». O el «nadie las mueva», como las armas de Roldán. Nadie mueva aquellos que fueron sus trastos de torear. Pero cada uno tenga los suyos propios. Este sería su mejor ejemplo.

Hoy, ahora, meditemos el gesto supremamente estoico (senequista) del sevillano trianero Juan Belmonte ante la muerte, saliéndole al paso a buscarla como a un toro. ¡Y esto a los setenta años de su edad! Lo reconocemos admirados. Pues es el mismo que de joven salía todas las tardes a la plaza a buscarla: a buscar una muerte que nunca podía encontrar. Y que una tarde le robó a su rival compañero Joselito. Desde entonces, único y solo de verdad, la buscó, la esperó siempre en vano. Hasta ahora. ¡Y con qué elegancia torera se ha ido hacia él! A cruzarse con ella, pisándole su terreno para obligarla a pasar. ¡Con qué noble gesto, humilde y orgulloso a la vez, la ha matado —a su propia muerte—como al toro!

No se ha suicidado el torero Juan Belmonte: ha matado a la muerte en él. A esa muerte con la que estuvo peleando a solas toda su vida. «Torear —decía hace poco— es hacer todo lo contrario que quiere el toro». Vivir fue para él intentar hacer todo lo contrario que quiere la muerte.

***El Nacional*, 10 de abril de 1962**

Nuestro deber

Ramón J. Velásquez

El verdadero deber de nuestra generación —ha dicho un compañero— es definirnos. En verdad, si queremos alcanzar el plano superior de las organizaciones avanzadas debemos precisar con exactitud los principios en que queremos fundar nuestra marcha evolutiva y ampliar los caminos que vamos a seguir en la consecución de nuestra anhelada personalidad como naciones.

Los que actuaron en los diversos sectores de la actividad humana, antes que nosotros, no pudieron, porque ni el medio ni las circunstancias lo permitían, establecer las líneas precisas de la marcha futura.

Épocas bien distintas fueron las pasadas, sin un intercambio verdadero entre las diversas regiones de nuestros países, sin el conocimiento exacto de los sucesos trascendentales del extranjero, mirando pasar la vida con sus épocas llenas de bonanza, sin tener la preocupación de los serios problemas que a cada momento se presentan en nuestro tiempo.

Era la tranquilidad infecunda de los pueblos para quienes el progreso no es fuente de vida ni de nuevas energías.

Nuestras cabezas dirigentes muy hechas al molde, a los caminos gastados, no se preocupaban por lo nuevo, por lo de afuera, se marchaba al compás de lo pautado sin anhelos algunos de renovación. Eso en todos los órdenes, hasta en el literario. Cuenta Sanín Cano en una entrevista que, cuando escribió sobre el genial Peter Altemberg, en las tertulias íntimas de los hombres sapientes de la capital colombiana declararon que el tal señor Peter no era sino una invención de Cano para tomarles el pelo a los literatos de Bogotá. Otro día habló de Max Nordau. Desde entonces quedó consagrado como hombre que hablaba cosas extrañas.

Y así en todo, la clasificación de hombre raro, de semiloco, la obtenían todos aquellos que por estas tierras intentaran algo nuevo, algo que fuera contra la rutina imperante.

Pero hoy, ante la faz que presenta el mundo, ha sido de imperiosa necesidad volver las caras, dar frente con nuestras energías de pueblos

nuevos a fin de no dejar que los acontecimientos avancen y que la formación de nuestra personalidad quede como un problema secundario, como una cosa por añadidura.

Los que sí han comprendido este importante momento de nuestra vida, como pueblos, observando las distintas cuestiones que toda sociedad bien organizada debe resolver, han presentado ante el conglomerado consciente los problemas que a los conjuntos autónomos les corresponde.

Pero esta labor de conocimientos ante todo es instructiva. Se ha creído que muchos de los problemas que a primera vista, ante la observación rápida, se ven como de fácil solución, se pueden resolver sin ninguna dificultad. Esta labor de perfeccionamiento amerita no meses, no empuje momentáneo, sino la lucha larga pero constante de la totalidad de los habitantes del país.

Dominemos nuestro Orinoco, decimos. Hasta cuándo esa fuente de vida perdiéndose. Pero los trabajos de su canalización ¡cuánto cuestan! La habilitación de su curso, el saneamiento de sus márgenes, ¡qué capital no implican!

Los miles de kilómetros de nuestros llanos no serán tan fácilmente conquistados. Para principiar su dominación es necesario evitar las desastrosas inundaciones de sus ríos. Es decir, hay necesidad de canalizar. Los problemas sucesivos de saneamiento y población implican a su vez un largo proceso.

Al hablar de nuestras fuentes de economía y de la organización de nuestra hacienda, pedimos a gritos misiones extranjeras. Creemos en ellas como en algo providencial, algo único. Sin embargo, los hechos dicen más que las palabras y las veces que la célebre misión Kemmerer ha venido por estas tierras del trópico, el fracaso más completo la ha acompañado.

Esa labor de formar nacionalidad es larga si es sincera. Debemos ante todo, antes de principiar la realización de nuestros proyectos, ejecutar lo esencial y único: definirnos.

***El Nacional*, 21 de junio de 1963**

Hacia un cine de la objetividad

Esdras Parra

Portadoras de nuevos contenidos y diferentes puntos de vista en oposición a la estructura tradicional del film, las tendencias actuales en la expresión cinematográfica suscitan y plantean la necesidad de una relación más íntima, más auténticamente efectiva y veraz entre el espectador y la realidad que se coloca ante sus ojos. Las primeras tentativas realizadas con el espíritu de ofrecer un material espontáneo y ágil, apresado en el instante mismo de su génesis, demostraron la poca o ninguna urgencia del artificio técnico, tal como los recursos del estudio en la elaboración de un film. El norteamericano Robert Flaherty, con *Nanook of the North* (1921) y *Moana* (1924), inicia una de las exploraciones más decisivas en ese dominio y descubre un arsenal de cocina con base en el cual la imagen fílmica, desprovista de todo elemento preconcebido, establece con el espectador una suerte de libertad comunicativa que lo obliga a participar en su seducción y en su misterio. Si la fuerza sugestiva de Flaherty se rebela a través de un cierto tono lírico y de una inocencia, apenas contenido frente a la magia de la vida ruda y sencilla y la relación que el hombre crea con la naturaleza, provocando el libre juego de la cámara sobre el objeto, el soviético Dziga Vértov, por el contrario, suscita la alarma por la insistente exaltación de las realidades en toda su crudeza. Sus búsquedas son más radicales, Vértov era un teórico, preocupado más por una concepción estética que por una moral. Funda el movimiento denominado «cinema-ojo» y realiza *La sexta parte del mundo* (1926), *El hombre de la cámara* (1929) y *En primera línea* (1941), con lo cual la cámara se lanza a la conquista del objeto para captarlo en su propio y único despliegue.

Vértov establece un verdadero lenguaje de la «percepción visual». Y es extraño que el cine soviético, dueño de una técnica admirable y poseedor de inagotables recursos temáticos, no haya continuado la línea traza-

da por este realizador, en donde la imagen, por el aliento de su propio nervio interior, se transforma en un instrumento poderoso. Joris Ivens promueve una recia continuidad en las corrientes ya iniciadas al utilizar el material fílmico como arma de lucha ideológica, sin descuidar su condición artística. Desde *Zuyderse* (1930) hasta *Mañana en Nanguila* (1960), en un período de treinta años, Ivens ha ejecutado una importantísima serie de films que, en su conjunto, son como un documento entusiasta y fervoroso de la vida y el hombre. Sobre este cineasta holandés convergen, en su expresión más vigorosa, las trayectorias descritas por Flaherty y Vértov. Pero ya un movimiento como el neorrealismo italiano, inspirado directamente en los sucesos de la vida y en el caos social, recoge más una experiencia valiosa que luego se estructura en un ideal estético y moral, explotando al máximo las tentativas de la improvisación y de la acción espontánea de la cámara. Con De Sica —en sus primeros ensayos cinematográficos—, con Rossellini y Visconti, la realidad, esa realidad tantas veces traicionada, es tomada como exigencia única haca la cual debe orientarse toda la legítima preocupación. El neorrealismo es, en primer lugar, un intento por elaborar una moral de cine. Las exigencias del neorrealismo, en sus manifestaciones últimas, se vuelven hacia el sondeo de una verdad interior que revele una imagen desconocida del rostro humano dentro de la trama social.

El cine, tal como lo conciben los franceses Jean Rouch y Chris Marker, entre otros, y los norteamericanos John Cassavetes y Richard Rogers, se define esencialmente como un método sincero y lúcido en la búsqueda de la dispersa verdad de las cosas. Jean Rouch es, sin duda, el más destacado exponente de una nueva versión del universo fílmico. Esa ruptura dentro del sistema tradicional del film resucita una razón y una necesidad interior por enfrentarse a la realidad en su propia anatomía y ofrece sus aspectos más sutiles y de mayor significación. Rouch, cineasta movido por el puro anhelo de decir la verdad, preconiza un lenguaje libre, dentro de un estilo simultáneamente objetivo y dramático. «Una dialéctica incesante fusiona los diferentes estados de la realidad y de la irrealidad hasta la completa reversibilidad, allí donde el objeto deviene alma», dice Edgar Morin, colaborador de Rouch en una de las experiencias más totales del cine de la objetividad: *Chronique d'un été* (1960). Rouch, en razón de sus inquietudes científicas, había utilizado el cine como un instrumento técnico, pero sus numerosos cortometrajes, cuyo escenario es el paisaje humano de África —*Les Gens du Nil* (1951), *Les Fils de l'eau* (1956), *Les Maîtres*

fous y *Jaguar* (1956)—, tomados directamente de la realidad palpitante, lo obligan a continuar una búsqueda en el sentido de apresar la materia, el objeto, en su propia «alma», y de ellos resultan *Moi, un noir* (1959) y *La Pyramide humaine* (1960).

La síntesis dialéctica de que habla Morin es el recurso más valioso sobre el cual se debe apoyar una nueva actitud frente al problema cinematográfico y liberarse así de las fórmulas y del rigor convencional del cine clásico. La realidad por sí misma, como lo demuestran Flaherty o Rouch, establece una suerte de diálogo fecundo y revelador que no puede conducir sino al descubrimiento de la verdad, de la verdad interior que envuelva las cosas y al hombre.

***El Nacional*, 28 de julio de 1963**

Contra Lerner: los cómics o la revolución necesaria

Julio E. Miranda

Lo he pensado muy bien antes de decidirme a contestar el artículo «Moral de las tiras cómicas», que publicara Elisa Lerner en el *Papel Literario* del 29 de junio. Y digo que lo he pensado bien porque la apología que de los cómics hace la autora es tan evidentemente ingenua, torpe, equivocada como para no sospechar alguna trampa, algún mecanismo con retardo, a explotar con el comienzo de la polémica (¿buscada?). No obstante, creo necesario correr ese riesgo y paso, como quien dice, al campo de batalla, aunque mi escrito no quede tan lindo como el de ella.

Dice Elisa Lerner: «La tira cómica es, pues, un género muy moral». En primer lugar, en su pensamiento parece haber una errónea —y ridícula— confusión entre moralidad y castidad. Los cómics serían morales en cuanto que ajenos al erotismo. Hay que convenir en que la idea es monstruosa. El hombre, pues, ser —afortunadamente— erótico, no sería moral para Elisa Lerner. Y ni siquiera es cierto que los cómics se hayan mantenido a salvo del erotismo. Sin considerar —por ahora— la última corriente de producción sustancialmente erótica —*Barbarella*, *Epoxy*, *Jodelle*, *Scarlette Dream*, *Pravda*, etc., títulos más que suficientes—, un elemento formal y otro de contenido bastarán para mostrar, al menos la presencia —nada involuntaria— del sexo en las tiras cómicas. Pensemos, como elemento formal, en el dibujo de toda una serie de mujercitas: desde Betty y Verónica hasta Pepita, sin olvidar a Queta Pando, Dalia y Dora, etc., por no tomar más que personajes del cómic costumbrista, al que en verdad se limita Elisa Lerner en su artículo, ignorando ¿por descuido? el resto. Nadie dudará del claro atractivo de estas féminas, todas ellas muy bien hechas. ¿Y qué decir de la sustancia anecdótica de algunas tiras, ese universo casi exclusivamente sexual en que se mueven los protagonistas más jóvenes: Archie y su séquito, los estudiantes moscones que zumban en torno a Da-

«Soy, más bien, un fanático del cómic como lenguaje, cuya liberación no ocurrirá sino cuando sepamos mirar de frente, en sus miserias y sus glorias». *Julio E. Miranda*

lia y Dora, en fin? A esto, poco en realidad, y más bien pacato, se sumaría el numeroso juego de referencias ambiguas, fetichismos, complicidades sexo-políticas, etc., mucho más importantes aunque menos patentes a la mirada superficial, que encontramos en los cómics de aventuras —tarzanescos, titanescos, policiales, interplanetarios, bélicos— de terror y, aspecto a no descuidar, en los sentimentales —realmente, adaptación al cómic de los fotorromances—. En todas estas series, podríamos detectar sin demasiado trabajo el arsenal de estímulos eróticos que setenta años de cine comercial ha convenientemente armado: desde la violencia al narcisismo, incluyendo la necrofilia, el sadismo, el masoquismo, etc., y adoptando incluso las situaciones pretexto típicas.

Pero con esto no hacemos sino mantenernos en el terreno de Elisa Lerner, en sus preocupaciones antieróticas. La inmoralidad de las tiras cómicas es algo más profundo, y consiste en su tipificación discriminadora de lo humano, en la cadena de tipos que, si en un principio pudieron ser reflejos desde luego deformados, son hoy ya verdaderas imposiciones, modelos tarados que se acuñan en la cera fácil del gusto masivo, debidamente hecho cómplice por las infraestructuras de los *mass media*. Pensemos en la «moralidad» de Tarzán, racista nato, salvador blanco caído en medio del tercer mundo, cuyas aventuras presentan a los negros como irremediables imbéciles indefensos o como malísimos y torpísimos enemigos. Dos alternativas muy morales, según Lerner, dado que a Tarzán no lo veremos nunca flirteando. Pensemos en el mensaje furio-

samente proyanqui, ferozmente anticomunista de los titanes del cómic, *Superman*, *Batman*, *Capitán América*, etc. —y no es casualidad que hayan surgido, precisamente, a raíz de la depresión, aumentando sus poderes a medida que se acercaba la Segunda Guerra Mundial: de 1931 al 37 aparecen los héroes menores, *Mandrake*, *El Fantasma* y *El Príncipe Valiente*; en el 38 y 39, *Superman* y *Batman*, y al fin, en el 40, el *Capitán América*, cuyo uniforme es nada menos que las barras y estrellas de la bandera norteamericana—. A la discriminación del negro, del tercer mundo, a la exaltación imperialista de los Estados Unidos se suma una constante más sutil, pero igualmente venenosa: la domesticación de la mujer. Los cómics han asumido y culminado todos los mitos inferiorizantes de la mujer, precediendo en bastantes años a la glorificación del ama de casa que las revistas gráficas emprendieran en la década del cincuenta. Todas esas mujercitas que enternecen a Elisa Lerner —la deliciosa Pepita, la estúpida esposa de Pomponio, la ratona Minnie, la pata Daisy— son perfectas consumidoras, banales charlatanas con una esfera cumplida de realización hogareña: comprar, cocinar, ver la televisión, hablar con las amigas, discutir con el marido, cuidar a los hijos, etc. En el caso de las estudiantes, el mismo juego las hace concentrarse en lograr que los chicos las lleven a bailar, comer sin descuidar la línea, probarse modelitos, hacer rabiar a las amigas, y desde luego, como meta final, pasear marido. Pero en general, son todos los personajes del cómic costumbrista, y no solo las mujeres, quienes están marcados con un despreciable egoísmo, instalados irremisiblemente en la esfera doméstica, sin contacto con la realidad. En una época de entrelazamiento de destinos, de lazos universales, de acciones —y conclusiones— fatalmente sociales, estos personajes propagan un soberbio individualismo, invisible a la pequeña vida, al aislamiento, a la pasividad. En suma, la politización —de signo exclusivamente capitalista— de los titanes y la apoliticidad de los costumbristas son las dos caras de una misma maniobra.

Sin embargo, en algo tiene razón Elisa Lerner: en un tiempo de saturación de las tiras cómicas se han mantenido predominantemente castas (que no morales). El problema es que la castidad del cómic es una consecuencia de su inmoralidad ideológica y discriminada de la mujer. Al macho del cómic no le quedaba más que la sublimación psicológica de su sexualidad, desembocando en una miríada de héroes masculinos que servían por parejas, con Batman y Robin como ejemplo máximo. Según los estudiosos del género, Batman y Robin dan cuerpo al sueño idílico de

dos homosexuales que quieren vivir juntos. De hecho, casi ningún héroe de cómics lleva una vida sexual normal, lo que se corresponde con la relegación de la mujer a papeles secundarios, principalmente dos: mala (espía seductora, generalmente conspirando contra el «mundo libre» y fallando siempre en un intento de perturbar al titán de turno) y buena (sufridora por los peligros que le ocurren al héroe, esperando resignada su vuelta o, en caso de querer ayudarlo, entorpeciendo la situación, cayendo en las más bobas trampas, siendo utilizada por el enemigo para atrapar al héroe y, desde luego, ser salvada finalmente por él. A lo más que ha llegado la mujer en estas aventuras es a heroína menor, en dependencia del héroe principal. Las excepciones —alguna que otra tarzana— no son sino eso (un ejemplo clave del rol de las mujeres). En el cómic es Luisa Lane, banalizando constantemente las hazañas de Superman, el héroe macho, con su intento exclusivo —muy típicamente femenino— de casarse con él. Repetimos, pues, que el problema de la movilidad en las tiras cómicas no reside en la presencia o no del erotismo, sino en sus modos de presentación y, sobre todo, en las causas profundas que mueven las historias. Hacían, como hace Elisa Lerner, de «oscuridad erótica», que es, precisamente, oscurecer algo comparativamente luminoso y al mismo tiempo desviar la atención del centro del asunto. Elogiar la estabilidad de Lorenzo y Pepita es olvidar las condiciones —económicas, políticas, nacionales, psicológicas, humanas en fin— de esa estabilidad, aparte de que los juicios específicos de la autora sean igualmente erróneos. ¿Lorenzo es magnífico porque soporta, casi siempre sumiso, a su despótico jefe? ¿Por qué se pliega a los caprichos histéricos de Pepa? ¿Popeye y Olivia son enamorados ejemplares porque llevan treinta años de novios, sin besarse apenas, o nunca? Me temo que haya una confusión en el pensamiento de Lerner.

Finalmente, los años sesenta nos han presentado a toda una serie de heroínas reivindicando el papel activo de la mujer. Pero lo que en un principio se auguró positivo, alcanza hoy figura de simple transposición: si antes la mujer era objeto del hombre, estas superchicas convierten hoy al hombre en objeto de la mujer. Vale como venganza, pero no como programa. Seguimos pues en un mundo de tiranías, donde alguien codifica a alguien. Y ni siquiera su reivindicación femenina es demasiado irreprochable, si tenemos en cuenta que se extiende a cierto elogio de lesbianismo —así como los cómics promacho cayeron en la respectiva homosexualidad— y, en general a la erotización de todo. Cómics exclu-

sivamente eróticos, las aventuras de *Barbarela*, *Jodelle*, etc., proponen el sexo sin conflictos, el sexo evasión, el sexo envolvente, en un escamoteo casi genial del resto: si el primer paso, necesario, fue liberar el sexo de las falsas esencias, de inapelables «naturalezas» eternas que esquematizaban al hombre y la mujer, se ha llegado ya a quitar al mundo de en medio, haciendo todo sexo. Y todo sexo es tanto como nada sexo; es, no más, otro fraude al hombre, al mundo, a la historia. En lo que toca a la «moralidad» lerneriana, recomendamos a la autora consultar los cuadernos, ya en Venezuela —Bs. 2,50 el ejemplar—, de las superhembras, con trayectorias verdaderamente hazañosas: *Epoxi*, una jovencita griega, hace el amor con la reina de las amazonas, un toro, un centauro, varios dioses y así; Barbarella, más púdica, apenas tiene a mano un ángel y un robot para lo mismo.

No quisiera dejar la impresión de que soy enemigo de los cómics. Soy, más bien, un fanático del cómic como lenguaje, cuya liberación no ocurrirá sino cuando sepamos mirar de frente, en sus miserias y sus glorias. Por otra parte, este medio de comunicación de masas —sin el pensamiento de Lerner— basa su libertad y su sumisión, al mismo tiempo, en pertenecer a la clase media. Elisa Lerner celebra esta pertenencia en alguna parte de su artículo sin ver precisamente la ambigüedad de la cuestión: miembro clave de la cultura audiovisual, el cómic tiene que recorrer aún un largo camino para encontrarse a sí mismo, poseyéndose fuera de los cuadros sociopasivos de su clase de origen. Que es tanto como humanizarse totalmente como socializarse y, también, revolucionarse. Entonces será el cómic verdaderamente moral y, en un mismo gesto vigoroso, libre.

***El Nacional*, 27 de julio de 1969**

Un joven caraqueño

Elizabeth Schön

Con fluido, abundante y preciso lenguaje, nuestro magnífico poeta Carlos Augusto León ha traducido muy fiel y hermosamente el libro de Thomas R. Ibarra *Un joven caraqueño*, publicado originalmente en inglés en el año 1941.

Por lo vivaz, sincero y ameno de los personajes que componen el recuento, esta obra se podría convertir en aquella novela que a muchos escritores actuales les agradaría escribir, debido a que el fundamento de *Un joven caraqueño* no se aleja, no altera los sucesos en los que se inspiró el autor, y como consecuencia la ficción y el relato no entorpecen ni impiden que el lector encuentre y reconozca en el comportamiento humano de esta historia los problemas, el encanto y la zozobra que rodeaban y formaban el alma y la conducta de los caraqueños del siglo pasado y más, la vida del padre del escritor en su lucha por el liberalismo.

El general Ibarra, de tan impetuoso y rebelde, se nos coloca frente a la vista; observamos su afilada espada, sus brillosos ojos, como hechos con las aguas copiosas y agitadas de un extenso río Olmos. Su voz aún más: anhelamos seguirlo, irnos con él, como tanto lo quiso hacer el autor, al sitio de las batallas que estallan de pronto, en las calles o en los alrededores de Caracas, y que mantenían a la joven esposa, Nelly Russell, en un angustioso silencio que dejaba escapar cuando tomaba sus cuadernos de diario y escribía, llenando las líneas de humor y de esa natural inteligencia que la hizo mantenerse siempre erguida sobre los contratiempos y las desavenencias. Nelly Russell, la muchacha de Boston que un día, frente a la ventana donde estaba asomado el general Ibarra, sujetó y domó el caballo desbocado de su coche.

Veintiún capítulos componen la unidad de *Un joven caraqueño*. Cada uno está sustentado, fortalecido por una viril y ferviente devoción hacia aquella Caracas de su niñez que nunca olvida, que conserva en su espíritu fresca, intacta, convertida ahora como en el alba primera con la que acoge

los días, la nieve, el humo, les edificios envueltos en luces y sombras muy distintas a las que lo escudaron en su infancia.

La prosa de *Un joven caraqueño* se desliza con la fuerza y la ductilidad del que sabe muy bien enlazar el hecho con la palabra sin que uno se sobreponga sobre el otro, es decir, logra una expresión homogénea, balanceada, donde el suceso y la frase se ensartan en tendida forma colorida y briosa agilidad. En todo momento se percibe una genuina gravitación de humano humor y diría que hasta de cierto matiz lírico. Real, ceñido de continuo a los acontecimientos del pasado, Thomas R. Ibarra nos brinda un remanso de múltiples salidas, miles y miles de situaciones y procederes, mas sin imponerles una directriz teórica determinada. Es la fragancia crédula de la infancia la que sostiene la narración y guía sin cesar por el pasadizo largo del recuerdo. Por eso cada página la forjó con una libertad y una reciedumbre muy semejante a las que poseen las raíces para soportar el peso enorme del árbol. Un equilibrio de tierna y serena remembranza respalda las atmósferas, los clímax que en este libro resaltan sin artificios, sin ampulosidad, solo apoyados en el amor y la memoria.

Un joven caraqueño contiene el primoroso hechizo de hacer que, imaginativamente, abramos uno de esos viejos y desaparecidos portones y entremos en el zaguán y nos detengamos en el patio para permanecer ahí, escuchando voces, repiques, galopes, mientras el sol va enrojeciendo los aleros, hasta que la noche entra y envuelve pilares, postigos, tinajeros, gárgolas... Y mientras más nos adentramos en la lectura, más admiramos y más notamos, en el escritor, una condición innata de agrado y de respeto hacia las acciones humanas, lo que contribuye a que el artista esculpa con original destreza fisonomías, gestos, campos, ímpetus agresivos y hechos jocosos de hermosa actuación infantil, como aquella en que el autor, vestido con un traje militar y espoleando su burro Don Rodrigo, iba de cuartel en cuartel para recibir gran orgullo el saludo marcial de oficiales y soldados. Y también se nos hace atrayente la figura austera, sabia, del viejo doctor Ibarra, para quien el Ávila siempre se le aparecía envuelto en la seducción virginal de lo nuevo que nace por primera vez.

Leyendo *Un joven caraqueño* se recibe la impresión de estar frente a una obra muy propia y singular, como la califica con plena razón Carlos Augusto León. Thomas R. Ibarra buscaba y quería proporcionar una visión muy global que ofreciera, además de sus conflictos y contrastes íntimos, las sutilezas, las banalidades, las penurias, crueldades que se

suceden en el transcurso de la existencia de los seres. No deseaba que fuese solo la presencia de su padre, de lo cotidiano y de lo habitual lo que se dibujara en esta historia; anhelaba también que la vida de otros seres y otros sucesos se injertara en la del general Ibarra para que el libro se le convirtiera en esa cuantiosa siembra de cuyas tierras nacen las cosechas más variadas y aromáticas.

Y cuando concluimos la lectura sentimos como si realmente hubiéramos vivido en nuestra antigua Caracas y, es más, nos colma una sensación de tiempo y de espacio que, dependiendo de la imaginación y del amor que abriga el artista hacia la ciudad, de su niñez y de su adolescencia, se transforman en el cayado con el que tanteamos y distinguimos el perenne arroyo de los procesos humanos en la vida de cada día, de cada hora y de cada segundo.

Que estas sinceras y apresuradas líneas dejen en el gran escritor y periodista la admiración de alguien que, uniéndose a las montañas, al sol, al brillo de las hojas y a los habitantes de este valle, le ofrecemos una mano cordial de amistad, de acercamiento y de amor.

***El Nacional*, 30 de noviembre de 1969**

La escultura desde Rodin a Brâncuşi

Juan Calzadilla

El crítico inglés Herbert Read, quien visitó Venecia en 1963, declaró en una oportunidad que «el Renacimiento representó el establecimiento gradual de una tiranía del ojo».

Dentro de la perspectiva renacentista el siglo XIX significa, en arte, la culminación del realismo y del naturalismo hacia la que conducía necesariamente esa tiranía de lo visual.

La revolución pictórica de los impresionistas, a pesar de haber sido una revolución especialmente óptica, estaba dirigida contra los métodos de taller y se proponía restablecer la facultad creadora del otro, bajo el contacto directo del objeto. Tuvo un equivalente escultórico en la obra del francés Auguste Rodin. La hazaña de Rodin no es tanto la de un creador genial como de un revolucionario. Para comprender mejor su obra se hace necesario darnos cuenta de la naturaleza del arte que él estaba rechazando: la escultura del siglo XIX estaba dominada por una concepción eminentemente pictórica, a la cual se subordinaba el efecto táctil, que debe ser privativo a la escultura: predominaba, en la estimación, el factor visual. Sobre la escultura del siglo XIX podría decirse, con palabras de Read, que «concibe la naturaleza como espectáculo, como un drama con marco teatral, y la escultura, aun cuando tomara la forma aislada, debía ser reconocida como una serie de bajorrelieves que se incorporaban a la visión en la medida en que se miraba la escultura desde varios puntos».

Rodin reaccionó contra el realismo temático y la corrupción visual de un método académico empeñado en transportar la mitología grecolatina a los talleres de escultura. En él privará el concepto de materia sobre lo literario y, por consiguiente, la tactilidad. Más cerca del gótico que de Miguel Ángel, Rodin es ante todo el primer escultor expresionista en el sentido de la importancia que todo expresionista da al hecho de cargar la materia con los ingredientes de su efectividad (de los sentimientos).

Haber librado la escultura de los efectos pictóricos de la perspectiva fue la hazaña principal de Rodin. Su monumento a Balzac señala ese instante en que la posibilidad de interpretación total del sujeto queda estrictamente limitada a la posibilidad del medio.

Después de 1900 la pintura y la escultura marchan juntas aunque separadas por los límites de sus propios lenguajes, pero cada arte se sabe en su sitio. Como en la pintura cubista, el esculturalismo cubista representó, en cierto momento, la subversión del orden tradicional, una primera reacción contra la forma orgánica y una primera piedra del abstraccionismo, al que los pintores llegaron primero. La escultura, que había sido hasta Rodin un arte fundamentalmente humanístico, es decir un arte cuyo tema principal había sido la figura humana, se enriquece con la adopción de un repertorio objetual, que ya no se basta con la forma orgánica, sino que asume la representación de lo ambiental. En términos generales, domina la intención de tratar con el hecho plástico. Para el cubismo la naturaleza era un estímulo creador y no un objeto para describirse. Pero ese movimiento quedó atado a la estructura de la realidad que pretendía analizar, y de las cuales se valía, manteniendo un vínculo con la naturaleza que hasta ahora parecía indestructible, en arte. El concepto escultórico se transformó con la visión de hombres como Picasso, Lipchitz, Arp, Gargallo, etc.

En síntesis: el cubismo introdujo la noción del espacio real como elemento del juego escultórico. En la escultura tradicional —incluido Rodin— el espacio era la atmósfera inerte que rodeaba al volumen, sin tener nada que ver con este: una escultura se definía como un volumen en el espacio, cerrado en sí mismo; volumen y espacio se interrelacionaban superficialmente, pero nunca se compenetraban. El cubismo había perforado y traspasado la masa escultórica, originando vacíos e intervalos espaciales que se integraban con una energía propia al conjunto de formas. Esta innovación solo podía nacer a partir de una revolución del concepto plástico general que proclama la autonomía del arte frente al objeto.

Autonomía frente al objeto, no frente a la realidad, óigase bien. Porque el cubismo es, en muchos aspectos y casi diríamos que en esencia, un arte de la realidad; un arte de la realidad no porque capte la naturaleza en sus formas exteriores, lo cual hizo el naturalismo, sino porque interpreta dinámicamente esas formas en sus relaciones esenciales, es la imagen de la estructura interna de las cosas.

Pero el cubismo fue solo el primer paso hacia la abstracción. El primer escultor plenamente abstracto, en el sentido de que suprime toda relación formal con la realidad, es Brâncuşi, aun cuando no podemos pasar por alto a otro escultor, Jean Arp, a quien corresponde en el tiempo la primacía de la invención de la forma pura, pero que provenía de una experiencia esencialmente humana, que nunca se planteó la cuestión de la autonomía de la obra de arte: esa experiencia llamada dadaísmo.

***El Nacional*, 29 de julio de 1973**

Morir en Buenos Aires

Miguel Otero Silva

A las dos de la madrugada, cuando las calles de Buenos Aires están colmadas por la muchedumbre que sale de los cines, de los cafés, de los restaurantes, sucede recientemente este caso. Uno de los ya famosos automóviles que circulan por la ciudad, desprovistos de matrículas y ostensiblemente colmados de armas, se detiene junto a la plaza de la República, en cuyo centro está el obelisco que es a la vez símbolo y punto de referencia obligado en la capital argentina. Del carro descienden cuatro hombres, quienes a su vez arrastran a un quinto hombre, maniatado. Lo colocan contra una de las paredes del obelisco y lo ametrallan a la vista de los transeúntes. Luego se marchan dejando tras sí el cadáver, el reguero de sangre, el espanto de la gente.

Poco después tiene lugar una fechoría, aún más horripilante por el número de sus víctimas. Treinta hombres no identificados (aunque todo el mundo sabe que son presos políticos sacados de sus celdas, en la prisión de Villa Devoto) son asesinados a balazos en un basurero de Lomas de Zamora, veinte kilómetros al sur de Buenos Aires, y luego reventados con cargas de dinamita. Otros diecisiete cadáveres en las mismas condiciones aparecieron un poco más tarde en las orillas del Riachuelo.

Día tras día el cable nos trae noticias como esa. Día tras día más hombres, más mujeres, más niños, encuentran muerte súbita y brutal en Argentina. Según los cómputos de las agencias de información, el número de muertos por la vía de la violencia política alcanza ya a 1.100 en 1976, en el transcurso del 1.º de enero hasta el día de ayer, 28 de septiembre. Pero son muchos más, si se piensa que en esos 1.100 del cálculo no están contados los desaparecidos, ni los enterrados silenciosamente en las fosas comunes, ni los cadáveres dinamitados e imposibles de enumerar.

Entre esos muertos hay adolescentes, estudiantes de secundaria o muchachos del pueblo; hay mujeres jóvenes y ancianas; hay escritores y profesores; hay extranjeros (chilenos, uruguayos, peruanos, bolivianos,

«Día tras día el cable nos trae noticias como esa. Día tras día más hombres, más mujeres, más niños, encuentran muerte súbita y brutal en Argentina».

Miguel Otero Silva

paraguayos) que buscaron un refugio en la Argentina y cayeron abatidos por el plomo de un chovinismo desenfrenado y perverso.

Buenos Aires ya no es aquella metrópoli luminosa y regocijada, aquel emporio científico y universitario, aquel ejemplo de legalidad y respeto mutuo que fuera hasta bien entrado el siglo para otros países, entre ellos el nuestro, que sobrellevaban dictaduras de zafios sargentones o de déspotas ilustrados. Ahora Buenos Aires es un inmenso caserío estremecido por la zozobra, por la inseguridad y por el terror. El áspero lamento de Martín Fierro parece haberse convertido en una maldición o destino extensivo a toda la población:

El gaucho no es argentino
sino pa' hacese matar...

Por las calles y caminos se deslizan bandas armadas, organizadas meticulosa y técnicamente para cumplir dos funciones específicas: secuestrar y matar. Gozan de tan evidente impunidad que nadie duda de sus conexiones con el Gobierno, con el Gobierno de Isabel Perón ayer, con el gobierno de los militares hoy. La *vox populi* señala que a unas las ampara la policía y otras están bajo la protección de la Marina, o de la Aviación, o del Ejército de tierra. De ahí sus arsenales y su libertad de acción.

A veces matan a personas que habían sido secuestradas previamente por grupos armados, por patrullas que se identificaron en forma vaga

como miembros de las fuerzas de seguridad. Otras bandas proceden repentinamente por las noches, organizándose en espontáneos destacamentos de «caza», para vengar las bajas padecidas durante el día por la policía o el Ejército a consecuencia de los atentados montoneros. Estos «cazadores» disponen de listas de marxistas, o supuestos marxistas, o amigos de los marxistas, proporcionadas por los servicios de información militares, como disponen igualmente de automóviles sin matrículas y de un armamento aterrador. Suelen entrar a las casas de los «elegidos» derribando las puertas a golpes de hacha, saqueando todo objeto de valor que encuentran, matando a quien intente oponerles la menor resistencia.

Hasta el momento, en lo que va de año, las bajas ocasionadas a las fuerzas de seguridad por los guerrilleros argentinos llegan a 160, en contra de más de 1.000 muertos izquierdistas o considerados izquierdistas. En modo alguno justificamos el terrorismo de los Montoneros. Por el contrario, nuestros principios y nuestra condición humana nos obligan a condenar sin cortapisas sus métodos de lucha. Uno lo que desea con toda el alma es que se ponga cese a una matanza que está desangrando y malogrando a uno de los pueblos más vigorosos, más lúcidos y más promisorios del continente americano.

***El Nacional*, 29 de septiembre de 1976**

No añadir brillos

José Balza

El sentido de este libro arranca desde el paladar: una boca (como la de Marilyn Monroe, como aquellas pintadas por Roberto Obregón y por Jacobo Borges) vocea médulas, nos sigue o se desplaza por cada página. Ella desborda *Intemperie* de Rafael Cadenas, editado por la Universidad de los Andes en 1977.

Los célebres balances mostraron, a fines de diciembre, que para nuestros analistas literarios nada había pasado en el año. Esto, como es habitual, evidencia que para nuestros expertos nunca hay diferencia entre la imbecilidad total (una de cuyas máximas representaciones venezolanas podría ser *La revolución de la inteligencia*) y *Hamlet*, aunque no estoy muy seguro de que este último título haya ocupado alguna vez las bibliotecas de aquellos.

Solo esto explica que la edición de un libro de Cadenas pueda ser mencionada al descuido, como algo más. Nada menos interesado en nuestro discurso literario, nadie menos orgulloso de ser «poeta» que Cadenas. Su libro *Intemperie*, sin embargo, vuelve a hacer fulgurar la poesía de América, nos permite apartar casi todos los versos (y otras cosas) realizadas en el país desde 1966.

Había transcurrido más de una década desde *Falsas maniobras* y casi veinte años desde *Los cuadernos del destierro*, títulos clásicos y clandestinos, sin que Cadenas se decidiera a publicar un nuevo libro. Ha escrito durante todos esos años, como lo demuestran sus colaboraciones en revistas nacionales y continentales. Por otra parte, a *Intemperie* seguirá, muy probablemente, *Memorial*, ya anunciado por Monte Ávila.

Tanto por su aura como por su escritura, este volumen está muy lejos de *Los cuadernos...*, en cambio, cierto registro de voz nos devuelve hacia *Falsas maniobras*: cuando Cadenas dice «Bebo locura, yerma...» o cuando dice «Me llamo debilidad, tensión...», creemos estar en territorio de esta obra. Pero solo ocurre un espejismo del estilo; enseguida tales textos nos

conducirán a un estrato fuertemente concreto, que nunca podríamos identificar con el desconcierto metafísico de *Falsas maniobras*.

Como es usual en los otros volúmenes de Cadenas, *Intemperie* resulta profundamente único. No porque pretenda ser un canto «total» o «general», sino porque sus páginas asedian significaciones diferentes para crear un mismo cuerpo, una misma sustancia. Todo lo cual permite que cada poema sea leído independientemente sin que pierda vigor y carácter por sí mismo.

El secreto de esa unidad del libro consiste en su oscilación. Quien nos habla lo hace en algunos momentos desde aquel cuyas acciones fragmentan nuestra presencia, mostrando como ejemplo los gestos, el pensamiento, la palabra, y así es determinado el juez que nos disminuye. Sin embargo, quien habla crea a la vez en un zigzag (o en una oscilación) la puerta del esplendor y más saludables tesoros: lo espontáneo, lo íntimo. Finalmente, entre ambos podemos vislumbrar la metamorfosis de quien ha sido sometido por el juez hasta violar su propia personalidad (¿cómo pudo volverse tribunal de su vida el menos concluyente de los nacidos?). Pero entonces, ¿realmente quién hurta, quién nos arranca la libertad de ser? Solo ese juez que también puede transfigurarse en el amigo o el enemigo, en un nosotros mismos que vive a nuestras expensas comiéndose la fruta que nos llevamos a la boca, solo ese que en mi propio plato, con mi consentimiento, me come, desde un territorio donde estamos empleados para olvidar.

Sin embargo, hay una salida contra el juez, la intemperie, donde no es necesario añadir brillos a lo que es, pero sí imprescindible dar comienzo a la obra, a la obra de ser. Y la posibilidad de lograr este deslumbrante aprendizaje aparecerá a través de poemas que se oponen y articulan a cada uno de los poemas en que se materializa el enemigo. Para comenzar, esa vía de la plenitud únicamente nos envolverá si se cumple de manera simultánea, en el cuerpo y en el espíritu, esta petición: «Muerde, traga, recibe (...) Come cuanto antes este plato. (...) Toma el bocado que te corresponde». Entonces sabremos que beber vientre, sueldo, libro, conversación, es la señal única, porque lo concreto del mundo —incluidos nosotros mismos— es el gran botín que nadie ama o comparte o respeta o descubre. No importa que al final no haya más jugadas sino ponerse en manos desconocidas. Allí estará la gran ruta hacia la intemperie, hacia la luminosa seguridad de lo real.

Por lo tanto, debemos saber que ÉL (convencionalismo, enemigo, juez) también puede ser derrotado por nosotros. Así, con la vigilancia y el cultivo de lo espontáneo, de la fuerza más viva, llegaremos a entender que nuestro monólogo cesa porque la separación nos pertenece.

Indudablemente, lo dicho hasta aquí apenas intenta ser una aproximación a *Intemperie*, libro que exige más lectura y más goce. Sobre todo, porque reitera la admirable madurez creadora de un poeta que es, al mismo tiempo, excepcional pacto de nuestro siglo.

***El Nacional*, 29 de enero de 1977**

Dimensión exterior

Ida Gramcko

El gran Pablo Neruda expresa en uno de sus poemas: «Sucede que me canso de ser hombre». ¿Qué quiere decir esto? Hace ya bastante tiempo interpreté esos versos de un modo exageradamente filosófico. Creí que el autor se hastiaba de ser un ente limitado y concreto y que aspiraba a ser algo más. Este algo más lo relacionaba con el ser de Martin Heidegger. Ahora interpreto de otro modo. Por todos los versos que le siguen al que yo he citado, lo que ocurre es que el poeta se cansa de ser hombre en una sociedad mecanizada y técnica. Pero esta fatiga la superó el gran autor. Su poesía es un canto que expresa el deseo de una dicha individual y colectiva. Vela la revolución desde una perspectiva muy propia. Consideraba, por ejemplo, que las estructuras plásticas de Alejandro Otero también debían instalarse en Moscú. Y es que sentía y pensaba que el marxismo postulaba la individualidad del hombre. No creo que sintiera que el individuo fuese un producto pasivo de su ambiente, sino que el hombre hace la historia y es el autor de todo cambio fecundo, firme, fuerte.

Mi modo de juzgar en aquellos días se asentaba en el ideario de que el ser era mucho más importante que la criatura humana. Y como en la poesía de Neruda surgen ráfagas metafísicas indudables, esto acaso contribuyó a que yo captara el poema sin una mayor elaboración personal.

Yo me pregunto ahora: ¿el ser o lo absoluto puede manifestarse a solas, sin receptividad o sin recipiente? Según esta teoría filosófica, el ser se halla en todos los entes, pero hay un ente privilegiado, el hombre, que es quien lo capta y lo aprehende. Y si ese ente, llamémosle elegido, no está presente para esa captación, puede que el ser continúe gravitando en las cosas, pero sin conciencia.

Entonces, ese absoluto o infinito sería algo totalmente anónimo. Y si subsiste sin el individuo, vivirá como una objetividad, y lo objetivo que no se interioriza ni admira es un olvido de lo humano. Es una imparcialidad ante la dimensión sensible, instituida, perceptiva de quien crea obras

plásticas, música, poemas. Esta creación no es un mero quehacer: es una labor que concede significación al mundo. «La palabra es la casa del ser», decía el filósofo. Y si la palabra es tan importante, ¿cómo no va a serlo quien la pronuncia o quien la expresa? Este pensador también asienta que el poeta funda el mundo, palabras que yo entiendo de este modo: el poeta corrige lo dado, lo establecido, lo consabido y hace nacer un cosmos nuevo. El poeta es un rebelde en tal sentido. El mundo queda fundado, no de modo textual, sino de modo significativo. ¿Podemos prescindir de ese mundo significado, de esa criatura que lo engendra, de su lenguaje que otorga un sentido y una orientación a lo circundante, y quedarnos con un ser sin testigo, sin el ámbito cósmico forjado por este testigo, sin su vocablo que despeja el contorno para volverlo terso y transparente? Puede que sí. Pero no me convence un absoluto sin quien dé testimonio o expresión de su grandeza.

Por ello nunca participé de la teorética del primer motor inmóvil de Aristóteles. No toma en cuenta al ser humano. Y no tomarlo en cuenta equivale a una marginación. Si marginamos al hombre de cualquier promulgación filosófica, ello hace pensar risueñamente que esa actitud busca anonadar al hombre, oscurecerlo. Hay en esto un ligero proyecto de locura. Porque sin la vivencia privada o personal, todo queda como en una penumbra exterior. El ser externo no parece que es lo que formula el filósofo. Y que el hombre se diluya en la infinitud me resulta poco posible. Pues si se diluye, solamente permanece un ámbito sérico objetivado y esto es casi como la premisa de una alienación.

Una criatura puede asimilar lo que no tiene límites, porque sus experiencias internas muy profundas le permiten llegar a un clímax cardinal y total en su hondura. Pero esta hondura no se ha dado sin ella. Como no se da la poesía sin el poeta. Y en términos líricos, tampoco se da el fruto sin la flor.

Hay como una suerte de autoritarismo paternal en estas concepciones que desdibujan la densidad individual. Hablando metafóricamente, el ser visto sin hombre semeja un padrastro indiferente. Y, sin embargo, ese mismo ser puede vivir como el hijo de nuestra intimidad trabajada, sin tensión y naciendo de un fluido y formidable esfuerzo.

«Responder es borrarse ante el llamado y penetrar así en su lenguaje», dice Heidegger. He inquirido muchas veces el porqué de la necesidad de borrarse. Porque entiendo que esto quiere decir que hay que aniquilarse para una penetración en lo inagotable.

Si me hacen un llamamiento, mi respuesta puede ser un silencio pleno de sensibilidad, también un canto. No veo por qué tengo que tacharme si precisamente están clamando por mí. Sin mi yoidad, todo hallazgo es anodino. Si tengo que prescindir de mi lucidez íntima para difuminarme en lo límite, tendré que buscarlo y esperarlo de otro modo. Si no tengo consciente claridad de un gran encuentro, sucede que me canso de ser. Y redundando en mi privacidad, soy yo —repito: yo— la que me canso.

***El Nacional*, 29 de julio de 1977**

La docta charlatanería

Oswaldo Barreto

He cometido un crimen que pesará sobre mis espaldas mientras viva. Este acto irreparable, que circunscribirá todo mi ser, está aquí sobre mi mesa, indeleble: una carta a Luis Alberto Crespo en la que expresara, al único título de lector de su periódico, la confusión que me dejara la presentación que en él se hacía de Léopold Sédar Senghor. Gracias a este acto, que millares de lectores realizan todos los días en el mundo sin que su vida cambie, yo adquiero la demás corporeidad de las cosas. Ahora soy. Soy un verbalista ignorante. Fiscal Máximo de la izquierda venezolana y, en consecuencia, poseo todos los atributos inmanentes a esas condiciones: manualista, seguidor sumiso maniqueo y xenófobo. Y esta conquista de verdadera y radical identidad, que Orestes lograra ejecutando a sangre fría y sin clemencia alguna a su madre y a su padrastro, yo la logro con una simple carta gracias a quien se ha erigido en Zeus de la cultura venezolana, Ángel Rama, generoso distribuidor de etiquetas de calidad, no solo en el campo de la literatura y el arte, sino también en el de la política y la sociología.

Rama, especialista en asesoramiento, sufre de que la izquierda no solicite servicios y quiere hacer de mis observaciones una ocasión propicia para prestárselos con la mayor arrogancia. Como no es ese el único sufrimiento de Rama, sino también sus propias vicisitudes con la izquierda, posiblemente recuerdos de las peripecias que sufriera cuando buscaba, como el personaje de Sartre, que él invoca, el camino que lleva a la condición de jefe y sus vínculos con la mundanidad y los cafés, proyecta todo es en mí y me construye a su imagen y semejanza.

Pero todas las proyecciones y todas las iras de Rama u otros dioses no podrán nada contra la realidad, es decir, no podrán reemplazar esa realidad con un complejo tejido de opiniones y postulados. Por esto, a pesar de la cólera de Zeus, Rama:

1) Senghor es uno de los más consecuentes artífices de la presencia neocolonialista de Francia en África. No hay una sola idea de Senghor, un solo acto de su vida pública que no esté normado por la voluntad de afirmar y fortalecer la penetración de la economía, la política y la cultura francesa en el seno de las comunidades africanas. Desde su participación en la redacción de uno de los textos clásicos de esta presencia de Francia en el África, *La comunidad imperial francesa* (libro escrito durante la última guerra, donde Senghor colaborara con un ensayo cuyo título es ya todo un programa: *Asimilar no ser asimilado*), Senghor jamás ha dejado de colaborar con los diversos Gobiernos franceses en su política de dominio y sojuzgamiento de los pueblos africanos. Tampoco podrá Rama ni nadie negar que la implementación jurídico-política que ha realizado Senghor en Senegal no tiene nada que ver con el socialismo ni con la democracia. Esa implementación jurídico-política ha permitido que el Senegal siga siendo el país de un producto (el maní) para un comprador (Francia), que allí donde se busca la diversificación de la economía se haya creado un verdadero festón para los capitales extranjeros, dadas las condiciones con que el IV Plan de esa nación recibe a las compañías francesas, italianas, norteamericanas y también a los capitales que vienen de la OPEP. Y lo que es más dolorosamente grave para quienes tanto hablan de la recuperación de la dignidad del negro: el régimen actual del Senegal tolera una extensa trata de mano de obra negra: millares de campesinos parten cada año de Dakar para Francia, a través de redes clandestinas de traficantes de hombres, para ir a parar en los servicios de aseo y limpieza de la metrópoli francesa.

Por eso nos atrevimos a afirmar que allí donde la negritud ha podido servir de base ideológica para la acción política los resultados no han sido otros que el mantenimiento de la presencia del amo blanco. Desafortunadamente, usan a Fanon, con cuyos textos, manejados inescrupulosamente, se pretende fundamentar una ideología que conduce a un fin exactamente opuesto al que él buscara fundamentalmente con ese libro que tanto se estropea, *Los condenados de la tierra*. El sentido radical de tal libro es que el hombre colonizado solo recuperará su dignidad de hombre cuando expulse al colono de todos los campos que ha conquistado con las armas, pero también con las ideas. Es legítimo afirmar que en muchos casos concretos este radical triunfo del colonizado contra el colono no ha podido obtenerse por determinadas condiciones históricas. Pero en nuestro caso, el de los resultados reales en que ha cristalizado la obra de Senghor y de Césaire, hay algo más específico que explica y

aclara el asimilacionismo y la continuación de los vínculos colonialistas. Y ese algo más es lo que viera uno de los más perspicaces estudiosos del problema negro en Norteamérica, Robert L. Allen, quien hablando de las élites negras escribiera: «Los blancos no se dan cuenta del sustrato nacionalista en los negros hasta que no es expresado clara y abiertamente en forma de discurso. No obstante, las posibilidades de expresión, las capacidades intelectuales son el privilegio de la clase media negra, de aquellos que se han beneficiado de una enseñanza normal. A esta clase le importa ante todo separarse de las masas negras. Su modelo ideal es la burguesía blanca y se empeña en consecuencia en adoptar sus valores, sus comportamientos y también sus prejuicios».

2) Como estos son hechos cuya veracidad y realidad cualquier lector está en capacidad de averiguar, Rama, además de juzgar mi actitud ante ellos, tiende una densa diversión llena de nombres sobre el problema de la cuestión nacional y el marxismo. Aun cuando cualquier lector podría darse cuenta de que, al proceder así, Rama ya no se comporta como un Dios, sino como un alumno que ignora el tema sobre el que se le pregunta y habla de otro dejando caer nombres para impresionar, por la seriedad del nuevo tema quisimos seguirlo. Pero con todo lo serio del tema nos cuesta tomar en serio cuanto dice Rama. Y esto por dos razones. En primer lugar, el postulado del que parte Rama —el inadecuado y escaso tratamiento que el tema de la nación recibiera en la obra de Marx y Engels— es falso, y, en segundo lugar, Rama, ni aún acicateado por la discusión, es incapaz de incorporar orgánicamente y con rigor al tema tratado el pensamiento de los autores que invoca. Esto sucede porque, de nuevo, la realidad contradice la opinión que Rama se hace de ella. Y señalamos esto porque creemos que, de Rama conocer realmente —como hace alarde— los centenares de artículos que en *La Gaceta del Rin* y en los periódicos americanos publicaran tanto Marx como Engels, vería claramente que para estos autores la nación era una realidad incuestionable, efecto y causa del capitalismo, y como tal la trataron. Vieron lo que había en la nación, las nacionalidades y el nacionalismo de potencialmente revolucionario y también de freno de la revolución. Por un lado, la historia parece haber corroborado lo primero en todas las revoluciones nacionalistas que ha conocido el siglo, y lo segundo en los límites que la nación ha impuesto a la construcción del socialismo desde el momento en que se emprendió la tarea de construir el socialismo en un solo país.

Por el otro lado, en esas páginas se puede aprender todo lo que hay de diferente entre una realidad que es vivida por las masas como tal (el sentimiento nacional) y lo que es una idea de unos intelectuales que jamás ha llegado a apoderarse de masa alguna (la negritud).

Respecto a la forma como Rama trata a los autores que invoca, que cada lector se dé la ducha que él solicita en su artículo: la lectura del libro de Zbigniew Brzezinski *Africa and the Comunist World*. A juzgar por lo que dice Rama, para estar al día sobre lo que pasa en África es indispensable leer lo que él lee, y sobre todo un autor que hoy es ni más ni menos quien dirige la estrategia que los americanos oponen en África al mundo comunista. Nosotros, que no hemos esperado los consejos de ningún tutor, conocemos el libro y no nos es extraña la obra de la eminencia gris del Gobierno de Carter. Y justamente por eso, pensamos que Rama no es serio en el tratamiento de los autores que él mismo invoca y manda a leer a sus lectores. Es cierto, en efecto, que ese libro se ocupa, como lo reza el título, de la penetración del comunismo en África, pero es necesario tener presente que fue escrito comenzando la década del sesenta y publicado por la Stanford University Press en 1983, época en la cual los Estados Unidos llevaban una política totalmente distinta a la que hoy trata de implementar el propio Brzezinsky. Para los años en que Brzezinsky editara esa antología del pensamiento de diversos profesores universitarios, entre los cuales se contaba él mismo, los Estados Unidos adelantaban en todas partes una política de gendarme, de absoluta hegemonía. Y diez años después el profesor universitario, convertido en asesor de Carter y David Rockefeller, elabora una política basada en la conciencia de que Estados Unidos no está en capacidad de ejercer su hegemonía en todos los continentes. Es cuanto dice Brzezinsky en su último libro, *América en un mundo hostil*, del cual se puede leer un largo extracto en la revista *Foreign Policy* n.º 23, de 1976. Allí se podrá encontrar el lector elementos que explican la política americana actual en África, política que está basada en la conciencia de que nadie podrá detener a aquellos pueblos africanos que, como dice el autor, solo han trazado un camino anticapitalista y antiamericano.

La diversión planteada por Rama sobre la nación y la utilización de la técnica que los americanos llaman «*name-dropping*», la cita de autores sin orden ni concierto, no responden a nuestras observaciones sobre una cierta imagen de Senghor y la negritud. Queda la construcción de un personaje al cual desbaratar, el intelectual de café.

3) Si Antonio Gramsci le sirviera a Rama para otra cosa que para ser citado de vez en cuando en un periódico, le hubiera permitido darle un contenido sociológico serio a esa noción del intelectual de café que parece obsesionarlo. En los trabajos de Gramsci sobre los intelectuales y la organización de la cultura hubiera encontrado elementos para trazar un perfil verdadero de ese intelectual de café. Verdadero narciso, preocupado únicamente de su imagen, solo busca la audiencia y el reconocimiento de sus pares. La única realidad que existe es su subjetividad, la opinión que él se hace sobre esa realidad. Los cafés pueden ser, en efecto, el teatro ideal para que esos narcisos de la cultura exhiban su «caleidoscópico mundo interior», sin riesgo alguno y sin otras consecuencias que el fortalecimiento de sus vínculos con los pares que le sirven de auditorio. Pero no solo en los cafés encontramos a estos narcisos. Afortunadamente para la sociedad y la cultura, ninguna colectividad conoce ese único tipo de intelectuales. Al lado de ellos se dan los hombres que, vinculados por múltiples lazos con su sociedad, hacen de los problemas de ella sus propios problemas. Y entonces no es el brillo ante los pares, ni el afán de exhibir su interioridad lo que los mueve. Se comprenderá que, por hallarse dentro de una sociedad, vinculados orgánicamente con ella, se los puede encontrar en un café o en cualquier otro sitio. No es su presencia física aquí o allá lo que determinará su condición, sino la obra que haga, las raíces sociales que ella tenga y su repercusión en la colectividad.

En lugar de enfrascarnos en una disertación sobre quiénes conforman en la sociedad en que vivo uno y otro tipo, que sea esta misma sociedad la que lo determine, a lo largo de un proceso que está por encima del juicio de cualquier pontífice de la cultura. En otras palabras, no será Rama, cuyos vínculos profundos con esta sociedad yo desconozco, quien dará cuenta de mi condición de intelectual, ni de hombre de izquierda.

Tampoco será Rama quien nos confunda levantando el oscuro espantajo de la xenofobia. Cada lector está en condiciones de hacerse su juicio sobre las fuentes de donde ella emana. Y en concreto, que cada quien vea dónde hay elementos que pueden favorecer la xenofobia, en la actitud de Rama o en la mía.

Finalmente, no tiene ninguna especie de importancia el que yo diga aquí y ahora quién es el enemigo a vencer en África. Son los propios africanos quienes deciden de qué lado está Senghor (no el Senegal) en las batallas que hoy vive el continente entero por la conquista de un mundo distinto al que han querido imponer todos los colonialismos y sus defensores.

Dije cuanto creía necesario que se supiera sobre Senghor y tengo la convicción de que no corro el riesgo de encontrarme a su lado en ninguna de las luchas que quisiera vivir, como no lo encontré jamás en ninguna de las manifestaciones contra el colonialismo en las que participara en Francia, en los años en que él era ministro de Edgar Faure, y caucionaba así la guerra de Francia contra el pueblo argelino.

***El Nacional*, 27 de noviembre de 1977**

Un mito de nunca acabar: Chaplin el bailarín

Elisa Lerner

Chaplin no es un gusto cinematográfico al que accedí por revelaciones generacionales o propias. Chaplin es un legado paterno. Antes de verlo en la destartalada pantalla de los simpáticos cines de la parroquia San Juan de mi infancia, me familiaricé con el gran actor a través de una suerte de naipes melancólicos y borrosos, de pequeñas láminas lineales que las noches y el recuerdo transforman en rojos relampagueantes. Son graciosas fotografías en blanco y negro, emergiendo de unos frágiles aparaticos metálicos que probablemente sirvieron —entre una y otra lámina chaplinescas— para la inserción de alguna propaganda de cigarrillo que recuerdo o imagino instalados en la pobreza bohemia de posadas o botiquines próximos a la plaza Miranda. Pero me parece que muy a finales de la década del treinta o principios de los cuarenta, los extraños aparaticos mostrando fotografías de las películas de Chaplin se repiten, en fogosas esquinas de la ciudad y una y otra vez. Nunca como entonces fue tan popular el creador de *La quimera del oro*. Hoy, que ha muerto, volvemos a sonreír ante sus filmes. Él hoy —más que nunca— nos da una exquisita lección de tolerancia para enfrentar el tan violento mundo de ahora. Pero no es nuestro cuerpo el que ríe al unísono de su genio. Es nuestra mente. Nosotros apenas hemos sido sus esquivos con contemporáneos. Nuestros padres, por el contrario, lo envolvieron todo en su admiración por el singular humorista. El espíritu. Pero también el móvil y serpenteante cuerpo.

Es que Chaplin, en muchas de sus películas, protagoniza una decente, tierna y desamparada manera de ser que es la de la gente anterior a nosotros. Pongamos por caso los desasistidos inmigrantes que tomaron un barco para venirse a América. Ahora pienso que, si desde la infancia mi padre insistió tanto para que viese las cintas de Chaplin, es porque,

«Es que Chaplin, en muchas de sus películas, protagoniza una decente, tierna y desamparada manera de ser que es la de la gente anterior a nosotros». *Elisa Lerner*

en el fondo, quizá le pasó por la cabeza que, conociendo al personaje de Charlot, divirtiéndome, conmoviéndome —comprendiéndolo—, en cierto modo, a la larga, aprendería a entenderlo a él. A veces ciertos momentos de la juventud de mi padre y de la de sus amigos, ciertas sonrisas y compasión suyas se me confunden con las que, en el cine, le he contemplado a Chaplin.

El gran actor cómico siempre muestra un conmovido semblante, una tímida, bella (esperanzada) sonrisa frente a un terrible y abrupto mundo exterior. Así miré el sensible rostro de joven inmigrante de mi padre, eternamente con una modesta sonrisa, con una ligera duda en el cuerpo para ser aceptado en el generoso, pero nuevo —tajante— mundo latinoamericano.

En Chaplin en todo momento me ha intrigado la ceremoniosa, vieja indumentaria. En sus películas está muy claro que él es un accidentado pero muy vocacional y persistente andariego. Si su bastón siempre es regocijante no es solo porque se trate de la única posesión pragmática del desarmado vagabundo. Sino que ese bastón, en última instancia, es casi el último instrumental para un oficio o profesión. El medio para que el fatigado caminante no se agote totalmente y pueda seguir en su errancia.

Lo que, todavía, se presta para conjeturas es la razón de la ceremoniosa vestimenta por parte de Charlot. ¿De qué ruinosa fiesta regresa, de qué atribulado sueño para que en los barrios míseros y grises se demore

ostentando lo que fue un respetuoso chaqué, un pomposo bombín? Pareciera que Charlot desde hace tiempo se hubiera acicalado para una cálida celebración, pero algo maléfico —¿acaso la injusticia, la arbitrariedad del mundo?— ha pospuesto, indefinidamente, el festejo. Mientras tanto el chaqué, el bombín se han deteriorado, se han hecho inservibles. Pasan de moda. Al hipotético festejante en la oscura tardanza se le han gastado los gentiles pantalones de fiesta y en su lugar ostenta otros. Caricaturescos. Para el uso en esos emergentes saraos de simulacro que se dan en los circos.

De gran importancia es que el fracasado festejante nunca pierde la dulce calma, la amable sonrisa, la cortesía prolija, la grácil compostura y sobre todo las ganas de bailar que hubiese observado en la deliciosa recepción. Los incómodos zapatones de Charlot parecen ser un tremendo castigo por su deseo, por la larga ilusión de persistir en una fiesta que no se llevará a cabo. Y si se lleva a cabo, de modo muy fugaz. Como si la pista de baile fuera un espejo finamente empañado por la desdicha. Aun así yo como mejor recuerdo a Charles Chaplin es de diestro, extraordinario bailarín. El que baila sobre patines —galante, audaz, extravagante— con Edna Purviance, en una de sus primeras películas. El que en soliloquio danza, haciendo girar sutilmente la esfera del mapamundi como en un poético ballet ruso, en *El gran dictador*. El que en *Tiempos modernos* canta y bailotea tan verazmente. Y la danza es el máximo triunfo. La máxima libertad. Cuando en el suburbio irrisorio Charlot tuvo que ser trabajador ocasional, para él no hubo muy entrabada mudanza. Charlie rodaba un robusto violoncello solo bailandito suavemente. Pasito a pasito de danza, de seguimiento al rico ritmo callejero. Cuando Paulette Goddard (no fue Scarlett O'Hara en el filme que se hizo sobre *Lo que el viento se llevó* porque ya en 1939, para el poder norteamericano era una cruenta rebeldía ser esposa de Chaplin) en *Tiempos modernos* escapa de su dickensiano estatus de pilluela, se engalana con tules, sedas, botines de bailarina de ballet y se empina sobre la flexible y bella colina de una danza.

Actualmente en el cine se procura dar una visión más innovadora, delicadamente desencajada en torno al sexo femenino. Allí está, por ejemplo, *Tres mujeres*, del gran realizador Robert Altman. Por muchos años la más enternecedora escena del cine norteamericano ha sido la de la presencia de la mujer en un terso gabinete de cocina, a la espera de que el marido llegase de la oficina (o de la guerra) para anunciarle la buena nueva de su embarazo. Si Chaplin fue un genio del cine, en gran parte es a causa del

modo como dentro de sus películas vio y se vinculó a las mujeres. Nadie como él ha tenido tanta donosura y cortesía para tratarlas. Si sus protagonistas, no obstante ser jóvenes, bellas y esbeltas, sufren la ceguera, la pobreza, el hambre, la soledad, el engaño y aun llegan a ser judías bajo el régimen nazi, es acaso porque Charlie Chaplin ha querido enfatizar la condición de débil jurídico que la historia siempre le asigna a la mujer, y que alabanzas a su cuerpo, a su sexo, a su bondad, no escatiman una total humillación en el mundo. ¿Cómo no va a ser Charlot el solidario de esas jóvenes de sus películas? ¿Es que no es él también un débil jurídico? De modo que, en el fondo, esa grata benevolencia por parte suya es certeza de aguda solidaridad social.

La lucha de Charlot, débil jurídico, a medida que pasen los años será cada vez más osada y temeraria. Adquirirá mayor lucidez y convicción política. Al principio el pobrecito vagabundo, posiblemente, de lo que ha sido despojado es de una remota, lejana, imposible fiesta. Como su suerte es la del perdedor, será lanzado de un puntapié a las heladas aguas de un primaveral estanque. En los primeros filmes de Chaplin no hay, propiamente, rufianes, sino algo así como cinematográficas versiones del vivo, del despierto venezolano enviando guasonas, intempestivas, nubosas epístolas de tortas de crema al rostro del contrario. No habrá contienda social o política mientras amigos y enemigos se embadurnen los rostros con la nupcial crema de los pasteles. O continúe ese alocado lanzamiento de unos a otros a los estanques de tranquilas casas de veraneo. El juego se empieza a complicar un poco cuando la lucha es entre policías y ladrones. Aparece el cómico travestismo policía-ladrón, ladrón-policía. El hombrecito casi al margen de la ley, el jovial amigo y protector de los ladronzuelos del barrio es el más inteligente, ecuánime y victorioso agente del orden. En *Luces de la ciudad* el enemigo puede ser alguno de esos fanfarrones millonarios, de los que también quiso burlarse René Clair a comienzos de la década del treinta. En *Tiempos modernos* ya no parece haber dudas acerca de quién es el adversario: una sociedad cada vez más impersonal, más mecanicista. Con *El gran dictador* el juego chaplinesco abandona definitivamente sus enigmas. Al enemigo de la humanidad no se le puede hacer desaparecer golpeándolo suavemente con cremosas coronas de crema chantilly. Charles Chaplin acepta el reto y la más inigualable ironía será escuchar un conmovedor, fraterno discurso a quien la mayoría de sus compatriotas cree, todavía, que es el déspota. Porque las tiranías desconocen la generosidad del diálogo.

Son mudas como la muerte. Pero era el hombrecito del divertido bastón el que estaba hablándoles a sus hermanos. Resumiéndoles voces del pueblo... Y ahora entendíamos el que Charlot haya llevado tanto tiempo consigo una vieja, inservible indumentaria. En él señaló la larga devoción para una fiesta de libertad, que los hombres aún no han celebrado íntegramente.

Muchas veces, durante la infancia, lamentamos que el luminoso vagabundo lanzase un último bailoteo a través del bastoncito y siguiera su camino, cuando hubiéramos querido que se quedase más tiempo entre nosotros. En vano. Él siempre siguió su curioso peregrinaje. Ahora ya no nos importa que se quede a la otra orilla del camino. A la otra orilla de la pantalla Charles Chaplin continúa en nosotros y nos revela un mundo que no fue solo el suyo. Sino el de nuestros antecesores sonriendo como él. Y como él disculpándose, con clemencia y humor frente a la aventura del Nuevo Mundo. En el filme *Charlot, inmigrante*, segura estoy de ver el barco que a finales de los años veinte trajo a mi padre para Venezuela.

***El Nacional*, 26 de febrero de 1978**

El elogio del fracaso

Ben Amí Fihman

Ya lo pensaba Aristóteles: el éxito y la felicidad no expresan nada conmovedor. También Tolstói afirma en un célebre párrafo inicial la monotonía de la dicha. La caída del héroe es la base de la tragedia, cuyos ancestros tenebrosos prefieren la original, áspera belleza humana provocando como un pedernal la chispa de la pasión en el alma de los espectadores.

Así como en la tragedia está la más densa dimensión del hombre, el fracaso en su más noble estado, comparándosele, nada más despreciable que el triunfo, ese ridículo espejismo del vacío. Su antítesis son la grandeza de Cristo, el Quijote, Charlot y tantos otros que le dieron la espalda a tan convencional ambición. Las más sublimes imágenes que el género humano haya producido sin las figuras de la derrota.

La mejor muestra de la nulidad del triunfo es la del supremo. Nadie o casi nadie ha soportado sin mella las sórdidas alturas de la victoria total. Por eso, porque una vez situados en la falsa cumbre comprenden la futilidad de los esfuerzos, porque el aire enrarecido les revela la vanidad de tal obsequio, incapaz, sin embargo, de sustraernos a la verdadera derrota de la muerte, los grandes triunfadores luchan por alcanzar el revés que los derrumbe. Recordemos a los personajes de Orson Welles, al de carne y hueso Howard Hughes, o a Bolívar, Alejandro y Napoleón. Qué clarividentes eran a este respecto las palabras de Borges en 1941, cuando vaticinaba en una nota que Hitler anhelaba ser derrotado a pesar de sus arrolladoras campañas militares que en aquel momento hacían quimérico soñar con su hundimiento.

Nuestra civilización ha escogido con énfasis demencial el derrotero del éxito. Es una prueba clara de que le interesan más los paraísos artificiales que las verdades esenciales, una prueba más de su frivolidad conformista. Su obsesiva testarudez nos ha llevado así al cauce inex-

plicable de la guerra. Es un lugar común citar la euforia que produjo en toda Europa el anuncio de la primera conflagración mundial. Es que si triunfar se convierte en la gran finalidad, su más firme corolario será la batalla ganada, el trofeo de la guerra.

Si tan tenaces idearios nos han llevado hacia las más angustiosas catástrofes y preparan más y más inverosímiles desastres aun, ¿por qué no aponer a la civilización del éxito la civilización de la derrota? Ya hemos probado tantas cosas, ya nos hemos probado tantas hazañas que no se trataría de una constatación de impotencia, sino de manera estoica y noble, recuperarnos para la reflexión y evitar la vulgaridad que nos azota en forma de industria del esparcimiento de guerra, de competencia y tantas formas de embriaguez barata, y de huida hacia adelante, que es como decir la fantasiosa negación de la nada, la más espléndida noción de eternidad.

Comenzamos en la civilización del fracaso por reconocer que no somos caballos de carrera y que, en el infinito movimiento de los astros, nuestra desesperación por llegar primero no cuenta ni es tomada en cuenta. Sería un reconocimiento global de que hagamos lo que hagamos estamos condenados a la disolución, y que asumir la derrota libre y voluntariamente es el acto de mayor nobleza y lucidez que nos sea dado cumplir. Porque en el fondo, hasta los más grandes triunfadores son unos fracasados, ya que, en última instancia, ningún hombre «supera los preliminares de su porvenir».

Imaginemos la perfecta sociedad en que se consagre una ley suprema del fracaso, en que sean secuestrados los beneficios del éxito. Razonable alternativa a nuestras formas actuales de organización. Ley de la mayoría que debe conducir a la paz social. ¿Acaso no somos más los que fracasamos que los que acceden al triunfo? Neutralizar a los ganadores debe ser la aspiración de la humanidad del próximo siglo si desea sobrevivir. El instinto de lucha desaparecería de inmediato. Una civilización en que los ciudadanos aspiren a conservar su modestia, en que todos anhelemos la derrota, aboliría esa enfermedad productora de hecatombes que es la megalomanía. Y su primera gran y benigna consecuencia sería la desaparición de la clase política, que pierde así definitivamente su sentido.

Soñemos por un momento. Soñemos que nuestro país acceda de pronto a ese estado de inteligencia, soñemos que en estos meses en lugar de escuchar hasta el delirio la voz de unos cuantos, enardecidos, húmedos de ambición, ansiosos hasta la histeria por disfrutar de cinco años de

gloria, gozaremos de la tranquilidad y la paz del alma, del silencio y de la cordura del poder, y de todo poder para siempre. Soñemos, pues, con una nueva república. La república del fracaso.

***El Nacional*, 26 de noviembre de 1978**

Habrá que dormir, María Luisa

Pablo Antillano

Y al nacer el hombre tendrá que sufrir el impacto con el aire exterior, que le estremecerá el sistema nervioso. De allí en adelante sus actos principales tendrán como propósito tratar de evadir el sufrimiento y si es posible la muerte. En este camino se enfrentarán unos con otros, y en el fracaso de innumerables el dolor será infinito. Al dolor físico se le sale al paso con aspirinas, con vacunas contra la polio, la tosferina, la viruela con ungüentos, con torniquetes y cuchillas. Al otro dolor se le sale al paso con la fe, como hizo Pío Miranda, que primero fue seminarista, después masón, rosacruz, y hasta comunista.

La historia nos la cuenta José Ignacio Cabrujas en *El día que me quieras*, acariciando el ensueño de varias generaciones sumergidas (no tan suavemente) en el empeño de ver reír la vida. Una noche calurosa de junio de 1935, después de un recital de Gardel en el Teatro Principal, en esta equivocación de la historia que adquirió un lugar en la geografía y que llaman Caracas, Pío Miranda —quien todavía no llega a los cuarenta años— confiesa trágicamente que todo es mentira, que ni siquiera sabe pronunciar los amados nombres de su santería, los de Kamenev, Bujarin, Preotrazenaky, Trotsky, Stalin, que no sabe dónde queda Ucrania ni cómo funciona un *koljós*, que jamás envió la carta a Romain Rolland para que intercediera por él y su mujer camarada ante las autoridades de la URSS para poder irse a vivir allá, para que sus hijos crecieran en el paraíso comunista y no en el basurero capitalista. El comunismo de Pío era un comunismo camp, una película de Cecil B. DeMille, un pretexto, una manera de ganarse el pan de cada día, un mural de Diego Rivera, un sangrero, una ficción como cualquier otra y de utilidad similar. ¿Es que acaso se puede vivir sin esa esperanza?

Las razones de Pío Miranda son muchas y todas en el fondo son de naturaleza sentimental. Cuando era todavía un niño, su madre se suicidó —empujada, claro— por una injusticia, que, ay tragedia, no fue más que una equivocación, y lo que es peor, una involuntaria omisión cometida

por un oscuro funcionario de la administración de pensiones. Pío no encontró otras explicaciones en las novelas románticas que se leían en la época y sobre las que su madre se encaramó para alcanzar la cuerda que pondría fin a sus humillaciones, tampoco las encontró en el seminario, ni entre los masones, ni con los rosacruces, ni en sus empleos inestables, ni en el casto amor de una década que sostuvo con María Luisa, ni tampoco en la Revolución de Octubre, lejana, épica, llena de hombres grandes, de nobles musicales. Pero sería un error juzgar este alocado tránsito como una cadena de equivocaciones, de mentiras, de errores. No, Pío no hizo otra cosa que saltar de mito en mito, y los mitos no son falsedades, no son mentiras. Los mitos son la vida. Lo que pasa es que no resuelven nada, pero ese es otro problema. La vida de Pío no termina con su desgarramiento, con la confesión de su delirio, con el gozo que le produce la estética de su crisis, con su explosión sentimental, con sus herejías y anatemas. Pío Miranda, como todos, se salva en la sustitución. Y aquel hombre que soñaba con el mundo de *Así se templó el acero* hoy ya habría renovado su santuario y, de nuevo, apasionadamente, nos estaría convenciendo de que «ahora sí» porque el bloque histórico, y el eurocomunismo, y la no dictadura del proletariado y Carrillo y Mitterrand, y la libertad sexual, el poder femenino y el cambio social... ¿y es que acaso se puede vivir sin esa esperanza?

Pío Miranda es poca cosa sin los otros, y sobre todo sin los Ancízar. Sin María Luisa, sin Elvira, sin Matilde, ese universo de las mujeres que es a un tiempo fuente, causa y receptáculo de todas las mitologías posibles. Elvira, abandonada por su marido, llega a la vejez con un brutal sentido de la realidad que no le impide, sin embargo, alimentar en su interior los más tiernos mitos sobre la misión de una mujer, sobre la estética de la decepción, sobre la fidelidad. Sabia y flexible, es la única capaz de entender en el fondo, la única capaz de excitar en Pío los deseos de una primera confesión personal. María Luisa es la esperanza. No tiene otro mito propio que el de dejarse inundar por las ideas y los mitos de su amado Pío. Ella es el amor del presente, un desplazamiento a ciegas, siempre en vilo, la ingenuidad a toda prueba. Matilde es el futuro, en cambio una aspiradora de mitos sentimentales, una empedernida para quien todavía la realidad no existe, pasto propicio para el amor por Valentino o por Gardel.

También está Plácido Ancízar, el varón de la familia, en un rol poco adecuado para la ensoñación: tendrá que arreglárselas para cuidar la virginidad de la sobrina, el honor de las hermanas, los gastos del diario,

mientras imagina, como discípulo de Pío, las maravillas de una sociedad en la que hay de todo para todos. Pero eso sí, también hay que divertirse a veces, hay que ir a ver a Gardel, no todo puede ser gravedad y bolchevismo.

El gran catalizador de esta historia será sin duda Carlos Gardel, que una noche, después de su recital, en vez de ir al Majestic, se presenta en casa de las Ancízar, gomina, chaleco, paltó levita en una casa de la Caracas de Gómez en la que abundan los pájaros y los helechos. El hombre grande, el que ha besado las manos de reinas y princesas, el latinoamericano que conquista Europa, el más famoso de todos recuerda a su madre en el zaguán de las Ancízar. Es la explosión, el trasero de la historia, el puente entre las estampillas que vende Elvira en la Revolución Bolchevique, es la materialización del mito, la historia grande haciendo cortocircuito con los botones del chaleco de la pequeña anécdota, es el matrimonio del corazón con el cerebro, es la traición, es Gardel confesando que también su vida es como una gran pompa de jabón. Que él, el zorzal, es también una burbuja, ¿Pero es que acaso se puede vivir con esa certeza?

Si las últimas tres obras de Cabrujas tienen alguna moraleja, ella está emparentada a la idea de que si en el origen de toda gran historia hay pequeñas y ricas desgarraduras sentimentales, gestos banales y ansiedades dudosas, y si toda gran historia lo es por lo que tiene de fantasía y de mito, por qué entonces no reivindicamos nuestras pequeñas arbitrariedades y nos sentamos a ver a qué grandeza nos conduce.

Al escribir esta nota no se había estrenado la obra en el Alberto de Paz y Mateos, asistimos apenas a un ensayo en el que vimos hacer un extraordinario trabajo al equipo de actores formado por Amalia Pérez Díaz, Gloria Mirós, Freddy Galavís, Tania Sarabia, Giancarlo Simancas, Luis Rivas y el mismo Cabrujas. Pero corresponde a los críticos de teatro de este diario, Azparren y Monasterios, dar cuenta más cabal de la calidad literaria y del montaje de este espectáculo. Hemos querido tan solo dar testimonio de la emoción que nos produjo y de la importancia que atribuimos a *El día que me quieras*.

***El Nacional*, 29 de enero de 1979**

Tres mujeres

Julieta Fombona Sucre

«Cuando yo uso una palabra, esta significa exactamente lo que yo quiero que signifique, ni más ni menos», le dice Humpty Dumpty a Alicia en *A través del espejo*, y cuando Alicia le expresa sus dudas al respecto, Humpty Dumpty le responde: «El asunto está en quién manda, eso es todo». En épocas menos definidas, esta plácida arrogancia tiene que hacerse persuasiva y es tal esfuerzo de persuasión lo que nos muestra Robert Altman en *Nashville*.

La película empieza con la grabación que efectúa uno de los conjuntos que va a asistir al festival de música de Nashville, uno de los centros más importantes de la música folklórica norteamericana. La debilidad de la canción, banal, patriotera y «lenitiva» (su estribillo es «algo bueno debemos de estar haciendo para haber durado doscientos años»), contrasta con la seriedad con que se encara su grabación y esto sitúa desde el comienzo a la película, indica cuál es su proyecto, mostrar cómo funcionan los diferentes lenguajes que aspiran a dar una imagen del mundo, a sentar los límites de la realidad. Hay en *Nashville* toda una yuxtaposición de lenguajes, un juego cruzado, el lenguaje de las canciones folklóricas, el político (en Nashville se desarrolla también una campaña política por un candidato local), el periodístico, el de las generalidades sentenciosas de las señoras que hablan de enfermedades y asesinatos, el publicitario, pero todos tienen algo en común: pretenden imponer un mundo derivado de esencias preestablecidas.

También en *La naranja mecánica*, de Stanley Kubrick, hay una denuncia de esta pretensión al utilizar la canción «Singing in the Rain» («Cantando bajo la lluvia»), de la famosa película musical, para la escena de la violación: Kubrick quiere mancillar la deliberada inocencia de cierto cine norteamericano. Sin embargo, a Kubrick le interesa sobre todo el lenguaje cinematográfico que está creando con una imagen de una extremada artificialidad (muchas escenas de violencia se desarrollan como un ballet),

«Los lugares y los personajes son los mismos, pero todo ha cambiado, una desorganización enigmática ha deshecho las construcciones, la realidad se ha vuelto fluida, ligera».

Julieta Fombona Sucre

que da prioridad a la forma a través de la que presenta sus contenidos, aspira a liberar la cámara de su sujeción a lo dado, de su tendencia a la copia. Si su imagen algo dice de la manera como se ha utilizado antes el lenguaje del cine, es solo por contraste irónico.

En *Nashville*, en cambio, Altman desenmascara los diversos lenguajes que pretenden darse como única réplica posible ante lo real, captar su funcionamiento y sus efectos, para revelar el carácter represivo que surge de la presunción de agotar su objeto. Cada personaje en *Nashville* está visto desde esta perspectiva. Por un lado, están los que manejan el espectáculo, el ídolo de la canción folklórica y su séquito, los organizadores de la campaña política, los comentadores de la televisión, la periodista inglesa que trata en vano de poner en palabras el «Nuevo Mundo» sin recurrir a clichés, las estrellas de cine. Por el otro, los seres marginales que no se reconocen en ninguno de los lenguajes que se les ofrecen: el viejo que ha perdido a su mujer y que, en un intento vano por restaurar un orden perdido, persigue a su sobrina por la ciudad para obligarla a asistir al entierro; el soldado de regreso de Vietnam, para quien el mundo es un puro «estar allí no articulado» (tal vez porque no puede conciliar su experiencia pasada con lo que tiene delante) y que, cuando a la periodista le habla sobre el horror de la guerra solo dice «aquello era húmedo y hacía calor»; el muchacho de la pensión, para quien el mundo está

saturado de palabras tan inútiles como la interminable perorata de su madre cuando le habla por teléfono. El paroxismo que se apodera de la cantante folklórica durante su última canción (parece un esfuerzo desesperado por fijar realidades siempre en fuga) suscita en él el disparo final, el esfuerzo, también desesperado, de los que no tienen lengua contra los que sí la tienen.

Si en *Nashville* Altman se interesa por los que manipulan el lenguaje dominante y por los seres que este deja fuera, en *Tres mujeres* lo que nos muestra es a los derrotados, los que han aceptado este lenguaje sin hacerse preguntas. Millie parece que ya no puede ni quiere intentar averiguar qué es el Castillo. Hay en *Tres mujeres* una anécdota, una historia aparentemente real, la de Millie, una muchacha que trabaja en un instituto de geriatría y la de su amistad con Pinky, otra muchacha, recién llegada de California, que va a trabajar al mismo instituto. Millie le sirve de mediadora a Pinky en su nueva vida, le enseña lo que tiene que hacer en su trabajo, la lleva a vivir con ella a su apartamento, la hace frecuentar la taberna donde conoce a Willie, una mujer encinta, hosca y silenciosa que no hace más que pintar escenas eróticas. La historia parecería ser la de la iniciación de Pinky. Sin embargo, este plano objetivo, esta historia lineal se va deformando e irrealizando y su precariedad se va delatando a través de diversos indicios: Millie y Pinky se llaman ambas Mildred; cuando Pinky va a marcar su tarjeta marca la de Millie; uno de los directores del instituto presupone que las dos son de Texas. Pinky no reconoce a sus padres en la pareja de ancianos que Millie lleva al hospital; a Pinky a menudo la gente parece no verla, sobre todo las mellizas (que son como un anuncio del tema del doble). Al destruir las certezas acerca de lo que vemos, Altman produce una versión de planos: lo objetivo, la anécdota, se va convirtiendo en lo imaginado, en lo subjetivo, y lo real es entonces el fantasma del desdoblamiento de Millie, la creación de ese otro yo subversivo que es Pinky.

Vemos, entonces, no ya una historia que se desarrolla en el tiempo, hechos causalmente concatenados, sino más bien instancias, reiteraciones, variaciones de un mismo tema: el de la identidad y el peso de lo colectivo, la organización y lo privado. Este tema está enunciado repetidas veces, pero sin explicaciones, sin análisis: los personajes parecen habitar un presente perpetuo, no tienen pasado, no se prestan a una indagación psicológica y por eso Altman los observa más bien como un antropólogo, que describe sin juzgar.

Gertrude Stein decía que en la novela «lo que importa es decir lo que cada quien es sin contar una historia». Altman, menos optimista, lo que quiere es mostrar lo que cada quién no es. Su imagen, nunca suntuosa, nunca aseverativa, es más bien neutra, dubitativa respecto a sus propios contenidos, atravesada siempre por una ausencia: lo que sus personajes no son, la realidad de que carecen, lo que no puede decirse de ellos.

La confusión entre lo imaginario y lo real en *Tres mujeres* no recurre nunca a artificios fantásticos; por el contrario, está dada a través de lo cotidiano y hasta de lo banal, los cuales, por ello, se cargan de incertidumbre. Así, lo que podría parecer una historia clara (con ciertas tendencias a la alegoría) se convierte en otra cosa. Pinky no es un Candide con faldas, no es la inocencia que sale a aprender su lección, sino más bien la libertad de lo inacabado, la multiplicidad de lo posible. Por eso, su cara desnuda, sin retoques (a veces parece un pedazo de carne cruda y otras una escultura apenas esbozada) contrasta tanto con la de Millie, maquillada hasta el anonimato. Porque Millie es un sujeto vacío, irreal, y Pinky es su último recurso. Millie habla, se mueve, se relaciona con los demás, como si representase una versión de sí misma, necesaria e inalterable, que ningún hecho llega nunca a desmentir. Su identidad está espolvoreada, petrificada, en los diferentes espacios que la rodean y le imponen un orden, siempre represivo. Hay en *Tres mujeres* un tratamiento muy sutil del espacio: una evaporación del espacio real (en el sentido en que es real el espacio de un film de Bergman, por ejemplo) y su sustitución por una modulación de espacios paralelos sólidamente organizados que no simbolizan una alienación, la producen. Cuando un detalle parece romper este orden, el trocito de falda que sobresale al cerrar la puerta del auto, por ejemplo, nadie lo ve, es algo que sucede en el mundo de lo inanimado y que este reabsorbe. Tales detalles recuerdan las pequeñas rebeliones de los objetos en Chaplin y hay algo de chaplinesco en Millie. Sin embargo, la dignidad que Charlot defiende a toda costa es ya en Millie ceguera. En las películas de Chaplin los percances le suceden siempre a alguien (por lo regular a Charlot); el mal olor de un zapato que interfiere con la atmósfera romántica deseada recuerda la frase de un personaje de Wilde, «la naturalidad es una actitud tan difícil de mantener», y todo queda dentro del ámbito de lo humano, de la libertad y la elección. A Millie, en cambio, nada la toca, nada la desvía, sigue adelante como si siempre hubiese una perfecta adecuación entre la realidad y lo deseado. Millie le habla a Pinky de la cena que va a hacer para unos amigos y por

lo que dice imaginamos una larga y laboriosa preparación, pero cuando llega a hacer sus compras la vemos sacar de las bolsas paquetes y latas asépticos dentro de los cuales todo viene ya listo como ella; su comida no tiene ni pasado ni historia.

Porque Millie apenas existe: lo que existe, con mucha más fuerza que ella, son los diferentes espacios por los que se mueve y que parecen impartirle órdenes, el de su apartamento, el del instituto de geriatría, el de la taberna. Toda la gama de amarillos que se despliega en su apartamento, en los cubrecamas, las cortinas, los muebles, los vasos, son Millie, pero una Millie ya inerte, sacada de alguna revista de decoración; por eso inventa a Pinky, de la que dice, hablando por teléfono con alguien desde su apartamento: «Creo que ella no ha visto nunca un ambiente decorado». Los blancos y los grises vaporosos del instituto de geriatría son el marco inexplorablemente cerrado en el que deambulan seres sin historia (lo que allí son nada tiene que ver con lo que hayan podido ser antes) ancianos que apenas parecen cosas a las que se pasea por una piscina o se sumergen en una bañera. Los colores fuertes de la taberna, marrones, sepias, negros, indican que aquel es el lugar de la virilidad estatutaria y esto está reforzado por la presencia de los policías y del marido de Willie, la pintora, enteramente devorado por su disfraz de *cowboy*.

Con la iluminación y el color Altman crea ámbitos cerrados, incomunicados, en los que cada personaje está enteramente determinado por el espacio que lo circunscribe y no es más que un producto, un mero resultado. Solo escapan a esta sumisión Willie, quien con sus pinturas se crea un espacio propio, amenazante y violento, que es como la explicación de todos los demás, y Pinky, que atraviesa todos estos espacios sin verlos, a excepción del pintado, el cual ve en todas partes (parece que fuese su mirada la que lo hace surgir por doquier, como una advertencia a Millie). Porque Pinky es lo indeterminado, lo que la mirada de los otros, erigida en autoridad invisible, no toca, y por eso su presencia crea siempre una ligera perturbación del orden establecido: a través de los ojos de Pinky, a la vez doble y testigo, Millie llega a tener atisbos de sí misma y de lo que la rodea. Cuando Millie traiciona a Willie con el marido de esta, Pinky intenta suicidarse y así muere el otro yo de Millie, la posibilidad. Al recuperarse, Pinky es ya Millie (cuando está en coma en el hospital, su figura en la cama parece la de un bebé recién nacido), pero una Millie más agresiva y eficaz. Igual que Sancho con su amo, Pinky percibe al comienzo la diferencia entre lo que Millie dice y lo que realmente le sucede

(o no le sucede), como cuando lee su diario, por ejemplo, pero al renacer se entrega por entero a la visión de Millie.

Es el nacimiento del hijo de Willie (que nace muerto) y la muerte (¿el asesinato?) del padre del niño lo que produce la metamorfosis de las tres mujeres (tal vez tres modulaciones de una misma identidad). La escena del parto está filmada desde la oscuridad de la noche, a través de la puerta abierta de una casa iluminada. La cámara pasa una y otra vez del rostro aterrorizado de Pinky, que se ha quedado afuera, a las figuras remotas y agitadas de las otras dos mujeres que se divisan dentro de la casa. Esta puerta abierta es el acceso a una realidad modificada, se ha operado un cambio en la relación entre sujeto y mundo después de esta escena. En la siguiente (que es la escena final) aparece Pinky, la misma Pinky aniñada del comienzo, instalada en la taberna. Llama a su madre y acude Millie, una Millie sin maquillaje, mucho mayor que la de antes. Luego las dos se van hacia la casa que está detrás de la taberna y donde presumiblemente se halla Willie. Por último, se oyen las voces de las tres mujeres conversando. Los lugares y los personajes son los mismos, pero todo ha cambiado, una desorganización enigmática ha deshecho las construcciones, la realidad se ha vuelto fluida, ligera. El mundo no ha sido descifrado, pero al menos han desaparecido las codificaciones escrutadas de lo no real y este vuelve a ser proyecto.

En esta escena final todo tiende a la indeterminación: la cámara se aleja a la deriva entre las copas de los árboles que rodean la casa y deja atrás un mundo adámico, no porque se haya alcanzado un punto fijo, una identidad, sino porque se anuncia la posibilidad de un nuevo comienzo. El diálogo que sale de la casa parece levitar entre el follaje, se habla de ollas, de verduras, y los objetos, que antes parecían irreductibles al uso, siempre nuevos e impersonales, ahora, aunque solo aparezcan en las palabras que los nombran, se han vuelto concretos, útiles. Se habla también, vagamente, de un crimen. Pero la cámara ha renunciado a abarcarlo todo, no muestra lo que sucede dentro de la casa; la imagen, imprecisa, aérea, parece rehusarse a reducir la ambigüedad liberadora que ha alcanzado.

Esta imagen difusa del final remite, no obstante, a la primera imagen del film, también difusa: la figura desleída de Willie se confunde con los colores flotantes con los que ella misma va cubriendo toda la pantalla y que al comienzo no están fijados en contornos definidos. Progresivamente estos contornos se van haciendo cada vez más acusados y apareen los dibujos (al avanzar el film los vamos viendo con más precisión) en los

que se objetiva toda la violencia invisible que ejerce sobre los personajes el mundo que los rodea. Así, el comienzo que se insinúa en la imagen final podría no ser más que un recomenzar de lo mismo: Altman no se pronuncia al respecto.

En *Atrapado sin salida*, de Milos Forman, que podría verse también como una película en la que los personajes están atrapados dentro de un sistema del cual quieren, y a la vez no quieren escapar, el indio que huye después de presenciar la muerte de su amigo lleva consigo toda la esperanza de la humanidad. El espectador se va conmovido, pero también reconfortado, pues la verdad queda en buenas manos. Con Altman, todo queda en suspenso. Adopta para su parte, en *Tres mujeres*, lo que dice Barthes de la literatura: «La luz que proyecta la escritura sobre la desdicha humana es indirecta, brota por lo regular de una conciencia cegada, impotente para captar las causas, para prever los correctivos, pero esta condición indirecta misma tiene un valor catártico pues preserva al escritor de la mala fe, su palabra solo esta allí para designar una perturbación».

***El Nacional*, 29 de enero de 1979**

El gesto de mostrar

Leonardo Azparren Giménez

En el diálogo de sordos de nuestro teatro los comentarios se agotan en los conciliábulos. Realizadores y críticos no dialogan, mucho menos polemizan públicamente. Armando Gota, retornando a sus mejores momentos de fustigador, responde con escudo y alabarda la crítica que recibió por su montaje de una pieza de Brecht. Debió hacer velatorio de armas, pues intenta hundirlas hasta el regatón. Sus declaraciones y las de Mariela Romero para Carlos Moros pecan de galimatías, muchos decires y pocos razonamientos. Como se pone en entredicho a la crítica, agarramos el desafío en lo que nos compete por las alusiones y porque hay mucha tela donde cortar.

No discutiremos el propósito de querer «clarificar el mensaje ideológico de la pieza» porque no somos tan valientes ni, mucho menos, nos consideramos llenos de tanta sapiencia para tan peculiar esfuerzo. No discutimos tampoco el derecho a hacer versiones, pero sí cómo se hace y qué es lo que a fin de cuentas se representa. Brecht, junto con tomar temas de otros para su trabajo, hacía las cosas mejor: asumía el riesgo completo, se hacía padre absoluto de la criatura y nadie puede achacarle que desdibujó a otros en beneficio propio. El *Herr Puntila* estrenado y rápidamente quitado de cartelera dice cosas que Brecht no dijo, aunque aparece responsable de decirlas, mientras sus clarificadores ideológicos no aclaran dónde termina el original y comienza la clarificación.

Sería reiterativo insistir en el valor autónomo de la obra de arte, o insistir en que los inmediatismos nacionalistas no son poéticos. Brecht no les habló a los alemanes por su germanidad, como tampoco lo hizo Shakespeare con los ingleses. No es coincidencia que muchas obras de ambos estén ubicadas en sitios distantes y exóticos, con poco que ver con la anécdota del sentido dramático nacional. Uno le escribió al Renacimiento como modelo de civilización y el otro lo hizo al capitalismo, también como modelo de civilización. Afirmar sin argumentar que hay diferencias entre el sentido dramático venezolano frente al europeo, o

entre el sentido trágico venezolano frente al alemán, suena a relativismo cultural inaceptable. Brecht en sus obras se paseó desde el Imperio romano hasta una aldea china y Shakespeare desde la mitología griega hasta los barrios venecianos. No les hablaban a los vecinos, sino a la humanidad. Si para algo sirve, oigamos a Eric Bentley. Por lo común, los autores de teatro no han trabajado con el lenguaje de la calle sino más bien con un idioma hecho más expresivo por sus predecesores a la literatura y no a la vida. En Venezuela tenemos a Guinand trabajando con el lenguaje de la calle, mientras Cabrujas hace literatura.

Inadmisible y hasta incomprensible es reprocharle a la crítica un presunto intelectualismo cuando simultáneamente se la critica por ser en gran parte inculta. Pedantería, por decir lo menos, es arrogarse el derecho de concluir que ese intelectualismo genera una visión apartada de la realidad venezolana. ¿Es que el realizador sí sabe cuál es la realidad venezolana mientras que el crítico, por intelectual, no? Deseamos conocer la argumentación y el marco teórico que faculta para afirmar que los patrones de la crítica venezolana se basan en una sociología del gusto no venezolano. Y no defendemos a terceros.

Confieso que me satisface este torneo, cuando quien escribe tiene al realizador afecto fraternal probado. Pero como cada uno está en su campo, el crítico exige que se le demuestre por escrito o a viva voz cuál ha sido el marco teórico político (dramatúrgico, formal, etc.) que fundamentó el reciente montaje de *Herr Puntila*.

Buscar la venezolanidad a través de Brecht, si bien es tentador, no es fácil, cuando hay vías más directas y obvias en nuestros dramaturgos. Parece ser, en todo caso, que cuando Gota trasladó desde un rancho venezolano a un parque infantil la pieza *El juego*, pensó más en el juego escénico que en esa venezolanidad que le niega al intelectualismo de la crítica.

Empatados como están muchos en una de captar al público sin reconocer o no querer ver su inconsistencia, nuestro realizador reivindica con subjetividad la risa del espectador ante las ocurrencias de su montaje como verificador incuestionable. Es el mismo argumento de los comerciantes teatrales, que hacen risueñas exégesis y apologías frente al cada vez más reducido grupo de quienes inflexiblemente exigen que el teatro conserve su innegociable condición de obra de arte.

Si en el escenario es donde el realizador se afirma y confirma, esperamos nuevos autores de la talla de Brecht y nuevos títulos de la belleza poética de *Herr Puntila*. Así se probaría si hay un proyecto para expresar la

venezolanidad a través de los autores universales, si el intelectualismo de la crítica impide conocer la realidad venezolana y si el gasto venezolano es tan exclusivo que carece de resquicios para degustar sin intermediarios el sentimiento trágico alemán, que siempre suena a algo exótico.

Ojalá que realizadores y críticos dialoguen más y más, pongan bien las cartas sobre la mesa y polemicen con rigor intelectual. Para discursear estamos. Y dispuestos a seguir también.

***El Nacional*, 29 de julio de 1979**

Señales de tráfico

Isaac Chocrón

Mientras más visito San Juan, más me exaspero con la ambigüedad del puertorriqueño frente a su futuro político. Pareciera participar de dos naturalezas diferentes: la acomodaticia, que lo impulsa hacia las conveniencias económicas que podría asegurarle la estadidad norteamericana, y la incierta pero digna, que convertiría la isla en país latinoamericano independiente. Se debate entre las dos como con temor de asumir una decisión, y si bien desempolva herencias hispánicas además de afirmar su actual carácter puertorriqueño, también no se atreve a soltar el cordón que la amarra al país del norte. Parecen ensimismados en querer deshojar la margarita y cautelosos de que llegue el momento cuando solo quede un pétalo por arrancar. Me decía un extranjero que lleva años viviendo allí: «Déjalos que sigan con su titubeo, para que vean que quien decidirá será Estados Unidos y no ellos».

El «titubeo» estuvo muy evidente durante los recientes VIII Juegos Panamericanos, cuando simultáneamente se programaron con la máxima desorganización imaginable una serie de eventos culturales que pretendían probar la estrecha relación existente entre Puerto Rico y Latinoamérica. Nadie les hizo caso y no tuvieron ninguna repercusión. Quienes fuimos invitados y pésimamente atendidos, recurrimos a nuestras amistades puertorriqueñas y disfrutamos gracias a ellos de lo que no habla sido organizado por el fantasmal Copan. Recuerdo en especial tres ratos que ahora jerarquizo para tratar de precisar la ambivalencia antes mencionada.

En Ocho Puertas, suerte de café-concert, oímos una noche a Alberto Carrión, actualmente considerado como uno de los compositores y cantantes jóvenes más promisorios. Su empeño ahora parece ser rescatar la poesía negroide puertorriqueña, utilizando particularmente la obra de Luis Pales Matos. Con orquestaciones dignas de una filarmónica (en el disco que acaba de sacar se nota abiertamente), Carrión produce un

folklore «intelectualizado cuando no influenciado por la salsa neoyorquina. El éxito teatral del momento era una comedia musical, *Eleuterio el coquí*, basada en un cuento infantil de Tomás Blanco y apoyándose en las más conocidas canciones de Rafael Hernández. Su argumento de un pobre sapito a quien tratan de corromper los norteamericanos no logra definirse ni como leyenda ni como denuncia. Se pasa el rato entre canción y canción, pero no se obtiene ninguna afirmación o negación. Muchísimo más portorriqueña que estos dos espectáculos me resultó la visita al Tulle's Seafood, un restaurante de mariscos en la playa Punta Santiago de Humacao, que bien vale el corto viaje de media hora desde San Juan. Contrario a los precios astronómicos de la capital, muy similares a los de Caracas, sorprende encontrar langosta fresca a Bs. 40 y todo tipo de pescados a Bs. 20. Sorprende mucho más darse cuenta de que este pulcro restaurante sin protecciones existe en un caserío medio deshabitado y al lado de Humacao, pueblo paupérrimo que parece la esencia del Puerto Rico que se quedó a un lado.

***El Nacional*, 14 de julio de 1979**

El dibujo al poder

Bélgica Rodríguez

Tomar el poder de la plástica venezolana por medio del dibujo y de otros medios de expresión que no sea la pintura de caballete tradicional, pareciera ser la consigna de los jóvenes artistas de las nuevas generaciones que han irrumpido en el medio de las artes plásticas del país desde hace unos pocos años. El dibujo como imagen de la experiencia del artista, como una proposición positiva e inmediata de comunicación, ha ganado a los jóvenes artistas venezolanos.

Estos medios de expresión, especialmente el dibujo, se han visto favorecidos por un interés casi fuera de lo común, no solo por parte de los artistas, como ya dijimos y todos pueden comprobar, sino también por parte de instituciones oficiales y privadas que se dedican a la promoción de las artes plásticas. El auge del dibujo y de los medios gráficos como forma expresiva nos lleva a pensar en diferentes suposiciones. Alguien ya declaró que este fenómeno se debe a un factor económico. El dibujo, por ejemplo, resulta más barato tanto al artista como al comprador. ¿Pero hasta dónde es más económico? Hemos visto últimamente cierta «inflación» como consecuencia lógica del valor de mercado de esta obra de arte al ser promocionada desmesuradamente. Otro factor es de orden físico, referido a los espacios donde habitan las personas que pueden comprar esta obra. En un apartamento solo se pueden colgar obras de pequeños formatos. Otros piensan que con el dibujo se asumen menos riesgos plásticos. Idea que no compartimos. La obra gráfica, el dibujo, impone expresar un pensamiento, una idea, una proposición a través de medios formales que dentro de su complejidad podemos calificar de simple.

Ella es a la pintura lo que el cuento es a la novela. ¿O podríamos pensar que es otra muerte de la pintura de caballete, tan anunciada desde hace tiempo?

En conclusión, este es un fenómeno de la plástica venezolana que amerita de reflexión y de investigación para dilucidarlo. Por ahora la

respuesta es sencilla: el dibujo es un medio eficaz para decir o expresar lo que estos jóvenes artistas desean. Tomando esto último como premisa, el espectador sensible se emociona ante la visión del magnífico conjunto de obras que se exponen en la sala del Banco Central de Venezuela de Carmelitas dentro del marco del Primer Salón Nacional de Dibujo Joven, organizado y coordinado por Fundarte. Sin embargo, dentro de ese magnífico conjunto, algunas, muy pocas, rompen la coherencia de calidad. El salón organizado por Fundarte es una manifestación más de apoyo a las jóvenes promociones de artistas que bien se lo merecen.

El otro salón es el Salón Avellán, actualmente en exhibición en las salas del Museo de Arte Contemporáneo. Allí también se muestra fundamentalmente dibujo y obra gráfica. Muchos nombres se repiten con respecto al Salón de Fundarte. Y esto precisamente es lo que nos extraña cuando se ha acusado al Salón Avellán de mostrar obras carentes de conceptos y de creatividad, y por otro lado el Salón de Fundarte ha sido calificado de extraordinario. Las proposiciones nuevas, las búsquedas significativas existen en todas las obras de los artistas que exponen en ambos salones, si bien fue mejor la selección de las obras para el Salón de Fundarte; la calidad de realización de algunas de las obras del Salón Avellán deja mucho que desear, sin que por esto se vean rebajadas las proposiciones individuales y los niveles de investigación en los que se insertan estas investigaciones plásticas.

Paralela a estos dos salones, debemos mencionar la muestra de la Galería Minotauro, dirigida por la infatigable Cecilia Ayala, un tanto desconocida en Venezuela fuera de los medios plásticos, pero ampliamente conocida en París por su labor y dedicación desde hace treinta años al frente de su Galería Du Dragon. En la Galería Minotauro exponen tres de los jóvenes artistas dibujantes ya conocidos por todos. Dos de ellos galardonados, Pancho Quilici y Jorge Pizzani, junto a otra dibujante de calidad como es Corina Briceño. Los tres demuestran su talento y potencial artístico en la obra que exponen. Con esta muestra de la obra de tres jóvenes que aún no tienen un interés comercial, Cecilia Ayala continúa su línea de servir de plataforma de lanzamiento a jóvenes prácticamente desconocidos, comenzada desde sus inicios como directora de galería en el exigente medio parisino. Hermosa exposición en su coherencia y en su proposición esta que se puede ver en la Galería Minotauro.

Nos imaginamos que se está preparando el Salón Anual de Dibujo de la Galería Mendoza, ya tradicional, lo que nos hace pensar y sentir cier-

ta invasión del dibujo como obra de arte que se mantiene en sí misma como tal, no solo referida a nivel local, sino también a nivel internacional, como sería la exposición «Tesoros del dibujo moderno», recientemente expuesta en el Museo de Arte Contemporáneo. No debemos caer en la redundancia y el cansancio ni en el derroche expositivo del dibujo. ¿No creen que después de todo esto se les debe dar una tregua a estos jóvenes artistas para que reflexionen sobre su obra, lleven adelante sus investigaciones sin sentirse presionados por la urgencia de las exposiciones de los salones?

***El Nacional*, 29 de julio de 1979**

Lo que nos une

Gonzalo Barrios

A una semana de distancia de las votaciones, el momento es ya tal vez apropiado para hablar de lo que nos une. Esto en referencia a los partidos, porque las masas populares, agitadas pero pacíficas detrás de las dirigentes políticas, no parecen prestar a lo que nos divide una atención preferente.

Esta circunstancia, unida a la experiencia de varios comicios, nos autoriza a esperar que la jornada del 3 de diciembre transcurrirá serenamente. Ni siquiera en la etapa de la subversión antillana, cuando se trazaron planes y se hicieron preparativos logísticos para interrumpir o impedir mediante el terror y el desorden la concurrencia a las urnas, se logró el propósito de desviar al electorado de su obligación cívica, hoy tan acatada, que le augura un porvenir político sin las perturbaciones que de ordinario se temen en procesos históricos semejantes.

Pero la coincidencia de actitudes y miras y la cooperación para determinados fines no pueden limitarse a la salvaguarda del ritual eleccionario. Una vez efectuados los escrutinios y adjudicadas las posiciones y las responsabilidades, se plantean numerosas cuestiones y se imponen variadas decisiones que no son fáciles de por sí, ni siquiera cuando el vencedor dispone de mayoría amplia, y que resultan necesariamente arduas cuando, como sucede entre nosotros, la representación nacional se ofrece habitualmente fragmentada.

La renovación de los poderes públicos no se verifica totalmente en las urnas. Hay elecciones y nombramientos derivados que cobran gran significación y que promueven el interés y aun la vehemencia de los diversos partidos políticos. El Congreso elegido el 3 de diciembre tendrá que designar a magistrados de la Corte Suprema de Justicia, tendrá que seleccionar a un fiscal general de la república, magistratura esta de obvia trascendencia, y tendrá igualmente que elegir al contralor general, funcionario que, por las materias de su competencia, debe reunir un máximo de consenso y contar con la aureola de una confianza extraordinaria.

Por otra parte, como resultado de un acuerdo previo a todas esas decisiones, deberán integrarse las directivas de las cámaras y nombrarse sus comisiones permanentes. No hay razones para pensar que en el período constitucional que se inicia en marzo habremos de apartarnos de fórmulas que han adquirido cierta categoría de compromiso. Así, por ejemplo, ha sido una práctica sana en nuestra vida parlamentaria la asignación de la presidencia de la Cámara de Diputados al partido que reúna la segunda mayoría, reservándose, como es lógico, para el partido del electo presidente de la república, la presidencia del Senado y del Congreso. Luego proseguirían las conversaciones acerca de los otros cargos que una buena doctrina política aconseja proveer con el mayor consenso posible, aunque la simple mayoría baste para perfeccionar la elección si esta resulta impracticable por la incompatibilidad de las exigencias contrapuestas.

Existe además en Venezuela, como en ningún otro país de régimen democrático, una real urgencia de reforman legislativa, de legislación nueva y aun de enmiendas o reformas constitucionales. Y es claro que en este campo, todavía con mayor apremio, también sería indispensable un entendimiento muy franco y muy firme, que no podemos predecir como inalcanzable, pensando que la presente pugna electoral presagia un futuro de intransigencia.

Todo esto constituye un problema de muy seria importancia para el país, y, en principio, solo los resultados del 3 de diciembre determinarán quiénes son los llamados a asumir la responsabilidad básica frente a ese problema. Pero claro está que de hecho no existe una incógnita respecto a los partidos que obtendrán las primeras mayorías. Esta, que es una realidad objetiva en la política contemporánea de Venezuela, no se acepta de buena gana con toda su lógica en los sectores confinados al papel de minorías no decisivas. A menudo se intentan protestas contra la polarización AD-Copei como si se tratara de una anomalía o de una usurpación, y se tachan como componendas los acuerdos ocasionales, legislativos o administrativos, entre las dos fuerzas que representan más de las tres cuartas partes de la opinión nacional. La sinrazón de estas protestas no impide, sin embargo, que esas minorías sean acreedoras al respeto y consideración que impone el espíritu de la democracia, así como no excluye la conveniencia de que se oigan sus opiniones y se les consulte en todas las cuestiones en que les toca participar. Por experiencia propia sé que es muchas veces valiosa y eficaz en el terreno parlamentario la cooperación de esas minorías o la de algunos de sus más destacados integrantes. Pero

es deseable que no pretendan interferir la toma de decisiones por quienes tienen la obligación de tomarlas. La cooperación se puede extender, como se ve, a todos los confines, si se la interpreta sensatamente.

Espero contribuir con estas reflexiones a la feliz culminación de un proceso que nos ha exigido esfuerzos, que nos ha impuesto sacrificios y que —¿por qué no decirlo?— nos ha causado disgustos que son malos consejeros. Pero lo importante es llegar a la conclusión de que así es como la democracia hace a sus hombres, los corrige y los modera.

***El Nacional*, 26 de noviembre de 1978**

Lo que Bello me dijo

Orlando Araujo

Andrés Bello no es el hombre frío ni el estereotipo de erudito y el gramático con que la pereza mental y la rutina lo han estratificado hasta el tedio en el desván donde guardamos las memorias solemnes. Desde su niñez y juventud hasta la ancianidad y la muerte fue un espíritu atormentado y estremecido hasta la desesperación por un destino adverso, por la soledad, por la pobreza a extremos de indigencia, por la humillación y la calumnia, por la muerte de los seres más queridos, que se adelantó para ir quedando a la orilla del camino de una vida tan larga, tan creadora, tan dolorosa.

La falsa impresión de su frialdad proviene de su profunda fe religiosa, de su dominio interior y de su incansable dedicación al trabajo. Todo ello impartía a su rostro y a su tratamiento la grave y dulce y tímida serenidad que proyectaba hacia sus contemporáneos.

Lo que Bello desarrolla y profundiza en Londres y realiza y da a luz en Londres y más aún en Chile, ya había sido engendrado en Caracas. Su vida y su obra no son tres estancias de viajero forzado, sino tres actos de un mismo e inexorable destino del cual estaba consciente, asumiéndolo con el coraje prometeico de un cazador de luces.

Su poesía refleja, en expresión más conmovedora que sus otras obras, el drama de un hombre a quien la mar aleja para siempre de su tierra natal, a la que tanto ama, y después de larga y dolorosa espera lo devuelve cargado de sabidurías al otro extremo de su lugar de origen, en el mismo continente para cuya construcción moral y cultural y social se ha preparado.

Los europeos traían esclavos a la América y regresaban con los frutos materiales de la esclavitud. Andrés Bello es un viajero que lleva a Europa memorias de esclavitud para regresar con instrumentos de libertad.

Dijimos su poesía, pero no hay obra de Bello que no surja y refleje su pasión y amor por Hispanoamérica, por su formación y perfeccionamiento: desde su gramática para el uso de los americanos —obra que revolu-

ciona el estudio general de la lengua— hasta sus trabajos periodísticos y de legislación civil e internacional. Desde su cátedra en la universidad que él mismo funda, y desde sus lecciones privadas que forman toda una generación en Chile, hasta su incasable labor parlamentaria, todo ello, todo, formando a la nación chilena, trascendiendo fronteras y universalizándose.

Hay un momento en que Andrés Bello es la conciencia crítica de América. El sostenido equilibrio de su sabiduría es el principio regulador de los extremos que en ella se tocan para fundar la identidad de una cultura propia, que por andar aún buscándose a sí misma, sigue apoyándose en la vigencia y vitalidad de aquella obra.

Andrés Bello no fue un desterrado, ni un exiliado, ni hubo dos Bello (como decir el uno y el otro). Pocas veces un hombre fue tan él mismo a cada rato. Sencillamente fue un hombre que un día salió de su país natal y no pudo regresar jamás. Durante su vida en Londres, casi veinte años mantuvo y a veces acicateó hasta la desesperación su voluntad y su esperanza de retorno.

Se ha tejido y hay un anecdotario, entre la buena y la mala fe, propicio al sentimiento antibolivariano y antibellista, que atiza una supuesta rivalidad entre Simón Bolívar y Andrés Bello. La verdad histórica es que Bolívar hacía en los campos de batalla lo que Bello hacía en el saber y al crear y representar con dignidad y actividad afanosa una patria de difícil parto.

Jamás el destino de la América hispana estuvo en manos y mentes más universales: Miranda, Bolívar y Bello. Tres venezolanos. Bolívar y Miranda regresaron para enfrentar un destino que los exilaba. Bello, sin exilio, no volvió a ver jamás Venezuela, pero vivió para siempre con el dolor de la ausencia y lo dejó en sus cartas y en sus cantos.

Ya dijimos, toda su poesía se alimenta del recuerdo o de la invitación a volver. Solo que desde el Puente de Londres las vivencias del valle de Caracas y los valles de Aragua se sublimizan en la geografía integral de América Latina.

Bello desde afuera es un poeta neoclásico, evasivo de su intimidad y virtuoso de la forma.

Bello desde adentro es un poeta de angustia contenida por un dominio insólito de la palabra.

Su «Silva a la agricultura de la zona tórrida» tiene, en el origen de nuestra identidad latinoamericana, la grandeza que alcanzará más tarde, y con el mismo afán de expresión, el *Canto general* de Pablo Neruda.

Esto me dijo Bello un día en la tarde conversando en la placita de los Capuchinos, con charreteras de palomas en los hombros:

—El tiempo no me abandonará, porque yo no lo abandono.

Yo dije:

—El tiempo de América es violento.

Y Bello:

—Es porque el tiempo nuestro reclama cosas nuevas.

—¿Cosas nuevas?

—Sí. Cosas nuevas que están aquí no descubiertas.

—Usted, señor, decía «contenido americano en forma europea».

—Yo jamás dije semejante bobería. Lo que dije, y digo, es que seremos libres en la medida en que aprovechemos la libertad ya conquistada por el hombre.

—¿Y qué hay de Bolívar?

—Bolívar moría cuando yo llegaba a Chile. ¿Recuerdas, acaso, el himno a Colombia que yo le dediqué?

—Recuerdo, no podría olvidar jamás aquella estrofa: «Libertad es la vida del alma/ servidumbre hace vil al varón/ Defender a un tirano es oprobio/ perecer por la patria es honor».

—Bien, hijo mío, ese es mi mensaje.

Bello no es un maniquí de tres etapas con que se le petrifica: Caracas-Londres-Chile. Andrés Bello es un mandato de escritor realizado a plenitud en medio de la adversidad. Un hombre así tenía que ser un poeta. Concluye un día la vida, pero queda y atraviesa los siglos la obra del poeta, del lingüista, del legislador, del humanista, para gloria, gloria de América Latina, para grandeza de la lengua y para lección y ejemplo de los hombres que aman la libertad y la construyen.

***El Nacional*, 29 de noviembre de 1981**

Algo más

Ovidio Pérez Morales

El parto de los montes. Esta expresión —en latín sonaría «*mons parturiens*»— nos la definen los diccionarios como cualquier cosa insignificante y ridícula, que sucede cuando se esperaba una grande o importante.

¿Concluirá lo del Banco de los Trabajadores en un alumbramiento del género?

No sería la primera vez que la opinión pública viese resultados semejantes.

Lo lamentable sería —por supuesto para la democracia y la dignidad moral del país— que entre artimañas y componendas, chantajes y pactos, se silenciase lo que tiene que quedar claro. Y sancionado.

No es competencia de quien esto escribe repetir informaciones y acarrear datos archiconocidos. Como tampoco ejercer una función de enjuiciamiento. Otros se han encargado y están llamados a encargarse de eso. Así como de las defensas a que hubiese lugar.

Lo que sí interesa destacar aquí es la preocupación de muchos venezolanos de que, particularmente en período de controversia electoral, intereses que no son los del pueblo aceleren o en todo caso generen un parto de los montes.

Y con ello se abra la puerta a otros escándalos. Con ventaja para negociantes del sensacionalismo. Y perjuicio para la nación.

Con pérdida de confianza hacia quienes tienen la responsabilidad de conservarla y defenderla, en cuanto líderes del país. Y beneficio para quienes pueden lucrar en ambientes contaminados.

En el año jubilar del 23 de enero y del Bicentenario de Simón Bolívar, Venezuela tiene derecho a una práctica de la ética política y a una administración de la justicia de suficiente nitidez.

La democracia por la que tanto se han sacrificado y en la que nuestro pueblo —de la mayoría sin voz— espera, no puede convertirse en un festín de Baltazar.

De continuo salen noticias de fraudes, desfalcos y de toda una gama de actos inmorales, que encuentran campo de cultivo en una multiforme complicidad.

No por viejo y repetido lo malo deja de serlo. Ni tampoco porque se le maquille y exalte. Por cierto que curioseando en lo que los obispos de Venezuela escribieron en una «Instrucción pastoral» el año 1904, me doy cuenta de que hay vicios que no son nuevos, pero contra los que es preciso luchar siempre. Y porque lo dicho a comienzos de siglo por aquellos venerables varones sobre cuestiones de honradez pareciera una reflexión sobre la actualidad nacional, me permito citarlos con alguna amplitud.

Después de afirmar que «los fraudes y latrocinios y otros horrendos crímenes contra la justicia» brotan de una «perturbación del criterio moral» y de una indiferencia o negligencia en materia religiosa, dicen los obispos:

> **Lamentamos aquí el robo, no solo en su forma ordinaria y vulgar, cuyos actos están para su castigo al alcance de la policía, sino muy particularmente en la forma que llamaríamos «decente», si pudiera caberle tal epíteto a tan fea iniquidad. Nos referimos, en efecto, a ese género de fraude ya tan generalizado que consiste en apropiarse con harta facilidad de lo ajeno por medio de ganancias exageradas en negociaciones ilícitas: nos referimos a la lepra del peculado, que corroe todo el organismo nacional, siendo ya principio aceptado por la casi universalidad de los criterios que «defraudar al erario público no es pecado».**

Con base en este principio es obvio —continúa la «instrucción»— que:

> **(...) ya nadie se contenta con los provechos legítimos de su empleo, sino que cada uno se sirve del suyo para aumentar por medios reprobables sus recursos y fortuna, o para dilapidar mayores sumas de dinero en las exigencias del lujo y la satisfacción de todos los apetitos de la sensualidad: nos referimos a los contratos escandalosos, por medio de los cuales se adquieren enormes ganancias sin ningún título.**

Otra observación interesante:

> **Ya casi no se conceptúa como robo sino la obra brutal y grosera del ratero o del salteador, mientras el campo vastísimo de las otras especies de latrocinio, de donde proviene el mayor desequilibrio moral y material de los pueblos, está completamente abierto a la humana codicia.**

Hoy la terminología se ha pulido en la especificación de anomalías y delitos. Porque se han perfeccionado los modos de faltar y el contenido —en una Venezuela petrolera—se ha inflado.

Es interesante observar también que no han faltado censores. Personas preocupadas por la salud ética del venezolano. Y gente honesta, que con frecuencia tiene que nadar contra corriente.

¿Cómo reorientar los criterios? No basta la prédica de los moralistas. Es preciso que los líderes políticos y los jueces, para no citar a otros, bajen de la oratoria a la práctica. De las proclamas a la justicia concreta.

Con partos de montes se embriaga la curiosidad y se envenena la nación.

El mal ejemplo cunde.

***El Nacional*, 27 de febrero de 1983**

Prieto, el discípulo

Pedro Berroeta

Equivocado es, pienso, llamar maestro a Luis Beltrán Prieto. Es discípulo, aprendiz. Maestro es aquel que ha llegado adonde debía llegar. Allí se fija, cristalizado.

Prieto no se fija jamás, ni nunca llega. Ha aprendido del agua —como él mismo apunta— la fluida forma no solo de decir las cosas sino de vivir la vida. Su palabra, además de transparentar el puro pensamiento, nos revela una abrasadora pasión de la existencia que, en *Verba mínima*, ha condensado en chispazos de haikai.

Me sorprende siempre la delicadeza de este hombre, en tan áspero contraste con su figura de fauno desvelado. Es de una delicadeza sobria, de una ternura contenida y de una vulnerabilidad tal que me hace pensar en Beethoven, cuidadoso este, en todo momento, de ahogar para no sufrir más los cantos de flautas y oboes en broncas armonías de truenos. Como si les diera vergüenza abandonarse al sentimiento para no ser llamados tontos.

No es, pues, para mí un maestro. Es el aprendiz eterno, «él en todo momento dispuesto» a seguir fluyendo como el río, a intentar secar el pozo de ternura bebiéndolo «sorbo a sorbo, gota a gota», para darse luego cuenta, agradecido, de que sigue manando y «desbordando hasta dejarnos inundados».

El hombre dice este poeta que parece modelado por Rodin; señala que se aprenden caminos de eficacia «ensayando y errando», es decir, viviendo. Porque cuando se llega a no ensayar ni errar, entonces se es maestro y se es muerto.

Por ello, Luis Beltrán Prieto sigue caminando, pues sigue existiendo: ni es maestro ni está muerto. Y por ello, igualmente, la imagen del río viene con tanta frecuencia en su poesía: agua viva, activa, que nunca se detiene, sino que va. Noche y día va, sin preguntarse siquiera qué nombre le han puesto los geógrafos.

«Me sorprende siempre la delicadeza de este hombre, en tan áspero contraste con su figura de fauno desvelado. Es de una delicadeza sobria, de una ternura contenida».

Pedro Berroeta

Es aprendiz. El que va aprendiendo, sin cesar, las lecciones que arranca como flores al pasar, para darlas luego a los suyos, flores de vivir «porque la única vida digna de vivirse es la que se reparte en trabajo premioso, en favor de los demás».

Aún después de cruzar el umbral definitivo, seguirá Prieto fluyendo como un río y manando el agua transparente de su poesía.

***El Nacional*, 31 de julio de 1983**

Que se sacrifique la gente, dicen

Luis García Mora

Hay miedo y confusión con este Gobierno, antes la gente no sabía qué iba a hacer. Ahora no sabe qué va a pasar. Amén del show, lo del desmontaje del régimen de prestaciones ha terminado en un enredo que ya nadie entiende. Y mientras tanto, crece y crece la frustración La Iglesia lo percibe. Teme que lo de las prestaciones termine en un gran fraude. Que la frustración se convierta en violencia. De ahí que todos, también AD y Copei clamen por un urgente incremento salarial.

Si se sintetiza este momento, nos enfrentamos a dos situaciones graves a la presión insoportable de la calle, de los gremios, especialmente el de la salud, y a un requerimiento casi crispado de aumento salarial. Permeando ambas cosas, se encuentra una inflación de dimensiones históricas desconocidas, que el Gobierno no logra dominar.

Los aparatos, las cúpulas sindicales y partidistas, luces completamente desbordadas. Lo del sector Salud, que ya le ha costado el cargo a tres ministros, sigue signado por el colapso. El cierre de hospitales, la carencia de insumos y una podrida manía de incumplir Ios contratos colectivos, mantiene a 14 gremios (de médicos) tanto del MSAS como del JUSS, en conflicto. Los galenos, por su parte, trazan otra hora cero hospitalaria y eso se une a otro paro nacional de empleados públicos y a los problemas de los tribunalicios de la Cantv y del Metro. Las enfermeras y los bioanalistas (30 mil) son los que hacen con mayor peso para detener al aparato sanitario. Los 12 gremios restantes de profesionales (5.000) dietistas, nutricionistas, psicólogos, ingenieros sanitarios, odontólogos, trabajadores sociales, inspectores sanitarios, fisioterapeutas, técnicos radiólogos, la gente de archivos e historias médicas, constituyen el esqueleto del MSAS. Ninguno tiene contrato, solo los médicos y al Gobierno, en tres años jamás se le ocurrió firmar siquiera un marco regulatorio salarial que hubiera

podido parar las huelgas mientras se discutían los beneficios específicos y se detenía el conflicto global.

El Gobierno no puede, luce incapacitado al ritmo de la urgencia. Los tiempos para actuar son reducidos. Sus técnicos se confunden, se equivocan constantemente. Firmaron un contrato colectivo con los empleados públicos que luego desconocen, para burla de un millón de empleados, porque analizaron y descubrieron que el monto acordado subía dos puntos su meta de inflación. Meta frágil, porque cuando se anunció la Agenda Venezuela, la inflación fue estimada en un digito para 1997, luego la recalcularon en este, después entre 15% 20% y la última cifra es 35%. Lo que, según expertos con los que se habla, será más que superada. Demasiados factores aceleradores inflacionarios están representados en la revista salarial, el pago por cambio de régimen, el montón de iniciativas gubernamentales aguantadas. Se tiene que revisar la tasa de cambio que lleva un año anclada, y está también el aumento de las tarifes eléctricas, del combustible, de los pasajes (si en la autopista Caracas-La Guaira se paga de 10 a 200 bolívares, significará un aumento de 2000) ¿Los salarios?

Lo normal, en cualquier parte, es que las remuneraciones se revisen a comienzos de año, terminado el ejercicio fiscal Este Gobierno no lo hizo. A pesar de que en 1996 cerró con un salario en 600 devaluado, consumió enero, febrero y marzo de este año, colgado de discusiones tripartitas. Ahora bene las decisiones salariales detenidas y luce prisionero de sus propios erro res. En 1994 y 1995 se le dijo, se le advirtió que atacara con fuerza los cambios estructurales y no lo hizo. Y 1996 lo consumió engolosinado, paralizado, con el boom petrolero. Ahora pretende contener los efectos de la inflación con base en una despreciable y miserable salario. Esto no lo aguanta ningún país, se trata de una política antiinflacionaria.

Que se sacrifique la gente, dicen.

Publicado en *El Nacional* el 14 de abril de 1997

El Grupo Nueve

Alfredo Tarre Murzi, «Sanín»

He aquí que, de repente, apareció el llamado Grupo Nueve en la constelación política venezolana. Es la sociedad más afortunada en el seno de la correlación de fuerzas de la peculiar democracia actual. Es el más pingüe negocio entre los mercaderes políticos próximos al poder. Es hoy el instrumento de ataque y de defensa del palacio de Miraflores. Es una modalidad nueva y extraña para asumir la propaganda del Gobierno. Es un curioso parapeto que contradice la hidalga tradición adeca.

El Grupo Nueve, llamado también «Nueva Venezuela», no da la cara. No participa directamente en el debate político. No tiene firmas responsables. Es un grupo clandestino creado para escribir anónimos, aunque se sabe quiénes son los beneficiarios y quiénes les abren la caja de caudales públicos. Mis informantes adecos me dicen que se trata de dos escandiles dispuestos a sacarle el jugo al Gobierno de Lusinchi.

Esto es penoso y deplorable. Antiguamente AD tenía aguerridos y esforzados defensores que escribían con sus nombres de pila o con seudónimos conocidos en la prensa diaria. Valmore Rodríguez utilizó durante mucho tiempo el seudónimo de Telémaco. Andrés Eloy defendía al gobierno adeco de su tiempo. Rómulo firmaba una columna en El País. Lo mismo hacia Troconis Guerrero. También escribían a menudo Ruiz Pineda y Alberto Carnevalli. Igualmente Siso Martínez. Y hoy mismo lo hacen periodistas de verdad como Luis Esteban Rey y Rafael Calderón. Todos brillantes prosistas y hombres honorables, que examinaban y analizan ahora (Rey y Calderón) los problemas nacionales a la luz del día, sin ocultamientos y sin tiros por mampuesto, sin dobleces y sin disfraces, sin negociados y sin prebendas a la sombra del poder político o financiamiento.

Ahora la decadencia es tan grave que los defensores del régimen adeco son los pelafustanes y malandrines del llamado Grupo Nueve. Este grupúsculo publica casi a diario en diez periódicos (seis de Caracas y cuatro

del interior), unos avisos o remitidos con el título de «¿Qué pasa?». Recientemente la emprendieron contra el gremio de periodistas y reporteros a quienes tildaron de «viciosos», llegando a sugerir que la estabilidad del sistema democrático está en peligro por el llamado «bochinche» de los comunicadores sociales.

Por supuesto, el llamado Grupo Nueve o Nueva Venezuela envía sus mamotretos a la administración de diarios (no a la dirección o a la redacción), como un aviso en forma de «remitido». Como todas las agencias de publicidad, el Grupo Nueve paga el centímetro lineal por columna. Cada publicación cuesta Bs. 2.760. Si sumamos las cuentas que deben ser canceladas en la gerencia de los diarios, nos daría un total de Bs. 27.600 (veintisiete mil seiscientos bolívares) diarios. A esta cantidad habría que agregar lo que cobra el autor de cada insulto, que se proclama contra editores, empresarios, dirigentes de oposición y periodistas independientes. También hay que sumar lo que se cobra por publicidad como intermediario del aviso remitido que es el mismo Grupo Nueve. Sale un total de casi 30.000 bolívares diarios que «administran».

De manera que al Fisco Nacional y a los contribuyentes venezolanos les cuestan los «remitidos» del Grupo Nueve la bicoca de Bs. 900.000 (novecientos mil bolívares) mensuales. Casi un millón de bolívares cada treinta días a costa del tesoro público y de los «gafos» que pagamos impuestos. Jamás se había visto en Venezuela un negocio más redondo y más productivo a base de mantener una oficina para elogiar al Gobierno y atacar a la oposición y a los independientes que no se han pasado al festín de Baltasar. Ni en tiempos de Gumersindo Rivas, cuando mandaba Cipriano Castro, se había montado en las vecindades de Miraflores una maquinaria de adulación y de falta de ética, que alterna el panegírico escandaloso con el insulto procaz. Tal vez sería bueno que el Colegio de Periodistas investigue el caso, tan elocuente y desfachatado en el historial de la impudicia. También sería oportuno que tome cartas en el asunto la Comisión de Medios de Comunicación del Congreso. Y, por supuesto, la Contraloría, si es que de verdad fiscaliza y controla la malversación de fondos públicos y el enriquecimiento ilícito. No hay que olvidar lo que dijo el presidente: «la corrupción es pecado mortal en mi Gobierno». Bueno, ¿y el Grupo Nueve? ¿Qué dicen los periodista honestos y dignos de AD?

Publicado en *El Nacional,* 9 de abril de 1987

La burocracia multiplicada

Juan Liscano

El *Homo sapiens* se encontró a sí mismo en las acciones mentales de orar y narrar. La oración lo llevó a Dios y la narración a la creación de mitos y mitologías. De la narración ceremonial, ritual e iniciática llegó a la narrativa, a la literatura profana. Últimamente leí dos narraciones extensas de Joseph Conrad y un libro breve de Vicente Lecuna Torres. Comprendí que la eficacia narrativa buscada era a largo plazo en Conrad y a breve plazo en Lecuna. Esto tipifica la diferencia entre el narrar decimonónico que cultiva el lento desarrollo abarcante, y el narrar nervioso y sucinto contemporáneo. No hablo, por supuesto, del narrar textual, sin argumento, sin personajes, eso que Oswaldo Trejo llama *metástasis* del verbo.

Vicente Lecuna Torres es un afamado gastroenterólogo, hijo de una pareja culta por excelencia, el compositor Juan Vicente Lecuna, fallecido prematuramente, y Carmen Carolina Torres, melómana, sensible, hija de Gumersindo Torres, ese gran ministro honesto que tuvo Juan Vicente Gómez. Los hijos de este matrimonio nacieron en un ambiente de lectura, música y arte. Gumersindo y Vicente se destaparon como escritores, de estilos muy diferentes. Para mí, la sorpresa fue la lectura de *Informes del director de la oficina*, de Vicente Lecuna.

José Balza, siempre en hazañas descubridoras, en un brillante y certero epílogo, recuerda que fue el primero en publicar dos textos de Lecuna, en 1985, y sitúa con erudición e inteligencia no solo las coincidencias con otros autores (Sachetti, Blas Millán, Melville en *Bartleby*), sino el carácter fundamental de estos informes hilarantes en los que, a cuanta mayor precisión y economía de lenguaje, corresponde mayor desorden y superabundante confusión. Desde este ángulo, estos informes resultan kafkianos y tienen como denominador común lo absurdo, pero un absurdo cotidiano, rutinario, oficinesco, ridículo, de pequeños seres sin complicaciones, sumergidos en la ilogicidad selvática de los mecanismos burocráticos, en

cierta forma desviados por los chismes, las confusiones, la imprecisión de comisiones e intervenciones presuntamente ordenadoras, el carácter de los empleados, las complicadas jubilaciones inoperantes, los inefables trabajos de ascenso, el Día de la Secretaria, las innovaciones, los enseres mismos como esa máquina de escribir IBM nunca llegada. Así el cobro de una orden de pago se convierte en una expedición interminable por pisos y oficinas, la firma de cheques en una alienación aplastante y enloquecedora, el discurso de orden en una retahíla memorizada de citas de lecturas preferidas, las circulares nunca contestadas en un fermento de rebelión. En cambio, el riego del piso del estacionamiento por el viejo jardinero, que sigue viendo el jardín donde trabajó antaño y lo siente crecer entre las grietas del asfalto, tiene un poder de sugestión poética conmovedor.

Estas sucintas narraciones, cada una de tres páginas, logran un máximo de eficacia potenciada hacia la risa, el humor, el asombro, la ira, la resignación, ante el mundo, este mundo intrincado de la burocracia multiplicada sin cesar, de la ineficiencia global, de la sobredimensión inevitable, todo ello tendiente a una abstracción del absurdo, rey y señor de las acciones oficinescas. Con un máximo de precisión y lógica, Lecuna creó el caos y la ilogicidad de los grandes mecanismos burocráticos mundiales, o por lo menos venezolanos, puestos en evidencia cada día.

***El Nacional*, 24 de julio de 1988**

Criterios para una reforma

Oswaldo Capriles

En un aporte clarificador de suma importancia, Antonio Pasquali expuso, en el primer capítulo del Proyecto Ratelve, de 1974, dos clasificaciones de los sistemas o modelos de radio-televisión, según lo que él llamó «alternativas de uso» y «alternativas de propiedad o posesión» (control), respectivamente. Entre las «alternativas de uso» se señalaban tres opciones básicas: el modelo competitivo, según el cual las instituciones productoras-emisoras compiten en un régimen de mercado, a partir de concesiones o permisos, sin considerar objetivos de servicio público o de la planificación cultural y en función de intereses comerciales; el modelo complementario o planificado, que sería el opuesto al anterior y según el cual las instituciones de producción-emisión actúan en función del concepto de servicio público, y a partir de tal determinación diversifican sus programas según supuestas necesidades de diferentes estratos socioculturales (tal sería el caso del esquema BBC inglés, primero con sus dos y luego con sus tres programas). El modelo específico, por su parte, parece característico de la radiodifusión sonora y audiovisual de Norte, Centro y Suramérica (dejando fuera la mayor parte de las Antillas, de tradición inglesa o francesa, y el caso complejo de Canadá, cuyo sistema mixto distorsionado se parece al nuestro). Sería la utilización específica, para ciertos servicios, de la radio y la TV en función pública (educación, salud, información general, etc.), dejando las funciones generales de la radio y la TV en manos de otras iniciativas por vía de concesión.

En el segundo orden clasificatorio, esto es, respecto al control (o propiedad), Pasquali distinguía entre: régimen nacionalizado, en el que, directa o indirectamente, el Estado maneja la radiotelevisión, o al menos —y esta sería la característica más importante— controla los contenidos. Frente a tal alternativa, estatista, habría otras, como el régimen mixto auténtico, el régimen de contratos de servicio y el llamado régimen de

producción y reserva de uso. En el régimen mixto auténtico se dan, conjuntamente, los tres modelos de uso, el complementario (planificado), el competitivo y el específico: idealmente, en tal sistema de servicio público y servicio privado comercial, conviven dentro de un régimen de reparto equilibrado. En el caso del régimen de contratos de servicio, el sector público se reserva él solo las funciones del modelo de uso específico (funciones *ad hoc* de alto interés público) y asume el control de las condiciones de prestación del servicio por parte de los concesionarios privados o de capital mixto. En el caso del régimen de producción y reserva de uso, el sector público no posee infraestructuras de transmisión (las que quedan a cargo de concesionarios) y se concentra en la producción de programas, para la difusión de los cuales, claro está, se asegura contractualmente un amplio derecho de uso de los espacios en la matriz de programación de los canales objeto de concesión o permiso.

En este país tenemos un sistema mixto: inauténtico, porque no hay equilibrio real entre el modelo complementario y el competitivo, y porque el primero (el estatal complementario) está minado por un obcecado culto al esquema comercial. En cuanto al uso, la inconsistencia del servicio estatal y la desventaja numérica —dos canales estatales contra cuatro canales privados (RCTV, Venevisión, Televen y pronto Omnivisión)—muestran el predominio total del modelo competitivo comercial. Ratelve mismo, como proposición, fue un primer ensayo de reforma; es menester ahora revivirlo y revisarlo.

***El Nacional*, 31 de julio de 1988**

Poesía y muerte

Hanni Ossott

Así nuestro corazón, a lo fugaz y a lo
que mana, a la vida está leal y
fraternalmente entregado, no a lo sólido,
a lo que es capaz de duración.
—Hermann Hesse («Escrito en la arena»)

Una de las rocas sobre las que se asienta la poesía es el sentido de la muerte. La conciencia de la muerte fundamenta a la poesía. No solo la muerte física, sino la psíquica. Ese aprender a perder suave o bruscamente con el vivir. Por ello en la poesía rara vez se habla de éxitos y sí de precariedad, de pobreza.

La dicha no parece ser el ámbito propicio del poeta. El único poeta feliz que he conocido es Whitman y percibo en sus profundidades una suerte de esfuerzo por conquistar la alegría:

Me celebro y me canto a mí mismo
y lo que yo diga ahora de mí, lo digo de ti,
porque lo que yo tengo lo tienes tú
y cada átomo de mi cuerpo es tuyo también.

Es bello lo que dice Whitman. Pero no creo que ningún ser humano pueda celebrarse ni pensar que lo que él tenga lo tienen los demás. Los poetas no celebran en modo alguno. La disolución, lo efímero les concierne. Si pudiese caracterizar al poeta diría que es el hombre que anda en muletas, muletas del alma. Él sabe que no puede hacer gracias, sus bromas son malas, porque desde el fondo asciende la distancia y la mirada. Ese saber instalarse frente a lo raro del existir. Porque la existencia, vista tanto de cerca como de lejos, es absolutamente incomprensible y la vivimos porque no podemos hacer otra cosa. Ella es un fenómeno. Una rareza. Desde la palabra y el lenguaje hasta el beso. Y encima de todo la muerte. Lo que nos separa. Pero ella también es irreal. Hermann Hesse, en su poema «Escrito en la arena», dice:

No, parece que lo íntimamente bello,
lo amable, parece inclinado
a la destrucción, cerca siempre de la muerte.

Hesse dice que no hay permanencia. Schopenhauer lo dice a gritos porque es enfático. Habla de una fuerza violenta en el construir y en el destruir. Rilke pide una palabra pura, angélica, exenta del rápido confluir de la existencia. En Nietzsche la carne se pudre entre la exaltación.

Sí, hay temor. El poeta está cerca de la muerte. Ha aprendido de ella y le otorga su voz. Eso lo espera de los otros. Pareciera que fuese un histérico, un temeroso. Y no importa que lo sea. Con filigranas teje su propio sudario y el sudario de los hombres: la pasión por la vida, lo incomprensible. «Estirpe de un solo día» dijo el griego. Y el hombre se resiste a ser menos que un cerdo. Por eso la edificación y la mentira. La desmesurada arquitectura de edificios verbales.

Frente a ello el poeta es el atento. Lo hermoso y lo hechicero son solo hálito y tormenta, dice Hesse. El bello vestido guardado en naftalina, una memoria... Y para la memoria siempre habrá una palabra.

No creo en la separación. El olor del tabaco de mi abuelo recorre mi estudio. Veo las manos de mi padre. Se dibuja en mi mente un traje de gasas. Con ellos construyo mis poemas y edificio. Llevo raras lentejuelas pegadas a mi piel. Ellas cantan de la melancolía. Otros hombres me hablan también de ellas y los comprendo. Somos solidarios. Lejos, lejos un horizonte y nuestro silencio. Hemos andado en el mar. Las muletas están allí, y nuestra melancolía. Hemos aprendido para la espera desde el asombro. La pregunta inicial ya no tiene respuesta. La muerte es quizás un himno.

Canción de la muerte
Canta la canción de la muerte, ¡oh cántala!
Porque sin la canción de la muerte, la canción de la vida se
vuelve sin sentido y necia (...).
—D. H. Lawrence

***El Nacional*, 31 de julio de 1988**

Belleza... santa perra

Leonardo Padrón

Nuestro país tiene pésima memoria. Se ha dicho bastante. Pero además tiene ojos pobremente injustos, ojos elementales que solo descubren la importancia obvia o circunstancial, el paisaje evidente o utilitario. En nuestro abanico de valores inconsistente y caprichoso los verdaderos espíritus de este país solo se dejan entrever en el momento de su muerte. Entonces la nación se azora, sufre dolores de estómago allí donde anida la culpa y todos los que pueden escriben estatuas, reseñas de mármol, sonidos roncos y tardíos, los estertores de siempre. Se ha dicho bastante. No hay caso. El subtexto de lo que somos se ha extraviado.

Quisiera lograr en las próximas líneas la razón de un homenaje, Así, sin motivo aparente. Quisiera, incluso, reiterarme. Mis amigos lo notarán. Porque se trata de hablar sobre un poeta cuya obra ha sido siempre una valija de alucinado para mis pasos. Desde el momento que encontré los primeros poemas de Juan Sánchez Peláez entendí que estaba ante una poética de especial factura. Eran apenas tres o cuatro poemas colocados a hurtadillas en una edición especial de *El Nacional*, tres o cuatro poemas perdidos en una madeja de páginas. Pasaron los días y me quedó su vino, resonando, largo. Tiempo después, en una conversación de varios, Armando Rojas Guardia leyó un poema de Sánchez Peláez que lo había golpeado hondamente. Un poema que, en un momento de su vida, lo salvó. Nuevamente sentí un gozo estético memorable. Y algo más, la sensación de una cuchillada existencial, un discurso donde asirme y explicarme. Luego vendría la lectura de cada uno de sus libros. Una poesía de feroz belleza se me había revelado, un instante de perfecta imaginería. Más tarde le dedicaría mi trabajo de grado en la universidad. Era la mejor forma de perseguir el rastro de una obra que me había electrizado estéticamente. Y así, a fuerza de destino, lo conocí personalmente. Me convertí en uno de esos privilegiados que posee el momento de Juan Sánchez Peláez, encogido sobre sí, transido por el desasosiego humano, diciendo una de

«Entonces la nación se azora, sufre dolores de estómago allí donde anida la culpa y todos los que pueden escriben estatuas, reseñas de mármol, sonidos roncos y tardíos, los esterto-res de siempre». *Leonardo Padrón*

sus páginas en un inmóvil jardín de Altamira, donde los mangos caen con cada gesto de lo oscuro, donde se escucha el sonido de un río, y no hay río aparente, donde la gran reina de su vigilia, Malena, lo atiende para siempre, seducida por la palabra de este orfebre exquisito.

A Juan Sánchez Peláez le sufren los ojos cuando lee alguno de sus poemas. Y uno, tan de esta generación, siente que está ante una figura que ya ha deslumbrado a varias generaciones desde que en 1951 apareciera ese fulgor llamado *Elena y los elementos*. No es difícil advertir el asombro que vivió el país literario ante la publicación de este libro. Todos coincidieron en que ese libro era la llave de entrada de la poesía venezolana a la modernidad.

El pequeño dios que nombra Huidobro allí está. Un pequeño dios atormentado porque acaba de leer un pedazo, un leve jirón de sus palabras. Y a pesar de todo, en los salones de universidad donde se estudia a nuestros autores no se conoce su nombre ni su obra. Y a pesar de tanto —del Premio Nacional de Literatura, del reconocimiento internacional (Octavio Paz lo cita como «un poeta vigoroso y original», Álvaro Mutis le aplaude su esplendor, Humberto Díaz Casanueva celebra uno a uno sus libros, Enrique Molina o Julio Ortega lo colocan en cada antología de poesía

latinoamericana)—, hay editoriales del Estado que piden informes para saber si «ese señor» tiene méritos suficientes para decidir sobre lo que es buena o mala poesía. Ajeno a estas torpezas patrias, Juan Sánchez Peláez escancia en sus ojos el sonido luminoso de un nuevo poema. Mientras tanto, el país sigue, pasando siempre por el lado, rozando la verdad, pero solo rozándola, mediocremente.

Un poema de Juan Sánchez Peláez

VII
Yo voy a cerrar con una piedra
tus arcanos y colibríes y a ponerlos en la misma
puerta
yo los voy a cerrar con una piedra
porque están presentes esta noche y hacen
ruido
porque también duermen en algún regazo de
mis tardes y ponientes
porque también soñaron y actuaron en el nombre de todos
nosotros
los años que se agrupan y caracolean
y los días que están presentes esta noche
y hacen ruido y jamás permanecen inmóviles

***El Nacional*, 27 de noviembre de 1988**

Un empresariado desinformado

Emeterio Gómez

Humberto Celli dijo en estos días una verdad preocupante, que, como tantas otras en esta Venezuela impasible, no provocó la más mínima reacción o escozor. Dijo el doctor Celli algo muy grave; más grave que aquello de que, a dos días de encargarse del Gobierno uno de sus máximos dirigentes, el partido del pueblo «no sabía absolutamente nada» de un paquete económico que sería dolorosísimo para el país; más gravé aún que la afirmación de que AD sería «solidaria pero no sumisa al Gobierno», es decir, que el partido gobernante se reservaba la posibilidad de pasar a la oposición, ¡inmediatamente! Lo realmente grave, entre las muchas cosas serias que dijo Celli, fue que Acción Democrática estaba completamente indefensa ante el paquete económico de CAP, sencillamente porque no tenía economistas para analizar ni estas ni ninguna de las medidas que, periódicamente, el Gobierno somete a la consideración del CEN. Para beneplácito del gremio, el dirigente adeco prometió que contrataría asesores económicos.

Pero ocurre que no solo el CEN de AD, sino también algunos otros sectores del país están, ante el equipo económico del presidente Pérez, exactamente en las mismas condiciones, aunque no todo el mundo tenga la refrescante y —al mismo tiempo— lacerante franqueza de Humberto Celli. El empresariado está totalmente indefenso ante el paquete y junto con él lo está también buena parte de la intelectualidad tradicional, altos magistrados, legisladores respetables y aun el propio ministro de Relaciones Exteriores. Cada vez es más frecuente ver y oír en la tele expresiones tan ingenuas como «las medidas son muy dolorosas pero son necesarias», «es que tuvimos muchos años de derroche y ahora debemos pagar las consecuencias», «o se toman todas de una sola vez o fracasamos», «lo peor será dar marcha atrás», etcétera.

Todo el mundo afirma que las medidas son necesarias pero nadie, excluyendo por supuesto a los detractores, se pregunta si son adecuadas;

a ninguno de los acríticos defensores se le ha ocurrido preguntarse si no iremos a pagar este año un costo muy alto, para tener que implementar después un verdadero programa de *shock*, más costoso. Y es indudable que en particular el empresariado se ha dejado encandilar por la noble intención, esfuerzos honestos y buena fe de CAP y su equipo.

Estando así las cosas, se está produciendo, además, una circunstancia muy simpática, pues con todo lo que está pasando en los últimos días, es de suponer que dicha obnubilación se acentuará. Con este lío de las cartas de crédito, con la CTV, el MAS y la propia AD lanzados contra el paquete, y con Copei al borde de cometer una irresponsabilidad memorable —impulsar demagógicamente un aumento general de salarios, después de que tanto se habló de la «economía de mercado»—, con todo ello, decimos, será muy fácil que los empresarios pierdan definitivamente cualquier posibilidad de evaluar la lógica interna del paquete. Porque será inevitable, para ellos, pensar que se fracasó no por deficiencias intrínsecas, sino por demagogia de la oposición. En última instancia, allí estaremos siempre «los políticos» para cargar con la culpa.

En dos meses ya nadie se preguntará cómo íbamos a parar la inflación con un tipo de cambio unificado subvaluado, sin que por otro lado se estuviese aplicando rigurosamente un ajuste microeconómico, ni un esquema de ventajas comparativas, del cual no solo el Gobierno sino también el empresariado se olvidó por completo, o cómo el gabinete de Pérez, en un error de la más elemental macroeconomía —posterior a la quiebra del keynesianismo—, cree que la inflación depende del déficit fiscal y en consecuencia, mientras tengamos ingresos provenientes, por si fuera poco, de las utilidades cambiarias, podemos expandir cuanto queramos el gasto público.

Humberto Celli y el empresariado venezolano están indefensos ante el gabinete económico porque, al igual que este, y por pedagógico que parezca, al igual que Friedman y el monetarismo primitivo de finales de los sesenta, creen que en una economía cuya demanda real y cuyos costos crecen en forma vertiginosa, la oferta monetaria la determina el Banco Central.

***El Diario de Caracas*, 16 de febrero de 1989**

Condenado a muerte

Aníbal Romero

Uno de los episodios más patéticos, vergonzosos y repudiables acaecidos recientemente en la escena internacional es el relativo a la «condena a muerte» proferida y ordenada por el líder iraní Ayatolah Jomeini contra el escritor británico (de origen hindú) Salman Rushdie, a raíz de la publicación de su novela *Los versos satánicos*.

El asunto tiene diversos aspectos de interés que merecen ser comentados. Sin duda alguna, el más relevante tiene que ver con el hecho insólito de que a estas alturas del llamado «progreso civilizatorio» y cuando existe todo un aparataje internacional denominado Organización de Naciones Unidas, que presumiblemente tiene entre sus prioridades la defensa de los derechos humanos, a un líder político religioso se le ocurra intentar disponer de la vida de un ser humano de esa manera. Si la ONU sirviese para algo, ya debía como mínimo haber expulsado a Irán y someter al Ayatolah a algún tipo de sanción moral. Resulta realmente penoso que algo semejante esté ocurriendo sin que la ONU siquiera intente pronunciarse con la urgencia y contundencia del caso, pero en fin, esto solo confirma lo que ya sabíamos, que la ONU es un armatoste inservible.

Otro ángulo no menos sorprendente se refiere a la gran soberbia y carencia de sentido de las proporciones por parte del líder iraní, que se atribuye la potestad de lanzar públicamente y a nivel mundial escuadrones de asesinos a la caza de un individuo por escribir un libro que no es de su agrado. Desde luego, el imán Jomeini tiene ya varios años enviando a centenares de miles de personas a la muerte en función del fanatismo religioso, pero el caso Rushdie pone de manifiesto con especial claridad la profunda crueldad, inhumanidad, violencia y propensión terrorista de las ideas y emociones del líder iraní.

En tercer lugar, interesa destacar el fanatismo casi siempre implícito en las religiones, con variaciones según el caso y momento histórico.

Ciertamente, el imán Jomeini encabeza una versión especialmente radicalizada del islamismo. Para fortuna de los adherentes a esta religión, algunas voces se han alzado, desde dentro de la fe islámica, para protestar contra la acción del imán iraní y para sostener que «en el Islam no hay tradición de matar a la gente sin juicio». Según este mismo intérprete de la teología islámica, «la ley islámica insiste en que las personas acusadas de ofensas capitales de asesinato y herejía sean juzgadas y confiesen su culpa antes de ser ejecutadas». Al menos alguien se ha atrevido a salirle al paso a la soberbia en la condena a muerte de Rushdie por parte de Jomeini.

En un mundo diferente, e imaginarlo es desde luego utópico, la acción de Jomeini debería conducir a consecuencias muy severas para Irán y su principal líder. Es intolerable que se admita una situación de esta naturaleza sin que la comunidad internacional haga nada en concreto para contrarrestarla. Desconozco los contenidos del libro de Rushdie y deploro que los mismos puedan ofender los sentimientos de personas sinceramente creyentes en el campo del islamismo. Sin embargo, sean los que sean los planteamientos de *Los versos satánicos*, hay que defender el derecho de su autor a exponer sus ideas libremente. Lo contrario es inquisición y totalitarismo. ¿Cuál sería —preguntémonos nuestra reacción— si el papa hubiese condenado a muerte al director de la película *La última tentación de Cristo*? ¿No nos habría acaso parecido una locura? Entre gente civilizada, no obstante, si la película resulta ofensiva, lo que se hace es no ir al cine a verla, algo bastante diferente a desatar la ira de miles de potenciales asesinos contra sus productores.

***Últimas Noticias*, 26 de febrero de 1989**

Legislación de emergencia

Jesús María Casal Montbrun

El examen de las encuestas de opinión, como de iniciativas promovidas por preocupados venezolanos, comprueban coincidencias en el diagnóstico y, con algunas diferencias no sustanciales, también en las soluciones. Un esfuerzo sincero por hacer realidad las exigencias de cambio que tiene planteada la mayoría determinante de la nación obligaría a elaborar un programa legislativo que es posible aprobar a corto plazo. Es decir, que no se precisa modificar la Constitución para poner en marcha urgentes reclamos. Veamos:

La búsqueda de mayor legitimidad del sistema político exige suprimir esa contradicción entre partido y sociedad civil, la cual se ha incrementado como consecuencia de la deformación ocurrida en el seno de las organizaciones políticas y la importancia mayor ganada, bajo el auspicio de la ley, por asociaciones defensoras de intereses específicos de las comunidades o grupos sociales intermedios. Creo que la respuesta es sencilla si buscamos como único auxiliar la procura de la autenticidad democrática. Es necesario dar una respuesta global. Sanear los partidos y asegurar la participación de los ciudadanos como protagonistas determinantes del proceso electoral. Democratizar significa introducir modificaciones en la Ley Orgánica del Sufragio y en la de Partidos Políticos y acerca de las cuales puede hablarse de un consenso. Corresponde al Congreso elaborar este programa legislativo sencillo y de fácil sanción para evitar que pueda convertirse, lo que parece entendimiento, en sospechoso ardid que aumentaría la incredulidad en el establecimiento. He advertido en más de una ocasión no solo acerca de este manifiesto peligro, sino además que en ocasiones observo cómo cachicamo trabaja para lapa.

En el área de la justicia hay evidentes fallas que pueden ser subsanadas si se tiene el guáramo para aplicar las leyes existentes y aprobar proyectos concretos que están en poder de los congresistas. Otras deficiencias de la justicia exigen, más que legislación, un entendimiento

nacional para superarlas, pues se trata de problemas que atañen a una crisis de mayor envergadura, como lo es la ética. Desde luego, y sin pecar de incauto, creo que existen condiciones para producir resultados satisfactorios. Pero hay que proponerse con seriedad concluir lo que hasta ahora es una carta de buenas intenciones.

El problema que más inquieta y provoca impaciencia es el de la corrupción. Sobre él he escrito repetidas veces en lo que atañe a su explicación y la necesidad de ser inflexible en la aplicación del poder sancionador en conformidad con el derecho.

En lo atinente a una posible solución a través de una acción legislativa, creo que lo posible e importante es cercar a los corruptos y detener la extensión del mal. Para ello, a la vista están iniciativas ya concluidas como propuestas ciertas. La Ley de Licitaciones, la descentralización, la reforma a la Ley Orgánica de Salvaguarda del Patrimonio Público, son ejemplos de un esfuerzo correctivo. El proceso de privatización, si se realiza con transparencia y se limita a aquellas empresas que por su naturaleza no requieren estar en manos del Estado, pudiera ser la puntilla definitiva, porque de todos es conocido cómo estos entes públicos, en especial los crediticios, solo han servido para fomentar el clientelismo político y la improductividad del sector privado.

Como podrá observarse, existe un camino legislativo abierto para que los buenos propósitos no se vean frustrados y queden sin argumentos los defensores de privilegios, porque la Constitución, en modo alguno, constituye un obstáculo para darles vida normativa a estos propósitos de enmienda. Es posible que en la organización de los poderes públicos, no solo en el Ejecutivo, se requiera de enmiendas y hasta de reformas para consagrarlas. En el próximo artículo me referiré a ellas. En este mi propósito ha sido solo el demostrar cómo es factible aprobar un programa legislativo cuya urgencia no nace en laboratorios intelectuales y sí más en constatables exigencias del ciudadano.

***El Universal*, 24 de septiembre de 1989**

La bomba social

Federico Álvarez

Mientras los voceros del Gobierno despiden el año con una siembra de ilusiones, crece en el ánimo público la sensación de que se acercan tiempos de tormentas. La referencia a la bomba social es ya frecuente en la conversación diaria y en los análisis de perspectivas. Las fuentes del temor están cuantificadas en los índices de pobreza crítica, marginalidad y, sobre todo, en las abismales desigualdades que dan pie para que se hable de la existencia de dos países extraños y hasta hostiles entre sí.

Desde las zonas industriales emanan rumores difusos acerca de despidos masivos de trabajadores, aun antes de que entre en vigencia la controversial Ley Orgánica del Trabajo. Corre insidiosa la especie de que la privatización incrementará la tendencia a la renovación tecnológica y, como resultado de eso, mayor cesantía. Se insiste en recalcar la orientación hacia la consolidación de grandes grupos económicos, con tamaño y poderío suficiente para enfrentar la competencia de las transnacionales, con la consiguiente desaparición de las empresas medianas y pequeñas, que son las que generan más empleos.

Con el horizonte oscurecido por estos elementos, en nada contribuyen los éxitos macroeconómicos a disminuir las angustias de las minorías. Esos son datos históricos, lejanos, en contraste con la contundencia de la escasez de alimentos, de los precios, de la imposibilidad de ganar lo suficiente para mantener el nivel de vida que se alcanzó en el pasado inmediato. La comprobación de tales carencias torna más irritable la desigualdad entre las mayorías y los privilegiados. Así, mientras se acentúa la rigidez frente a las demandas de aumentos salariales de los trabajadores, parlamentarios y magistrados judiciales se los aumentan «por la libre», sin pensar en la crisis.

El debate sobre políticas sociales, ribeteado con todos los matices de la demagogia, no profundizó en estos aspectos. Sin embargo, en su punto culminante, reveló una verdad inquietante: el «paquete social»

decidirá si el Gobierno de Carlos Andrés Pérez se mantiene en el marco de una democracia de conflicto, como él mismo la definió en su campaña electoral, o si escoge la vía del autoritarismo y la represión sistemática. Poco antes de la Navidad, hubo nuevos conatos de saqueos en barrios populares y era palpable la indignación de la gente en los mercados al verificar la escasez y la especulación.

El gobernador del Distrito Federal habló con absoluta claridad: el Ejecutivo dispone de los recursos represivos necesarios para sofocar cualquier intento de disturbio. En otras palabras, el Gobierno está consciente de la posibilidad de otros estallidos. No habrá sorpresas, como ocurrió el 27 de febrero de 1989, ni tampoco habrá vacilaciones. La estrategia del «paquete social» compromete por igual a los socios del Pacto de Puntofijo, aunque conviene tener presente que ya no existen los viejos entusiasmos democráticos de antaño.

Una prueba muy significativa la está proporcionando Acción Democrática, al exigir el control de las políticas sociales. Lo que reclama, en realidad, es el dominio sobre el clientelismo político, su base de que ha sido sustentación durante años. Si esa perversión se produce, agrega más combustible a la bomba social.

***El Diario de Caracas*, 30 de diciembre de 1990**

El caso Blanca Ibáñez

Alberto Arteaga Sánchez

Digno de ser estudiado por psicólogos, sociólogos y politólogos es el caso Blanca Ibáñez, mujer escogida como blanco de los más enconados ataques por los males del Gobierno anterior, condenada por corrupción en la totalidad de las instancias políticas y de opinión, sancionada moralmente por su conducta, degradada académicamente y condenada al exilio, al parecer, por un período aún no determinado.

Sería de sumo interés conocer exactamente la naturaleza y la gravedad de sus acciones, ya que el castigo pareciera haber excedido los límites usuales entre nosotros, sin que nadie, ni las personas que se beneficiaron con sus favores, ni los movimientos que suelen hacer causa común con las víctimas mujeres, hayan levantado una sola voz de protesta.

Blanca Ibáñez, al parecer, no tiene defensa. Y no voy a ser yo, por otra parte, quien la asuma, ya que no se me ha solicitado ni tengo vinculación alguna personal con ella ni con sus compañeros, amigos o allegados. Pero, realmente, considero que su caso es excepcional, y que no decir lo que uno piensa es hacerle el juego al miedo y al chantaje.

De una parte, cabe preguntar: ¿Cuáles son los delitos de los que se le acusa? ¿Han sido demostrados? ¿Basta con afirmar que repartió favores desde el Palacio a quienes lo solicitaron o a sus amigos y allegados? ¿Acaso no lo hacen todos los que llegan a determinadas posiciones y por ello escalan puestos y consiguen empleos, prebendas, beneficios y cargos públicos? ¿Basta con afirmar que su mayor culpa radica en su relación con el jefe del Estado y su intromisión en los asuntos de la política y del Gobierno? ¿Acaso eso no ha sucedido en otros casos en forma velada y no pública? ¿Por qué no se condena siempre a quienes así actúan o a quienes así han actuado en el pasado, quedando simplemente como anécdota histórica de la picaresca de otros regímenes?

Personalmente, estoy en desacuerdo y censuro el tráfico de influencias, mezclar la vida privada con los asuntos del Estado, repartir favores

a los amigos, destruir el vínculo matrimonial... pero, me pregunto: ¿esto no sucede a diario?, ¿no ha sucedido antes?, ¿por qué, entonces, en este caso el escándalo sin límites, el fariseísmo, el rasgarse las vestiduras y lanzarle todas las piedras en la plaza pública para aniquilar sin detenernos a pensar, reflexionar y ser más objetivos?

Y una cosa muy importante: ¿dónde están los amigos y beneficiarios de atenciones y favores? No me refiero a los que se pudieron aprovechar ilícitamente de la relación, sino a los que derivaron lícitos beneficios que corresponde otorgarlos a quienes detentan el poder.

Recuerdo, en mi experiencia personal, que en esa época, por problemas universitarios, en una oportunidad, el rector de ese entonces se comunicaba frente a nosotros con la secretaria privada del presidente, en conversación de confianza, para obtener informaciones y buenos oficios en la gestión de asuntos presupuestarios. Y esa misma autoridad, en otro momento, me planteó el interés de la funcionaria en cuestión —por lo demás muy legitimada por realizar estudios de posgrado—, sin el aval del intermediario. Y esto no parecía censurable en modo alguno.

Considero lamentable el tratamiento del caso Ibáñez en la comedia política venezolana. Por otra parte, porque pone de relieve la inconsecuencia y la hipocresía ligada al poder y, lo que es muy importante, el drama de quienes acceden a cargos públicos, y la miseria humana que se aprovecha de los jerarcas circunstanciales que sucumben por inexperiencia, mala fe, o, a veces, por ingenuidad, en las redes del intrincado.

El Diario de Caracas, 30 de diciembre de 1990

De cómo hacer para que la literatura ya ni repugne

José Ignacio Cabrujas

Como quien dice, de un plumazo y sin mayor temblor de pulso, la literatura universal en pleno, desde Homero hasta Moreno Durán, es decir, la Literatura, acaba de ser eliminada de los estudios de bachillerato en Venezuela. Se trata de un acontecimiento formidable y sin precedentes conocidos prácticamente desde el año de 1624, cuando el cardenal Richelieu, en nombre del rey Luis XIII, estableció lo que bien podría llamarse el primer pénsum de educación media en Occidente, exigiéndose allí el estudio sistematizado de la Física, de la Matemática, de la Teología, de la Filosofía y de la Literatura, a fin de que el joven francés no pasase tanto por idiota y pudiese entender el mundo con relativa decencia y menos pena. Desde ese espléndido momento hasta la administración de Roosen, al norte de Suramérica, la gente había estudiado Literatura en el bachillerato como un acto normal y hasta cotidiano, sobre el cual no era necesario profundizar demasiado ni hacerse muchas preguntas. ¿Por qué leer Dostoyevski? Hijo, por nada. Por vainas. ¿Por qué poner cara de iluminado después de recorrer un soneto de Quevedo? Por menos. Por pendejadas de la gente. Si a ver vamos, la poesía, la dramaturgia o la narrativa son tan inútiles como la geografía o el álgebra, puesto que usted puede pasarse la vida entera y llegar a ser alguien como Orlando Castro, por ejemplo, sin saber necesariamente que Ámsterdam es la capital de Holanda. La literatura se estudia, a manera de decencia, como la *Séptima sinfonía* de Beethoven, que la oyes y no te regalan queso. Puedes vivir ochenta y seis años, que es una edad razonable, comiendo espaguetis al pesto o mero en brasas, sin haber oído la *Séptima sinfonía* de Beethoven. Puedes haberte hecho rico, bien casado, buen padre, hombre próspero y hasta notable, pero, muchacho, no sabes de lo que te perdiste por tapón

y por ignorante. No sabes qué maravilla, qué clase de portento era la *Séptima sinfonía* de Beethoven, aparte de no servir para nada.

Desde luego, el Ministerio de Educación exceptúa de esta veda el estudio del chicano funcional, que en este caso debería llamarse español, puesto que sirve para escribir cosas como de usted, atentamente o por medio de la presente, procedemos a informarles, y la Literatura Venezolana, siempre y cuando no aparezca en ella algún cucuteño extraviado u otra duda fronteriza. Aquí, por el contrario, proclaman nuestros jefes civiles que la nacional, incluido el poeta Medina, continuará estudiándose desde Juan de Castellanos hasta Denzil Romero con entusiasmo y como si no hubiera pasado nada. El emblema es «lo nuestro primero», así que menos *Mio Cid* y menos monsergas, incluido el *Quijote*, y más Pajarote, que es lo que nos concierne. Lástima que no se pueda decir lo mismo de las Matemáticas, que tienen la maldita costumbre de ser extranjeras, aunque, si a ver vamos, yo conozco a un pulpero en Lecherías que suma un kilo de pimentón y una latica de pepitona con palitos de caujaro macho de acuerdo a un sistema originalísimo, mediante el cual nuestro hombre coloca en el mostrador tantos palitos de caujaro macho como bolívares indique el PVP y al final cuenta los palitos: cuarenta y ocho palitos de caujaro macho, igual a cuarenta y ocho bolívares, y en caso de fracción, pues se quiebra un palito y asunto concluido. Si la Comisión de Reforma Educativa se anima, podríamos enseñarles a los muchachos esta novedosísima técnica y dejar de importar calculadoras Casio, que tan poco hacen por nuestra identidad. Lo mismo podría decirse de la Química, que a mí toda la vida me ha parecido una ciencia alemana. En lugar de cloruros, podrá mi hijo Diego estudiar las recetas de don Jacinto Tarazona, el propietario de la Farmacia del Corazón de Jesús en El Tocuyo, que en materia de machacar sustancias en un mortero era una verdadera maravilla porque todo le quedaba de polvito.

Se exalta pues lo nacional y en lo sucesivo nuestros jóvenes oirán hablar en las aulas solamente de Rufino Blanco Fombona o de *La casita blanca*, de Cecilio Acosta, e invertirán largas horas en la apasionante tarea de encontrarle los polisíndeton a la *Silva criolla* del portentoso Lazo Martí. Las autoridades didácticas han decidido, como puede verse, que nos quedemos en casa y que lo nuestro no solo es primero, sino incluso único.

Se parece este colosal disparate a aquella simpática ocurrencia del Ministerio de Educación durante la administración (*per quasi dire*) del presidente Herrera Campíns y que consistía en reducir los estudios de

Historia de Venezuela a un ámbito regional y prácticamente privado, según el cual un estudiante del estado Trujillo debía interesarse tan solo por lo que un estudiante trujillano podía decir:

—Bueno, aquí se firmó el Decreto de Guerra a Muerte, pero después Bolívar se fue pa' Caracas y ahí sí no me pregunte, porque la próxima vez supimos de él fue cuando el abuelo del actual ministro de Cultura dijo en Boconó que él y que lo había visto más o menos por allá, por una vaina que mientan Carabobo y que queda lejazo.

—Pero, muchacho, ¿tú no sabes que después hubo la Independencia?

—Ah, bueno, eso sí. Pero aquí la Independencia vino llegando cuando el doctor Velásquez le dijo a monseñor Fortunio: «Monseñor, no hay que seguir llamando guindillas a los ajíes porque ya los españoles se fueron».

La regionalización, como centro del conocimiento, no es precisamente un logro educativo, sobre todo desde que se inventó el telégrafo. Si algo nos define a los venezolanos como nación es precisamente nuestra condición de extranjeros permanentes, la capacidad de usar sillas danesas o agua de colonia 4711, o aceitunas sevillanas, prácticamente como productos folklóricos. En eso nos parecemos, probablemente, a una buena parte del mundo, a pesar del empeño que se pone en reducirnos. Hay personas interesadas en recogernos, en fijarnos límites, en nacionalizarnos e insertarnos en novecientos doce mil kilómetros cuadrados, personas que necesitan, quién sabe por qué aberración, separar a Andrés Bello, por hablar de un mamotreto, de los libros que leía Andrés Bello y que no eran precisamente las décimas del Indio Guayabín. ¿Qué estudios podía hacer Andrés Bello en la Caracas de 1790 a la hora de pretenderse como un ciudadano del mundo? ¿Existía en ese momento una literatura que pudiese llamarse nacional o incluso regional? ¿Habían dejado los caribes o los otomacos alguna saga o algún libraco épico capaz de caracterizar el territorio? Obviamente, no. El señor Bello iba a la Librería Suma a adquirir su literatura, desde ese momento y para siempre suya. No saltaba entre piedras para descubrir letras talladas, no se sentaba al borde de una hoguera con la intención de escuchar un relato piaroa. El señor Bello leía a Victor Hugo o a Virgilio, como gente de su raza, como escritores de su entorno y en la práctica como consecuencia de su vida. Esa, y no otra, es la verdadera literatura nacional y la verdadera música nacional, la verdadera arquitectura nacional y la verdadera pintura nacional. Quien escribe esto leyó adolescente y bajo el depósito de agua de la quinta San Francisco, en la calle Argentina, subiendito hacia la avenida Atlántico, *Los*

miserables, de Victor Hugo, y de inmediato, no por excepcional, sino por corriente, lo relacionó con la avenida España de Catia, que pasaba en su vida, con la gente que conocía, con las expectativas que lo abrumaban. ¿Quién pensaba en París? ¿Cuándo Dostoyevski dejó de ser nacional y del ancestro? ¿Quién me sedujo, si no él? ¿Quién me explicó a mi papá, sino el señor Karamazov? Distinguir entre una literatura nacional y una literatura del mundo es una solemne idiotez. Nada es nacional en esta parte del mundo como no sea la referencia de un punto de anís en las empanadas o un chorrito de vino La Sagrada Familia en la olleta, o la bien amada Maizina Americana, que aun así se distingue por un águila y no por un tordito sabanero. Crearles a nuestros jóvenes un muro, y en ese caso una desidia ante lo que les pertenece por historia y por derecho, es una profunda estupidez.

Todavía hay quien asegura en Venezuela que nuestros músicos, a la hora de salir del territorio, no deben tocarles la *Quinta sinfonía* de Beethoven a los alemanes ni los madrigales de Monteverdi a los florentinos. Se pretende así restar legitimidad a lo que hemos vivido como historia, puesto que Beethoven o Monteverdi son tan auténticos, tan vernáculos y nacionales, y tienen tanto que decirnos como el maestro Cayetano Carreño, que nació en Salzburgo de milagro, pero que podría haber ejecutado, de lo más olímpico, cualquiera de sus motetes en la corte de José II sin pasar mayor vergüenza. Cuando un grupo de músicos venezolanos interpreta en Berlín un resultado de la *Quinta sinfonía* no hace más que ejercer un derecho y asumir una pertenencia. ¿O es que nos expulsaron del mundo?

Horrible que el Ministerio de Educación pretenda reducirnos a la esquina de San Jacinto. Se dirá, desde luego, que la eliminación de los estudios de Literatura no es una prohibición y que nuestros jóvenes pueden leer en sus ratos de ocio. Pero lo mismo podría decirse de los estudios de Química o de Historia. Si la cuestión es irnos a lo privado, al tiempo libre, también podríamos eliminar el bachillerato y, por cierto, no creo que pasaría gran cosa.

Cuidado si salimos ganando.

Pero esto de haberle quitado la ciudadanía a mi compatriota Dostoyevski seguirá siendo una atrocidad.

Propongo un desagravio en Barinitas.

***El Diario de Caracas*, 25 de agosto de 1991**

Vicios privados, virtudes públicas

Colette Capriles

El profesor seguía declarando que la dificultad técnica para eliminar el hábito de fumar radicaba en que el cigarrillo opera, a la vez, como un reforzador positivo y como un reforzador negativo, es decir, se fuma cuando se está contento y cuando se está angustiado, para celebrar y para evadir, para obtener placer y para evitar el displacer; esta multiplicidad de sentidos del fumar resulta demasiado compleja para el ascetismo skinneriano. La paradoja me encantó. El cigarro adquirió de pronto el estatuto de un desafío epistemológico, de un delicioso misterio, y yo seguí fumando.

Pero ahora resulta que el fumar ha sido colocado en un escenario en el que se está representando un drama muy distinto: el de una sociedad que está redefiniendo el uso de los placeres. Una sociedad que está tratando de regular el espacio público del placer y que está intentando dibujar una nueva ética: una ética de la salud o, como dijo Hernández Montoya hace pocos días, una ética de la salvación laica.

No solo es la conducta de fumar la que es objeto de una serie de restricciones que, precisamente, intentan regularla en términos espaciales —definiendo lugares permitidos y prohibidos—, sino que el sujeto mismo, el fumador, aparece ahora como un ser problemático: como parte de una minoría anómala que se niega a someterse al —llamémosle así— paradigma salutífero, a esa nueva moral que ya no se encarga de ayudarnos con nuestra alma, sino que se dirige a reglamentarnos el cuerpo.

Por un lado, entonces, se está produciendo una privatización del uso de los placeres —que ya no se pueden disfrutar en público—; por otro lado, el espacio interior (se le puede llamar alma, o subjetividad, o algo así) en el que hasta hace poco operaba la ética está dejando de existir: ahora tenemos solo cuerpos, cuerpos sometidos al imperativo de la salud. Y esta nueva ética sigue de cerca, fijémonos bien, al «avance» científico: la medicina vuelve a dictaminar sobre lo que debe y no debe hacerse.

Muchos filósofos habían soñado con diseñar un sistema ético que se fundamentara no en opiniones discutibles sino en certezas inamovibles; nuestra época cree haber hecho realidad este sueño, encontrando en el saber médico las verdades que nos hacen falta para definir lo bueno y lo malo, lo prohibido y lo permitido.

Se entiende que en una época en la que lo ideológico se está diluyendo (es decir, donde las palabras han perdido significado), lo importante no es lo que piensen los individuos, sino cómo se comportan. La cohesión social comienza a definirse a partir de la uniformización de las conductas privadas de los individuos, las cuales, a consecuencia de la progresiva desaparición del límite entre lo público y lo privado, serán cada vez más objetos «sociales», objetos de control colectivo. Sufrimos ya compulsiones más o menos fuertes con relación a la «salud reproductiva», a la «sana alimentación» o a lograr intestinos dóciles.

Creo que fue Fernando Savater quien dijo que el fascismo, contrariamente a lo que se entiende comúnmente, no consiste en prohibir que la gente haga cosas, sino en obligarla a hacer ciertas cosas.

Yo, por mi parte, confieso que seguiré fumando aunque tenga que llevar una estrella de David en el brazo.

Domingo Hoy, **31 de mayo de 1992**

El día que fusilaron a la paella

Juan Nuño

La santa costumbre quería que todos los sábados se comiera paella en casa de don Luis, pero no una paella cualquiera, sino la que religiosamente preparaba el propio Buñuel la mañana de ese día. Ya era un rito comer aquella paella para el grupo de amigos de don Luis, la mayoría exiliados españoles y algunos jóvenes seguidores del maestro, como Alcoriza y Margot. El rito también exigía que Buñuel hiciera siempre el mismo comentario adverso acerca de su paella: la del sábado anterior había quedado mejor; siempre otra paella pasada, inolvidable y perfectamente olvidada, otra mítica paella anterior había quedado mejor. Sin embargo, la exigencia fundamental del rito paellero impuesto por Buñuel era que se comiera sin falta a la una de la tarde. La una en punto de la tarde del sábado. Buñuel era un maniático de la puntualidad. Si acaso faltaban cinco minutos para la una y aún no habían llegado todos los invitados, don Luis ya comenzaba a ponerse nervioso, señalando insistentemente el reloj en su muñeca; va a ser la una, tronaba. Dado el terror surrealista que inspiraba don Luis, todo se arreglaba a tiempo: antes de que sonase fatídico el reloj, llegaba el último de los invitados y a comer paella se ha dicho. Así un sábado y otro, sometidos a la dulce tiranía de la puntualidad y el yantar arrocero. Hasta aquel fatídico sábado en que se rompió la tradición.

La una; la una y tres; la una y cinco, la una y diez minutos y nada: aún faltaban varios de los invitados. El ambiente estaba cargado de un silencio opresivo y la atmósfera acumulaba toda la tensión de la espera. Por fin, a la una y veinte, don Luis no aguantó más. Llamó a su mujer con voz de trueno y ordenó que la paella fuera llevada al patio. Allí se trasladaron los que habían llegado a tiempo a la sabatina cita. La infeliz paella, variopinta en su circular geometría, humeante aún de esa última estela blanca, señal de haber logrado el difícil socarrat, último fondo central de la paellera ligeramente quemado como mandan los más exigentes

cánones, reposaba sobre una mesa de pino en el patio, esperando la aprobación del creador. En vez de darle el visto bueno y proceder a echarle la bendición, el creador de la paella se dirigió a un armario especial donde guardaba su colección de armas largas para extraer de allí un hermoso Winchester. A Buñuel le apasionaban las armas de fuego y se jactaba de ser gran *connaisseur* tanto de las carabinas como de las trayectorias de sus disparos. Con el rifle en bandolera, se encaminó al centro del patio, lo cargó, volvió a mirar una última vez el reloj, meneó enfurecido la cabeza, se echó el arma al hombro, apuntó con calma y disparó. Disparó una, dos, tres, cuatro veces contra la desgraciada paella, víctima inocente de su ira y del mortal retraso de los atolondrados invitados.

Allí quedó, al fondo del patio, la paella, llena de plomo en las entrañas. Buñuel se retiró, augusto y ofendido, como el padre de una tragedia griega que ha sacrificado a los dioses, envuelto en una nube de orgullo herido de cocinero ultrajado; los invitados aparecieron cinco minutos después alegando una de esas habituales molestias de tránsito características de toda gran ciudad. Unos y otros quedaron ese sábado sin comer la especialidad de don Luis. Fue el trágico día en que por vez primera en la historia fusilaron a una paella con todos los honores.

***Domingo Hoy*, 31 de mayo de 1992**

Stalin, ¡resucita!

Fausto Masó

Nunca lloraremos lo suficiente la muerte de Stalin, cuyo entierro comenzó un proceso que culmina con Diego Arria, Fujimori, Collor de Mello, Le Pen y Perot. A partir de la muerte del comunismo fueron más interesantes las personalidades de los políticos que sus ideas.

Hay que andar con cuidado al comentar las campañas americanas, en especial esta última. No hace mucho, Pat Buchanan tenía acorralado a George Bush, Jerry Brown acosaba a Bill Clinton, Paul Tsongas emocionaba a los demócratas. Buchanan, Tsongas y Brown pertenecen ya a la historia.

Por fijarse en las encuestas, los principales políticos demócratas no buscaron la candidatura presidencial. ¿Quién le podía ganar a un presidente victorioso en la guerra del Golfo? Bush había dejado atrás el recuerdo de Vietnam y su aceptación era igual al rechazo hacia Carlos Andrés Pérez en Venezuela, rondaba el ochenta o noventa por ciento.

Gente con poco que perder, senadores de estados pequeños como Arkansas, veteranos de Vietnam, políticos excéntricos, buscaron la candidatura demócrata.

Las cosas cambiaron: de pronto los republicanos no son invencibles. La economía caía en una postración de la que no se recuperaba. Un demócrata podía ganar la elección del 92.

Era la gran oportunidad: la carrera se puso emocionante, pero todo el país lamentó que no hubiera grandes figuras compitiendo. No disputaban la presidencia Kennedy y Nixon, ni eran tampoco los buenos tiempos de Cassius Clay. Los electores bostezaban y Perot, un aventurero en el mejor sentido de la palabra, vio las puertas abiertas.

No hay nada en política mejor que una hoja en blanco, una frase vacía, un lugar común, decir «Jaime es como tú» (¿borracho? ¿mujeriego? ¿apasionado de la arepa? ¿amigo de sus amigos?). Eduardo Fernández anunció un programa, Carlos Andrés alzó los brazos en el aire. Jaime dejó atrás a Caldera por millón y medio, con el «Sí» y un «Jaime es como tú».

Sin embargo, Perot tiene un enemigo: la chismosa prensa americana. Hasta ahora todo le había ido bien. Perot le proporcionaba emoción a la campaña, sugería que un millonario le traería prosperidad a un país que admira a los millonarios. Perot afirmaba que acabaría con el déficit del presupuesto de un plumazo. Perot había rescatado con métodos de Rambo a dos de sus ejecutivos en Irán. Perot utilizaba los medios electrónicos espectacularmente: conferencias telefónicas con 60.000 personas a la vez, que oprimiendo un botón respondían preguntas y colocaba pantallas gigantes para estar presente en veinte ciudades al mismo tiempo.

Este curioso millonario ya no es un desconocido: la prensa lo investiga donde duele y el tejado se revela de vidrio. Perot es un déspota en sus empresas, parte de su riqueza proviene de sus contactos oficiales. Perot contraataca recordando los famosos laboratorios sucios del Partido Republicano, famosos por su eficacia: superaron la ventaja de 15 puntos que hace cuatro años le llevaba Dukakis a Bush en dos semanas.

La candidatura de Perot puede darle la victoria a Bush. Perot le quitará más votos a Clinton que a Bush; homosexuales y lesbianas apoyan a Clinton; Quayle invoca los viejos valores tradicionales y ataca al personaje de una madre soltera de la televisión. Hay más votos moralistas en USA que de las minorías y de marginales sexuales. Clinton se diferencia dramáticamente del ala negra extremista, pues busca el voto blanco de los trabajadores y de los estados del sur, los votos que les daban en el pasado la victoria a los demócratas. Con minorías no se ganan elecciones.

Nada es seguro, amigo lector.

Perot no ganará, pero es el signo de los tiempos. Stalin ha muerto hace tiempo. Althusser mató a su mujer de un guamazo, Sartre no controlaba la vejiga, Simone de Beauvoir murió desconsolada. Las ideas han muerto y no nacieron ideas nuevas, para desconsuelo de Fernando Rodríguez.

Los partidos vivían del comunismo. A fines de los años treinta, la Iglesia inventó a los socialcristianos para atajar al maldito Stalin. Los socialdemócratas nacieron de una división del marxismo, eran socialistas aletargados, partidarios de la marcha lentísima hacia el socialismo con el deseo de no llegar nunca a la meta y por el camino meterle mano al presupuesto. El presidente de Estados Unidos era el gran adversario del imperio del mal. Los republicanos eran los anticomunistas más sinceros, los demócratas los anticomunistas inteligentes.

Ese juego terminó. Los partidos deberán cambiar de nombre, de careta, justificación, retórica, como hicieron los liberales y conservadores

del siglo XIX. Han muerto los partidos, ¡vivan los partidos! Por culpa de Gorbachov y de Yeltsin desapareció la base ideológica, la justificación social de los partidos en Occidente. Los partidos están en crisis en todas partes, perdieron su razón de ser. Aparecerá otra paciencia: siempre hay excusas para buscar el poder, el poder es tan sabroso...

En Francia y en Italia surgen ahora movimientos xenófobos, Fujimori gana en Perú, Color de Mello en Brasil. Cualquier cosa puede suceder, ningún millonario aventurero le hubiera disputado la presidencia a Nixon o a Kennedy. No hay ni habrá un Perot venezolano: en el país no gana la presidencia un millonario. Tinoco fue nuestro Perot prematuro. Stalin ha muerto. Héctor Mujica lamenta en el periódico que no exista ni el nombre de la Unión Soviética. A los intelectuales les queda comprometerse con el ministro Abreu, lo hacen con entusiasmo, sin remordimiento y hasta con cierta premura, como si fuera cuestión de ahora o nunca. Ya no hay manifiestos que firmar, compromisos que justificar. ¿Cuántos discos vende Alí Primera? Eudocio Ravines y Martha Harnecker (¿cuál escribía peor?), en los saldos del puente de las Fuerzas Armadas, se dicen uno al otro, mientras se abrazan apasionadamente ensayando mil perversidades: «¡Por fin solos!».

Reagan quedó atrás: ganó la partida, arruinó a Rusia al obligarla a aumentar indefinidamente los gastos militares, pero con la victoria desapareció la necesidad del reaganismo; Bush quedó como un figurín vacío, sin enemigos de talla enfrente. Por estos días, observo también con temor las noticias de Cuba. Puede hasta caer Castro. ¿Y qué hago yo? ¿Dónde me pongo? Perderé mi identidad: seré, en vez de un exiliado, un inmigrante tardío, uno de esos nacionalizados que repite aquello de que no importa dónde se nace, sino dónde se cobra: perdón, dónde se lucha.

No triunfará Perot, pero su candidatura expresa que Estados Unidos quiere dejar atrás los años de Reagan. Perot y Clinton defienden la necesidad de una política industrial, no proponen dejarlo todo en manos de la libertad de mercado.

Por favor, Stalin, ¡resucita y acaba con este arroz con mango!

Domingo Hoy, **5 de julio de 1992**

El fangal venezolano

Alfredo Coronil Hartmann

Si Enrique Santos Discépolo tuviese que inspirarse hoy para escribir una nueva versión de su tango «Cambalache», no hay duda de que no tendría que hurgar en las vivencias de la bella ciudad porteña, sino que le bastaría pasearse un rato por cualquier rincón de la autodenominada metrópolis que fundara Diego de Losada un —no sé si aciago— 25 de julio, hace algo más de cuatrocientos años.

La bella ciudad de Caracas —por lo menos sigue siendo bello el valle que la entorna—, que mereciera los elogios de numerosos viajeros e inspirara algunas rimas logradas a los bardos de pasados siglos, se ha convertido, por la decadencia y debilidad de nosotros los caraqueños, en el estercolero aluvional de un Caribe a su vez devaluado por los imperialismos de allende y aquende los mares... «Antilla, vaho pastoso de templa recién cuajada/ trajín de ingenio cañero/ baño turco de melaza/ aristocracia de dril donde la vida resbala/ sobre frases de natilla y suculentas metáforas...». Este admirable retrato es de uno de los mayores poetas hispanos de nuestro siglo XX, el puertorriqueño Luis Palés Matos; el calificativo de maestro de nuestra lengua se lo dio un crítico particularmente avaro en elogios: don Federico de Onís.

Por desgracia a nuestras playas —no me refiero a Machurucuto— no llegó particularmente «la aristocracia de dril», quizá decadente y europeizada pero indudablemente educada. La hornada emprendedora y laboriosa se reclutó básicamente entre capataces y mozos de botica que, entre gallos y media noche se alzaron con el santo y la limosna y se pusieron el siempre enternecedor traje del perseguido político e hicieron «carrera» en esta tan bien llamada Tierra de Gracia...

Inclusive todo ello me parece bien. Si algo bueno tiene la sociedad venezolana —nos guste o no en lo personal— es que no es estratificada; aquí el éxito, lamentablemente no siempre bien habido, abre cualquier puerta y aunque no resulte grato que le masquen a uno chicle a la hora

del té o que aun alguno «escupa por el colmillo», hay que entender que ese no tan liviano pasivo es el precio que hemos debido pagar por una paz social que no conoce igual en toda la América Latina y que es, sociológica e históricamente favorable, aunque a veces echemos de menos una clase dirigente, coherente y con el sentido del país y sus valores.

El verdadero problema no consiste en las fallas o las carencias culturales e históricas de una inmigración —cualquiera que esta sea—; la gravedad estriba cuando la sociedad receptora, en lugar de moldear y asimilar al inmigrante, se deja deformar por él, tomando precisamente los valores mediocres de una clase mediocre y no lo mejor de ella que, quizá injustamente asimiló la «aristocracia de dril» o una segunda o tercera generación de tenderos pasados por Harvard o el MIT, es decir, por las aguas lustrales de nuestro tiempo histórico, que todo purifican y ennoblecen...

Esto ha pasado en Venezuela, el sentido profundo, ontológico de la valoración jerárquica se ha perdido, nada valen los méritos cívicos, académicos, culturales, la entidad intelectual, la limpia trayectoria. Todos somos medidos por el rasante de la mediocridad y la rapiña. Quienes menos la necesitan se van de bruces para halagar a la barragana o al trepador de turno. Nadie —como en algunos restaurantes de antes— «se reserva el derecho de admisión». Por ello, cuando tenemos la temeraria idea de salir a la calle, estamos expuestos no solo al ya familiar arrebatón o al carterista o al asaltante al descubierto, que al fin y al cabo algún riesgo corren, sino a una especie mucho peor: las babas de barra y el adinerado fango de los locales «privados» que deberían, en lugar del cartelito obsoleto, colocar uno que diga «no es bien recibida la gente decente» o si no al menos reservarnos, *intuito personae*, el derecho de concurrencia.

El Universal, 27 de septiembre de 1992

Si cae España

Tomás Eloy Martínez

Si cae —digo, es un decir— si cae
España, de la tierra para abajo,
niños ¡cómo vais a cesar de crecer!
—César Vallejo (España, aparta de mí este cáliz)

Ningún país europeo se ha transformado tanto como España en los últimos veinte años. Antes de que muriera Franco, era una tierra de migraciones y desencantos, que rumiaba su propio pasado, de espaldas a la historia. En 1966, tres décadas después de la Guerra Civil, un rosario de casas abandonadas yacía en las orillas de los pueblos andaluces y extremeños: los jóvenes se marchaban hacia Suiza y Alemania Federal y ya no regresaban. España se tornaba cada vez más pastoril, menos europea, y el aislamiento parecía ser el único lenguaje. En aquellos tiempos de Franco, los latinoamericanos conocían hasta la última brizna del aire que respiraban los españoles: el nombre de sus toreros, las canciones de Raimon y Joan Manuel Serrat (que también al otro lado del Atlántico se entonaban en voz baja, sacramentalmente), las marcas de automóviles y hasta las consignas contra el caudillo que solían pintarse cerca de la estación de Atocha, en Madrid. América Latina padecía con España, sentía en carne viva su desventura.

La historia se ha dado vuelta con una velocidad tan vigorosa que ni siquiera hay tiempo para mirarla. España es ahora, el año del Quinto Centenario, uno de los países más prósperos de Europa. La fiebre del consumo se ha desatado con ímpetu aun en las zonas rurales. Los jóvenes son cosmopolitas, seguros de sí, y están inflamados de proyectos. Hasta el paisaje no es el mismo. A la vera de las autovías han brotado fábricas y silos, tractores y canales. Los españoles han abrazado con tal convicción su destino europeo que hasta en las naves de las catedrales centenarias el aire huele a Europa.

«La historia se ha dado vuelta con una velocidad tan vigorosa que ni siquiera hay tiempo para mirarla. España es ahora, el año del Quinto Centenario, uno de los países más prósperos de Europa».

Tomás Eloy Martínez

Las antípodas

América Latina también se ha transformado, pero al revés. La huella de las dictaduras militares, de las guerras idiotas y de la expansiva deuda externa ha erosionado las economías nacionales y (lo que es menos fácil de reparar) ha frenado la pasión por el conocimiento y la capacidad de asombro que era el mejor alimento de su cultura. Salvo en Brasil, en México, y más tibiamente en Venezuela, la prensa no habla casi de lo que sucede afuera. Con los ojos vueltos hacia sus propias intimidades yertas, a la caza cotidiana de un dinero que cada día vale menos, los latinoamericanos sueñan ahora con marcharse. Pero ¿a dónde? España y Estados Unidos les cierran las puertas, Europa les está vedada. Un poeta joven ha expresado ese sueño común repitiendo una línea de Baudelaire: «Puedo ir a cualquier parte/ pero no en este mundo».

Solo un español que haya vivido la Guerra Civil podría comprender bien la situación. Es más o menos la misma que afrontaron los emigrados republicanos cuando los expulsaron de Francia y no tenían otro sitio fuera de América hacia el cual volver sus pasos. ¿Qué hubiera sucedido entonces si también América les hubiera dicho no? Se aducirá que los tiempos son distintos, que entonces había una hecatombe y ahora no la

hay. Es verdad: porque los tiempos son distintos hay también distintas formas de hecatombe.

En marzo de 1928, América se asemejaba a la imagen que Hegel había dado de ella un siglo antes en su *Filosofía de la historia universal*. Era el continente de la inmadurez, y por eso mismo, el lugar de los proyectos, de las latencias, del futuro. Hegel asimilaba el concepto de inmadurez a los de insuficiencia y debilidad, pero a los americanos no les inquietaban esas asociaciones: ¿quién podía pensar que Estados Unidos era débil? ¿A quién se le ocurriría que Brasil o Venezuela podían ser alguna vez insuficientes? La inmadurez era una ventaja: como no dependía de ninguna tradición, como no debía responder a ningún pasado, disponía de todo el futuro. La historia estaba a su favor. Pero para que la historia comenzara, era preciso —según Hegel— que el espíritu se descubriera como tal: que se reconociera como espíritu.

Falsos presagios

Ya se sabe lo que le sobrevino a la América hispana. Le sobrevino el autoritarismo, y junto con él la corrupción de las clases dirigentes, el auge de los mesías y de los nacionalismos reaccionarios, el triunfo de los especuladores sobre los productos, la falta de iniciativa ante el crecimiento vertiginoso de las potencias industriales. Hasta los países que parecían predestinados a reconocerse como espíritu se congelaron en la inmadurez: el triángulo cosmopolita e ilustrado que componen Chile, Argentina y Uruguay se congeló en el siglo XIX y parecía derrotado.

Fue entonces, a mediados de los años setenta, cuando la América hispana volvió los ojos hacia España. Era el momento preciso en que la península, liberada por fin del fantasma franquista, no tenía tiempo ni para pensar en sí misma. A ritmo de vértigo, abrazaba su postergado destino europeo. Preparaba su economía para el ingreso en el mercado común, enderezaba hacia el aire de Europa los pulmones de su cultura. La crítica del pasado que el presidente Felipe González había expuesto ante la Asamblea Nacional del Uruguay, en noviembre de 1987, podría muy bien leerse como un retrato del presente latinoamericano: «Aislamiento político acompañado del aislamiento económico (...) Quedamos descolgados del desarrollo de los pueblos del norte, perdimos la oportunidad de la primera Revolución Industrial y de la segunda (...) Un pueblo que en sí mismo no es capaz de comprender cuánta energía puede desarrollar abriéndose al mundo sin el riesgo de la frontera cerrada, del hiperpro-

teccionismo, de las muletas permanentes para enfrentar los problemas económicos».

Por la memoria aún viva de su propio pasado, España estaba en mejores condiciones que ningún otro país de comprender la magnitud del drama latinoamericano. Y sin embargo, ¿qué podía hacer? Desgarrada durante siglos entre un destino europeo y un destino universal, no podía darse el lujo de elegir los dos a la vez.

Consorte norteamericana

En tiempos de Franco, la unión con la América hispana era un hecho casi forzado por el poder. Uno de los objetivos de ese poder era la hegemonía de la lengua castellana y el eclipse de los demás idiomas nacionales: el catalán, el vasco y el gallego. La democracia trajo, junto con las otras libertades, la libertad de lengua. Como lazo de unión con América, el castellano se volvió frágil, porque la cultura española era plural ahora y porque América era tan solo uno de sus brazos.

Ambas orillas del Atlántico empezaron a desconocerse. La América hispana dejó de inquietarse por las respiraciones de la cultura española, a la vez que los españoles detenían su conocimiento de América. Los creadores que surgieron después de 1975 en uno de los dos lados ya casi no fueron absorbidos por el otro. En América hispana, el tránsito de ideas y de imaginaciones volvió ahora hacia el norte: los jóvenes de Argentina, Colombia, Chile o Perú, que se habían mostrado impermeables durante más de un siglo a la cultura norteamericana, ahora se dejaban penetrar por ella. Mientras desprendían a la España de siempre, aprendían en cambio el estereotipo de España que se fabrica en los medios de Estados Unidos: el flamenco, el sombrero sevillano, el Quijote en la versión de Andy Warhol. Para los hispanoamericanos, como para los americanos del norte, España comenzaba a ser un país indiscernible, una cruza de la catedral de Lima con las mesetas de Guatemala. Y viceversa: más de un español extraviado en alguna calle de Manhattan sintió su europeísmo herido cuando, al oírlo hablar, le preguntaban: «¿Es usted latino?», lo cual podía significar «¿es usted chileno, puertorriqueño, nicaragüense?».

Estas distorsiones de la cultura son inquietantes para América Latina, pero también lo son para España. Una vez saciada la sed de prosperidad y consumado su destino europeo, España necesitará ser oída más allá de sus fronteras. Entonces, el continente que fue su auditorio natural durante cinco siglos podría ser indiferente y sordo a la voz española. Podría

estar a tal punto contaminado por otros lenguajes que el lenguaje más propio le sonaría como ajeno. Desde 1492, España erigió en América no solo un imperio sino también una civilización. Al cabo de cuatro siglos no le quedaba nada del imperio. La muerte de su civilización, en las tierras inmaduras de la otra orilla, podría tardar aún menos.

Domingo Hoy, 18 de octubre de 1992

Las elecciones de la medallita

Fanor Díaz

Un merengue muy difundido en los espacios populares de la radio es el de «La medallita». Franco Colmenares imita a los políticos, invitados a una fiesta donde se les premia con una medallita por lo que se llevaron o lo que no hicieron. El ministro del Interior, Luis Piñerúa, obtiene la medallita de la inseguridad; el presidente Carlos Andrés Pérez las gana todas... Hay medallitas por el aumento del costo de la vida, la falta de agua, la corrupción y las aceras de Claudio Fermín. Entre broma y broma, el merengue, que recorre estrepitosamente los carritos por puesto, causa gracia. La gente se ríe. Y, en los prolegómenos de la elección del domingo 6, «La medallita» atronaba en todas partes.

En el fondo, la letra popular, con sus exageraciones, va reflejando las necesidades cotidianas, las críticas de la calle. Hoy se dice que el 6 expresó una fuerte tendencia en favor de un cambio. Puede interpretarse como un voto castigo a la política neoliberal, pero la base de esa política, que es la democracia liberal, no fue puesta en el banquillo de los acusados. Los partidos actuantes son expresiones de centro y centroizquierda más o menos radicalizadas, pero sus propuestas no podrían existir al margen del contexto democrático.

Queda un espacio amplio para reflexionar sobre los cambios posibles. Y será el tema de la campaña para las elecciones presidenciales del 93. En la realidad que los políticos no suelen percibir, desfilan a diario, como en el merengue, las protestas populares por falta de empleo, alto costo de la vida, servicios públicos malos, inseguridad y corrupción, educación deficiente, problemas de vivienda. Algo habrá que hacer, cuanto antes mejor. Los ganadores del 6 de diciembre, al parecer, no están dispuestos a que les cuelguen medallitas. Y eso es bueno.

Domingo Hoy, **13 de diciembre de 1992**

Red de redes para modernizar a Venezuela

Elías Santana

Probablemente en una red de redes estén algunas de las claves para el tipo y la calidad de organizaciones de la sociedad venezolana ante retos como la competencia internacional, la renovación del liderazgo y la cultura de representación política, la apertura de la economía y la redefinición del Estado y el fortalecimiento y autonomía de la opinión pública y de la sociedad civil. Puede haber dentro de la especialización previsible agrupaciones con fines muy diversos.

El estar en la misma red no vincula obligatoriamente, no crea dependencia o no obliga a compartir otra cosa que no sea el interés en la red y en su efecto promotor de la modernización. Cada agrupación ofrece su información y sus posibilidades. Las demás no existen en función de otras, ni son en forma alguna solidarias de sus iniciativas, a menos que así lo decidan.

Una red de redes significa la posibilidad de actuación ciudadana en pro de un proyecto nacional, generando y coordinando iniciativas al estilo de una conspiración, de una conspiración transparente. Que no tiene nada que ocultar ni es secreta, pero que va cumpliendo sus metas lentamente, de acuerdo al ritmo de cada proceso, y va colocando en la agenda pública sus temas, generando los cambios personales, grupales e institucionales pertinentes en cada etapa del proceso de modernización. Es una opción de actuación combinada desde la sociedad civil, desde las opciones políticas y de representación y desde la acción individual de cada ciudadano. Es, posiblemente, una experiencia que nutrirá la búsqueda de nuevas formas de organización para la asociación y el ejercicio de los derechos políticos de los ciudadanos del siglo y del país del futuro.

En la red, y por tanto en la conspiración transparente, es el esfuerzo y la acción diaria el componente fundamental. Cada uno hace realidad la

propuesta de modernización, el planteamiento de cambio radical desde su cuadra, desde la empresa donde trabaja, desde la esquina que frecuenta o desde el grupo de amigos y desde la propia casa o núcleo familiar. La suma de decenas de cambios y compromisos personales da como resultado una multiplicación en el impacto comunitario y social. El espacio de lo cotidiano, de lo familiar, de lo comunitario, de lo municipal y de lo laboral es apropiado para hacer realidad las experiencias que luego se conectan en red, se potencian y crecen nuevamente. Para volver a empezar con más fuerza, desde una realidad más compleja.

Una red de redes, más que un modelo de articulación, que lo es, significa una cultura de las relaciones para el encuentro y la acción. Es quizás el signo organizativo de la modernización, que es la palabra clave que nos ha hecho encontrarnos.

***El Nacional*, 27 de diciembre de 1992**

La lectura del amigo invisible

Luis Alberto Crespo

Un señor de mirada clara que abría las manos como para tocar el aire de lo que decía o provenía de su inteligencia estaba allí en la luz de la televisión de la adolescencia, no sé ahora cuál noche ni cuál hora del sesenta, detenido en el maravillamiento que dejara en mis sentidos. Se parecía a sus libros y a las imágenes que copiaban sus facciones, era igual a su larguísimo saber y a la historia del país que encarnaba. Ese señor que digo ya no era el lejano e inalcanzable Arturo Uslar Pietri con el que había mantenido un vínculo imaginario en la lectura de un cuento que hablaba de un niño convertido en lluvia, en milagro del agua en medio del duro secano, y de una novela donde Boves incendiaba el valle de Aragua y ensangrentaba el pleito de nuestra guerra grande.

Otros libros y otro imaginario habían entretenido mi admiración con quien esa noche salvaba la enorme distancia que mediaba entre la ficción y su embrujo verbal para «humanizarse» en la ventana de la televisión, convertido en nuestro semejante, moviéndose en un espacio de la realidad tangible y no ya perdido en el follaje de la escritura, en la vastedad de la narración y la infinitud de su misterio.

Búsqueda del tiempo

Traía en sus palabras y en sus gestos la noticia de alguien asfixiado en una habitación atiborrada de almohadones, enrarecida por el tufo de los sahumerios y el relente de muchos menjurjes, mientras se daba a escribir, tal un forzado, sobre páginas de toda suerte, un libro lento e interminable con el que aspiraba a conjurar el olvido. Uslar Pietri describe a aquel ser pálido, de ojos de niño absorto, el cuerpo cubierto de trapos y algodones, las manos y las cosas manchadas de tinta, insomne, lastimado por las más inofensivas de las luces, como si al hacerlo su voz y sus manos moldearan su fantasma para mostrárnoslo idéntico a su propia apariencia de ícono carcomido por el moho y la borradura que inflige el largo encerramiento.

A medida que ese ser de polvo y de encierro recuperaba su presencia gracias a la voz y al gesto que le hacía revivir su extraño martirio, supe que su nombre era el de Marcel Proust y que su obra dolorosa y de pretensión imposible —la búsqueda del tiempo perdido— había transformado la escritura narrativa de la modernidad.

Dime a buscar el libro interminable en una añosa edición de Espasa Calpe, con la que me había topado hartas veces en la biblioteca de casa, sin que la natural curiosidad que despertaba su título me animara a penetrar en la densa floresta de su prosa, a duras penas reunida en cinco volúmenes de lomos amarillentos. Pero bastó que escuchara aquella confidencia nocturna sobre una criatura nocturna para que me demorara hasta más allá de mi adolescencia, hasta esta hora, frecuentando el tiempo de Marcel Proust y sus «intermitencias del corazón». Alguna vez fui a Illiers-Combray en busca de ese ayer que solo un perfume, un gusto, un fulgor bastaban para recuperar lo que fuimos.

La noche remota de ese encuentro con el señor de ojos claros y manos habladoras que era Arturo Uslar Pietri, en la rendija de la televisión de los años sesenta, quedó muy atrás, pero el hechizo de la voz que hizo posible la aparición emocionada de Marcel Proust permanece prolongándose en la inagotable pasión de leer e imaginar que ella suscitara. ¿Quién que se haya acercado a ese diálogo con el «amigo invisible» no ha sentido el deslumbramiento que acompaña toda alianza entre el pasado y el instante donde el hombre ha inventado la gracia y la pena como cielo e infierno de la historia, como aspiración de eternidad y de absoluto en el pensamiento y en la fantasía?

Desde el asombro

De su vastísimo saber y de su entusiasmo en regalarlo proviene el decir de los *Valores humanos* de Arturo Uslar Pietri. No basta, sin embargo, gozar del privilegio de recibirlo durante unos minutos en la ventana de la aldea circular y en la huella de Gutenberg sino que ocurre en nosotros la emoción compartida. Y es esta, quizás, la más alta virtud del autor de *Lluvia* y *Las lanzas coloradas*, de los *Cuarenta ensayos* y *De una a otra Venezuela*: la de animar su decir sencillo, didáctico, y no por ello menos denso, con la emoción y, más que con la emoción, con el entusiasmo que insufla a la biografía de los dioses y los hombres, del héroe y el vencido, del soñador y el escéptico, del ángel y del demonio de nuestra contingencia hecha de carne y de misterio.

De este modo, gracias a su palabra hablada y a su palabra escrita, acompasada de continuo con el adjetivo extraordinario, que pareciera acompañar asiduamente su invocación al hombre y sus obras, Arturo Uslar Pietri nos invita a entender la historia y la cultura desde el asombro y el maravillamiento que despiertan. Estamos hechos a la medida del universo y estamos «rodeados de historia», nos advierte. Todo lo que hacemos y sentimos lo hemos hecho y sentido desde siempre. Nuestro presente es antiguo. Nuestro instante es una añadidura de ayeres. Somos del pasado, somos proustianos porque nos devolvemos en la memoria y la memoria está hecha de los olvidos que vamos reconstruyendo a partir de sus ruinas y sus objetos enterrados.

Esto ha querido Arturo Uslar Pietri a lo largo de su diálogo audiovisual y escrito: «(...) remontarnos a los grandes hombres, a los grandes hechos, a las grandes circunstancias del pasado». Las épocas, las modernidades, las vanguardias, los límites que insistimos en prolongar más allá de las galaxias, más allá de los orígenes del cosmos, hasta el presentimiento del universo consciente de los astrofísicos, nos convierten en seres de un pasado continuo.

«Somos —insiste el escritor—, consciente o inconscientemente, ese mosaico de épocas que nos han hecho el ambiente en que vivimos, o los gustos que hemos desarrollado, y vamos pasando, insensiblemente, del automóvil del siglo XX que está en la puerta de nuestras casas al libro del siglo XVIII que vamos a leer porque nos place, o al cuadro del siglo XVII que nos parece muy hermoso, hasta la estatua griega del siglo V antes de Cristo, que nos parece lo más hermoso de la estatua». Sí, ¿cómo esquivar su convicción de que vivimos «sumergidos en el pasado»?

Fantasmas del presente

Tales sentimientos nos reciben en el prólogo que el autor de *Valores humanos* escribiera para la reciente reedición de Monte Ávila Latinoamericana (Caracas: Colección Documentos, 1993), en el que se advierte que los asuntos de que tratan los dos volúmenes del diálogo televisivo no fueron escritos para ser leídos: fueron charlas, pero aun así, huérfanas de la presencia viva del expositor, conservan, aunque no las veamos, la gestualidad y la emocionalidad que las motivaron.

He aquí, por ejemplo, al arrojado Francisco de Orellana vivaqueando en el magma selvático de Suramérica en una embarcación hecha añicos, como su gente y su propia apariencia, antes de entregarse a la inmensidad

del río Amazonas. Escuchemos, más allá, la no menos azarosa vida de Pizarro, de Bernal Díaz del Castillo, de Lope de Aguirre. O mucho antes, el ir y venir de Colón por la corte de Fernando e Isabel, los mapas y el astrolabio, la estrella del sur y el costillar de América. Miremos a Lorenzo el Magnífico en su casa de oro de Florencia, durante el siglo de Leonardo, de Botticelli y Miguel Ángel, que le deben su largura de mecenas, su espíritu renacentista. Vayámonos más lejos, al desierto de Abraham, al reino de Akhenaton, a las batallas de Alejandro y a los palacios de Harún al Rachid, donde todavía parece que oímos a Sherezade narrar el cuento de los cuentos, a las estepas de Gengis Khan, a las llanuras de Don Quijote, al cielo de Nostradamus, y al universo de Einstein, a la candela de Savonarola, al río de Humboldt, a la guerra de Páez, de Boves, a la mocedad de Bolívar y la soledad de Miranda. Escuchemos vivir a Mozart y a Beethoven en los divertimentos y las sinfonías que anunciaban una belleza atormentada, una armonía sombría. He aquí a Shakespeare, a Goethe, he aquí a Tolstói, a Whitman, a Rimbaud, a Marcel Proust. Están hechos de nuestros huesos y de nuestros sueños. Son —como dice Arturo Uslar Pietri— los vestigios, los fantasmas que pueblan nuestro presente

Domingo Hoy, 30 de enero de 1993

Pekín húmedo

Gioconda Espina

«**Quien duerme con niños mojado amanece»**, eso lo sabemos especialmente las mujeres. Sin embargo, nos la pasamos redescubriendo humedades y charquitos, como si la experiencia propia y ajena no sirviera para nada. Fue en marzo cuando recibí ese fax de las feministas latinoamericanas y del Caribe reunidas en Nueva York, para una última reunión preparatoria de la IV Conferencia Mundial de la Mujer, que la ONU tiene convocada para la primera quincena de septiembre de este año. Será en China, el país de la matanza de estudiantes en Tiananmén. Y de muchas otras cosas, sí, pero también del horror de Tiananmén.

El fax alertaba sobre la nueva maniobra del Vaticano, con una ayudita de sus amigos en Latinoamérica (Guatemala, Honduras, Ecuador y Argentina) y en Malta, Benín, Sudán e Irán para censurar la redacción del documento final de todo lo que se había acordado en la Conferencia de El Cairo sobre los derechos reproductivos de las mujeres. ¿Podíamos esperar otra cosa? ¿Cómo se ha sostenido la Iglesia católica casi dos mil años con tanto poder? Pues negociando lo subalterno para sostener lo esencial. De manera que, si hay que sentarse en El Cairo y hasta en Pekín con feministas, musulmanes y comunistas, pase. Lo importante es que de ninguna manera se acuerde que la maternidad es una opción y no una obligación.

Pero hay más ingenuidad en las Caperucitas. Cuando los chinos se dieron cuenta, en mayo, de que cerca de 30.000 mujeres se habían acreditado ante la ONU y de que la mayoría de ellas estaba contando con asistir, simultáneamente, al foro gubernamental y al de las organizaciones no gubernamentales, pusieron a circular el rumor de que había la intención de cuestionar al Partido Comunista Chino y al Gobierno «popular» y que, como medida preventiva, debía trasladarse al foro de ONG a dos horas y media de Pekín, al pueblo de Huairou, no acondicionado para recibir a tantas preinscritas.

Las mujeres reunidas en Nueva York resolvieron que, si se impone la tesis del consenso (y no de la mayoría) para la declaración final en Pekín, ellas harán una declaración alternativa que —esperemos que esto sí lo sepan— tendrán que leer cuando regresen a sus casas, porque tal disidencia no debe ser un titular destacado por los camaradas de la prensa oficial. Así mismo, las organizadoras del foro de ONG están agotando con Butros Butros-Ghali las diligencias para que no se las mude de Pekín. Lamentablemente, la historia reciente de los fundamentalismos aliados permite predecir una declaración «vaticana» en un pueblito cuyo local más grande solo tiene 1.700 sillas: el cine de Hauirou. Mientras tanto, las mujeres de muchos países y ONG asistentes —las venezolanas entre ellas— tienen dos años sin hacer nada que no sea organizar y asistir a reuniones preparatorias de Pekín. Esperemos su regreso para intentar decir algo sobre la vida que llevan la mayoría de sus compatriotas, esas que no leen prensa y que no saben que Beijing es la expresión fonética de Pekín.

***El Nacional*, 23 de julio de 1995**

Un país sin élites

Ramón Piñango

Afirmar que los venezolanos tenemos tales o cuales características, decir que todos somos responsables de la situación actual o afirmar que todos debemos sacrificarnos para enfrentar la crisis, sin hacer ninguna diferenciación entre los habitantes de este país, es una trampa, una evasión de la realidad, o una viveza de unos pocos. En este país, como en toda sociedad, existe un pequeño grupo de privilegiados por su nivel de ingresos, su influencia o su nivel de educación. Quienes pertenecemos a ese grupo debemos reconocer que no somos iguales al resto, en lo que se refiere al disfrute de ciertas ventajas sociales. No podemos aprovecharnos del igualitarismo venezolano para escondernos.

Quien tiene ciertos privilegios o disfruta de determinadas ventajas –poder, riqueza, influencia, preparación o ascendencia ante otros– tiene también ciertas responsabilidades cuando lo que está en juego es la orientación de país. Por esta razón, no puede afirmarse que todos los venezolanos somos igualmente responsables por los males que el país está sufriendo. Unos somos más responsables que otros. Reconocer que se es privilegiado en una sociedad es condición fundamental, aunque no suficiente, para pertenecer a la categoría de élite, en el sentido que Ortega y Gasset le dio a este término. Para ser tal, una élite debe reconocer que tiene una responsabilidad con su sociedad. Esa responsabilidad exige respeto a los valores fundamentales, tales como la honestidad, el reconocimiento del derecho de los demás y la solidaridad. Además, quien pertenece a una élite debe estar consciente de su posible influencia sobre otro, bien sea porque lidera o porque su conducta puede servir de ejemplo. Por ello, quien pertenece a una élite debe ser más exigente consigo mismo que con los demás en su conducta como ciudadano.

¿Dónde están las élites venezolanas? Escondidas. Ciertamente, hay personas muy meritorias por el alto nivel de desempeño en sus respectivos trabajos, por sus conocimientos profesionales, su probidad y el aprecio que se les tiene. De acuerdo con esos rasgos, califican para ser considerados «élites». Desafortunadamente, con mucha frecuencia ocu-

rre que esas personas se niegan a ejercer una función de liderazgo. No es raro que se resignen a existir en un medio indeseable –gremios mediocres o corruptos, por ejemplo- sin intentar hacer nada para mejorar las cosas. Parecieran no estar dispuestas a marcar la diferencia, a asumir una actitud de dirección, a decir qué debe corregirse para configurar la realidad de acuerdo con sus valores.

La situación actual tiene como uno de sus rasgos más importantes que, en general, los privilegiados no se disponen a actuar como élites. Por ejemplo, ante las severas dificultades económicas, los privilegiados insisten en afirmar que se aproxima un ajuste económico del cual nadie escapará. Tal afirmación es una mentira. No es otra cosa que un subterfugio para pasar la crisis agachado.

Ciertamente, el ajuste es inevitable pero no nos va a golpear a todos por igual. Los sectores medios y los pobres son quienes van a sufrir el embate de severas medidas económicas que no pueden postergarse. Ante esta realidad, no es digno de élites pregonar que todos tenemos que sacrificarnos. Lo digno es preguntarse, ¿quién ha de sacrificar qué? Y, de acuerdo con la respuesta a esta pregunta, explorar qué puede hacerse para que el sacrificio sea distribuido de manera menos injusta.

Si los privilegiados del país aceptamos asumir la responsabilidad de ser élites, tenemos que cambiar la manera como nos relacionamos con el resto de la población. No podemos seguir acusando a los pobres de ser unos infelices hijos del rentismo que desprecian el trabajo y cuya cultura no les permite participar con éxito en el juego de la competitividad. Sin una actitud de respeto y aprecio hacia los habitantes de ese país, no es posible ejercer una función de liderazgo legítima. Es desafortunado que hayamos llegado a la difícil situación de estos días, sin privilegiados que vean más allá de sus privilegios y se comporten como una élite.

***El Nacional*, 24 de octubre de 1995**

De vez en vez, una voz y una luz

Luis Alberto Lamata

Todo arte es una promesa de felicidad. Incluso el cine venezolano, que en cada película desafía su propia muerte. A cien años de la primera luz había decidido hablarte de distribución, mercado y esas cosas, pero hoy me duelen las rodillas y no estoy para hablar de las necedades que te hacen imposible. Frente al imperio de la realidad, prefiero abrigarme hoy en la ingenua sensación, tan fugaz y maravillosa como tus imágenes, de flotar sobre un río manso, río voz de muchas aguas, adonde de vez en vez regresa tu luz.

Empujado por las circunstancias, habría querido hablar en profundidad de las razones oscuras que creo encontrar para tus faltas y desencuentros. Quería preguntarte por la salud de las obras que no reciben pantalla donde proyectarse, tal vez porque en nuestro país pocos propietarios entienden que la buena fe y el respeto a ciertas leyes es lo único que hace posible vivir lejos de la barbarie. Pero sería injusto cargarte con culpas que no te hacen mejor ni peor que el Ministerio de Educación, que un dispensario en Apure o la grama del estadio de Barcelona. El país está destartalado y tú no te escapas, no eres mejor que nosotros, desengáñate. Pero eres mío, ahí te concedo razón, más allá de las paródicas y repetidas chácharas sobre la identidad. Eres mío, o, precisando un poco, estás en mí, como el Helicoide y la cédula laminada, pero también como un beso en el parque del Este o Juanita pintada por Reverón. Cada puta de Chalbaud me pertenece, son míos el columpio de Oriana y las gaviotas de Simplicio, y reconocerme pasa necesariamente por el recuerdo de los pezones que acaricié en una película de Anzola (lo siento, Alfredo, pero años después la vi con más atención: la película, digo). Es así que cada estreno se convierte en una promesa de emociones a veces incumplidas, es cierto, pero parte inevitable de mi paisaje interior y de las señas particulares de mi alma.

Y es de ese asunto que quería hablarte. Me preocupa vivir sin señas particulares. A fuerza de realidades de mercado somos cada vez menos

nosotros y más un remedo, un gesto vacío, una ceremonia sin contenido. Venezuela parece perder su sentido de comunidad, y no me refiero a los nacionalismos vocingleros y trasnochados que machacan siempre la misma tonada; es algo más delicado y la vista más preocupante, sobre todo si se recuerda que al fin y al cabo somos el capricho que sobre un mapa coloreado trazó Carlos III.

Es pesimista, ya lo sé, creer que nuestro mejor futuro se limita a consumir el cine de tres empresas de Los Ángeles y a soportar el comercio del dolor y la ignorancia envasado en los estudios de Miami. Pero es un destino posible. Uno donde la voz de muchas aguas se diluye en un solo torrente agresivo y totalitario, que no deja espacios para una soberanía adulta e individual. Ocurre que en el libre mercado de la imagen, los poderosos pesan con balanzas cargadas. Un doble reto se hace urgente: producir para el mundo, pero también producir para nosotros. Y cuando digo el mundo no me refiero solo a los festivales, que veinte premios internacionales no son nada si no se abren las puertas al público llano, y cuando digo nosotros es en un sentido más amplio que los kilómetros que van del Arauca a Güiria.

Recuperar el sentido de comunidad pasa hoy obligatoriamente por construir una cultura de la democracia sin atajos, una cultura del trabajo y de la recompensa justa, y, sobre todo, del derecho a esas señas particulares que hacen posible la felicidad. A cien años de nuestro cine, decir cultura es en buena parte decir cultura audiovisual. Si el mejor cine y la mejor televisión del mundo no nos visitan, nos condenan a una ignorancia cerril que solo beneficia a los pillos e imbéciles que toman decisiones por nosotros. Pero, por otro lado, en el mundo de la imagen, renunciar a ser creadores de alguna mitología que nos corresponda y dé cuenta de nosotros es tan grave como abandonar la ambición de vivir en un país donde la vida plena sea posible.

Cien años después no quiero animar rivalidades y precisar enemigos, solo deseo contarte mi deseo de que no se te olvide nunca darnos la voz y la luz nuestra de todos los días, exigirte que sean plurales y enormes tanto el trueno como el relámpago, y que entendamos que decir nosotros impone atreverse a creer en un país posible donde las pantallas que miro no me sean ajenas.

El Nacional, 26 de enero de 1997

Cuesta abajo

Fernando Rodríguez

Si uno observa la línea decreciente que marca la trayectoria de la mayoría de los cineastas venezolanos, obtendrá un signo elocuente de sus males mayores: erráticas políticas gremiales, abandono gubernamental, creciente empobrecimiento estético e ideológico. Me refiero a eso que va de *Alias el Rey del Joropo* a *La Generación Halley,* de *La empresa perdona un momento de locura* a *Con el corazón en la mano*, de *El pez que fuma* a *Cangrejo II*, claro que siempre puede haber una oveja negra de *Juan Vicente Gómez y su época* a *En Sabana Grande siempre es de día*, etcétera.

Pero quizás nunca hubo caída tan aparatosa como la que va de *La casa de agua* a *Música nocturna*. Como varios críticos ya lo han hecho, yo no voy a recitar el *anche tu, Jacobo*... tampoco voy a abundar demasiado en el análisis del film.

Pero sí hay que decir que no se trata solo de que Penzo haya descendido de los áureos predios del cine de autor a los más pedestres del cine comercial, ¿quién sabe además a ciencia cierta dónde están esos huidizos umbrales? Se trata también de que es una película extremadamente mal hecha: torpezas narrativas (esa intriga central contada desde dos perspectivas que dicen exactamente lo mismo), ambientaciones irreales y hasta topográficamente confusísimas; uno de los guiones más desacertados que se puedan imaginar, donde no existe la menor verosimilitud sicológica y argumental, y sí todos los desafueros retóricos; ausencia de estilo y de tono; escabrosidades gratuitas; sobreactuaciones monocordes. Todo al servicio de una historia que es la intrascendencia misma, incapaz de acercarse a realidad alguna.

Ahora bien, esto plantea una pequeña cuestión que me parece interesante: ¿cómo se puede hacer tan mal cine después de haber hecho una de las películas más importantes del cine venezolano? Tratemos de acercarnos a este pequeño enigma. Es posible que los errores de *La casa*

de agua tengan un estatus muy diferente a los de *Música nocturna*. En el primer film se trata de una escritura cinematográfica fuertemente personalizada y que, en cuanto tal, inventa un discurso y las reglas de ese discurso, la palabra y su código; de aquí que, salvo en algunos aspectos muy precisos, la categoría de error resulte en este caso poco explicativo (¿con respecto a qué código se equivoca Godard cuando practica sus flagrantes violaciones de los lenguajes cinematográficos usuales?). En la segunda película, por el contrario, Penzo intenta un policial criollo, es decir, cae dentro de una forma genérica fuertemente codificada y que ha alcanzado niveles industriales de excelencia que podemos constatar en la TV todas las noches, y es, justamente, en relación con esas reglas genéricas y esos parámetros de acabamiento que despersonalizan al autor, que la película se convierte en un producto industrial mal confeccionado, en una sustitución de importaciones con notable detrimento de la calidad. Siempre es desacertado emular la riqueza con las armas del pobre, nuestro cine está obligado a ser otro cine, y esa condición está inscrita en su materialidad misma. Es posible que esta infeliz experiencia estética y comercial le haya hecho ver a Jacobo Penzo que los caminos de Manicuare son, con todas sus dificultades, más propicios que los de Kojak.

La última producción venezolana en cartelera se llama *Retén de mujeres*. Esta pertenece al reino de la inmundicia cinematográfica y no merece ningún comentario. Salvo este: ¿no es este postrer abismo la cruda verdad del proyecto industrialista, la búsqueda límite del público donde quiera que esté y como quiera que sea? ¿No indica que debemos reinventar totalmente el futuro de nuestro cine?

***El Nacional*, domingo 26 de enero de 1997**

Pedro Harapos

Aníbal Nazoa

¿Qué hombre maduro de hoy, al evocar sus lecturas juveniles, no recuerda con especial placer *El príncipe y el mendigo,* de Mark Twain? Cada vez que echo a andar por esta Caracas tan chévere, tan parabolizada e internetizada, me viene a la mente la imagen del pequeño príncipe Eduardo, heredero del trono de Inglaterra, trajeado con los harapos de su socio Tom Canty, el pillete de Offal Court, vestido a su vez con los ricos paños del Príncipe de Gales. Lo digo por la enorme cantidad de principitos andrajosos que circulan por la ciudad, sobre todo en torno a los lujosos centros comerciales, discotecas y templos del *hotdog* y la hamburguesa. Con la diferencia de que aquí no se ven por ninguna parte mendigos cubiertos con ropa principesca.

Todo esto es, por supuesto, puro lenguaje figurado. De lo que quiero hablar en directo es simplemente de la moda, una moda que al parecer se va a sostener por muchos años, contra lo que todos pensamos cuando hizo su aparición hace por lo menos siete: el «último grito» en materia de ropa juvenil es el propio andrajo, el guilindajo mugriento, el trapo propiamente dicho. Un chamo jai de hoy, para ser tenido en cuenta en los círculos sociales, debe tener la apariencia de un cumplido *raggamuffin*. He aquí el resumen de la pinta que ha de llevar si no quiere ser confundido con el perraje:

Camisa desguarilada, sin botones y con manchas de chocolate y salsa de tomate.

Chaqueta raída con el cuello mantecoso y un bolsillo desprendido, demasiado grande o demasiado pequeña.

Pantalón jean de color indefinido, con una pierna más corta que la otra, desgarrado a la altura de la rodilla, con un hueco exactamente en la punta de la bragueta, en un lado un remiendo del color más chillón posible y en el otro una tronera que deje ver por lo menos la mitad del calzoncillo o de una nalguita bien blanquita si se trata de una pava sifrinísima, porque esto es unisex.

En vez de cinturón, un pedazo de mecate o una corbata vieja.

Unos zapatones de lona asquerosos, de esos que cuestan como trescientos mil bolívares, grandototes y deformes, de manera que recuerden el pie embojotado en trapo de Chaplin en *La quimera del oro*.

Si el chamo lo prefiere, puede suprimir camisa y chaqueta y andar con una camiseta adornada con rasgaduras y chapas de mugre. Es altamente recomendable un buen chorrerón de manteca amarillenta sobre la barriga.

Todo de acuerdo con el presupuesto del interesado. Porque no crean, esto de andar harapiento es un lujo que no está el alcance de todos los bolsillos. No se trata de lucir como un loco de carretera, o como cualquier zarrapastroso de los de verdad verdad. No señor, aquí estamos hablando de alta costura y sastrería fina, ¿qué se habían creído? Así viste la juventud chic de hoy. Los rotos y los descosidos, los lamparones de manteca y los codos carcomidos, las mangas deshilachadas y los agujeros de las medias (si las llevaren) son diseñados por los modistos más distinguidos y se pueden conseguir solo en las boutiques y atelieres más exclusivos. La industria textil y de la confección invierte sumas fabulosas en el diseño de pantalones con el culo prerroto y chaquetas con sofisticados remiendos y amuñuñados. ¿Cuál es la razón para que se produzca este fenómeno? Según los sociólogos de café y los politólogos «serios», esta «revolución de los vestieres» no es sino una forma de protestar que la juventud de hoy ha escogido frente a la mediocridad de una sociedad en descomposición, etc, etc.

Su palabra vaya alante, señores sociopolitólogos, pero yo en esa novísima afición a los andrajos que ustedes podrían bautizar pedroharapismo contestatario, zarrapastrosismo trascendental, o algo por el estilo, lo que veo no es una protesta sino una distracción, en otras palabras, un afán inhumano de hacer mofa de los pobres. O sea, una advertencia para aquellos que todavía se hacen ilusiones y se resisten a creer en lo despiadado que será el mundo que nos espera.

***El Nacional*, 28 de febrero de 1997**

El Estado, el mercado y la gente

Ramón Escovar Salom

Probablemente no exista hoy una generalización más peligrosa que la que confunde la globalización, el desarrollo de las comunicaciones y los progresos tecnológicos con la desaparición del Estado nacional, al cual algunos prefieren llamar Estado-nación. La desaparición del Estado la anunció primero el marxismo y el socialismo revolucionario. La profecía no se cumplió sino que, al contrario, en la Unión Soviética y en los demás países comunistas el Estado fue más fuerte que en ninguna otra parte. Se dio como explicación que era un período transitorio que al final de la historia desaparecería, porque se terminaría la explotación. El Estado era entendido como un instrumento de opresión y ya no tendría nada que hacer en estas circunstancias. Curiosamente el fin de la historia, que ahora es una pretensión de los grupos más conservadores, después de la transitoria influencia del inteligente pero discutible libro de Francis Fukuyama, fue en sus comienzos una de las hipótesis del evangelio marxista. Tanto Marx como Engels se interesaron mucho en esto y por largo tiempo pobló la literatura económica, social y política desde fines del siglo XIX y a lo largo y en gran parte del actual.

El hecho fundamental es que el Estado-nación no está desapareciendo en ninguna parte ni hay señales de que pueda desaparecer. El Estado-nación no es una ilusión cartográfica, no es un accidente puesto sobre un mapamundi. Es algo más que eso. Es una entidad histórica que encarna principios de unificación colectiva y cultural, de identidad y de derechos de gentes muy variadas, por la raza, por la cultura o por la geografía e integran la gran diversidad del mundo.

El Estado nación tiene que representar los intereses colectivos de los pueblos y es a la vez un sujeto activo de la interlocución internacional. Mientras más activa sea la globalización y mientras más dinámicas sean las comunicaciones y las relaciones económicas y financieras, mayor papel tendrá que jugar el Estado, porque la debilidad del Estado haría mucho daño al desarrollo que se anuncia con las perspectivas de la globalización.

Para que exista un mercado global es preciso que al mismo tiempo

actúen y sean muy vigorosas las actuaciones de los Estados nacionales. En el orden interno de los países no es viable que pueda haber mercados fuertes sin Estados eficientes y políticamente idóneos.

La confusión se apoya, fundamentalmente, en algunas experiencias contemporáneas que muestran que las empresas o servicios manejados por los Estados nacionales generalmente son ineficientes. Y, aunque esta no es una regla absoluta, puesto que hay excepciones notables, es sin embargo una realidad innegable en gran parte del mundo.

Lo que ha de pretenderse no es, por lo tanto, la aniquilación del Estado sino la corrección de sus imperfecciones y una mayor precisión en sus objetivos. No se puede cargar la actividad del Estado con empresas que serían más eficientes operadas por el sector privado. Un Estado capaz se corresponde con un sector privado productivo y moralmente respetable. En los países donde hay insuficiencia del Estado generalmente también es posible comprobar la ineptitud del sector privado. Todo el complejo fenómeno de la corrupción, hoy tan debatido, forma parte de una interrelación muy activa entre estos dos actores. Donde hay corrupción en el Estado o en los Gobiernos, generalmente hay una contraparte privada no menos sospechosa. También es posible señalar casos en que la ineficacia del Estado corre paralela a la incompetencia del sector privado.

Así que es preciso poner claridad en estas ideas para no entrar en nuevas confusiones. El poder negociador de un Estado vigoroso y fuerte es imprescindible para defender el interés nacional en las negociaciones que requiere el proceso de globalización. Para entrar en la globalización es preciso saber negociar.

Un Estado eficiente supone la salud macroeconómica. Esto quiere decir que las cuentas públicas tienen que estar claras. El déficit fiscal es inadmisible.

Otro requerimiento previo es que el Estado debe proceder de la manera más clara y decidida a privatizar todo de lo que tenga que desprenderse, en términos de eficiencia y rendimiento social. El Estado ha de desprenderse de lo que no le corresponde, no por una razón ideológica, sino por una necesidad práctica. No porque ninguna doctrina así lo decrete sino porque una conveniencia esencialmente pragmática impone que los recursos se orienten en otras direcciones y no se despilfarren en acciones improductivas. Esto es importante señalar porque hay quienes toman el tema de la privatización con un ímpetu religioso y dogmático que no corresponde a la claridad conceptual.

La otra consideración se refiere a la relación del Estado con el mercado. La primera meta es el crecimiento social y económico. Que la gente pueda ganar y tener éxito, que se emprendan actividades productivas y que no se encuentren obstáculos innecesarios a cada paso del camino. Para eso es indispensable la libertad económica, el libre movimiento de los mercados, un marco de protección jurídica y de amplitud para que las operaciones puedan tener lugar. No es un pecado que la gente tenga una ilusión de riqueza. Lo que sí sería imperdonable es que se obstaculicen las posibilidades del éxito individual y organizacional y con esto se genere mayor pobreza y atraso.

Un Estado eficiente y un amplio mercado, vigoroso y libre. Pero aquí surge otra consideración. ¿Y todo eso a quién debe favorecer? Algunos tecnócratas han venido predicando que el desarrollo económico trae automáticamente el beneficio social y la libertad política. Eso no es verdad. Es más: generalmente es falso. Sustituir el Estado por oligopolios no es precisamente una ventaja social. Reemplazar el Estado por el beneficio de sectores privilegiados no es un atractivo ni para el desarrollo ni para la estabilidad política. Las reformas económicas que favorezcan el mercado, para que favorezcan a la gente, tienen que estar acompañadas de reformas políticas que le permitan a la sociedad vigilar la conducta de los Gobiernos, pedir cuentas de la acción de los gobernantes y establecer responsabilidades. Sin una responsabilidad política y sin una opinión pública activa, con todos los instrumentos de influencia de la democracia, ni el Estado es eficiente, ni el mercado es libre y productivo ni la sociedad obtiene los rendimientos que debe recibir de los progresos que se anuncian.

Así que el asunto no termina en la libertad económica. Es allí donde comienza. La libertad económica debe aumentar la producción, la productividad en bien de las mayorías sociales. Se gobierna para las mayorías. Sin este principio fundamental, lo demás no vale la pena.

***El Nacional*, 29 de marzo de 1998**

Prensa sin Gobierno

Marta Colomina

La reunión de la SIP (sociedad que acoge a propietarios de periódicos del continente) celebrada recientemente en Puerto Rico demostró, una vez más, que la historia de las relaciones entre los Gobiernos y los medios informativos ha estado signada por la desconfianza y el antagonismo. La SIP —a pesar de la concentración del poder mediático y de ciertas prácticas del sector que se han convertido en una amenaza para la libertad de expresión, tan peligrosa como la vieja y nueva censura de los Gobiernos— sigue emitiendo un discurso idéntico al de las teorías del liberalismo de los siglos XVIII y XIX, cuando libraban aquellas duras batallas contra los Gobiernos monárquicos absolutistas.

Entre las reseñas que la prensa nacional publicó sobre ese cónclave de la SIP se destaca el discurso que allí emitiera el expresidente norteamericano George Bush, titulado «Prefiero una prensa sin Gobierno que un Gobierno sin prensa». Tal exageración maniquea, producto del liberalismo más febril, tomada por el expresidente Bush de su connacional Thomas Jefferson, omite una parte importantísima del cuento. La frase jeffersoniana citada hasta la saciedad cada vez que los medios de comunicación (MC) intentan defender sus excesos, fue expresada por su autor antes de llegar a la presidencia de los EE. UU. Pero, como nos aclara el investigador Steven Chafee, existe otro texto de Jefferson mucho menos divulgado, escrito en la Casa Blanca en 1807, poco antes de concluir su período presidencial, cuyo contenido niega rotundamente el anterior:

> **Es una verdad melancólica que la supresión de la prensa no podría privar más completamente a la nación de sus beneficios de lo que ha hecho por su prostituida entrega a la falsedad. Nada se puede creer de lo que se lee ahora en un periódico. La verdad misma se vuelve sospechosa al ser colocada en ese instrumento contaminado. Quiero añadir que la persona que nunca echa**

una mirada a un periódico está mejor informada que aquella que lo lee, del mismo modo que quien no sabe nada está más cerca de la verdad que aquel cuya mente está llena de falsedades y errores.

Aunque la remembranza de Bush fue publicada por nuestros MC como un paradigma, huelga decir que tan indeseable es un Gobierno sin prensa como una prensa sin Gobierno. Y aquí está la clave de los excesos de una y otro, entre los que estamos los ciudadanos como invitados de piedra. Nadie duda que en todo Gobierno anida una cierta tentación totalitaria, por muy democrático que sea su signo, que tal impulso en los regímenes de fuerza se expresa a través de la censura y hasta del cierre de no pocos medios informativos, y, en los libertarios, con ciertas prácticas sutiles que intentan aminorar las críticas a la gestión oficial. Pero también es cierto (y lamentamos que la SIP omita siempre en sus asambleas tema tan obligatorio) que los propietarios mediáticos —quienes no están al frente de un negocio cualquiera, sino de un servicio público, así esté en manos privadas— tienen deberes que cumplir y uno de ellos es el de anteponer los intereses de la sociedad a los suyos particulares. En Venezuela tenemos demasiados malos ejemplos dados por algunos MC. La hazaña más reciente de uno de ellos fue la de inventar la supuesta crisis de un banco, que puso en vilo a todo el sistema financiero. O las presiones antiéticas que ejercen otros para obtener por vía del chantaje contratos publicitarios, sin olvidar los injustos abusos de que han sido víctimas algunos altos funcionarios gubernamentales sin que hayan podido ejercer el derecho de réplica. En la cartelera cinematográfica está el filme de Costa Gavras *El cuarto poder* (cuyo título, a juzgar por su estremecedor contenido, debería ser *El primer poder*), en el que de manera descarnada se muestran las aberraciones e indecencias de los MC (sobre todo de la liga, TV), que llegan hasta inducir a la muerte a quien convirtieron en héroe, solo para seguir subiendo puntos en el *rating*. ¿Cómo defender la tesis de la libertad de expresión para cubrir todos y cada uno de los desmanes que están protagonizando los MC en esa batalla inmoral por conquistar audiencias estupidizadas a través de los *reality shows* (o más bien *garbage shows*), en los que se utiliza a los seres humanos como si fueran desechos? En estos días cuatro dominicanos que habían participado en *El show de Cristina* aseguraron «haber recibido hasta 200 dólares por fingir diversas situaciones, entre ellas haciéndose pasar por esposos, amantes y homosexuales»

mediáticos (*El Nacional*, 24-03-98). Cuentan que dos de ellos fungieron como «casados», con «problemas matrimoniales muy serios», cuando en realidad el «esposo» declarante ni siquiera conocía previamente a «su esposa» ni a «su suegra», quien también formó parte de la patraña. ¿Es posible seguir sosteniendo tan sucias manipulaciones al amparo de la libertad de expresión? Cierto (como señalan los señores de la SIP en su oposición a la tesis del presidente Caldera sobre la información veraz) que en algunos temas controversiales no es fácil señalar una sola verdad, pero resulta por demás obvio que truculencias como las descritas, puestas en marcha para ganar lectores o audiencias, constituyen la negación absoluta de la verdad y visibles estímulos para la perversión social.

A la SIP le está ocurriendo lo que a los dirigentes sindicales gremiales, que nunca recuerdan sus deberes, pero reclaman constantemente sus derechos, que por lo demás, en el caso de los MC, nadie se atreve a disminuírselos dado el omnímodo poder que poseen. Muchos nos adheriríamos a las prédicas de la SIP si sus miembros reconocieran públicamente que la libertad de los MC —como señala Blumler— «no es un valor absoluto, sino que está acoplada inextricablemente a numerosas consecuencias sociales» y que tal verdad a la que tienen derecho los medios «debe darse en condiciones de responsabilidad y de obligación de rendir cuentas» (Hoffmann-Reim), cosas ambas que pueden ser hechas a través de una autorregulación responsable, sin la indeseada intervención del Estado.

Valga la oportunidad para saludar con alborozo el nombramiento como presidente del Bloque de Prensa del doctor Andrés Mata, un editor-director que respeta la pluralidad ideológica (este artículo es buena prueba de ello), formado a la luz de la teoría de la responsabilidad social de la prensa, que demuestra cada día en los contenidos de *El Universal*. Tan distinto es, gracias a Dios, que su primer anuncio como presidente del Bloque de Prensa fue el de promover cursos y seminarios para mejorar el trabajo de investigación de los periodistas. Con editores así merecería la pena abogar por una prensa sin Gobierno.

***El Universal*, 29 de marzo de 1998**

Los restos del día

Atanasio Alegre

Ya que ha sido otorgado el Nobel por vez primera a un escritor portugués y con él a esa lengua, quien conozca la literatura portuguesa de estos días tal vez se haga dos preguntas, una indiscreta y otra pertinente: ¿por qué no António Lobo Antunes en lugar de Saramago?, la indiscreta. ¿Cuándo va a recibirlo Lobo Antunes?, la pertinente.

Lobo Antunes, de todas maneras, es veintiocho años menor que Saramago, por lo cual existe la esperanza de que eso ocurra dada la brillantez de su prosa y la profundidad de su visión del mundo. Se da otra circunstancia: es el autor de habla portuguesa más leído en los países sajones, y en Alemania es un ídolo.

Si esto es así, no estaría de más calibrar, en la medida de lo posible, qué es lo que escribe este psiquiatra volcado en la literatura y cómo lo hace.

Cuando lo viejo está en trance de desaparecer y lo nuevo no ha nacido todavía, lo que surge en el interregno no es otra cosa que una diversidad de síntomas mordidos. Esa es, para decirlo con palabras de Gramsci, la impresión que le queda al lector; a mí concretamente me quedó al concluir la historia de *Manual de inquisidores* (Siruela, 1998)

Lectura lenta y meditada, porque la naturaleza de la prosa no hace aquí saltos, no tolera que se vaya en búsqueda anticipada de la línea argumental. El tempo de la novela, como el tiempo real, tiene aquí su propio andar, lleva un ritmo inalterable y, en ese caso, por mucha angustia, por grande que sea el deseo de desvelar lo que viene, el esfuerzo es inútil e incluso estéril. En esta novela de tan extraordinaria arquitectura, Lobo Antunes coloca al lector en la necesidad de convertirse él mismo en un inquisidor que va a hacerse cargo de la indagación, como corresponde a todo inquisidor que busque saber qué yace detrás de unos seres cargados de culpabilidad, obligados a buscar un puesto dentro de un mundo que adviene ante otro que se derrumba.

> (...) mi padre que volvía a la quinta por la noche apestando a perfume barato y al que, pasada a lo sumo media hora, oía roncar en el sillón de la sala con el sombrero a la altura de los parpados y el último cigarrillo se le consumía en la boca mientras los búhos del pantano parlaban en el jardín, y el abogado vestido de abogado caro cuya camisa hacía juego con el color de los calcetines, golpeando con la uña la esfera del reloj [p. 17].

De la misma manera que se llena de agua un cántaro de cuello estrecho en comparación con el volumen de su vientre, el desarrollo de la novela *Manual de inquisidores* responde a un ritmo que podría decirse que es no solo el de la caída uniforme dentro del cántaro, sino el rumor producido que indica, con anticipación, cuándo va a llegar el momento preciso de separarlo del chorro para que no se desborde al colmarse. Así son el tiempo y la colocación de los personajes en el espacio; se van llenando de contenido advertido poco a poco, en la medida que la lectura transcurre, con diálogos precisos e iterativos, a veces con detalles del campo, de la ciudad, del hospital donde fue a parar el ministro después de la trombosis, con la precisión descriptiva con que un psiquiatra, atento a la sintomatología, pueda decir, además de lo que ocurre, por qué razón ha debido de ocurrir de esa manera. Se trata de la irracionalidad del comportamiento. Y todo ello transformado en un estilo que, en lo que se me hace, no había sido puesto en marcha para transvasar unas sintomatologías en expresión literaria con tal fuerza expresiva, como podrá apreciarse en el apunte que ofrezco a continuación, tomado del citado libro:

> (...) mi madre murió sin que le dijésemos que la queríamos o ella nos dijese que nos quería, al volver a Sintra, después del entierro, los adornos no se habían alterado, ni la disposición de los muebles, ni la tonalidad de la luz, la esencia de ella consistía en no haber mudanza alguna, en llover como llovía en la víspera y seguiría lloviendo a lo largo de la semana, la lluvia de ella muerta era igual a la de ella viva, la misma indiferencia en las voces de la pita, la misma indiferencia distraída sin querer y sin no querer de siempre o más allá de querer y no querer porque querer y no querer vienen antes de las personas, no vienen entre las personas ni después de las personas, son algo de fuera, un envoltorio, los fragmentos de una piel seca, y entonces en la tarde en la que Pedro, que hablaba por lo que no hablaban mi padre y mi hijo por no tener qué decir, quiso saber...

—Me quiere, Isabel, ¿no?
Decidí decirle:
—Te quiero [p. 501].

La cita hacia el final de la obra es más larga por dos razones: para que se vea el efecto de ir ampliando el párrafo con el objeto de dar la sensación de que el argumento se va colmando en el molde prefijado y para hacer ostensible, por ese camino, la persistencia de lo que queda después del suceso, de lo que permanece como restos del día cuando todo se da por concluido. La de *Manual de inquisidores* es una literatura de ausencias, la ausencia de los otros a través de la persistencia de las cosas. La de Lobo Antunes es una literatura de atmósferas, la más difícil de las literaturas, la de Dostoievsky en general, la de Uwe Johnson en *Las citaciones sobre Jakob*, la de Norman Mailer en *El fantasma de Harlot*, con la línea de separación a medio borrar entre el mundo de lo real y el sobremundo por el que divagan fantasmas y fantasmagorías.

Prometí al comienzo que diría en qué consistía la literatura de Lobo Antunes y a qué metodología obedecería, pero llegado a ese punto y sazón, creo que eso no es posible. En Lobo Antunes lo que es y lo que parece se dan simultáneamente, la fisonomía es aquí el hombre interior. Los modos existenciales mediante los cuales se mueven los personajes son al mismo tiempo los rasgos que los definen, que los constituyen, sin línea fenomenológica de separación, logrando un todo que actúa como expresión definitiva de contemplación, como una atmósfera —según queda apuntado— hecha con las obras del resto de los días.

¡Casi nada!

***El Nacional*, 28 de febrero de 1999**

La nueva patria

Alberto Barrera Tyszka

Más que un verbo es ya una vocación. Ahora todo el mundo quiere «refundar». Lo que sea. Pero cuidado con quedar fuera de la nueva moda. Llegó la hora de refundarlo todo: la nación, el país, el sistema, la economía y no seguimos con los tres puntos suspensivos para no terminar hablando sobre la urgente necesidad de refundar Los Criollitos o la Fundación de los Niños Pobres del Páramo.

No tengo la sabiduría ni la paciencia que distinguen a Alexis Márquez en su oficio de hurgar en las palabras. Mis inquietudes, por lo general, aterrizan rápidamente en las páginas de la vigésima primera edición del Diccionario de la Lengua Española. En la versión que yo tengo, al menos, la palabra «refundar» no está. Se ha fugado. Y no lo digo por pretensiones puristas. Gracias a Dios, hay más palabras en la calle que las que tiene apenas capturadas la Real Academia. Lo digo por simple ejercicio de la ignorancia o del sentido común. El término «refundar» me resulta incoherente, bastante zonzo.

Veamos lo que dice, por ejemplo, Aristóbulo Istúriz esta semana: «Ante un modelo político que se derrumbó, es necesario crear un cambio estructural que permita la refundación de la patria». Hay dos posibilidades. Primera: uno asiente, como degustando cada palabra, enjundioso, serio, en plan de «¡vaya, qué interesante!». Segunda: uno se detiene seriamente y trata de entender lo que le están diciendo. Un modelo político hecho pomada, sí. Es cierto. La necesidad de un cambio estructural, cómo no. Eso hasta lo comparte Marcel Granier... Y la refundación de la patria. Suena bonito, pero qué carajo quiere decir.

Nada. Lo creo sinceramente. Es una palabra tonta y muy pretenciosa. Una palabra —por mucho que la tiñan con gritos de batalla— muy sifrina, muy de nuevo rico en la política. Ahora vamos a refundarlo todo. Es parte del vocabulario del nuevo populismo. Es la tentación grandilocuen-

te. Si algo ha demostrado el actual Gobierno es que no tiene capacidad de enfrentar la realidad, de transformar en ningún sentido la situación económica. Hasta ahora no ha movido una pestaña. Y el PIB tiene una caída peor que la que tuvo en México cuando la famosa crisis del efecto tequila. Lo único que han hecho hasta ahora es —justamente— nombrar esta realidad de otra manera. Solo eso.

No se trata de refundar nada. Y menos a la velocidad con la que trabajan. Solo están día a día ensayando otro bautismo. Ayer era la Quinta República, hoy es la Refundación de la Patria. Cada quien necesita algo para sobrevivir a su propio vértigo. Chávez necesita de esta retórica redonda y pomposa. Tan de gloria carlosandrecista. Tan útil para soñar, para seguir creyendo que todo es horizonte.

Hoy no va a terminar la campaña electoral del presidente Chávez. Ya es hora de convencernos. No. Chávez no está en campaña. Nosotros estábamos confundidos. El asunto es aún peor: no está en campaña, esa es su forma de gobernar. Y así lo hará. Siempre. Con o sin oposición. Cada semana tendremos un nuevo enemigo y un nuevo cielo. Como el 5 y 6, pero a lo grande. Con Bolívar y Reyna Lucero jugando en llave. Es la magia verbal. El discurso convertido en liturgia. El milagro de la paradoja: siempre es más fácil refundar la patria que atacar el desempleo.

Sin embargo, hoy, supuestamente, comienza la nueva patria. De un día para otro, el país que celebró al gocho en el 73, el país 4,30 que viajaba a Miami a cada rato, el país del Ejército corrupto y cómplice. De un día a otro, todos vamos a amanecer distintos, refundados. Y deberíamos organizar de inmediato un nuevo censo para saber con exactitud si —por casualidad— queda un rastro de pasado en algún lugar, en alguna casa. Buenos días: ¿ustedes ya fueron refundados?

Nuestra inocencia también es cruel y conmovedora: somos el único país que cree que solo necesita un domingo para cambiar.

***El Nacional*, 25 de julio de 1999**

Del Bolívar para todos al Bolívar para Chávez

Inés Quintero

El Congreso de Venezuela aprobó en 1842 la repatriación de los restos de Bolívar. La decisión tenía como propósito realizar un acto de justicia a quien había sido expulsado del país y acusado de ser enemigo del nacimiento de la república.

A partir de allí no hubo más enfrentamientos en torno a su actuación. Bolívar era devuelto a la patria y en el mismo acto se sanciona la reconciliación de la nación alrededor de su héroe máximo.

Cuatro décadas más tarde Guzmán Blanco preside el centenario de su nacimiento. La ocasión es propicia para reforzar el proyecto de la unidad nacional: junto con el Himno y los símbolos patrios, la figura de Bolívar permite convocar a los venezolanos al proyecto de orden y progreso del «Ilustre Americano».

Una nueva conmemoración, esta vez el centenario de su muerte en 1930, es el pretexto que permite a Juan Vicente Gómez apoderarse del héroe y asociarlo a los logros del régimen. La cancelación de la deuda externa es el hecho que pone término a la obra de los libertadores: si Bolívar la liberó políticamente, Gómez lograba su independencia económica.

López Contreras inventó las Cívicas Bolivarianas para mantener vivo el recuerdo del Libertador. Marcos Pérez Jiménez construyó el paseo de Los Próceres y con la Semana de la Patria revivía todos los años la hazaña iniciada en 1810.

Carlos Andrés Pérez recorrió el mundo promoviendo un nuevo orden económico internacional, pretendía dar visibilidad y cumplimiento a la vocación integracionista del Libertador.

Luis Herrera Campíns presidió la apoteosis del bicentenario en 1983. La inauguración del Metro de Caracas y los Juegos Panamericanos constituyeron la máxima ofrenda al prócer de la patria.

«No es, pues, un hecho novedoso ni alarmante la utilización indiscriminada de Bolívar para los fines más diversos. Es más, podría afirmarse que los venezolanos nos hemos acostumbrado a vivir con ello». *Inés Quitero*

El culto a Bolívar es, pues, un hecho consumado entre nosotros. Todos los mandatarios han hecho uso de Bolívar. Todos los 24 de julio, invariablemente, hay sesión solemne en el Congreso, visita al Panteón, ofrenda floral, misa en la Catedral y exégesis a su obra.

Los gremios, las instituciones públicas y privadas, los partidos políticos, las organizaciones sindicales y empresariales, en sus aniversarios, acuden a la plaza Bolívar a dejar testimonio de admiración y respeto al creador de la nacionalidad.

De los variadísimos contenidos de su correspondencia, discursos, decretos y proclamas se ha hecho el más disímil uso. Bolívar ha sido útil para la promoción del turismo, campañas conservacionistas, la lucha contra la corrupción. Se le ha vendido como periodista, promotor de la industria textil, pionero de la zona franca y el libre comercio y figura emblemática de la campaña nacional de sustitución de importaciones, en la que, con el ceño fruncido y conminatorio, les decía a los venezolanos: «¡Consume lo que tu Venezuela produce!».

No es, pues, un hecho novedoso ni alarmante la utilización indiscriminada de Bolívar para los fines más diversos. Es más, podría afirmarse que los venezolanos nos hemos acostumbrado a vivir con ello.

Las advertencias que desde el mundo académico se han realizado para desnudar las infaustas consecuencias que entraña el culto al héroe no han tenido eco. Tampoco han sido atendidas las denuncias que pretenden desenmascarar la funesta tergiversación de los postulados del Libertador para adecuarlos, de manera anacrónica, a circunstancias que no se corresponden con las de su tiempo.

Las alusiones de Chávez al discurso del Libertador, sus frecuentes citas al ideario bolivariano, el llamado «Plan Bolívar 2000», no constituyen, por tanto, una práctica inédita, ni se distancian de lo que los venezolanos hemos vivido desde 1842.

Sin embargo, no sucede lo mismo con la oferta constitucional de cambiarle el nombre al país por el de República Bolivariana de Venezuela, sencillamente porque desde el mismo momento en que el bolivarianismo se convierte en postulado de obligatorio cumplimiento, cuando por capricho del jefe del Estado y con la anuencia de unos acólitos constituyentes a todos los venezolanos se nos transmuta en apóstoles de una determinada liturgia bolivariana, se nos enajena y se nos priva de lo que ha sido el principal atributo del bolivarianismo que ha imperado entre nosotros: su carácter voluntario, versátil, creativo y realengo.

Un Bolívar capaz de ajustarse a la medida de cada venezolano, de acuerdo a su propia visión del héroe y no a los designios de este o cualquier jefe de Estado.

***El Nacional*, 28 de noviembre de 1999**

Lectura de una épica de la derrota

Manuel Bermúdez

En su reciente publicación, *Historiografía y ficción en la narrativa de Denzil Romero* (Fondo Editorial Río Cenizo, 1999), el investigador y crítico Antonio Isea aborda el amplio campo novelesco de Romero sobre Miranda, el cual tiene como *genotexto* las memorias del Generalísimo y el *Miranda en La Carraca* de Michelena, y como *femotexto* el discurso narrativo del autor, donde se mezclan la realidad histórico-biográfica de Miranda y la ficción novelesca de Romero, en un mural de palabras y códigos semiológicos que van del barroco a lo romántico y de la sátira a lo grotesco.

En una breve introducción, Isea sitúa al lector frente a la perspectiva crítica de la novela histórica venezolana. Luego va dando su visión de la lectura crítica sobre los temas de sus obras: *La tragedia del Generalísimo*, *Grand Tour*, *La Carujada*, *Amores, pasiones y vicios de la Gran Catalina* y *La esposa del Dr. Thorne.*

La lectura de Isea sobre la obra de Romero es una lectura semiótica, muy norteamericana: porque sigue sin nombrar los niveles sintáctico, semántico y pragmático de Charles Morris. Los cuales actualizan los neoescolásticos: gramatical, lógico y retórico de Charles S. Peirce. En el trabajo se entera uno de la proyección semántica e histórica del personaje que se analiza; y de la metodología o punto de vista con que lo analizan otros críticos o lectores. Toda esta enunciación o visión pragmática del análisis se resume en el siguiente enunciado: «Lo barroco y las paradojas de la reescritura historiográfica en *La tragedia del Generalísimo*».

En el análisis de *Grand Tour*, Isea usa escritura periodística y culta a la vez. El *tour* se convierte en un viaje literario e histórico, que recuerda antiguos y modernos viajeros, desde el Ulises de Homero, hasta el Leopold Bloom de Joyce. Y cada uno de ellos representa un código inicial o simbólico de un espacio y de un tiempo. Y tienen, por supuesto, un mensaje diferente. No es igual el mensaje de Colón al de Sir Walter Raleigh. Ni el

de Dante al de Tristram Shandy. La semántica del viaje en este ensayo crítico tiene un toque de magia y de significación, por el encuentro fortuito de Isea, Romero y Miranda. Los tres, por obra del azar histórico-literario, crean una semiosis, donde la obra de Denzil (*Tour*) es el signo o *representamen* de alguien llamado Miranda, que viene a ser el *objeto* del que Isea capta un significado, que se convierte en *interpretante,* según la teoría semiótica de Peirce.

De esta manera la lectura de Isea adviene en una cadena interpretativa, donde los ensayos restantes se pueden resumir en los siguientes enunciados: Capítulo III. «Discurso picaresco y reescritura en *La Carujada»*; Capítulo IV. «Recreación dieciochesca y problematización de la hegemonía discursiva en *Amores, pasiones y vicios de la Gran Catalina*»; Capítulo V. «Lo erótico y la recontextualización del sujeto femenino como claves para problematizar lo histórico en *La esposa del Dr. Thorne*». Este libro nos muestra la lectura de una épica de la derrota en la obra de Romero, que se precipita, como el Orinoco, de lo alto del Churún Merú, se encumbra en la Torre Eiffel y se regresa, haciendo escala en la Estatua de la Libertad.

***El Nacional*, 25 de julio de 1999**

Pruebas, por favor

Paulina Gamus

Eso pedíamos, ante las denuncias de ajusticiamientos el 27 y 28 de febrero del 89, los oficialistas de entonces, y eso piden ante las denuncias de ajusticiamientos en Vargas, a partir del 16 de diciembre del 99, los oficialistas de ahora.

Como se observa a primera vista, el paso de diez años, el hundimiento del puntofijismo con sus partidos incluidos, la llegada de la revolución y de su hija dilecta la Quinta República, con su dilatado parto de la Constitución más avanzada en materia de derechos humanos de toda América Latina, quizá del mundo entero, no han contribuido en mucho a cambiar el libreto de esta tragicomedia nuestra.

Lo único que cambian son los actores. Los que antes vociferaban desde la galería denunciando miles de asesinatos y tropelías de toda índole, están ahora en el escenario y les corresponde cumplir su papel de defensores a ultranza del régimen. Pruebas piden. ¿A quiénes acusaban entonces, sin pruebas por supuesto? A las Fuerzas Armadas sacadas a las calles de Caracas para que pusieran fin a los saqueos. A esas mismas que hoy, llamadas en singular, son señaladas de haber ejecutado sin fórmula de juicio a todo aquel que fuera o pareciera un saqueador o violador en el estado Vargas. El público tampoco parece haber cambiado mucho: en aquellos días de marzo del 89 cualquier encuesta hubiese revelado la inmensa popularidad de los hombres de uniforme que pusieron fin al caos. Igual sucede hoy: encuestas radiales y hasta remitidos en la prensa escrita elogian los excesos y violaciones de la Constitución nuevecita porque tenían como fin restituir el orden. Poco hemos aprendido como colectivo del respeto que merece la vida humana en cualquier caso y circunstancias.

¿Nada cambió? ¿Una década de turbulencia política y esta revolución que hipnotiza a la mayoría han sucedido sin dejar huellas? A simple vista, decíamos, pareciera que es así, pero no siempre lo que parece es. Veamos:

1. Los vociferantes de ayer, los supuestos defensores de los derechos humanos, los que lanzaban al vuelo cifras de muertos, que pasaban de dos mil o tres mil, eran politiqueros de oficio, nada menos que los precursores de la Quinta República. Los que acusan hoy son las ONG que llevan años en una lucha sostenida y valiente por la defensa de los derechos humanos y los periodistas que reciben denuncias y tienen pleno y universal derecho a mantener el secreto de su fuente. La oposición, si es que existe, no abre su boca.

2. Había un Congreso por donde desfilaron, sin arrogancia unos y sin miedo otros, acusados y acusadores. Las interpelaciones a ministros, generales y jefes policiales sentados en el banquillo por diputados y aspirantes a serlo se hicieron a la luz pública y allí acudían, sin necesidad de ocultar sus nombres ni rostros, los familiares de los muertos y desaparecidos. Hoy, nada menos que Tarek William Saab les garantiza a estos últimos confidencialidad y respeto a sus vidas. Y, la tapa del frasco, el presidente Chávez ofrece su vida a cambio de la de ellos si algo les pasa. ¡Se busca un denunciante para otorgarle el premio al suicida del año!

3. En aquellos días del 89 se realizó la exhumación de los cadáveres arrojados en la fosa común de La Peste. No apareció ni uno más de los que contabilizaban las cifras oficiales. Las circunstancias hacían casi imposible ocultarlos. ¿Quién, cómo y dónde buscará hoy a los supuestos ajusticiados de Vargas?

4. El entonces presidente, quien a pesar del mote de «Locoven» nunca sumó a sus extravagancias la de vestirse con uniforme militar ni a su discurso el ser un devoto del respeto a los derechos humanos, jamás interfirió en las investigaciones, jamás pretendió acallar a los denunciantes, jamás descalificó a los acusadores ni amenazó a los periodistas. El de hoy, ya ustedes saben: fíjense en lo que hago y no en lo que digo, y al revés, que para el caso es lo mismo.

El Nacional, **30 de enero de 2000**

La perversión del gusto

Alberto Soria

Se nace bebiendo leche, sentenció en tiempos de la Revolución Francesa el primer cronista gastronómico de la historia, Anselmo Brillat-Savarin. En su *Fisiología del gusto* de finales del siglo XVIII fue el primero en quitarle a la aristocracia de la época el buen argumento de que es asunto de apellidos y figuración social. Y el primero en sostener que el sibaritismo no es un don, sino el resultado de un proceso.

El sentido del buen gusto en la mesa no es un asunto de dinero, sino de información y vivencias. Si usted lo prefiere, de panas. Contra lo que habitualmente se cree, en la posmodernidad, gente con ganas de buena mesa sobra. Si lo duda recorra las librerías. Advertirá la enorme oferta y demanda de conocimiento culinario, que no existía, por ejemplo, hace quince años.

Lo que en realidad no abundan hoy son las conductas *gourmet*, y por tanto sus mesas.

Pasa con esas mesas lo mismo que con los teatros. No es problema de demanda. Para que abunden, hacen falta profesionales y empresarios que sepan del tema. Sobre la explosión de banalidad en la mesa pública venezolana ya hemos escrito y documentado lo suficiente. Hablemos por tanto de las conductas.

¿Por qué los adolescentes hoy prefieren la comida chatarra al sándwich *gourmet*? Porque hay poco esfuerzo social por enseñarles a comer bien. O porque los esfuerzos familiares para educar su paladar pierden por paliza ante la ofensiva publicitaria del *fast food* y la comida chatarra.

En las mañanas, un número importante de niños y adolescentes de la posmodernidad nacional no tienen mamá, tienen panadería. En las infernales madrugadas a las que se someten los escolares venezolanos, el cachito ha sustituido a las mamás.

En las tardes, los estudiantes jóvenes no tienen abuela, sino nevera. Meriendan lo que quieren. Y lo que quieren es lo que ven en la televisión.

Una reciente investigación sobre los hábitos de menores de doce años en familias de profesionales exitosos, demostró que los niños no asocian el concepto de comida al concepto de familia. El fenómeno se entiende cuando les preguntamos qué comidas fantásticas recuerdan de sus cumpleaños. La mayoría reveló, con gozo, que sus papás les festejan los cumpleaños en cadenas norteamericanas de hamburguesas. Hamburguesa es sinónimo de comida sabrosa en la mente infantil y juvenil. No mamá, ni abuela. Esas mismas hamburguesas son las que anunciaron a sus accionistas, en la reunión anual de marzo 98 en Orlando, que el concepto de salud les había hecho daño a los dividendos. «La empresa revertirá la decisión que tomó bajo la presión de grupos defensores de comida saludable y aumentará el contenido de grasa en sus batidos de leche», reveló entonces *The Wall Street Journal.*

Hace dos décadas, una exitosa campaña publicitaria creó conciencia ciudadana con una pregunta sencilla: ¿sabe usted dónde y con quién están sus hijos?

¿Sabe usted qué comen sus hijos? Aunque nazca con tetero de oro, la probabilidad de que antes de llegar a la adolescencia le hayan condicionado el gusto es enorme, descomunal. Porque mamá, papá y abuela han perdido terreno en la cocina y en la mesa.

La perversión del gusto es un mal cercano, de este siglo.

***El Nacional*, 27 de febrero de 2000**

Un hondo desprecio por el pueblo

Manuel Caballero

En su magistral ensayo *Politics and English Language*, George Orwell sostiene con copia de argumento que hablar bien la propia lengua no es un problema académico sino político, que hablarla mal mucho más cuando hacerlo es voluntario, es una actitud extremadamente reaccionaria. Traía a colación diversos ejemplos, pero, como es lógico, ponía el acento particularmente en el lenguaje político.

Recuerdo que remataba sus varios ejemplos con uno del lenguaje de los comunistas estalinistas, esa tiesa logomaquia que los franceses llaman *langue de bois* (lengua de madera) y que le resultaba al escritor tanto más escandalosa e inaceptable por provenir de un movimiento supuestamente revolucionario.

Que algunos querían adoptar

Por su parte, en un texto donde insurgía contra la procacidad del lenguaje que algunos revolucionarios querían adoptar para acercarse al pueblo, Trotsky asumía una posición similar. El hombre a quien Lenin llamaba «La Pluma» se rehusaba a caer en una tonta adoración del *mujik*, halagando y, peor aún, asimilando todos sus vicios, entre ellos la lengua gruesa y el vodka torrencial.

Ninguno de los dos autores citados tenía nada de un pulido académico: Orwell casi deja el pellejo en la guerra de España, y de Trotsky se conoce bien su vida de conspirador incansable, devorado al fin por esa revolución que tanto soñó y ayudó a parir. Sobre todo, ambos eran revolucionarios auténticos, hombres cuya vida y cuya obra se consumió en la defensa de las clases más desposeídas, las que una incomparable e intraducible expresión inglesa llama *underdogs* (los que están por debajo de los perros). Y sin embargo, se negaban rotundamente a emplear el lenguaje de los bajos fondos para ganarse la simpatía de los arrabales. Lenguaje que, por cierto, se suele ligar en el imaginario social con la vida de cuartel.

Los demagogos más reaccionarios

En contraste con ellos, los demagogos más reaccionarios suelen emplear ese lenguaje, hablado o corporal, para halagar a su auditorio. Revisando alguna prensa de la época, recordamos haber visto alguna vez una foto de Benito Mussolini inaugurando un puente. Al cruzarlo, el *Duce* se hacía retratar oprimiendo con su mano el testículo izquierdo, gesto bien conocido para conjurar el mal ojo: los jerarcas fascistas celebraban el genio a la vez populachero y machista del histrión romanés.

Por su parte, Perón era también muy dado a lo mismo. No solamente en la utilización del lenguaje de germanía, sino en su gestualidad: no desdeñaba, tanto él como la frágil Evita, hacer con los brazos lo que los españoles llaman «corte de manga», equivalente de la no menos españolísima «puñeta».

¿De dónde viene eso? ¿Es verdaderamente signo de «acercamiento al pueblo»? Se puede decir que sea exactamente lo contrario. Así como la más elemental pedagogía enseña que no se debe hablar al niño en una lengua mocha que lo imita, pues de tal manera nunca conocerá otra, igual puede decirse de ese lenguaje y su utilización popular.

En los culebrones

Durante mucho tiempo, esa imagen del pueblo entre bobo y procaz ha provenido menos de su propia entraña que de quienes lo observan desde afuera y que a la vez lo desprecian y buscan manipularlo. No hay sino que verlo tal y como durante tantísimo tiempo ha aparecido en los culebrones de televisión (y antes, de la radio): entre buenote y tonto de capirote, aborrecedor de todo lo culto y con un lenguaje entre monosilábico y escatológico.

Ahora bien, que esa sea la imagen que tengan del «pueblo» algunas insulsas pupilas de internado decimonónico, se comprende (aunque esas niñas ya casi no existan como no sea en la revista *¡Hola!*). Pero que esa imagen sea compartida por quienes se pretenden revolucionarios y, más aún, por quienes pretenden estar jefaturando una «revolución», lo que parece indicar es que están tan desfasados como aquellas chiquillas de caricatura y que, en resumidas cuentas, son tan reaccionarios como ellas o, peor aún, más estúpidos.

Negar que sea ajeno

No pretendemos, ni mucho menos, que tal lenguaje sea ajeno al habla

popular: lo que negamos es que le guste y sobre todo que rechace escuchar cualquier otro. Eso equivaldría a pensar que la gente que vive en la miseria lo hace porque le gusta y no tiene la menor gana ni intención de salir de allí. Es negarle todo deseo de superación individual y colectiva, halagando esa tendencia inaceptable, y que tanto daño ha hecho en la historia venezolana, de la igualación por abajo; esa misma que hacía que Tiburcio, aquel conocido adivino de las hordas de Martín Espinoza durante la Guerra Federal, incitase a seguir al general Zamora para matar en Caracas a todos los ricos, a todos los blancos, a todos los que supiesen leer y escribir.

El Universal, **26 de marzo de 2000**

Aunemos esfuerzos

Roberto Ruiz

Cuando el próximo 3 de diciembre tengan efecto las elecciones municipales estaremos asistiendo a la culminación de una de las más importantes etapas de la historia electoral de Venezuela, pues a partir de 1998, amén de haberse organizado siete consultas electorales, se han operado importantes cambios tecnológicos, jurídicos, administrativos y políticos.

En efecto, en los procesos del 8 de noviembre y del 6 de diciembre de 1998 se inicia la automatización que trae consigo logros en la celeridad de los comicios, los escrutinios, la totalización y la proclamación, así como la rápida divulgación de los resultados electorales. Lo que nos coloca a la vanguardia de los procesos electorales en América Latina. Hay que destacar además la cuantía y fuerza de la participación ciudadana y la objetividad, eficiencia e independencia del Poder Electoral. De esto han dado testimonio las distintas misiones de observadores internacionales presentes en los procesos.

Entre 1998 y este año 2000, hemos vivido la más intensa actividad electoral de toda nuestra trayectoria republicana. Dentro de unos días realizaremos el tercero de los procesos electorales del año 2000.

Las elecciones del 30 de julio, con la consiguiente relegitimación parcial de los más importantes poderes del Estado, según el balance realizado por el mismo ente electoral y coincidente con la opinión ampliamente mayoritaria del país, constituyó un indudable éxito, pues pese a los inconvenientes, errores y omisiones, alcanzó la legitimidad que les confiere el reconocimiento de los resultados. Añádase a esto el hecho de que los reclamos e impugnaciones sobre inconsistencias han sido procesados siguiendo los requisitos de ley y atendidos con celeridad por este organismo. Así mismo el resultado de las auditorías electorales ordenadas por el Consejo Nacional Electoral y realizadas el pasado agosto constituye un soporte técnico confiable para demostrar la consistencia de los resultados de julio. Del análisis comparativo de los resultados ob-

tenidos tanto de la empresa DFK International y la Dirección de Auditoría del Consejo Nacional Electoral, se aprecia que para la elección del presidente de la república el cálculo de error promedio a nivel nacional es de tan solo 1,26 %, mientras que en el caso de gobernadores y alcaldes se sitúa en 0,949 % y en 0,51 %, respectivamente, en muestras aleatorias de mesas seleccionadas por sorteo en todo el país y en presencia de variadas instituciones públicas y privadas. Como puede observarse, el margen promedio de error no es significativo. Igualmente es propicio subrayar la presencia y opinión de los observadores internacionales quienes representan organismos como la OEA, la Misión de Observadores Internacionales, el Centro Carter, Capel, Uniore y los representantes de las embajadas acreditadas en el país.

Ahora, para culminar la fase de renovación y relegitimación de los poderes públicos del país, tendremos que concurrir a las mesas electorales el próximo 3 de diciembre, día en el cual elegiremos los 335 concejos municipales y a sus 2.349 integrantes, seleccionados de los 37.358 candidatos, 977 juntas parroquiales con 3.184 cargos y 32.327 candidatos, para un total de 72.685 postulados.

Estas elecciones municipales tienen especial significación, dada la importancia que el nuevo ordenamiento jurídico concede a la gestión municipal y al proceso descentralizador de la administración pública, que es definido por la Constitución Bolivariana como la principal estrategia para acceder a la democracia participativa y protagónica, para acercar el ejercicio del poder a las bases populares y para impulsar el desarrollo y la transformación del país.

Además, la Asamblea Nacional tomó la iniciativa de solicitar un referendo sobre el tema sindical que se llevará a cabo conjuntamente con las elecciones municipales.

En consecuencia, hacemos un llamado a la ciudadanía a cumplir con el deber primario de la democracia, votar, y a todas las instituciones del país, particularmente las representativas de la sociedad civil, a aunar esfuerzos con el Consejo Nacional Electoral para que estas elecciones del 3 de diciembre sean, por sus resultados transparentes y confiables, una contribución al rescate de la credibilidad institucional como fundamento de la confiabilidad del sistema democrático.

***El Nacional*, 26 de noviembre de 2000**

Gobierno virtual y Gobierno real

Fernando Luis Egaña

Una definitiva novedad del régimen chavista es que ahora en Venezuela tenemos dos Gobiernos nacionales. Uno real y otro virtual. El primero se refiere a lo que hace y deja de hacer el aparato ejecutivo del Estado: el «performance» verificable de la administración pública. El segundo tiene que ver con lo que dice y reitera el presidente Chávez desde su plataforma massmediática: en especial, cadenas «bolivarianas» y *Aló, presidente*. No son solo distintos sino hasta contradictorios. Se desarrollan en paralelo y por lo general tienen pocas o ningunas conexiones entre sí.

En el Gobierno virtual, por ejemplo, Chávez ha anunciado y explicado al por menor ocho planes nacionales de empleo. La pantalla se ilumina con infografías e imágenes de trabajadores laborando en campos y fábricas, y el presidente describe de forma minuciosa dónde y cuántos empleos se van a crear por obra de tales o cuales programas específicos. El último «plan» fue presentado en cadena el pasado abril bajo el nombre de Simón Rodríguez.

El Gobierno real, sin embargo, revela una situación exactamente contraria. De acuerdo a la OCEI —ahora Instituto Nacional de Estadística (INE)— el desempleo ha crecido sostenidamente de 11,5 % en febrero de 1999 a 14,5 % en junio de 2001. En otras palabras, se han perdido en promedio 500.000 puestos de trabajo en dos años y medio. Incluso, desde el lanzamiento «virtual» del Plan Simón Rodríguez hasta la fecha, la tasa de desocupación se elevó 1 %, es decir 100.000 nuevos desempleados.

Puede seleccionarse casi cualquier área de la acción gubernativa y probarse, con datos oficiales, esa bifurcación esquizofrénica entre el Gobierno real y el virtual. En la semana de las cumbres de Mercosur y la Comunidad Andina, del 18 al 24 de junio, mientras el presidente Chávez dedicaba largas horas televisivas a proclamar su compromiso integracionista, la ministra de Comercio Exterior de Colombia, Marta Lucía Ramírez, declaraba en Caracas que la «alta comisión de integración binacional»,

anunciada varios meses antes en la reunión Chávez-Pastrana de Ciudad Guayana, no había podido constituirse porque el Gobierno venezolano no designaba a sus representantes.

Así tenemos que del «sector bancario revolucionario» —Banco del Pueblo, de la Mujer, de las FAN y Banco Nacional de Desarrollo, tan detalladamente difundidos y elogiados en el Gobierno virtual— solo «existe» el primero y de manera penosa, pues apenas dedica 5,8 % de sus recursos a cartera de créditos. Igual ocurre con la seguridad social, los programas de vivienda, la «sobremarcha» económica, el eje Orinoco-Apure, los alcances del Plan Bolívar 2001 y pare usted de contar. Una cosa es la manifestación metódica y tecnificada del Gobierno virtual y otra el marasmo caótico del Gobierno real.

Pero no se trata —como en otras épocas o en otros países— de que los «proyectos o los anuncios» del presidente se llevan mal a la práctica por culpa de la burocracia o por limitaciones políticas o económicas. Algo así como que «Chávez tiene buenas intenciones, pero el equipo no funciona». Nada de eso. Se trata de la existencia establecida y consagrada de dos entidades gubernativas distintas. Una personificada en la virtualidad comunicacional de Chávez: el Gobierno que habita en la cadena de televisión. Otra que anda al garete ya que carece de dirección, organicidad y hasta de jefe máximo.

La obsesión presidencial por el encadenamiento mediático solo se comprende en perfecta lógica porque es allí —frente y a través de las cámaras— que cobra vida el verdadero Gobierno que entusiasma a Chávez. Virtual, individual, en apariencia orgánico y estratégico. El Gobierno del Power Point, para su tranquilidad de conciencia y la del «voyerismo» de sus colaboradores. Cuando termina la transmisión, continúa el otro Gobierno: el de carne y hueso que padecen los venezolanos.

***El Nacional*, 19 de julio de 2001**

Repúblicas venezolanas

Francisco Vera Izquierdo

En la historia venezolana pueden apreciarse periódicamente cambios estructurales profundos, no necesariamente violentos, a los que la manía imitativa venezolana ha dado por llamar repúblicas. Durante tales períodos, la jefatura del Estado casi siempre ha estado en manos de personas distanciadas entre sí, cuando no abiertamente reñidas. Y digo casi porque recuerdo la al menos aparente no beligerancia entre Leoni y Betancourt, pero sin olvidar que este se fuera al exterior durante todo el mandato de aquel.

Cuando el primer período, que podríamos llamar la Oligarquía, formado por Bolívar, Páez y los Monagas, pudo verse el enfrentamiento armado entre estos y Páez, así como el encuentro entre los hermanos Monagas Burgos. Como detalle lateral recordaré cómo la llamada liberación de los esclavos no fue disposición humanitaria sino maniobra de José Gregorio para quitarle las masas al hermano.

Vino después una segunda etapa, como consecuencia del triunfo federal, y fue el Liberalismo Amarillo, con las peleas entre Crespo, Alcántara y Guzmán. A este sucedió el tachirensismo con las sucesivas «reacciones» de Gómez contra Castro, de López contra el gomecismo ortodoxo y de Medina contra López. Sobrevino el 18 de Octubre y con él las guerras entre Pérez Jiménez y Betancourt, Betancourt-CAP, Herrera Campíns-Caldera, etcétera. Y no es aventurando pensar que, si hubiera triunfado Lorenzo Fernández, lo habríamos visto «reaccionar» contra Caldera. Hoy hemos visto cómo, sin sangre, Venezuela entra en otra etapa, que con la cursilería típica del chavismo se ha dado en llamar Quinta República.

A mi manera de ver, tales cambios han sido afloramientos de uno íntimo en el pensamiento político del país, cambio íntimo ajeno a las superficiales diferencias entre superficiales dirigentes. Esos cambios profundos, en cierto sentido, verdaderas revoluciones, sobrevienen apro-

ximadamente cada medio siglo: Oligarquía, Liberalismo Amarillo, tachirensismo y lo que hoy se llama puntofijismo, que, a mi ver, comienza en 1945 y muere más o menos con el siglo.

Pero, a fines de 1947, mi entrañable amigo César González me observaba en Nueva York que los periodos de mando personales duraban más o menos nueve años: Castro, una unidad, Gómez, por sus extraordinarias condiciones, tres, y que los adecos, por su insignificancia, solo durarán un tercio. En efecto, el año siguiente, en su tres, cayeron aquellos adecos. Y algo me hace temer que estemos ante algo similar.

Por mi parte, disto de ver en eso algo favorable. De niño leí el *Sitio de Maguncia*, donde Goethe dice: «Algo hay en mí que me hace preferir la injusticia al desorden». Aquello se me grabó para siempre y no veo mayor desorden que el derrocamiento de un presidente pulcramente elegido. Además, la «oligarquía», como la llama el doctor Chávez, no tiene nada que temer de él. Nunca mejor aplicado aquello de «palabras no quiebran huesos». Además, las clases que realmente están sufriendo con los desatinos gubernamentales son las económicamente media y baja, salvo los pertenecientes a ellas que hayan logrado entrar al Gobierno y que ya, económicamente, han dejado de pertenecerles.

El peligro del doctor Chávez es, a mi ver, otro, y consiste en que la creciente miseria de esas clases provoque un estado de verdadera exasperación, con la posibilidad de poder ser aprovechado por otro elemento de izquierda, con un sentido razonable de hechos y palabras.

***El Nacional*, 19 de junio de 2001**

El antiajuste

Antonio Francés

Las medidas de ajuste anunciadas el pasado martes de carnaval son un intento de salvar la política económica establecida, no una rectificación. Recordemos que la política económica tenía como norte el control de la inflación y empleaba la sobrevaluación del bolívar como principal medio para alcanzarla.

Se puede pensar en positivo y suponer que se trataba de un simple aunque grave error, y que se quería crear un entorno macroeconómico estable para alentar la inversión. Esto es consistente con la obsesión de los ideólogos del régimen con los equilibrios: político, económico, territorial y demás. Como resultado se abarataron las importaciones y se destruyó el empleo formal, sobre todo en manufactura y agro. También se puede pensar mal, o pensar peor, suponer que era un intento deliberado para debilitar la empresa nacional. La sobrevaluación favorece la inversión extranjera, en particular la compra de empresas ya afectadas por las importaciones y el riesgo país. La destrucción del empleo formal no era preocupante para los artífices de la política económica, ya que los desempleados se suman al sector informal formado por microempresarios, los nuevos héroes sociales. De esta manera se armaba un modelo económico basado en pequeños productores apoyados y guiados por el Estado, empresas multinacionales y nuevos empresarios bolivarianos. Los llamados a una política cambiaria que defendiese la producción nacional y una política fiscal que racionalizara el gasto público tenían que caer en oídos sordos.

La merma de las reservas obligó a modificar la política cambiaria, pero se hizo de la peor manera. Entre las opciones estaba modificar las bandas o realizar una devaluación puntual, para luego seguir con el mecanismo de bandas. De esta manera, se hubiese aminorado la incertidumbre. Al anunciar la flotación se la incrementa, de manera que los precios tienden a ser aumentados en exceso y se exagera el impacto inflacionario. La

práctica contable aconseja remarcar los precios, ya que si se mantienen los precios anteriores los comerciantes pierden su capital de trabajo y no pueden reponer la mercancía a los nuevos precios. Esta práctica, sin embargo, es percibida como injusta por los compradores y ofrece una oportunidad de oro para ganar la simpatía de la población persiguiendo a los supuestos especuladores y bajando santamarías. La demanda de dólares está exacerbada por la incertidumbre política y no merma a pesar de la devaluación y de las altas tasas de interés, de manera que es de temer que terminemos con un control de cambios.

La devaluación les da un respiro temporal a los productores nacionales. Dado el alto nivel de capacidad ociosa en casi todas las industrias, es relativamente fácil aumentar la producción. Sin embargo, las elevadas tasas de interés encarecen el capital de trabajo y la caída del poder adquisitivo de los consumidores limitará la demanda, por lo cual no es de esperar una reactivación importante ni un incremento sustancial del empleo formal. La nueva tasa de cambio favorece el incremento de las exportaciones no tradicionales. No obstante, si tomamos en cuenta la incertidumbre tanto económica como política, no es probable que haya un repunte sustancial en la inversión privada este año. La devaluación podría traer un incremento en el número de turistas internacionales, como ha ocurrido en ocasiones anteriores, y un desvío de la demanda nacional hacia destinos internos. Lamentablemente, la turbulencia política y social, reseñada en la prensa internacional, desalentará a muchos visitantes potenciales.

Analistas cercanos al Gobierno han estimado que los nuevos impuestos anunciados pueden representar un escaso 1,4 % del producto interno bruto (PIB). En cuanto a la reducción del gasto propuesta no llegará en el mejor de los casos a 2 % del PIB. La capacidad del Gobierno para imponer la austeridad presupuestaria es bastante dudosa. Con una brecha fiscal de más del 8 % del PIB, la cuenta deberá cuadrar por la vía de la devaluación y la creación de dinero inorgánico, lo cual se traduce en inflación.

El ajuste del 12 de febrero está lejos de señalar un regreso a la sensatez económica como han celebrado algunos analistas. No pasa de ser una reacción improvisada y más bien desesperada para tratar de salvar el pellejo del gabinete económico y del Gobierno en general. En este sentido, más que un ajuste, es un antiajuste.

***El Nacional,* 24 de febrero de 2002**

«Y Dios creó a la mujer»

Henrique Lazo

Pudo haber sido al revés, pero la Biblia nos dice que Dios creó primero al hombre y después de muchas otras cosas a la mujer. Formó, primero, toda clase de animales campestres y aves del cielo y las llevó ante el hombre para que este les pusiera nombres. Entonces, Dios hizo caer sobre el hombre un sueño profundo, y mientras dormía, tomó una de sus costillas y formó a la que habría de ser su compañera: Eva. Ya instalados en el Edén, fue a ella a quien la serpiente convenció de probar el —expresamente— fruto prohibido, y Eva, a su vez, se lo hizo probar al galán de la película. Así, parece, comenzó todo. El día siguiente fue lunes y la actividad comenzó a las ocho de la mañana.

Ha sido el arte un vehículo incalculable de comunicación que nos ha permitido reconstruir al ser humano en sus diferentes épocas. Basta observar las obras para descubrir lo que ha sido del descendiente de Adán en los siglos consumidos. Qué pensaba de sí mismo y cómo era la sociedad que lo albergaba. Cuáles eran sus pasatiempos, sus actividades domésticas y los principios que lo regían. Con respecto a la mujer, la historia cambia. A diferencia de las demás especies, su macho la ha sometido, explotado, humillado y actualmente en los países donde se le rinde culto a la violencia, se le considera un miembro inferior de la familia, incapaz de pensar y de decidir su futuro por sí misma.

«Esclavas en un país de reinas», artículo publicado en la revista *Top*, describe a Etiopía como la nación africana con el catálogo más amplio de soberanas y, al mismo tiempo, es un país que mantiene subyugadas a muchas de sus mujeres en condiciones que rayan con el vasallaje más inhumano. Mujeres que deben despertarse a las tres de la mañana, caminar una decena de kilómetros, evitar hienas y guardabosques para recolectar madera; jóvenes que transportan hasta 60 kilos de piedras y arena a la espalda para construir una represa y reciben a cambio un salario pagado en harina.

La violencia siempre es cobarde. El que la aplica, la aplica por eso: por cobardía y por ignorancia. La violencia no es la partera —es el estiércol de la historia— y los «puercos comen de ella». Dicen los expertos en economía que los índices de seguridad jurídica determinan el nivel de confiabilidad de un país. Se podría afirmar igualmente que el progreso de una nación es equivalente al desarrollo que tiene la mujer que lo habita. Todos los países en los que la mujer está legal y socialmente sometida por el macho de la especie son países con dictaduras y atrasados culturalmente.

El Universal, **27 de febrero de 2002**

Pedro León Zapata, doctor *honoris causa*

Simón Alberto Consalvi

Pedro León Zapata nació al otro lado de estas montañas, pasando el páramo La Negra, un día de febrero de 1920, en la antigua ciudad de La Grita, llamada también del Espíritu Santo. No cabe duda de que esta circunstancia, nacer bajo la gracia del Espíritu Santo, destinó al gran artista a las mil y una aventuras, dotado, además, de genio y de ingenio. Esto es lo que ahora celebramos: la vida y la obra de un venezolano excepcional en quien distingue una sola pasión: la pasión del creador.

Muy joven, cuando apenas tenía dieciocho años, Zapata se fue a México, en 1947, seducido por la revolución y por el arte de los grandes muralistas, y allá vivió, estudió y trabajó hasta 1958, en un ambiente de privilegiados estímulos. En la escuela de La Esmeralda y en el Instituto Politécnico de Ciudad de México, Zapata adquirió los instrumentos esenciales del arte de la pintura y del dibujo, estudios que había iniciado en la Escuela de Artes Plásticas de Caracas.

A su regreso a Venezuela, en 1958, a la caída de la dictadura, proliferaron los periódicos humorísticos. Fueron el campo de batalla del caricaturista, y en las páginas de *Dominguito*, *Una Señora en Apuros*, *El Fósforo*, *Cascabel*, *La Hallaca Enfurecida*, *La Pava Macha*, *El Infarto*, *La Saparapanda*, *El Imbécil*, *Coromotico* y *El Sádico Ilustrado* (dirigidos por él los dos últimos) está registrada su obra incesante de esos años. En la revista *Bohemia* mantuvo su página «Zapata Street», y en *El Nacional* han sido diversos, variados y constantes sus trabajos. Sus «Zapatazos», escritos, pintados, dibujados a lo largo de más de tres décadas, un día tras otro, pertenecen a las mejores hazañas del periodismo venezolano y latinoamericano de todas las épocas.

Pintor, dibujante, caricaturista, mago de la palabra, Zapata es sobre todo y ante todo un intelectual que sonríe ante los riesgos de que sea

considerado como tal. Cuando dibujó la introducción a su libro *Breve historia de lo cotidiano*, tras un retrato de Cervantes escribió: «Llamadme como queráis, menos autor intelectual». Zapata reacciona contra toda presunción y contra toda falsedad, contra prejuicios y lugares comunes.

Zapata tiene una obra tan vasta como singular. Sería abrumador seguir sus pasos, pero señalemos como un momento culminante su exposición «Todo el Museo para Zapata», de 1975, pinturas y obras tridimensionales en el Museo de Arte Contemporáneo de Caracas Sofía Ímber. Como conferencista fue memorable su disertación sobre «El oficio del artista, el arte como trabajo», de 1994, por su sabiduría, su agudeza y su gracia.

Buen número de libros recogen sus pinturas, dibujos, caricaturas, textos, desde *Zapatazos* de 1967, *Las elecciones de Zapata* (1968), *¿Quién es Zapata?* (1978), *Zapata vs. Pinochet* (1980), *Lo menos malo de Pedro León Zapata* (1982), *Zapatazos por Uruguay* (1984), *Zapata absolutamente en serio* (1985), *Breve crónica de lo cotidiano* (1986), *Caracas, monte y culebra* (1987), *Los Gómez de Zapata* (1995), *De la A de Arte a la Z de Zapata* de (1995), *La alquimia de nuestro tiempo* (1997), *El mural de Zapata* (2000) y los volúmenes *Zapata, firme* y *Firme, Zapata* (2002), hasta el último que ya está en camino en Los Libros de El Nacional. No olvidemos (por discreción) *Las celestiales*, conspiración poética y herética de Miguel Otero Silva.

En su ensayo sobre el pintor, Ildemaro Torres analizó personajes y símbolos. Lo que le confiere a las caricaturas de Zapata una dimensión peculiar, que lo vinculan con los grandes escritores de greguerías o de aforismos, como Ramón Gómez de la Serna, es su agudeza imaginativa y su capacidad crítica. La crítica, en Zapata, no es un *hobby*, es una posición ideológica. Una manera de pensar que es su vida y anda con él. «El humorismo (le confió a Ildemaro) es una forma de pensar, hay gente que piensa de ese modo, como hay gente que piensa de un modo catastrófico, hay gente que piensa de un modo apocalíptico, hay gente que es absolutamente seria, es decir, que casi no piensa; y hay vasta gente que tiene ese modo especial de enfocar la realidad, distorsionado, seguramente equivocado, paradójico, indefinible, que se llama humorismo».

«La historia [escribió José Bergamín] se puede falsear de diversas maneras y la más fácil es no contarla ni cantarla como es; o no contarla ni cantarla de ninguna manera». «Hay historia e historias. A veces [continuaba Bergamín] se escriben historias, falsas o verdaderas, para poder escamotear o falsear la historia, la historia de verdad». El escritor hablaba de la vinculación secreta entre la historia y el periodismo: «Hacer historia

del periodismo es como hacer historia de la historia; como arrancarle a la historia viva el secreto estremecimiento de su pulso». Zapata no ha hecho otra cosa que escribir, con lucidez y persistencia ejemplares, la historia venezolana de su tiempo.

Desde 1965 comenzó a publicar sus «Zapatazos» en *El Nacional*, cuando el director Ramón J. Velásquez le abrió las puertas del gran diario de la democracia venezolana. En sus caricaturas está la historia de Venezuela, reflejada como en un espejo. Historia no falseada, no escamoteada. He vuelto a las páginas del viejo periódico para fijar en la memoria sus primeros pasos y para comprobar que Zapata es el mismo de entonces, que los dones de su imaginación son inextinguibles, que sus relaciones con la sociedad y con el poder son irreductibles, y que entre el primer «Zapatazo» y el último alienta una gran pasión por su país, por su libertad y por su gente, fueren cuales fueren los avatares de su gesta y de sus gestos.

«No solo cuentan en el arte de Zapata [pensaba Aquiles Nazoa] la fuerza y maestría incomparable de su dibujo ni solo su imaginación maravillosa, que es a la vez la de un alto poeta, la de un gran novelista y la de un político temible, sino cuentan igualmente los alcances universales de sus realizaciones».

Al conferirle el doctorado *honoris causa* al gran venezolano que es Pedro León Zapata, la ilustre Universidad de Los Andes reconoce su excepcional contribución a la cultura, al arte, al pensamiento y a la libertad en nuestro país.

(Fragmentos del discurso de orden pronunciado en el Aula Magna de la Universidad de Los Andes, al otorgársele a Zapata el título de doctor *honoris causa*, la noche del 21 de febrero de 2002).

***El Nacional*, 24 de noviembre de 2002**

Desempleo e inseguridad

Juan Martín Echeverría

La multiplicación de la corrupción y el desvío de parte de los recursos destinados a políticas sociales, facilitando el enriquecimiento de unos pocos, son delitos que deben ser sancionados, pero los han ido transformando en hechos inexistentes. Atacar con furia los medios de comunicación es sustituir la información y la crítica por el temor, cuando las libertades son capacidades de acción que se pierden cuando no se utilizan con determinación, de allí que el ciudadano deba ejercer a plenitud sus derechos, desde la protesta hasta la desobediencia civil, porque, como acierta Zapata en una de sus caricaturas: «Ellos les tienen más miedo a las cacerolas que nosotros a los cañones».

El país vive una confrontación más profunda de lo que parece a simple vista. Como el iceberg, solo un porcentaje muy pequeño se muestra por encima de la superficie, mientras una estructura colosal permanece bajo las aguas. En materia de desempleo, basta con impulsar las inmensas energías de la población mediante un plan de construcción de carreteras, edificaciones públicas y viviendas; el financiamiento privado se consigue de inmediato, las tecnologías las tenemos y se prepara y recupera la mano de obra, desperdiciada en la economía informal. En cuanto a la inseguridad, es suficiente coordinar los distintos organismos que conforman el Sistema Penal, suministrarles recursos y ejercer un liderazgo, que actualmente se pierde en la confrontación política.

A pesar del discurso gubernamental, Venezuela no es *Alicia en el País de las Maravillas*. Aunque se manipulen las cifras, es falso que millones de venezolanos fueron consultados para la aprobación de las cuarenta y nueve leyes de la Habilitante, es falso que hayan disminuido los índices de pobreza, es falso que la inseguridad haya disminuido y la única encuesta que no miente es la de la calle. Han cambiado las costumbres, el trato, la manera de trasladarse, de vestir y hasta de pensar de los venezolanos, que se sienten acosados y se sorprenden de que, en medio del

fragor político, no se ejecute una estrategia ambiciosa para combatir el desempleo y la inseguridad.

Hay un inmenso deterioro institucional que no se ha detenido y lo que se le pide al Gobierno es que dialogue con la sociedad civil y avance en la dirección correcta.

Es surrealista manifestar afirmando que, en el peor de los escenarios, la situación económica y social está igual a como estaba hace unos años, porque la idea de la revolución y de los cambios es generar empleo y disminuir la inseguridad. Lo cierto es que el oficialismo ha hecho un diagnóstico equivocado y fundamentalista de los males de la nación, utiliza instrumentos inadecuados, divide al país y le resta potencial a la maravillosa conjunción del sector público y el privado trabajando en equipo, con armonía, eficiencia y sentido de nación.

El enemigo es la intolerancia, la imagen de superioridad ante el espejo, el desprecio por el adversario y la repercusión internacional de tantos errores; el amigo es la prioridad absoluta de crear empleos y la lucha contra el delito. El político está expuesto siempre a la desautorización de la sociedad civil y es un lineamiento peligroso mantener un proceso de agitación permanente, que afecta la gobernabilidad, la generación de empleo, la ejecución de los programas sociales y la seguridad jurídica y personal.

El Universal, **31 de marzo de 2002**

Una partera fuera de moda

Antonio García Ponce

Si tuviese que representar en un solo acontecimiento la imagen que sintetizara mejor la violencia chavista, escogería el momento en que cae al suelo Sikiú Mora, una muchacha de veintisiete años, licenciada en Estudios Internacionales de la UCV, bella y frágil como una muñeca de porcelana, al ser noqueada por el puñetazo de un vago de la turba «bolivariana» apostada en la plaza Bolívar. Pero, si fuese el caso de mostrar la raíz misma de esta violencia que no cesa, pondría como ejemplo la arremetida contra la Policía Metropolitana.

La marcha del 11 de abril y la crisis subsiguiente fue el punto de viraje que marcó el fin de una situación dentro de la cual el régimen chavista se movía cómodamente con una conducta de moderada tolerancia política, sin que ello afectara su proceso de cambios. En lo adelante, la carga violenta que supone toda revolución —bien o mal hecha, no importa— tendría que manifestarse con intensidad creciente, a menos que el régimen frenara sus ímpetus. Desnuda de sus atavíos «institucionales», es posible ver fuentes que la nutren y sus actores principales. Como ha sucedido otras veces, el cambio revolucionario revuelve las aguas tranquilas de la sociedad y saca a flote sus virtudes y sus pudriciones. De la resaca social surgen los primeros actores violentos. En el caso venezolano, es típico de tal fenómeno el enjambre de personajes que se aposta en el mero centro de la ciudad. Allí confluyen los vagos y mantenidos de siempre, los que han vivido de «martillar» a los diputados, a los gobernadores, a los concejales, a los altos funcionarios y a los «doctores». Los conocemos de sobra. Ahora, engrosados con los activistas de los «círculos» y alguno que otro joven marcado por la prédica revolucionaria que le hace ver a un Che Guevara en Richard Peñalver y una pasionaria en Lina Ron, están más que dispuestos a ponerle un ojo morado a cualquiera. Su réplica la podemos detectar en los Carapaica, en Los Guerreros de La Vega, a veces con un mayor contenido político, a veces con una mayor agresividad.

Otra fuente que alimenta a los violentos es la presencia, en los mandos del MVR y en sus mejores aliados, de una clase de activistas políticos que ha surgido de una faena de largos años marcada por la competencia grupal, los codazos del arribismo, la impronta clientelar. Ellos, sin ese bagaje de conocimientos que se considera indispensable en la formación de todo dirigente político, y acostumbrados a saltarse las convenciones o ver el cuadro político de acuerdo con sus intereses meramente grupales, han encontrado en el océano chavista el mejor ambiente para mostrar sus cualidades de buenos flotadores. A veces sin quererlo, constituyen una fuente inagotable de generación de la actual violencia o, por lo menos, de su justificación. Me refiero a dirigentes como aquel que se estrenó en su puesto de concejal en 1979 golpeando a un sencillo mesonero, o ese ministro que para analizar un hecho político necesita saber primero «de quiénes son los muertos».

Por supuesto, también están los teóricos de la revolución. Son los que siguen apegados al ente, al viejo apotegma marxista que dice que «la violencia es la partera de la historia». Son los que condenan el terrorismo, pero el terrorismo «blanco», porque están dispuestos a aplicar a veces el «terror rojo». «La revolución tiene que defenderse», dicen. «El resuelto de intervención de la PM va, de todas maneras», dice un ministro, a pesar de que la resolución se vino abajo por su propio peso al renunciar quien iba a ordenar lo desordenado y volver a su cauce las aguas desbordadas. Son los promotores sofisticados de la violencia, no la de los puñetazos, ni de los encapuchados, ni de las puertas desguazadas, ni de los cohetones «Bin Laden». Es la violencia para poner de pie a las «famélicas legiones», hacer añicos el pasado y lograr que surja el nuevo orden de cosas.

De todas maneras, es una violencia condenada al fracaso. Luego de la caída del Muro de Berlín, la disolución de la Unión Soviética y los atentados terroristas del 11 de septiembre en Estados Unidos, quedó atrás, como chatarra, lo que fue una vez el claro clarín de la revolución. El caso venezolano está demostrando, de modo palmario, que «el proceso revolucionario» es un cuerpo extraño en la sociedad, un absceso con sus estremecimientos y escalofríos de dolores y fiebres violentas. Por fortuna, el rechazo multitudinario de los venezolanos logrará sofocarlo.

***El Nacional*, 24 de noviembre de 2002**

«Failing State»

Gustavo Linares Benzo

La primera función del Estado es el orden público. Antes que cualquier otra cosa, el Gobierno debe garantizar un mínimo de protección a la vida y a la propiedad de los ciudadanos. Fallar en esta tarea es abdicar de su función más básica. A partir de 1999, Venezuela se encumbra aceleradamente dentro del *ranking* mundial de delitos, especialmente de homicidios. Veamos algunas estadísticas.

Europa es la zona más tranquila del planeta. Suiza presenta 2,41 homicidios por cada cien mil habitantes; España 2,90. Estados Unidos, la sociedad opulenta más violenta, llega a 5,61. En América Latina, el Cono Sur muestra las mejores cifras, con Chile en 4,89 y Argentina en 8,24. El fenómeno colombiano, por el contrario, no conoce parangón mundial, literalmente se matan unos a otros para llegar a un astronómico 69,98 asesinatos por cada cien mil personas. Dejando a un lado a nuestra hermana república, Venezuela está ya rondando los 38; la última cifra oficial, del año 2000, es ya de 33,2.

Lo asombroso es observar cómo hemos llegado a esos niveles de violencia. En 1997, teníamos 19,76; en 1998, 21,1. La llegada de la revolución bonita ha significado, entre otras cosas, el aumento de la criminalidad más espectacular de nuestra historia.

Dos causas pueden ensayarse como explicación. En primer lugar, en 1999 entró en vigor el Código Orgánico Procesal Penal, un enorme avance de civilización, sin duda, que produjo a su vez la salida a la libertad de un sector muy importante de venezolanos que hasta entonces estaban tras las rejas. Aunque se desconocen estudios sobre el punto, es obvio que una de las razones del aumento del crimen se debe a esta camada de exconvictos en libertad. Sin embargo, hubo tiempo para prever esta realidad, consecuencia del respeto de derechos básicos de esas personas. Por supuesto, el Gobierno chavista no tomó en cuenta lo que se le venía encima.

Por otro lado, está la ineptitud esencial del régimen y su labor destructora de cuanta institución había. Hemos visto así sucesivas y fallidas reestructuraciones de la policía científica, con el ya acostumbrado cambio de nombre. Además, el manejo de las policías de orden público ha sido en sí mismo criminal; ya se ven los frutos de la agresión a la Policía Metropolitana, que ha dejado en manos del hampa la ciudad capital.

Sobre todo, el discurso violento del presidente está produciendo resultados. A la justificación expresa de la violencia se une la depauperación progresiva de los venezolanos que ha logrado la actual administración, caldo de cultivo inmejorable de la criminalidad.

Cada vez nos parecemos más a Nauru, esa minirrepública del Pacífico que ya no funciona. La seguridad personal es posible, pero no en manos de los actuales jefes del Estado.

El Universal, **30 de marzo de 2003**

Naturaleza y cultura

Massimo Desiato

En la anterior entrega («¿Revolución cultural?», *El Nacional*, 14 de noviembre de 2004) indicaba el gran reto que supone una transformación de la estructura básica de los valores, actitudes, creencias y, finalmente, conductas que rigen una sociedad. Si allí el tema era la relación entre las «formaciones sociales» emergentes y su vinculación con los intelectuales, hoy parece oportuno reflexionar sobre lo que significa «cultura» cuando de lo que se trata es de transformarla.

La cultura se opone a la naturaleza. Si la primera no es obra del hombre, al menos en su forma inicial, la segunda es lo que suele caracterizar al ser humano en general: no hay hombres sin cultura, lo que es más, cada cultura aporta una diferencia específica que da lugar a la identidad colectiva de los pueblos.

De esto se infiere que mientras la naturaleza es difícilmente transformable, la cultura, por ser obra del hombre, puede ser transformada mediante una planificación adecuada. Pero esto es solo una impresión que los avances tecnológicos muestran ser cada vez más falsa.

Porque, mientras para la transformación de la naturaleza contamos con sofisticadas tecnologías que llegan hasta la ultramoderna «ingeniería genética», capaz de intervenir hasta nuestro propio cuerpo, para la transformación de la cultura solo disponemos de la vieja «tecnología» llamada educación, que, en rigor, no es una tecnología y que cuando deviene tal deja de ser educación. La expresión «tecnología educativa» es una contradicción en sus propios términos.

Será porque la cultura se demuestra difícilmente transformable, porque, como ya decía Marx, es más fácil que un hombre cambie de pensamiento que de costumbres y hábitos, que algunos autores definen la cultura como una «segunda naturaleza», en el doble sentido de que es constitutiva del hombre (es la «naturaleza» del ser humano) y es sumamente reacia a los cambios.

Puede efectuarse una interpretación de las revoluciones como los intentos de cambiar radicalmente la cultura, como si la revolución fuera finalmente esa tecnología que tantos frutos ha dado y da frente a la naturaleza y que es capaz de hacer lo mismo con las culturas. Pero la realidad, hasta la fecha, muestra que las revoluciones terminan siendo tragadas por la parte de cultura que no logran transformar. La cultura es siempre más que la revolución, y lo es porque ella nos envuelve con la opacidad que es propia de la infancia. La cultura nos infiltra cuando no disponemos de herramientas racionales y críticas, y contra ella (contra los efectos negativos de alguna de sus partes) siempre se nos adelanta.

Así la «revolución bolivariana» promete una lucha contra la corrupción y contra la pobreza sin percatarse de que hay una «cultura de la corrupción» y una «cultura de la pobreza» que son como una suerte de macizo inerte que no se deja, no digo remover, sino ni siquiera esculpir. Porque el agente que va a combatir esa cultura está ya contaminado por ella y solo mediante unos esfuerzos titánicos puede objetivarse y tratar de ganar alguna transparencia. Lo que supone el uso y la costumbre de la autocrítica, de la duda sistemática respecto de lo que uno es y hace.

Con esto no sostengo que no hay espacio para la transformación. Solo recuerdo que, para hacerlo, hay que conocer bien contra qué se enfrenta uno y no creer que por encararnos a la cultura todo es fácil. Porque la cultura no es simplemente el lugar de la libertad humana sino también, y más frecuentemente, el lugar de su determinación. A veces llega a ser un destino fatal, una eterna repetición de errores, sobre todo cuando no se la estudia con rigor cuando no se elabora un «mapa cultural» para moverse en sus laberínticas entrañas con mayor conciencia y claridad. Esta es una tarea que nos aguarda a todos si de veras queremos cambiar algo, luchar más allá del signo político elegido, más allá de cualquier revolución.

***El Nacional*, 28 de noviembre de 2004**

Corrupción transparente

Pedro Llorens

Rafael Ramírez, el nuevo presidente de Petróleos de Venezuela, el todavía ministro de Energía y Minas, el grandulón que no pela un *Aló, presidente* y en lugar de reír y aplaudir como los demás lambiscones llora de felicidad, es el encargado de cobrar y darse el vuelo a nombre del presidente Chávez.

Apenas juramentado en el cargo que ocupaba Alí Rodríguez (un hombre con cara de serio, pero ¡qué va!), el jefe del Estado recordó a Ramírez que ya es hora de que PDVSA vaya entregando los dos millarditos de dólares adicionales que ha solicitado.

Lo verdaderamente grande de esta democracia bolivariana, totalitaria y pendenciera es que todo es tan absolutamente transparente que la violación de la Constitución y las leyes y los actos de corrupción se cometen en público, se anuncian en presencia de los medios y algunas veces por cadena de radio y televisión.

Tal es el caso de los dos millarditos de dólares que este año, y también el que viene (¡no acepto ni un dólar menos!, ha dicho Chávez) son burlados al Banco Central a través de un Fondo Especial de Desarrollo Económico que no se ha fundado y que ya está desfondado.

El fondo especial será utilizado —según anunció el viceministro de Hidrocarburos y presidente de la Corporación Venezolana del Petróleo—, un señor tan orgulloso de sus cargos que los lleva en unas láminas plásticas guindando del pescuezo, para la conclusión de varias autopistas, viviendas en el estado Vargas y desarrollo de la actividad minera, entre otros.

Eso, por ahora, si es que el presidente al regreso de su gira no lo reclama para pagar las modificaciones a los tanqueros que prometió realizar en unos astilleros españoles, o para la compra de helicópteros M1-55, el pago de licencias para la fabricación de fusiles Kalashnikov y la posible construcción de un satélite en Venezuela que pactó con Vladímir Putin.

Dos millarditos de dólares que no son dos millarditos, sino casi cuatro, porque PDVSA también entrega más de 1,7 millardos de dólares de su

presupuesto para los llamados programas sociales, barril sin fondo de un presidente ávido de fondos.

Antes de sacar a Alí Rodríguez a un lugar más seguro, al margen de la pelea de perros que hay en Petróleos de Venezuela, y de poner en su lugar a un «sí señor, bueno señor, enseguida señor», que no llora cuando le piden sino cuando le dan las gracias, ya el edificio de la avenida Libertador con la calle El Empalme, en La Campiña, exhibía por todas partes el emblema y el nombre, tamaño gigante, del Ministerio de Energía y Minas, para que no hubiera la menor duda de que PDVSA había sido tomada.

Por supuesto que nadie se ha atrevido a quitar la inmensa pancarta, colocada a unos cincuenta metros de alto, que cuelga sobre la fachada principal, probablemente como adelanto a un monumento más en serio, que seguramente será descomunal, como el que se mandó a construir Kim Il-sung en Pionyang.

En las paredes y en los árboles puede leerse un comunicado del Comité Organizador del 1er. Encuentro de la Torna de PDVSA 2002, en el que se convocaba a todos los interesados a una reunión que se efectuaría el viernes 26-11-2004, a las 5:00 pm, en las afueras de la empresa en La Campiña.

Aquella toma que, durante meses, paralizó el tránsito, provocó accidentes y facilitó toda clase de robos y atropellos, convirtió los alrededores de PDVSA en un extraño campamento en el que, junto a fogosos discurseadores más pasados de moda que las campanitas de Navidad, había borrachitos masturbándose entre ellos.

A los que participaron en la toma, a partir del 2002, y a todos los interesados convocados a la reunión del viernes, el ministro presidente del MEM y PDVSA les abre las puertas para que discurseadores y masturbadores no tengan que pasar frío en la calle este diciembre: la corporación creará una nueva filial de corte social para coordinar las estrategias y el financiamiento de los planes sociales que realiza el Gobierno.

Antes de que se me olvide, el nuevo doble burócrata o recontraburócrata que llora de felicidad asegura que los cambios operativos apuntan hacia una lucha frontal contra la corrupción. Y yo que estaba convencido de que era todo lo contrario....

***El Nacional*, 28 de noviembre de 2004**

Mínimos encuentros con un Estado máximo

Rafael Arráiz Lucca

Al no más salir de casa y detenerme frente a la caseta del vigilante ocurre mi primer encuentro con el Estado. Si la labor de policía que le corresponde al Gobierno local fuese eficiente, la entrada a la calle del edificio donde vivo no estaría administrada por una alcabala arbitrada por un vigilante privado; tampoco incurriríamos los vecinos en un gasto de seguridad que, se supone, debe correr por cuenta de la alcaldía a la que le cancelamos los impuestos.

Una vez franqueada la barrera de la alcabala, me integro al río de vehículos que bajan afanosos. Delante de mí va un autobús pasando aceite y echando humo negro como un monaguillo repartiendo incienso. Intento rebasarlo, pero no hallo la oportunidad, de modo que bajo el cerro respirando la porquería del colectivo. El chofer ha colocado en el vidrio trasero de su buseta una frase desgraciada: «No te pegues que no es bolero». Pienso en las regulaciones ambientales que nadie hace cumplir y en los funcionarios que tendrían que prohibir la circulación de mastodontes achacosos como este.

La calzada de la carretera está sucia. Es obvio que la basura no ha sido recogida desde hace días. El monte de las aceras no ha sido podado desde hace meses. Un perro muerto con las patas estiradas lleva por lo menos una semana hinchándose en un recodo del descenso. Un hombre va bajando ya grasiento y con la ropa hecha jirones, en busca de algo imprecisable, como si se hubiera iniciado en la tragedia de la mendicidad pocos días atrás. La deuda ambiental es menor, mascullo, al lado de la humana que significa ser fabricantes de miseria y desempleo.

Ahora entro al río de la autopista y noto que a mi lado pasa raudo un vehículo nuevo sin placas. Imagino entonces el enredo jurídico que puede surgir de un accidente provocado por un carro fantasma. Al rato pasa otro

«Entonces, trazo un trueque imaginario: todo este bazar retórico por un trámite expedito, por una calle limpia, por una cifra de desempleo ínfima». *Rafael Arráiz Lucca*

en las mismas condiciones, y ambos circulan en las narices de un fiscal que los ve seguir como gallina que mira sal. ¿Cómo diablos entrenan a los fiscales, qué les enseñan?

He llegado al registro después de franquear la dificultad de no conseguir sitio donde estacionar. Respiro hondo, intuyo la negrura del laberinto al que voy a penetrar. Llamo en voz baja a la virtud más perentoria para los venezolanos: paciencia. Siento que no me escucha y la llamo otra vez. Una voz interior me dice que espere lo peor para conformarme con cualquier éxito. Entrego uno a uno los recaudos que vengo buscando desde hace semanas a brazo partido, por entre oficinas y bancos, sorteando la displicencia y el maltrato. De pronto me siento como un héroe: la empleada va solicitando requisitos y yo los voy entregando, satisfecho. A la par, va creciendo un rictus de malestar en ella, hasta que de pronto le vuelve la luz al rostro y me dice: «Ahh, no tiene estampillas». Ahora cambió el viento: ella está realizada y yo abatido. Debo ir a Ipostel a comprar estampillas: he recibido una estocada.

Regreso del correo dos horas después, cansado y hambriento, entrego el timbre fiscal y la mujer articula una mueca como quien le soba el lomo a un perro obediente. Me da un poco de aliento con la mirada, antes de lanzarme un derechazo al mentón, preguntando: «¿Usted no sabía que la planilla del Seniat que pagó en el banco esta mañana no basta? Ha debido traerme una carta del banco certificando que la planilla cancelada es cierta». Son las tres y veinte de la tarde, murmuro viendo el reloj, y me

digo que será mañana cuando continúe con mi epopeya ridícula. Respiro profundo y recuerdo: estoy en Venezuela.

Avanzo acongojado por la avenida y prendo el radio. Escucho la voz admonitoria que nos dice que la revolución avanza a paso de vencedores. Sonrío: no hay como engañarse a sí mismo en un mediodía de marzo. El metro ha pasado la mañana cerrado y el tráfico caraqueño nos recuerda que la vida está en otra parte, mientras el infierno ruge en cada esquina.

Llego a casa dispuesto a reparar las humillaciones burocráticas con un baño, pero el agua la cortaron a mitad de mañana y no ha vuelto. Escucho la voz de altoparlante de un pastor haciendo apostolado en un barrio lejano. Intento leer, pero el pastor evangélico insiste en advertirles a los feligreses acerca de los peligros de alejarse de Dios. ¿Por qué tengo que escuchar lo que no quiero oír, me digo?

Enciendo el televisor y se me anuncia que va a comenzar una cadena presidencial, lo apago. Repaso vocablos que no dejan de pronunciarse en los años recientes: «revolución», «proceso», «humanización», «derechos humanos», «dignidad». Entonces, trazo un trueque imaginario: todo este bazar retórico por un trámite expedito, por una calle limpia, por una cifra de desempleo ínfima. Cambio juegos verbales por hechos, y dejo la mejor de las propinas.

El Nacional, 3 de agosto de 2005

En defensa del *best seller*

Ricardo Bello

Recuerdo conversaciones interminables con intelectuales hoy prestados al Gobierno, en las que defendía la obra de Ángeles Mastretta, beneficiada con el Premio Rómulo Gallegos en 1997 por su novela *Mal de amores*. Su anterior trabajo, *Arráncame la vida* (1985), me parecía superior, pero aun así, la obra ganadora mantenía un ritmo y, sobre todo, la defensa de una historia de amor que a mis amigos parecía una ridiculez del tamaño de una telenovela truculenta y fastidiosa. Pero la izquierda es así, elitista en sus gustos, amante de la buena comida y los tabacos importados, los carros rápidos y las tiendas en Nueva York.

Nada que cualquier venezolano no quisiera disfrutar, y por lo tanto, incuestionable. Esto no quiere decir que sea de izquierda, pero sí que comparto su amor por las *delicatessen*, sin humor negro, a pesar de esta involuntaria asociación a la película homónima de Jean-Pierre Jeunet. La seguridad agroalimentaria no requiere, por ahora, del canibalismo. La única diferencia conceptual entre nosotros, más allá de la conveniencia de un estatismo desbocado, está en la apreciación de estas obras literarias que muestran una faceta de la realidad menos contaminada por la pretensión de lucidez, de grandeza artística o renombre.

Acabo de terminar una novela histórica, un *best seller*, aclaremos: *Gates of Fire: An Epic Novel of the Battle of Thermopylae*, de Steven Pressfield, autor de otras novelas sobre la antigüedad griega como *Tides of War*, en torno a la figura del ateniense Alcibíades, y *The Virtues of War*, sobre Alejandro el Grande, que le pondría los pelos de punta a nuestro amigo o examigo funcionario.

La guerra entre griegos y persas tuvo varias batallas memorables: Maratón en el 400 a. C., cuando los atenienses derrotaron a los primeros invasores; Termópilas (480 a. C.), la historia de los 500 espartanos que mantuvieron a raya una fuerza invasora de 250.000 soldados enemigos;

Salamis (480 a. C.), la famosa batalla naval donde atenienses y corintios derrotaron en el más grande enfrentamiento naval conocido a la fuerza del rey Jerjes; y luego Platea y Mícala (479 a. C.), donde quedó sellada la victoria griega. La novela de Pressfield recrea algunos rasgos de la cotidianidad antigua y explica, a través de algunos personajes ficticios, el significado de las guerras contra los persas.

El proyecto de civilización europea fue posible gracias a ese puñado de fanáticos, diría nuestra izquierda, que arriesgaron sus vidas en defensa de una oportunidad para desarrollar su propia vida económica y las instituciones políticas que garantizaron su prosperidad, libres del dominio y el abuso de poder de un rey obsesionado por el control territorial del mundo conocido.

Después de la batalla de Maratón comenzaron los preparativos. Emisarios diplomáticos griegos fueron enviados a todo lo ancho del mar Egeo, buscando consolidar una alianza militar contra los persas. Solo encontraron miedo, que avanzaba como el túnel de un topo, socavando las bases de toda cultura democrática posible. *Phobos*, el miedo, volvía imprudente a la gente, los impulsaba a vender lo poco que tenían y partían a otros lugares, lejos de sus ciudades. El rey Jerjes, previendo la resistencia espartana en Termópilas, envió a sus delegados y ofreció riquezas y honor. Ningún soldado persa, prometió, invadiría sus propiedades. La fortuna y la riqueza de Lacedemonia, la provincia del rey Leónidas, estaría garantizada. Tan solo debían aceptar su jefatura política y de vez en cuando, y si hubiese falta, asumir responsabilidades de comando en su ejército. Los espartanos rechazaron la oferta y derrotaron finalmente a los invasores, pero a un gran costo y solo después de aceptar la necesidad de una nueva disciplina: *phobologia* o *fobología*, la ciencia del miedo.

El miedo crece y se reproduce en el cuerpo y debe ser combatido ahí. Cuando atrapa la carne se inicia el *phobokyklos*, las redes del miedo que se alimenta sobre sí mismo y escala hasta transformarse en una estampida de terror político. Los espartanos buscaban el estado de *aphobia*, una Grecia sin miedo.

Lo contrario, aceptaron, no es el coraje. Es el amor, la capacidad para reconocer las razones por las cuales se lucha, el impulso solidario, la raíz ética de nuestra acción, el vínculo que nos une a nuestras familias y compañeros de lucha. El placer de la guerra, al cual era tan afín la sensibilidad espartana, se asociaba a una satisfacción por el trabajo arduo compartido, a la honestidad y al triunfo sobre la adversidad, pero sobre

todo a la experiencia de *philadelphia*, una palabra griega que significa amor por nuestros compañeros de armas.

Si los persas hubieran ganado, Europa como tal nunca hubiera existido. En su lugar, en vez del triunfo de la tragedia, la filosofía y la posterior consolidación democrática durante los años de Pericles, permanecerían como un escarnio en la memoria las escenas de humillación practicadas por los persas como mecanismo de dominio.

***El Nacional*, 28 de enero de 2007**

Un tiranosaurio en Copenhague

Antonio Pasquali

Digno de memorizarse es el *happening* del autócrata en la Cumbre de Copenhague: una miniatura de su histrionismo y empleo de la mentira, de su brevedad mental y delirios de grandeza con vocación al ridículo o a la tragedia.

La humanidad viene gastando 1.000 millardos al año en tecnologías verdes, pero la gobernabilidad ambiental del mundo no es para mañana. Como Brasilia, Bali o Kyoto, Copenhague fue un revés parcial, y no por los trillados motivos que aducen los minicerebrados tiranosaurios. Faltan tres o cuatro vuelcos de mentalidad sin los cuales la raza humana —la única, que se sepa, llamada a ser *sicut Deus*— se inmolará tras haber recorrido 4 % apenas de su parábola vital. 400.000 años de los diez millones que le calcula la biología.

El primero, comprender que la sostenibilidad de lo viviente exige soluciones transideológicas, es casi un hecho: el que entra al *clan* de la ONU a buscar la supervivencia de la especie sabe que ha de dejar en la puerta sus zapatos políticos; los tirapiedras piden «no cambiar el clima sino el sistema», ¿atinarían a calcular que hay que sobrevivir primero para seguir discutiendo del sistema? El segundo tomará varias cumbres: dicha sostenibilidad es una meta ultraeconómica; la economía, *down sized*, habrá de ponerse al servicio de lo ecológico y no a la inversa, recuperar el glorioso concepto de «familia humana» y concretarlo en enormes transferencias de recursos a los menos aventajados (la cumbre abrió ese camino). También urge reeditar el coraje civil de los años sesenta y terminar de desactivar la bomba demográfica, causa primaria de nuestra cercanía al abismo: ninguna estrategia para evitar el catastrófico *tipping point* de los 3 grados Celsius resultará confiable si no logramos, con 1,6 hijos por mujer, volver a ser 3.600 millones en 2150. Y falta por supuesto el viraje profundo: universalizar esa moral a futuro profetizada por N. Hartmann en 1926. Somos hijos de milenarias religiones y morales de la

recompensa; la inminencia de la catástrofe ecológica nos impone hacer el bien sin compensaciones, preservar hoy el planeta azul para incontables generaciones futuras que nada sabrán de nosotros.

El incompetente Chávez preside un país ecológicamente no virtuoso que contribuye con 3,5 % (no es poco) a la contaminación terráquea por hidrocarburos, es el mayor emisor latinoamericano de gases invernadero per cápita y está en cero en energías alternativas. Él debió ir a la cumbre con decorosa modestia y dignidad a plantear nuestras complejidades según las ponderan los mejores ecólogos venezolanos (no el ALBA ni los cubanos) y contribuir con sensatez al cambio de mentalidad. Pues no. Eludió las dimensiones moral, demográfica y económica del problema, evitó hablar de su propio país y, cual guapo de barrio que busca bronca, retrocedió el discurso a la casilla ya universalmente superada: la ideológica. Resonó así en tan dramática cumbre su precámbrico ritornelo antiimperialista contra el capitalismo, un sistema destructivo responsable del desastre ecológico, a lo que añadiría fuego, en un rapto de modesto delirio, diciendo que «del éxito de nuestro socialismo del siglo XXI depende... en gran medida la salvación de la vida en el planeta». ¡Pacotilla ideológica, anticientificismo, mala fe y delirio de grandeza revueltos! No hay relación causal entre regímenes y contaminación, y si la hubiere, los antimodelos a citar serían más bien la URSS y la China de Mao, que masacraron ecológicamente sus propios hábitats.

Tras semejante degradación cantinflérica del magno tema ecológico, urge que los especialistas planteen al país, con menos localismos, las dimensiones universales del drama ambiental. Porque los medios tampoco ayudan; el 7 de diciembre, 56 grandes periódicos del mundo saludaron la cumbre con un idéntico editorial: «Clima, nos queda poco tiempo». Nuestra mejor prensa informó del evento a una columna y cuatro líneas de texto, la mitad del espacio que concedió a las hazañas de un jinete.

***El Nacional*, 10 de enero de 2010**

Cifras ocultas

Luis Izquiel

En la reciente memoria y cuenta que el ministro de Interior y Justicia rindió ante la Asamblea Nacional, se obvió un dato de mucha importancia: las cifras de los homicidios, robos, secuestros y otros delitos ocurridos durante el 2011. El Gobierno pretende ocultarles a los venezolanos su inmenso fracaso en materia de seguridad ciudadana.

La falta de información oficial convalida tácitamente los números aportados previamente por el Observatorio Venezolano de Violencia, el cual señaló en su último informe que el pasado año se produjeron en nuestro país más de 19.000 asesinatos. Todo un récord histórico de criminalidad, que nos coloca como la tercera nación más violenta del mundo.

En septiembre de 2011, por petición del jefe de Estado, se creó el Observatorio Venezolano de Seguridad Ciudadana, organismo público que supuestamente estaría encargado de dar las cifras oficiales de criminalidad y de sistematizar la información de los delitos que ocurren en el país, esto con la intención de «dar la batalla a la manipulación». Sin embargo, este ente no ha cumplido con ninguna de las funciones para las cuales fue creado. El manejo de las cifras delictivas es un elemento imprescindible para la elaboración de efectivas políticas de seguridad ciudadana.

Por otra parte, la fiscal general de la república tampoco ha publicado el informe correspondiente al año 2011, en el cual, entre otros aspectos, deben estar reflejadas las cifras de impunidad en Venezuela. De conformidad con lo establecido en la Constitución y en el artículo 25, numeral 9 de la Ley Orgánica del Ministerio Público, este informe debió ser presentado en los primeros 30 días siguientes al inicio de las sesiones ordinarias de la AN.

La crisis de inseguridad ciudadana por la que atraviesa Venezuela no se va a resolver ocultando las estadísticas oficiales. Por el contrario, es otra demostración de la falta de voluntad política del Gobierno para resolver el problema delictivo.

El Universal, **25 de marzo de 2012**

La semana de las promesas

Elías Pino Iturrieta

Los procesos históricos dependen del tiempo, se forjan progresivamente y en general en términos pausados, pero de pronto se manifiestan a través de testimonios de su desarrollo que saltan a la vista sin que exista la posibilidad de ignorarlos. Se te plantan frente a la cara pese a que antes no se observaban de una manera tan patente, se muestran de pronto como si fueran las flores de un día referidas por el tango y de cuya fragancia no se notaba nada o casi nada en el jardín de los días anteriores. Se vienen perfilando poco a poco, sin embargo, dejan de ser boceto para convertirse en una realidad con vocación de permanencia. Son los frutos que el labrador procura sin cesar hasta que adquieren una corporeidad como la de los elefantes, cuya observación se hace obligatoria pese a que nos puede causar desasosiego y aun contrariedad, de acuerdo con el prisma que determine la apreciación. En la semana que está terminando se ha podido observar la plenitud de un fenómeno de naturaleza política sobre el cual reinaban las dudas y las reticencias, o aun las afirmaciones sobre su inexistencia, pero de cuyas fortalezas y posibilidades ya nadie puede dudar sin desconectarse caprichosamente de la realidad: la existencia de una oposición consistente, cuya búsqueda del poder ha dejado de ser una quimera.

La realización del segundo debate de los precandidatos es una de las evidencias incontestables de ese fenómeno que se mostraba con renuencia. La nueva puesta en escena permitió una apreciación más expedita de los atributos de los nominados, pero también de sus limitaciones, para que saltara a la vista la alternativa de una selección de opciones a través de las cuales se puede pensar, ahora con más fundamento que en el pasado reciente, en la proximidad de una sociedad distinta. De las pantallas de la televisión brotó un abanico de encarnaciones de tal colectividad cada vez más necesaria y deseable, pero también de las rémoras que se empeñan en detenerla, para que el espectador adquiriera conciencia de cómo

están a mano los salvavidas junto con las piedras que pueden contribuir a que sigamos en el ahogo. Debido a la existencia de un proyecto plausible de sociedad que poco antes presentó Ramón Guillermo Aveledo como coordinador de la MUD, resulta difícil que alguien niegue que estemos ante un repertorio de promesas cuya realización no es asunto del azar, ni de la improvisación, sino de un trabajo pensado por centenares de cabezas bien amuebladas que han reflexionado con seriedad y profesionalismo sobre los pilares de un nuevo edificio social. El segundo debate de los precandidatos contó, pues, con un prólogo de pensamientos y de designios debido al cual desaparecen los fantasmas de la superficialidad y de las salidas fáciles. ¿No son muestras palmarias de que la ruta del cambio es más hacedera, pese a los escollos que la caracterizan?

Pero en el repertorio de los aportes de la semana destaca el pacto sellado entre Henrique Capriles y Leopoldo López, quienes se amalgamaron en un solo designio para la meta de las primarias y para propósitos posteriores. Ha sido una manifestación tan vigorosa de unión de interpretaciones sugestivas del presente y de personalidades dotadas de elementos atractivos para el electorado que, aparte del desafío de naturaleza republicana que en sí representa, permite un descubrimiento más nítido de los rasgos de las otras opciones y una decisión con los pies colocados con firmeza en una tierra que cada vez es menos movediza, debido a cómo resolvieron su tránsito quienes ahora hacen yunta para arar de manera pareja. Es un vínculo que, aparte de buscar la fortaleza de quienes lo efectuaron, debe animar a los otros nominados y a quienes los apoyan, para que profundicen el esfuerzo electoral en una escena más cálida y atractiva que la de la víspera. De allí que, en definitiva, se convierta en ganancia para todos. Es, además, la manifestación de un trato mediante el que se legitima la validez de las alianzas partidistas cuando la realidad lo aconseja, conducta que en definitiva favorece a quienes saben que en el camino enderezan los arrieros las cargas sin que nadie en sano juicio se ponga a desembuchar reproches en lugar de continuar el itinerario atendiendo sus retos. No fuera sino por el hecho de que también el pacto ha provocado roncha, debe uno saludarlo con alegría: fomenta escaramuzas que en definitiva son saludables para los pellejos curtidos de la oposición.

El panorama contrasta con la monotonía de la campaña del oficialismo, aferrada a una única marcha tediosa de cuyos compases nadie se sale, a las arrugadas caras que no alisa ningún maquillaje y a la decre-

pitud cada vez más evidente de un presidente-candidato que solo repite lugares comunes porque no sabe cómo alimentar su retórica arrinconada por una variedad de voces frente a las cuales carece de respuesta. Tal vez imaginara, en la ceguera de su cesarismo, que había sometido a una sociedad para no topar jamás con hallazgos como el de la semana que hoy termina. Tal vez no supiera, apegado como se observa a las páginas mohosas del manual de la revolución, que en términos generales la historia depende de una evolución que un buen día cristaliza en jornadas capaces de producir una realidad distinta de veras.

El Universal, **29 de enero de 2012**

Bendición

Alexis Márquez Rodríguez

Con el sustantivo «bendición» y el verbo «bendecir» ocurre un hecho curioso, en relación con su significado y con su aplicación en el lenguaje común y corriente. Según el Drae «bendecir» tiene las siguientes acepciones: «tr. 1. Alabar, engrandecer, ensalzar. 2. Dicho de la Providencia: Colmar de bienes a alguien, hacerlo prosperar. 3. Invocar en favor de alguien o de algo la bendición divina. 4. Consagrar al culto divino algo, mediante determinada ceremonia. 5. Dicho de un obispo o de un presbítero: Hacer la señal de la cruz sobre algo o sobre alguien. || Morf.: conjúgase como decir, salvo el fut. imperf. de indic. y el condic., que son regulares, y la 2.ª pers. sing. del imperativo: bendice. Participio irregular bendito y regular bendecido».

El sustantivo «bendición», a su vez, es definido en el Drae de la siguiente manera: «1. Acción y efecto de bendecir. 2. pl. Bendiciones nupciales. Bendición episcopal o bendición pontifical. Fem. La que en días solemnes dan el Papa, los obispos y otros prelados, haciendo tres veces la señal de la cruz mientras se nombran las tres personas de la Trinidad. Bendiciones nupciales. Fem. pl. Ceremonia con que se celebra el sacramento del matrimonio. Echar la bendición. Frase coloquial. Levantar mano en algún negocio, no querer ya mezclarse en él. Coloq. Renunciar a toda relación con alguien. Hacerse con bendición algo. Frase, Hacerse con acierto y felicidad. Ser bendición de Dios, o una bendición. Frase coloq. Ser muy abundante, o muy excelente, o muy digno de admirar».

Estas definiciones se aplican comúnmente, aunque no con mucha frecuencia. Lo curioso es que, al margen de ellas, en el habla común empleamos una, «dar u otorgar la bendición a las personas», en lenguaje coloquial «echar la bendición». Esta sí es muy frecuente, y, sin embargo, aparece en el Drae, pero con una definición distinta.

Aún más curioso es que, cuando alguien pide la bendición a otra persona —padres, tíos, padrinos, sacerdotes, etc.—, estos no dan o echan

ellos mismos la bendición al peticionario propiamente, sino que piden a su vez a Dios que los bendiga: «—La bendición, papá. —Dios lo bendiga». Antes era muy común que añadieran algo más: «—Dios lo bendiga y lo favorezca».

Últimas Noticias, 29 de abril de 2012

La muerte en los medios y el futuro de la prensa

Eleazar Díaz Rangel

Cuando terminaba el año 2012 se produjeron dos hechos de extraordinaria significación, todavía no leídos en profundidad, sobre el mundo de los medios. Una de las más prestigiosas revistas estadounidenses, *Newsweek*, cuando estaba a punto de cumplir ochenta años, dejó de circular después de pérdidas anuales estimadas en treinta millones de dólares, y una baja en el tiraje que en los ochenta era de cuatro millones y había llegado a 1.400.000 hace dos años.

Este cierre es otra expresión de las crisis mediáticas en ese país, donde en cinco años han cerrado 145 diarios y solo 14 pasaron a la red digital. La Comisión Federal de Comunicación (FCC) reveló que se han perdido 35.000 puestos de trabajo, 18 millones de lectores dejaron la prensa, y entre 2005 y 2010 las pérdidas desbordaron los 23 mil millones de dólares.

Los editores de *Newsweek* comenzaron a buscar soluciones cuando percibieron la crisis que se les avecinaba, cambiaron su línea editorial para hacerla más accesible al llamado gran público, «con portadas y contenidos cada vez más llamativos y superficiales», lo que afectó su calidad sin ganar lectores. Ahora en enero podrán leer *Newsweek Global online*, previo pago del servicio, con personal reducido y sin poner en riesgo la calidad del periodismo, aseguran sus editores.

«Algunos periodistas y expertos en medios de comunicación son escépticos sobre el futuro de esa marca y de otras muchas empresas de comunicación atrapadas en una combinación letal de un modelo de negocios que no se sostiene y otro que no muestra aún un camino claro para la supervivencia», según resume una investigación de Antonio Caño, corresponsal de *El País* en Washington.

¿La extinción de esta revista confirma la hipótesis de un estudio de una universidad de EE.UU. —creo que la de Pensilvania—, según el cual un día de octubre de 2040 circulará el último ejemplar de un diario impreso en

ese país? Entre tanto, trascienden informaciones sobre las serias dificultades de la prensa en cada vez mayor número de países, y no necesariamente vinculados a la grave situación de la economía europea. Miles de periodistas han quedado desempleados. Las crisis de *El País* y *El Mundo*, de España, son buen ejemplo de cuanto ocurre en muchos medios. Y sin embargo, Warren Buffet, tercero en la lista de los multimillonarios del mundo, con más de 50 mil millones de dólares, está comprando periódicos como si estuviese enterado de que algo bueno pasará, pero nadie sabe la verdad de estas compras, si es que no son una manera de echar dinero en saco roto.

La otra muerte

Veamos el nuevo hecho significativo. La noticia la ofreció hace poco la agencia EFE desde Nueva York: la desaparición del periódico *The Daily*, «menos de dos años después de su lanzamiento a bombo y platillo como el primer gran diario diseñado exclusivamente para la tableta electrónica iPad, plantea nuevas dudas sobre hacia dónde debe orientarse la prensa escrita».

El mismo despacho explica que el fracaso de ese ensayo «...es simplemente un recordatorio de que, en el mundo digital postimpreso, el poder ha pasado de los editores a los consumidores». Según el editor jefe del portal especializado *Mashable*, Lance Ulanoff, los lectores de noticias en internet crean sus propios periódicos a base de retazos de diferentes diarios en múltiples plataformas, por lo que el pecado original de este periódico fue precisamente estar disponible solamente para el iPad durante su primer año de vida, y aunque después amplió ese espectro, no tuvo una audiencia suficiente para convertirse en un negocio sostenible a largo plazo, reconoció el magnate de medios Rupert Murdoch cuando anuncio su cierre. *The Daily* alcanzó 100 mil suscriptores, pero se estima que necesitaba el doble para estabilizarse.

La agencia EFE cierra así: «Sea cual sea la razón de la rápida desaparición de *The Daily*, hace evidentes las dificultades que afrontan los medios de comunicación para encontrar nuevas vías para ser rentables y complica el nacimiento de más iniciativas que busquen delinear el camino hacia el que debe dirigirse la prensa escrita».

Últimas Noticias

En el caso de Venezuela, *Últimas Noticias* conserva su alta circulación y

credibilidad, mientras varios diarios de América Latina han desaparecido (el último fue *La Nación*, de Chile), y la mayoría ha visto disminuir su circulación, como es el caso de *El Tiempo*, de Bogotá, y *Clarín*, de Buenos Aires, que de 400 mil ejemplares en 2007 bajó a menos de 300 mil en el 2011, y su dominical se redujo de 800 mil a 600 mil, según el Instituto de Verificación de Circulación (IVC).

No obstante esa circunstancia que lo convierte en el diario más leído en Venezuela, los propietarios de la Cadena Capriles han instalado en sus nuevas edificaciones una redacción unificada con las tres marcas, el portal y sus redes sociales, con las más altas tecnologías, que revelan cómo miran al futuro sin abandonar el presente de los medios impresos. El vicepresidente de la Cadena, Ricardo Castellanos, opina que «se ha colocado a los directores y a todo el plantel de periodistas de esta redacción única frente al enorme reto de la transformación para que a la vuelta de muy pocos años la Cadena Capriles sea una empresa de medios multimarca y multiplataforma capaz de enfrentar con éxito y viabilidad económica el cambio de paradigmas que hoy vive la industria».

Al final, serán los lectores y anunciantes los factores fundamentales de su crecimiento y del futuro de los cambios que se adelantan.

Últimas Noticias, 3 de enero de 2013

Gabo

Teodoro Petkoff

Por allá por el 2006, en una conversación con Gabo, le pregunté si no pensaba darse una vueltica por Venezuela, y respondió, tajante: «No», y de seguidas añadió: «No quiero que me usen». Cuando comenzaba el Gobierno de Hugo Chávez, a quien Gabo había conocido hacía muy poco, sostuvo una conversación en un viaje aéreo. Gabo, que ya había calado al personaje, se preguntó al final, y así lo escribió, si estaba frente a un auténtico revolucionario o ante uno más de la estirpe de déspotas o mandatarios autoritarios que han plagado a este continente de miserias.

Como siempre, me asalta el recuerdo por la donación que hiciera al MAS, partido del cual se decía «militante internacionalista», de los cien mil bolívares del premio Rómulo Gallegos, lo cual da la medida cabal de la visión que tenía el Gabo del compromiso revolucionario, porque entonces esa cantidad era buen dinero. Para mí fue un momento mayor de una amistad entrañable que duró siempre, que no hizo sino intensificarse con el tiempo, y que he narrado ampliamente en mi libro *Dos izquierdas*.

Ahora bien, hubo en él una ambigüedad política inexplicable para muchos: su repudio al régimen soviético, por ejemplo, era obviamente contradictorio con su fiel amistad con la Revolución cubana. Pero había que conocer al personaje. No se hacía ilusiones con el fenómeno cubano, pero durante años había cultivado una amistad estrecha con Fidel Castro y Gabo, amiguero como era, mantuvo ese vínculo por encima de todos los avatares que conociera el proceso de la isla, incluyendo todos sus desacuerdos, que en privado comentaba. Incluso, sincero y abierto como también era, pudo compatibilizar la relación con Cuba, aun después que esta se sovietizara, con su amistad con el MAS de Venezuela, el de entonces, partido que sostenía una dura polémica con el Partido Comunista Cubano. Su amistad con el MAS fue una amistad militante. Pero ya sabemos en qué triste destino paró el proyecto que otrora fue una gran esperanza para muchos, aquí y fuera de aquí.

La amistad con el Gabo continuó y le debo unas cuantas cosas, como haberse convertido en Colombia en el más afanado sostenedor de mis campañas presidenciales, moviendo sus inagotables relaciones con todo el mundo, con toda Colombia literalmente, para abogar por estas. Tampoco olvido las largas conversaciones en muchas ocasiones y en diversos lugares, sus varias casas, donde disfruté de su inteligencia, su humor, su vivacidad y su humana calidez, virtudes tan celebradas por tantos.

Pero quiero agradecerle en esta ocasión, como venezolano que resiste a este régimen despótico, su negación sostenida, a pesar de los requerimientos y halagos de este, a ser su cómplice, a volver a esta tierra por él tan querida para que esto no se leyese como un signo de apoyo. Su silencio sin ambages —hay los que hubiesen querido más, pero él era así de paradójico— tuvo y tiene un inmenso valor para los que aquí luchamos.

***Tal Cual,* 22 de abril de 2014**

Los límites éticos del poder

Jesús María Casal

Desde su instalación, la supuesta Asamblea Constituyente, que no es expresión del poder constituyente del pueblo sino una imposición autoritaria, ha demostrado que no pretende ser un factor de renovación o dignificación de la política sino una confirmación y exacerbación hasta lo inimaginable de la manera de concentrar y ejercer despóticamente el poder característica de los últimos años. En lugar de procurar dar un ejemplo de elevación y tolerancia política, de sentar bases para el mutuo reconocimiento entre los venezolanos de diversas corrientes partidistas o ideológicas, la Constituyente espuria se ha perfilado abiertamente como un cuerpo hegemónico que en su actuación no deja mensaje alguno edificante desde el punto de vista de los valores constitucionales, de los principios republicanos o democráticos o de la garantía de los derechos humanos.

Responsabilidad y conciencia

Desde su origen es como sabemos un órgano desprovisto de legitimidad, nacido de la usurpación de la soberanía popular, por lo que tampoco desde este ángulo puede dar lección democrática alguna. Pero sus integrantes, como miembros de la nación venezolana, acaso podrían tener algún sentido de responsabilidad y conciencia política que les llevara a reconducir lo que surgió viciado y a convertirlo en una oportunidad para la reconciliación y la democratización. Sin embargo, todo indica que las actitudes que esa instancia usurpadora querría fomentar apuntan a que quien tiene la ocasión de apropiarse del poder, por cualquier vía, ha de aprovecharlo al máximo y debe emplearlo para liquidar las posibilidades de acción de los adversarios políticos, asumidos como enemigos. Debe usarlo también para oficializar su visión de la historia, colocando sobre aquéllos las culpas y el castigo. Es una exaltación de la soberbia del poder absoluto, de la irracionalidad que aspira erigirse en regla por medio de la fuerza.

Comisión de la verdad

Todo ello a partir de una completa falsificación de las situaciones que, se dice, van a ser examinadas a través de la comisión de la verdad. ¿Cómo puede el gobierno, o quienes están a su servicio, ser juez en una causa en la que agentes oficiales, de los cuerpos de seguridad o de la fuerza armada, han estado involucrados? El propio gobierno promovió una constituyente a espaldas del pueblo, al no haber permitido la celebración de un referendo previo sobre su convocatoria y bases comiciales, lo cual suscitó manifestaciones dirigidas a evitar excesos como los que están ocurriendo, por lo tanto, ¿Cómo puede ahora atribuir genéricamente a la dirigencia opositora o a algunos de sus integrantes la responsabilidad por las pérdidas humanas ocurridas con ocasión de tales protestas? Lo correcto sería investigar objetivamente los delitos cometidos por acciones individuales contrarias al carácter pacífico de las convocatorias, entre las que se encuentran homicidios perpetrados por agentes del Estado o colectivos armados. ¿Puede haber algo de justicia y de reconciliación en la criminalización anticipada de quienes acompañaron a la ciudadanía en el ejercicio de su derecho a la reunión y manifestación en lugares públicos? ¿Qué tipo de paz es la que se persigue, la verdadera, que surge del respeto a las diferencias y del reconocimiento de los derechos de todos, o aquella que es propia de los regímenes dictatoriales, que equivale a la tranquilidad en las calles y se apoya en el aplacamiento de cualquier disidencia o expresión de reclamo en espacios públicos?

Autonomía institucional

Lo cierto es que tal como la supuesta constituyente se ha conducido hasta el presente solo dejará una estela de injusticia, represión y caos antidemocrático. Arrasará con cualquier vestigio de autonomía institucional, como se evidenció con la arbitraria y nula remoción de la Fiscal General de la República y con el enjuiciamiento del diputado Ferrer con autorización de la Asamblea Nacional Constituyente, que usurpó atribuciones de la Asamblea Nacional. Se encamina también a embestir a la Asamblea Nacional, órgano insustituible de las Democracias al que bajo ningún concepto puede reemplazar como instancia plural de deliberación, legislación y control sobre el gobierno, un control que la llamada Constituyente no puede ni quiere instrumentar.

Aferrados a una última esperanza de rectificación, se propone detener esta insensatez y plantear soluciones para los problemas que aquejan

al país. Si se quiere crear una comisión de la verdad, hay que acudir a actores con autoridad moral que merezcan la confianza de todas las partes, como el Vaticano o sus representantes, o el Secretario General de las Naciones Unidas. Tal vez si empezamos por allí se genere una dinámica distinta a la violencia institucionalizada que hoy amenaza con desolar el suelo patrio

Runrunes, 22 de agosto de 2017

Se alzó la clase media mundial

Moisés Naím

¿Qué tiene en común un agricultor de Iowa, un diseñador gráfico de Chile, un jubilado del Reino Unido y un contador en China? Dos cosas: son miembros de la clase media de su país y están furiosos con sus políticos.

Sus desilusiones están transformando la política y creando sorpresas como la elección de Donald Trump, el Brexit, la defenestración política de presidentes y una ola mundial de protestas callejeras.

En los países ricos donde la clase media se ha perjudicado, los ánimos políticos están caldeados. La globalización, las crisis financieras, la inmigración, la automatización, las desigualdades, los nacionalismos y el racismo abren oportunidades para aventureros de la política que venden como buenas ideas malas.

Y esto no solo sucede en los países ricos. La clase media de países pobres como Brasil, Turquía, Indonesia, China o Chile comparte las angustias que acosan a sus pares en Norteamérica y Europa. Y también ellos están protestando en las calles y en las urnas electorales.

Esto es paradójico puesto que en las últimas tres décadas cientos de millones de personas en Asia, Latinoamérica y África han salido de la pobreza y forman parte de la clase media más numerosa que jamás ha existido. Pero esta nueva clase media tampoco está contenta.

Estas convulsiones no son nuevas. En 2011 escribí que «la principal causa de los conflictos que se avecinan no serán los choques entre civilizaciones, sino la indignación generada por las expectativas frustradas de una clase media que está en declive en los países ricos y en ascenso en los países pobres».

«Es inevitable», escribí, «que algunos políticos de los países desarrollados achaquen el declive económico de su clase media al ascenso de otros países». Y descubriremos que el aumento de la prosperidad económica de una sociedad no la protege de la inestabilidad política.

El economista Homi Kharas calcula que hoy 42% de la población mundial pertenece a la clase media y que cada año aumenta en 160 millones

de personas. Según Kharas, los mil millones de personas que se van a incorporar a la clase media en los próximos años vivirán, en su inmensa mayoría (¡88%!), en Asia.

Es natural que cuando la clase media crece, también crecen sus expectativas. Sus nuevos integrantes suelen ser más educados y ser más conscientes de sus derechos. Tienen más capacidad de exigir y presionar a sus Gobiernos, quienes a menudo no tienen los recursos ni la capacidad institucional para responder adecuadamente a las nuevas demandas.

Muchos de estos países de menores ingresos están empezando a mostrar fisuras similares a las de Estados Unidos y Europa. En los países pobres donde la clase media ha aumentado, la situación política se ha trastocado. Los partidos y los políticos «de siempre» son crecientemente derrotados por nuevos e improbables políticos.

Hay muchos motivos para que haya este gran descontento en el mundo a pesar de que los niveles de vida están mejorando. Pero sin duda el más fácil acceso a la información es un factor crucial. Las personas mejor informadas son más difíciles de controlar. Cuando miles de millones de personas, solo con tener un teléfono móvil, pueden enterarse de cómo viven los demás, hay muchas más probabilidades de que se sientan insatisfechas con su situación. Las nuevas clases medias aspiran a salarios cada vez más altos, sanidad más barata, mejor educación para sus hijos, igualdad, mejores servicios públicos o libertad de expresión. Pero la «conectividad» más barata y accesible no es el único factor que nutre la inestabilidad política. También cuentan la urbanización, las migraciones, el aumento de las desigualdades e incluso una nueva intolerancia con la corrupción, la autoridad y las jerarquías.

¿Qué va a pasar? Está claro que vamos a seguir viendo grandes cambios impulsados por los miembros de la clase media. En los países ricos, donde los niveles de vida de la clase media se han deteriorado, estas exigirán a sus políticos reivindicaciones y cambios en las reglas imperantes. Los reacomodos políticos serán inevitables y el rechazo al «más de lo mismo» inevitable

Por su parte, las nuevas clases medias de los países de menores ingresos continuarán sacudiendo los sistemas políticos que permitan que siga ensanchándose la brecha entre las expectativas de la gente y la capacidad del Gobierno para satisfacerlas.

***El Nacional*, 24 de septiembre de 2017**

Cuatro puertas cerradas y una llave

Luis Ugalde

En Venezuela no todo es división y confusión. Hay claros consensos, incluso entre opositores y gobiernistas. Todos queremos cambio para lograr cuatro cosas: trabajo con buen salario, servicios públicos básicos como agua, luz, transporte..., servicios de salud al alcance de todos y educación de calidad que ponga a valer el talento de cada uno, y la libertad sin dictadura. Solo algún trastornado o delincuente que vive de la maldad estará en desacuerdo.

Siendo esto así, cada día somos más —incluso chavistas— que nos preguntamos por qué el Gobierno de Maduro no quiere o no puede hacer realidad estas urgencias de consenso nacional. Yo estoy convencido de que Maduro es inteligente y me cuesta entender que quien tomó el mando del país con la promesa de acabar con la miseria y la exclusión, al ver resultados claramente contrarios, no abre paso para que los venezolanos lleguemos a acuerdos básicos para resolver las cuatro grandes necesidades en las que ha fracasado el régimen. El grave enfermo nacional necesita consensos claros, sencillos y sin rollos politiqueros.

1. Trabajo y buen sueldo. Las empresas estatales fueron llevadas a la ruina y las privadas espantadas: miles se cerraron y la mayoría de las activas trabajan por debajo del 30 % de su capacidad. Cualquiera entiende que para generar trabajo bien remunerado, para cinco millones de hombres y mujeres semiparalizados, es imprescindible una muy cuantiosa inversión de capital, fundamentalmente privado puesto que el Estado está arruinado. Pero es obvio que no vendrán miles de millones de dólares nacionales ni internacionales sin garantías jurídicas y bajo la amenaza de la espada del «exprópiese», lista para decapitar la empresa privada. El régimen ha entendido la necesidad de atraer capital y ha salido a regalar invitaciones y a vender promesas a quienes vengan a invertir. Pero nada logrará si no hay garantías, ni confianza. Imposible (ver Cuba) con el iluso «socialismo del siglo XXI», cuya piedra angular es la eliminación del

«capitalismo explotador». Al capital no le gusta suicidarse y huye rápido de la guillotina. Por eso, sectores como la construcción y la producción agrícola e industrial siguen paralizados, a pesar de que ciertas liberaciones hayan activado el comercio importador y el consumo deslumbrante en pequeños sectores. El salario de hambre de los trabajadores sigue bajando y el crédito nacional e internacional está muerto. Así no sube la producción nacional.

2. Servicios públicos básicos. Nada caminará con la incapacidad e irresponsabilidad demostradas para restablecer el normal funcionamiento de servicios de electricidad y de agua, para lo cual el país había hecho cuantiosas y muy exitosas inversiones, que fueron la envidia de toda América Latina. Una lamentable gestión pública, corrupta e irresponsable, ha despojado a los venezolanos de luz y de agua, y los tortura. No olvidemos el Metro de Caracas, que fue ejemplo de eficiencia y hoy está en el abandono.

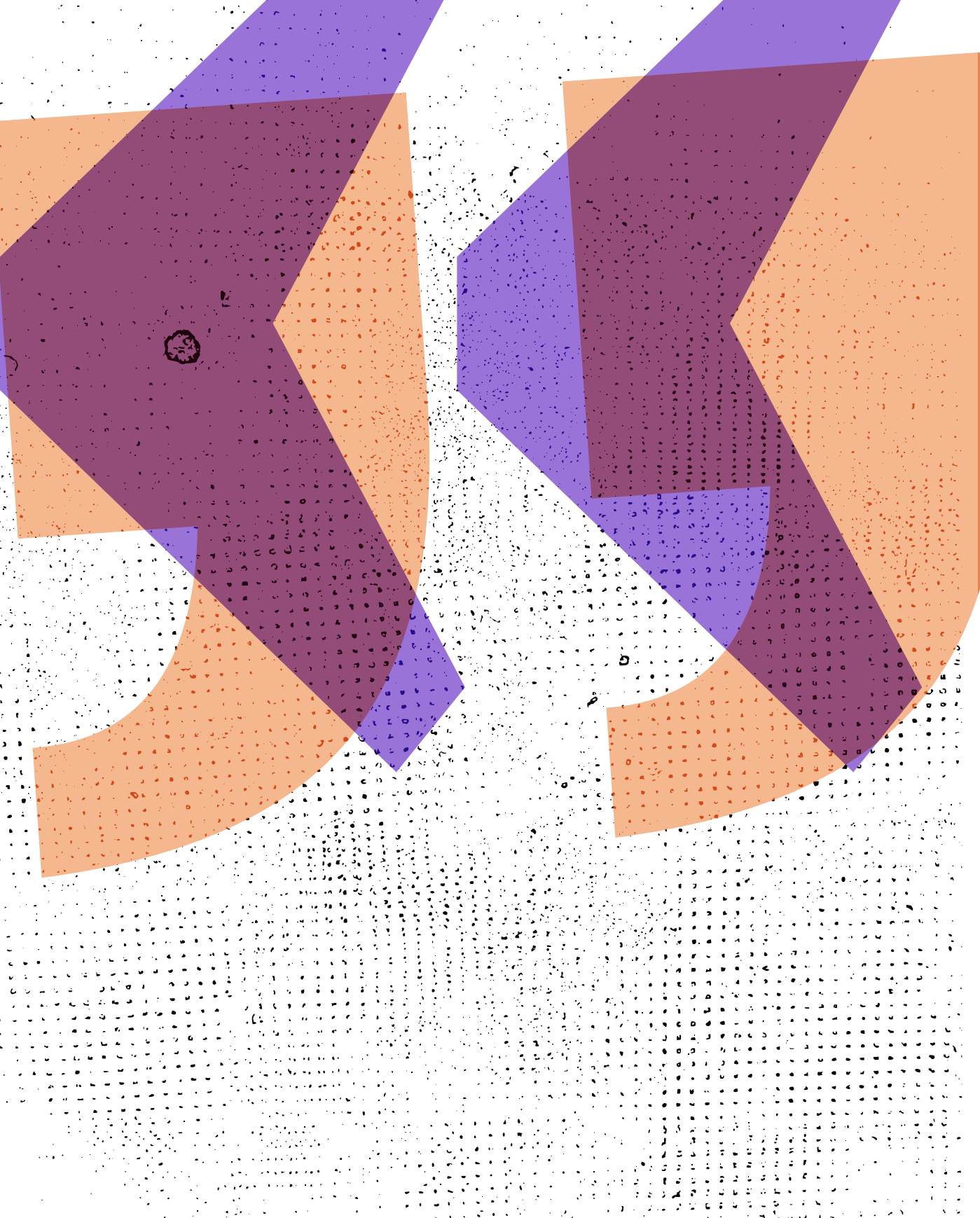
3. Servicios de salud y educación. Todos nos preguntamos cómo hizo la «revolución» para hundir la plataforma humana básica en servicios de salud y de educación puestos al alcance de toda la población. Hace treinta años pensábamos que lo logrado se había estancado y había que relanzarlo y sanearlo en muchos aspectos, pero nadie deseaba esta ruina que ha empujado a doloroso exilio a más de seis millones de seres y ha convertido la educación y la salud pública en castigo para los que no tienen dinero.

4. El mesías engañoso. Uno de los peores engaños es el mesianismo milagrero que el chavismo agravó con el populismo reparticionista de una falsa «riqueza sin límites» que nos había caído en la lotería petrolera. El mesías milagrero convirtió esos ingresos en su caja chica para ir sacando decenas y decenas de «millarditos» (miles de millones de dólares) repartidos con criterio de populista desinversor que acabó hasta con la propia PDVSA. Los disparates se pagan y el mesías se fue en 2013 dejando asentadas las bases de la ruina nacional, que luego se han agravado hasta perder 80 % del PIB (suma de la producción venezolana).

Volvamos a la realidad. Nos guste o no, no queda más alternativa que reprivatizar lo que mató la estatización. Ofrecer garantías jurídicas para que el capital y el trabajo se encuentren, reforzar mutuamente sus talentos y conectarse con las potencialidades naturales que tiene Venezuela, si se las sabe despertar. Todo un cambio profundo de nuestra mentalidad económica y su relación con la calidad educativa. No basta el cambio

interno del país, sino que necesitamos una nueva relación internacional de confianza y de colaboración con Gobiernos, organismos multilaterales y capitales privados. Necesitamos superar las sanciones, lo que no se logrará si no recuperamos la democracia, los derechos humanos y las libertades básicas violadas.

La llave de las puertas cerradas. Ahora el desastre es de tal calibre y las necesidades tan dramáticas que es imprescindible una unidad nacional superior, un enorme apoyo internacional y pasar la página al trasnochado juramento anticapital. Esta puerta se abre si Maduro reconoce el fracaso estrepitoso e insostenible y de verdad camina hacia el acuerdo nacional con diversos actores. Ahora que las oposiciones organizadas parecen escondidas, la población ve y escucha con más claridad la falta de futuro y de esperanza con el régimen. La llave la tienen Maduro y sus militares que deben abrirse al cambio profundo. El malestar y la oposición no están muertos sino silentes, lo que permite escuchar de manera ruidosa la falta de esperanza gubernamental.

Abrir la puerta a la democracia y al acuerdo nacional, con gran solidaridad internacional. Para ello es imprescindible la apertura a la pluralidad democrática con elecciones justas, libres y abiertas a la alternabilidad.

***El Nacional*, 16 de septiembre de 2022**